LIBRO dot.com

LAS MUJERCITAS SE CASAN

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I
CHISMECITOS

Para retomar nuestra historia y poder asistir al casamiento de Meg con conocimiento de las cosas conviene primero ponernos al día con las noticias de los March, para enterarnos de toda la chismografía del caso. Creo probable que algunas personas mayores piensen que hay demasiado "amor" en el relato (ni por un momento se me ocurre que los jóvenes verán en ello inconveniente) pero, de acuerdo con la señora de March, sólo puedo decirles: "¡Qué se puede esperar con cuatro muchachas alegres en la casa y viviendo enfrente un vecino joven, elegante y lleno de bríos!..."

Han pasado tres años y son pocos los cambios ocurridos en la modesta familia. Ha terminado la guerra y el señor March está de vuelta en el seguro puerto de su hogar, ocupándose de sus libros y de su pequeña parroquia, que encuentra en él al verdadero pastor, por naturaleza y por gracia de Dios.

Por lo tanto, pese a su pobreza y a su rigurosa integridad, que le vedaron los éxitos más mundanos, aquellos atributos atrajeron junto al señor March a mucha gente admirable, con la misma naturalidad con que las hierbas dulces atraen a las abejas. Y con igual naturalidad les dio él la miel destilada en cincuenta años de dura experiencia, sin que se colase una sola gota de acíbar.

Para los de afuera parecían gobernar la casa las cinco enérgicas mujeres, y así era efectivamente en muchas cosas, pero aquel hombre tranquilo, estudioso, sentado entre sus libros, seguía siendo el jefe de la familia, la conciencia hogareña, el ancla, el consuelo. Era hacia él a quien se volvían en momentos difíciles las mujeres de su hogar atareadas o inquietas, según el caso, encontrándolo siempre, en el estricto cumplimiento de esas misiones sagradas: marido y padre.

Las chicas entregaban a su madre el corazón y a su padre el alma, y a ambos, que vivían y bregaban por ellas con tanta firmeza, les daban un amor que crecía igual que ellas y las ligaba con lazos de esa ternura que es bendición para la vida y que sobrevive a la muerte.

La señora de March está tan ágil y animosa como la vimos la última vez, aunque con su cabeza más cana. Por el momento la tienen tan absorbida los asuntos de Meg que los hospitales y los sanatorios, todavía llenos de soldados heridos, extrañan decididamente las visitas maternales de esta misionera voluntaria.

En cuanto a Juan Brooke, el novio de Meg, cumplió como hombre su deber militar durante un año, lo hirieron y fue enviado a su casa, no volviéndosele a permitir que regresara a luchar. No recibió medallas, ni estrellas, ni barretas, habiéndoselas merecido, sin embargo, por haber arriesgado animosamente cuanto tenía; y muy preciosos que son el amor y la vida cuando están en pleno florecimiento. Completamente conforme con su licenciamiento, se dedicó a restablecerse y a prepararse para el trabajo que había de darle los medios de ganar un hogar para Meg. Con el buen sentido y la firme independencia que siempre lo caracterizaron, rehusó los ofrecimientos más generosos que le hiciera el señor Laurence, aceptando únicamente el puesto de tenedor de libros, pues le daba mucha más satisfacción comenzar con un sueldo ganado con honestidad que aventurarse a correr riesgos con dinero prestado.

Por su parte, Meg había pasado trabajando el tiempo de la espera, desarrollando su carácter de mujer y adquiriendo sabiduría en las artes domésticas. Y poniéndose cada día más bonita, pues no hay duda que el amor es un gran embellecedor. Como tenía sus ambiciones juveniles y las esperanzas típicas de toda muchacha, sintió algún desencanto al ver el humilde tren en que debían comenzar su nueva vida. Eduardo Moffat se acababa de casar con Sarita Gardiner,

y la pobre Meg no podía dejar de comparar la hermosa casa y el carruaje de ellos, los muchos regalos que recibieron y sus espléndidos ajuares con los modestísimos suyos. Secretamente, deseaba haber podido tener lo mismo, pero sin saber cómo, el asomo de envidia y de descontento pronto se desvanecieron al pensar cuánto amor y trabajo paciente había puesto su Juan para ofrecerle la pequeña casita que le esperaba. Cuando el crepúsculo los encontraba juntos, hablando de sus proyectos, por modestos que fuesen, el porvenir se le aparecía siempre tan lindo y lleno de luz que Meg se olvidaba de Sally y sus esplendores y se sentía la muchacha más rica y feliz de toda la cristiandad.

En lo que e. Jo se refiere, no tuvo que volver a casa de la tía March, pues la anciana le tomó tal afición a Amy que la sobornó con el ofrecimiento dé lecciones de dibujo por uno de los mejores profesores del momento. Por esa ventaja en perspectiva, Amy hubiera servido a patronas aún más severas que tía March. Así, pues, Amy dedicaba las mañanas al trabajo, las tardes a las diversiones, y le iba muy bien con ese sistema. Entretanto, Jo se dedicaba a la literatura y a Beth, que había seguido delicada mucho tiempo después que su fiebre pasara a la historia. Sin estar propiamente enferma, no fue ya nunca la chiquilla rosada y sana que había sido antes; no le faltaba nunca ánimo, sin embargo, y se ocupaba de las pequeñas tareas domésticas, que adoraba; era amiga de todo el mundo, el ángel de la casa, aun mucho antes de darse cuenta de ello aquellos que más la querían.

Mientras "El Águila Desplegada" le pagó un dólar por columna sus "tonterías", como ella las llamaba, Jo se sintió rica y siguió tejiendo con gran diligencia sus romances. Pero en la cabeza le bullían grandes proyectos y en la vieja cocinita de lata de la bohardilla seguían amontonándose despacito los manuscritos garabateados que habían de colocar un día el nombre de March en el cartel Ce la fama.

¿Y qué había sido de Laurie? Una vez que satisfizo los deseos de su abuelo ingresando en la universidad, ahora lo pasaba allí lo mejor posible para cumplir consigo mismo. Mimado por todo el mundo a causa de su dinero, sus excelentes modales y su mucho talento y el más bondadoso de los corazones, corrió gran peligro de echarse a perder, lo que hubiese ocurrido con toda seguridad a no ser por el talismán que poseía el chico contra todo mal: el recuerdo del bondadoso anciano que tanto tenía que ver en sus éxitos, y de aquella maternal amiga que velaba por él como si se tratara de su propio hijo. Y en último término -aunque en manera alguna el menos importante- el saber que cuatro muchachas inocentes lo querían, admiraban y creían en él con todo su corazón.

Siendo un ser humano -aunque de la raza de los "gloriosos"- era muy natural que se divirtiera, flirteara, se vistiera de "petimetre" y le diera por seguir la moda universitaria al pie de la letra, ya fuese acuática, sentimental o deportiva, según la época, aprendiendo y practicando al dedillo la jerga estudiantil y poniéndose más de una vez en serio peligro de sufrir suspensiones y aun la expulsión. Pero como las causas de estas travesuras no eran sino el buen humor y el afán de broma, siempre se salvaba y salía del paso mediante la confesión franca, la reparación honorable, o aquel irresistible poder de persuasión que poseía a la perfección. A decir verdad, casi se enorgullecía de sus "escapadas" y le gustaba deslumbrar a las chicas con gráficos relatos de sus triunfos con preceptores enfurecidos, dignísimos profesores y enemigos vencidos. Los "hombres de mi clase" eran héroes a los ojos de las chicas, que nunca se cansaban de las proezas de "nuestros tipos", permitiéndole a menudo regodearse con las sonrisas de esos superhombres cuando Laurie los traía a quedarse en su casa.

La que más disfrutaba de este alto honor era naturalmente Amy, quien llegó a ser la "niña bonita" del grupo, ya que la señorita aprendió bien pronto a darse cuenta del don de fascinación de que estaba bien dotada. Meg hallábase demasiado absorbida por su muy particular y especialísimo Juan como para ocuparse de ningún otro señor de la creación y Beth

era demasiado tímida para animarse a hacer otra cosa que echarles una mirada y maravillarse de que Amy se atreviese a darles órdenes y mandarlos de aquí para allá; en cuanto a Jo, estaba con ellos en su elemento y le era muy difícil refrenarse y no imitar sus modales, sus actitudes varoniles, sus frases y sus hazañas, todo lo cual le parecía a ella más natural que las decorosas actitudes prescriptas para las señoritas. A todos ellos gustaba Jo muchísimo, pero ninguno se enamoró de ella, mientras que fueron pocos los que pudieron escaparse de pagar el tributo de un suspiro sentimental ante el altar de Amy.

Hablando de cosas sentimentales, tenemos que dirigirnos, con toda naturalidad, al "Palomar".

Así se llamaba la casita de color pardo que el seña Brooke había preparado como primer hogar de Meg. Así la había bautizado Laurie, encontrando ese nombre muy apropiado a los gentiles enamorados que "andaban juntos como un casal de palomos". Era una casita minúscula, con un jardincillo al fondo y un pradito de césped al frente poco más grande que un pañuelo. Ahí quería Meg tener con el tiempo una fuente, macetos de arbustos y gran profusión de hermosas flores, aunque por ahora la fuente estuviese representada por un jarrón cachado que se parecía muchísimo a una palangana desgastada, los arbustos por unos alerces enclenques y la profusión de flores reducida a un regimiento de palitos para mostrar el sitio donde se habían plantado las semillas. Adentro, sin embargo, todo era un encanto y la novia feliz no encontraba falta alguna del altillo a la bodega. Es cierto que el hall era tan angosto que no dejaba de ser una suerte que no tuviesen piano, ya que nunca hubiese entrado allí uno entero; el comedor, tan chico que apenas cabían seis personas, y las escaleras de la cocina parecían hechas a propósito para precipitar a los sirvientes y la vajilla en montón hasta la carbonera. Una vez salvados estos inconvenientes, nada podía ser más completo que aquella casita, pues el buen sentido y el gusto habían regido en la elección de los muebles y enseres y el resultado era altamente satisfactorio. En la salita no había ni mesas de tapa de mármol, ni largos espejos, ni cortinas de encaje, sino muebles sencillos, muchos libros y uno que otro buen cuadro, un arriate de flores en la ventana, y desparramados por todas partes los bonitos regalos enviados por manos amigas.

No creo que la estatua de mármol de Paros -regalo de Laurie- perdiese un átomo de su belleza porque Juan hubiese hecho una repisa para colocarla, ni que tapicero alguno pudiese haber arreglado con más gracia las simples cortinas de muselina que la mano artística de Amy. Y doy mi palabra de honor que ninguna cocina pudo estar más cómoda y prolija que la que Ana arregló cambiando cada cacerola de sitio veinte veces y aun preparando el fuego para que lo encendiese "la señora de Brooke" al minuto de entrar en su casa. También dudo que ninguna señora joven comenzase su vida de casada con una provisión tan rica de repasadores, plumeros, agarraderas y bolsas de retazos, pues Beth le hizo tantos a Meg como para durarle hasta las bodas de plata.

La gente que manda hacer o compra todas estas cosas no sabe lo que se pierde, pues las tareas más humildes parecen hermosas si se hacen con mano cariñosa, y Meg encontró una amplia prueba de ello, pues todas las cosas de su nidito, desde el palote de la cocina hasta el florero de plata de la mesa de la sala, eran testimonios elocuentes de amor al hogar y de tierna providencia.

¡Cómo se divirtieron haciendo proyectos! ... ¡Y qué solemnes excursiones de compras! ... ¡qué errores tan divertidos cometieron y qué carcajadas ruidosas festejaban los ridículos "descubrimientos" de Laurie! ... En su afición a las bromas, ese caballerito, aunque ya a punto de salir de la universidad, era tan niño como antes. Su última "chifladura" había sido traer todas las semanas algún artículo nuevo, ingenioso y útil para la joven ama de casa. Un día era una bolsa de notables broches para la ropa, el siguiente un maravilloso rallador de nuez moscada que se desintegraba a la primera prueba, un limpiacuchillos que dañó todos los de la

casa o una barredora que arrancaba los pelos de las alfombras y dejaba la suciedad; un jabón que ahorraba trabajo pero destrozaba la piel de las manos, pegatodos infalibles que no se adherían a otra cosa que los dedos de los ilusos compradores y toda suerte imaginable de artículos de lata, desde un alcancía para monedas sueltas hasta una caldera mágica que lavaba las cosas en su propio vapor, con todas las perspectivas de estallar en la operación.

Era inútil que Meg le rogara:

-¡Basta!..., que John se riera de él y que Jo lo llamase "Don Descubrimiento". Le había atacado la manía de favorecer la inventiva yanqui. De modo que cada semana era testigo de un nuevo absurdo.

Por fin todo estuvo terminado, hasta el detalle d' los jabones de distintos colores arreglados por Amy para hacer juego con la decoración de los cuartos y la mesa tendida por Beth para la primera comida.

-¿Estás satisfecha? ¿Te da la impresión de hogar? - preguntó la señora de March recorriendo con Meg las dependencias del nuevo y pequeño reino del brazo las dos, pues en ese momento madre e hija parecían más estrechamente ligadas que nunca.

-Sí, mamá, completamente satisfecha, ¡gracias a todos ustedes! Y tan feliz que ni siquiera puedo hablar -respondió Meg.

-Si tuviese una o dos sirvientas sería perfecto -observó Amy saliendo de la sala, tratando de decidir dónde quedaba mejor el Mercurio de bronce, si en la chimenea o en la rinconera.

-Mamá y yo hemos hablado ya del asunto y me he decidido a probar primero su idea: habrá tan poco que hacer que bastará con Lotty para los mandados y ayudarme en algunas cosas, de modo que tenga yo sólo el trabajo suficiente como para librarme de la holganza y de extrañarlos a todos -respondió Meg.

-Sarita Moffat tiene cuatro... -comenzó Amy.

-Si Meg tuviese cuatro sirvientes no cabrían en la casa y el señor y la señora tendrían que acampar en el jardín -interrumpió Jo, quien, envuelta en un gran delantal, daba el último toque a los bronces de las puertas.

-Sarita no es la esposa de un hombre pobre y las muchas mucamas están de acuerdo con su hermosa mansión. Meg y Juan comienzan modestamente, pero tengo la impresión de que habrá tanta o más felicidad en la casita chica como en la grande. Es un error que a las muchachas jóvenes como Meg no les quede otra cosa que hacer que vestirse, dar órdenes y chismorrear. Recién casada, yo estaba deseando que se gastase mi ropa nueva o que se rompiese, así podía remendarla porque me harté de hacer bordaditos -dijo la señora March.

-¿Por qué no ibas a la cocina y ensayabas "comistrajos", como hace Sally para divertirse, aunque nunca le salen bien y las sirvientas se ríen de ella? -apuntó Meg.

-Lo hice, después de un tiempo, pero no para ensayar "comistrajos",sino para aprender a hacer las cosas bien y que los sirvientes no tuviesen que reírse de mí. Entonces era sólo un juego, pero día llegó en que agradecía tener conocimiento para cocinar alimentos sanos para mis hijitas y hacer mi trabajo cuando ya no pude pagarme servidumbre alguna. Tú, Meg, comienzas al extremo opuesto, pero las lecciones que ahora aprendas te serán útiles más adelante cuando Juan sea más rico, pues una dueña de casa, por opulenta que sea, debe saber cómo se hace el trabajo si quiere que la sirvan bien y no le birlen el dinero.

-Sí, mamá, de eso estoy segura -dijo Meg, escuchando respetuosamente esta pequeña homilía-. ¿Saben que éste es el cuarto que más me gusta en mi casita de muñecas? -añadió Meg poco después, cuando subieron al piso alto, y echando una ojeada a su bien provisto placar de ropa blanca.

Allí estaba Beth arreglando las blanquísimas pilas con gran prolijidad en los estantes y deleitándose con el hermoso despliegue. Las tres soltaron la risa al oír a Meg, pues el placar de la ropa blanca era ya una broma clásica, pues la tía March se había valido de un truco para

mandar hacer y marcar con iniciales una abundante provisión de ropa de cama y de mesa y enviarla como regalo de la tía Carrol. Pero el secreto se supo, divirtiendo mucho a la familia, pues la tía March trataba de hacerse la desentendida, insistiendo en decir que no podía regalar otra cosa que las perlas antiguas, prometidas desde tiempo atrás a la primera novia.

-He aquí un gusto muy femenino que me complace mucho ver en ti como ama de casa. Yo tenía una amiga joven que comenzó su vida de hogar con seis sábanas, pero en cambio tenía bol para la fruta para cuando tuviese visitas, y eso la satisfacía plenamente -observó la señora de March pasando la mano por los manteles de damasco.

-Lo que soy yo, no tengo un solo bol para la fruta, pero este ajuar, según Ana, me durará por el resto de mis días.

-Ahí viene "Don Descubrimiento" -anunció Jo desde abajo; y todas bajaron a saludar a Laurie, cuyas visitas semanales eran un acontecimiento importante en sus sencillas vidas.

Un fornido muchacho alto, de hombros anchos, pelo cortado al rape, una palangana de fieltro por sombrero y saco muy suelto venía por el camino a gran velocidad, saltaba el cerco sin pararse a abrir la verja, y se dirigía derecho a la señora de March con ambas manos extendidas y un cordial saludo:

-¡Aquí estoy, madre! ¡Todo bien!...

La última frase correspondía a la mirada que le había dirigido la señora, mirada bondadosa e inquisitiva, que los hermosos ojos del muchacho enfrentaron con tanta franqueza que la pequeña ceremonia terminó, como de costumbre, con un beso maternal.

-Para la señora de Brooke, con las felicitaciones del fabricante. ¡Dios te bendiga, Beth querida! ... ¡Qué espectáculo reconfortante eres, Jo! ... Amy, te estás poniendo demasiado bonita para una sola persona...

Mientras hablaba, Laurie entregaba un paquete a Meg, tiraba del moño del pelo de Beth, fijaba la vista en el delantal de Jo y caía en burlona actitud de éxtasis ante Amy. Luego estrechó la mano a todo el mundo y comenzaron a hablar.

-¿Dónde está Juan? -preguntó inquieta Meg.

-Se detuvo a buscar la licencia para mañana, señora mía.

-¿Quién ganó el último partido? -preguntó Jo, que persistía en interesarse por los deportes varoniles, pese a sus diecinueve años.

-Nosotros, naturalmente. ¡Ojalá hubieras estado allí para verlo!...

-¿Cómo está la bella señorita de Randal? -preguntó Amy.

-Más cruel que nunca. ¿No ven cómo me estoy quedando en los huesos? -respondió Laurie con una sonora palmada en el ancho pecho y un melodramático suspiro.

-¿Cuál es la última broma? Abre el paquete y veámoslo, Meg -dijo Beth espiando curiosamente el abultado envoltorio.

-Es algo muy útil para tener en la casa en caso de incendio o de robo -apuntó Laurie al aparecer a la vista una matraca de sereno, que recibieron con grandes risas las cuatro chicas.

-Cualquier día que Juan no esté en casa y doña Meg se asuste no tiene más que agitar esto sacándolo por la ventana y en un periquete se despertará todo el vecindario. Lindo ¿no? -añadió el pícaro muchacho dando una muestra del poderoso despertador. Todos se taparon los oídos.

-¡Vaya manera de agradecerle a uno!.. Y hablando de agradecimiento: bien le puedes agradecer a Ana haber salvado tu torta de bodas de la destrucción, pues la traían cuando ya entraba, y si ella no la hubiese defendido con tanta valentía le hubiera picoteado con toda seguridad, pues parecía formidable.

-¡Cuándo crecerás, Laurie!... -observó Meg con tono de matrona.

-Hago lo posible, señora, pero no creo que pueda adquirir más estatura, pues 1,90 metro es todo lo que se puede pretender en esta época de decadencia -respondió el caballero, cuya

cabeza llegaba casi a la araña de la sala.

-Me imagino que sería una profanación comer en esta flamante tacita de plata, así que como tengo un hambre imponente propongo un traslado -añadió poco después.

-Mamá y yo vamos a esperar a Juan, pues todavía quedan unas últimas cosas por resolver contestó Meg retirándose muy atareada.

-Beth y yo nos vamos a casa de Kitty Bryant a buscar más flores para mañana -agregó Amy probando el efecto de un sombrero muy pintoresco sobre sus rizos igualmente graciosos y disfrutando del resultado como todos los demás.

-Vamos, Jo, no abandones a este pobre individuo. Estoy en tal estado de agotamiento que me es imposible llegar a casa sin ayuda. No te saques ese delantal por nada del mundo: es estupendamente sentador -le dijo Laurie al quitarse Jo el delantal, que era especial aversión de Laurie. ofreciéndole al muchacho el brazo para guiar sus débiles pasos.

-Bueno. Teddy, ahora tenemos que hablar muy seriamente de mañana -comenzó a decir Jo al salir juntos caminando-. Tienes que prometerme que no harás ninguna diablura que eche a perder nuestros proyectos.

-Ni una sola diablura... ¡Prometido!

-Y no digas disparates divertidos cuando corresponda estar serio.

-Yo nunca hago eso... Tú eres buena para esas cosas.

-Y te imploro que no me mires durante la ceremonia, pues con toda seguridad soltaré la risa...

-Ni siquiera me vas a ver durante la ceremonia... Vas a llorar tanto que te ocultarán las lágrimas toda la perspectiva.

-Sabes muy bien que nunca lloro... a menos que suceda una desgracia.

-¿Tal como que un tipo se vaya a la universidad? ... -interrumpió Laurie con una risita burlona.

-No seas presuntuoso... Sólo me lamenté un poquito para acompañar a las chicas.

-¡Claro! ... ¡Naturalmente!... Dime, Jo, ¿cómo está abuelo esta semana? ¿Amable?

-Muy amable. ¿Por qué preguntas eso? ¿Te has metido en algún lío y quieres saber cómo lo va a tomar? -preguntó Jo suspicaz.

-¡Vamos, Jo! ... ¿Me crees capaz de mirar a tu madre

a los ojos y decirle: Todo bien, si de veras no fuese así? -Y Laurie interrumpió la marcha con aire ofendido.

-No. No lo creo.

-Entonces no seas desconfiada. Solamente quiero pedirle dinero -dijo Laurie ya apaciguado por el tono sincero de Jo.

-Gastas mucho, Teddy.

-Bendita muchacha, yo no lo gasto, se gasta solo. No sé cómo, pero cuando me acuerdo, ya ha desaparecido todo lo que tenía.

-Eres tan generoso y de corazón tan tierno que dejas que la gente te pida prestado y no sabes decir que no a nadie. Nos enteramos del asunto de Henshaw y todo lo que hiciste por él. Si siempre gastaras el dinero de ese modo nadie podría reprochártelo -expresó Jo con mucho calor.

-¡Oh!... Henshaw le dio demasiada importancia a la cosa. ¡No iba a dejar que ese tipo estupendo se matase trabajando por falta de algo de ayuda cuando vale él solo más que una docena de nosotros, que somos unos zánganos!... ¿Verdad que tú misma no hubieras querido eso?

-¡Claro que no!... Pero no veo para qué tienes que poseer en tu guardarropa diecisiete chalecos, no sé cuántas corbatas y un sombrero nuevo cada vez que vienes a tu casa. Creía que ya te habías curado de tu fiebre de "dandysmo", pero a cada rato veo un nuevo brote. La

moda de ahora es estar horrible. Si fuera una fealdad barata yo no diría nada, pero cuesta igual que la moda linda, y por mi parte no saco de ella ninguna satisfacción.

Laurie echó la cabeza hacia atrás y se rió con tantas ganas de semejante ataque que se le cayó la palangana de fieltro y Jo la pisó, episodio que le dio a Laurie la oportunidad de explayarse sobre las ventajas de la ropa simple y recia.

-No me sermonees más, ¿eh, Jo? ... Bastante tengo toda la semana y quiero divertirme cuando vengo a casa. Mañana me voy a vestir como la gente, sin fijarme en gastos, y te aseguro que seré una verdadera satisfacción para mis amigos.

-Te dejaría en paz si al menos te dejaras crecer el pelo. Sabe Dios que no tengo airetes aristocráticos, pero pongo objeción a ser vista con un tipo que parece un boxeador -observó Jo con severidad.

-Este estilo modesto anima a estudiar: por eso lo adoptamos -replicó Laurie-. Y entre paréntesis, Jo, creo que el petiso Parker se está volviendo loco por Amy. Habla de ella todo el día, le escribe poemas y está en la luna la mayor parte del tiempo. Sería mejor que desterrara esa pasioncita, ¿no te parece? -añadió Laurie en tono confidencial de hermano mayor después de un minuto de silencio.

-Naturalmente... Nada de casamientos en la familia por varios años. ¡Dios de mi vida! ... ¿Qué están pensando estos niños? -exclamó Jo tan escandalizada como si Amy y Parker tuvieran doce años.

-Es una época de gran rapidez y no sé a dónde vamos a parar, señora. Tú no eres más que una criatura, pero serás la próxima en irte, Jo, y nos dejarás de duelo -dijo Laurie sacudiendo la cabeza al pensar en la degeneración de la época.

-No te alarmes; no soy del tipo de las que gustan. Nadie me va a querer, y es una suerte que así sea, pues es preciso que haya una solterona en todas las familias.

-Tú no le das oportunidad a nadie -dijo Laurie con una mirada de soslayo y algo más de color que antes en su rostro curtido por el sol-. Nunca muestras el lado dulce de tu carácter y si algún tipo lo descubre accidentalmente y no puede evitar demostrarte que le gustas, lo tratas como aquella señora Gummidge trataba a su novio: le echas agua fría y te pones tan espinosa que nadie puede ni siquiera acercársete.

-No me gustan esas cosas; estoy demasiado atareada para preocuparme de pavadas y me parece terrible romper de esa manera las familias. Ahora pórtate bien y no digas más nada; el casamiento de Meg nos ha hecho perder a todos la cabeza y no hablamos más que de amor y otros absurdos parecidos. Como no quiero enojarme, será mejor que cambiemos de tema. -Y Jo parecía muy dispuesta a arrojar agua fría a la menor provocación.

Fueran cuales fueren sus sentimientos, Laurie les dio salida con un largo silbido por lo bajo y una tímida predicción lanzada cuando se separaron en la puerta:

-Acuérdate de lo que te digo, jo... Tú serás la próxima en irte.

II
EL PRIMER CASAMIENTO

Las rosas de junio del porche despertaron bien temprano aquella mañana, regocijándose con el sol, que brillaba en un cielo sin nubes, como vecinos y amigos que eran en realidad. Rojas de emoción se balanceaban al viento, susurrándose unas a otras lo que habían visto, pues algunas se asomaban por las ventanas del comedor, donde estaba preparada la comida, mientras que otras subían para inclinarse ante las hermanas y sonreírles en tanto vestían a la

novia.

La propia Meg no parecía sino una rosa más, pues todo lo mejor y más dulce de su corazón parecía florecer ese día en su carita, haciéndola hermosa y tierna, con un encanto más bello aún que la belleza. No quiso saber nada de sedas, ni de encaje, ni de azahares. "No quiero parecer rara o artificial en un día como hoy -decía-. No quiero una boda fastuosa ni a la moda, sino simplemente quiero tener a los que amo a mi alrededor y para ellos parecer y ser la misma de siempre."

Así, pues, ella misma se hizo el traje de novia, cosiendo en él puntada a puntada las tiernas esperanzas y romances inocentes de su joven corazón. Sus hermanas le trenzaron los bonitos cabellos y los únicos adornos que llevó fueron los muguetes o lirios del valle, que a "su John" gustaban más que ninguna otra flor.

-De veras que estás exactamente como nuestra querida Meg de siempre, sólo que tan dulce y bonita que te abrazaría si no fuese por no arrugarte el vestido -exclamó Amy contemplándola encantada cuando la "toilette" estuvo terminada.

-Entonces estoy satisfecha. Pero. por favor, deseo que me abracen y besen todo lo que quieran sin preocuparse de mi vestido.

Y Meg abrió los brazos a sus hermanas, que la estrujaron con caras felices, seguras de que el nuevo amos no había cambiado el antiguo.

-Ahora me voy a hacerle a Juan la corbata y luego me quedaré unos minutos tranquila con papá en el escritorio.

Y Meg bajó corriendo a celebrar esas pequeñas ceremonias y luego a seguir a su madre por donde ella anduviese, consciente de que pese a las sonrisas del rostro querido había una pena secreta en el maternal corazón por el vuelo de la primera ave que dejaba el nido.

Mientras las tres chicas menores están juntas dando los últimos toques a sus simples tocados, es una buena oportunidad para comprobar unos pocos cambios que se han operado en sus aspectos, pues las tres están hoy mejor que nunca.

Se han suavizado mucho los ángulos en Jo, quien ha aprendido a conducirse con desenvoltura, si no con gracia. El pelo enrizado ha crecido y es hoy una espesa melena, más sentadora para esa cabecita que corona la alta figura. Hay frescos colores en sus mejillas morenas, un suave brillo en sus ojos, su aguda lengua no pronuncia hoy más que palabras benévolas.

Beth ha crecido y está alta y pálida y más tranquila que nunca; los bellos ojos bondadosos parecen más grandes y hay en ellos una expresión que entristece, aunque no es en sí misma triste. Es la sombra del dolor que toca aquel rostro joven con paciencia tan patética, aunque Beth rara vez se queje y siempre hable esperanzada de que "pronto estará mejor".

Amy es considerada con justicia "la flor de la familia", pues a los dieciséis años tiene todo el aire y el porte de una mujer hecha: no bella, pero poseída de ese encanto indescriptible que se llama gracia. La acusaban las líneas de su figura, los movimientos de sus manos, el ondear de su vestido, la caída de su pelo, detalles no deslumbrantes pero si armoniosos y tan atrayentes para muchos como la belleza misma. La nariz de Amy la seguía afligiendo, pues se rehusaba por completo a volverse griega; lo mismo ocurría con la boca, que era grande y de mentón pronunciado. Estas facciones defectuosas daban carácter a todo su rostro, pero ella nunca lo veía así, aunque se consolaba con su cutis exquisitamente blanco, sus penetrantes ojos azules y sus rizos, más dorados y abundantes que nunca.

Las tres llevaban trajes de tela delgada color gris plata (sus mejores vestidos para ese verano) con rosas rosadas en el pelo y en el pecho; y las tres parecían lo que realmente eran: muchachas de cara fresca y corazón feliz, deteniéndose un momento de sus vidas atareadas para leer con ojos pensativos el capítulo más dulce del romance de la vida de una mujer.

No habría ritos ceremoniosos; todo sería tan natural y hogareño como fuese posible. Así,

pues, cuando llegó tía March se escandalizó mucho al ver a la novia correr a recibirla, encontrar al novio asegurando una guirnalda que se había caído y atisbar al paternal sacerdote subiendo escaleras arriba con cara muy grave y una botella de vino bajo cada brazo.

-¡Válgame Dios!... ¿Qué significa este estado de cosas? -exclamó la anciana señora ubicándose en el asiento de honor preparado para ella y arreglando los pliegues de su traje de moaré lila con gran crujido de sedas-. ¡No te debías haber dejado ver hasta el último momento, criatura!...

-No soy ningún espectáculo, tiíta, y nadie viene a mirame ni a criticar mi vestido ni a calcular lo que costó el "buffet". Soy demasiado feliz para estarme preocupando de lo que nadie diga o piense, así que mi casamiento será exactamente como a mí me gusta. Juan, querido,

aquí está tu martillo -y allí se fue la novia a ayudar a "ese hombre" en su trabajo.

El señor Brooke no dijo ni siquiera gracias; pero al agacharse a recoger aquel utensilio tan poco romántico le dio un beso a su novia detrás de la puerta plegadiza, con una mirada que obligó a tía March a sacar su pañuelito y secarse un sospechoso rocío que había aparecido en sus viejos ojos sagaces.

De pronto, un estruendo, un grito, una risa de Laurie, acompañada de la expresión indecorosa de: "¡Júpiter Tonante!... ¡Jo ha vuelto a derribar la torta!..." Una conmoción momentánea que apenas había pasado cuando llegó una bandada de primos y "empezó la fiesta", como decía Beth cuando era chiquita.

-No dejéis que se me acerque ese gigantón... me fastidia más que los mosquitos susurró tía March al oído de Amy a medida que las habitaciones se iban llenando y la negra cabeza de Laurie sobresalía por sobre todas las demás.

-Nos ha prometido portarse muy bien hoy y es muy capaz de proceder con suma elegancia cuando quiere -replicó Amy, deslizándose hacia el otro cuarto para advertir al Hércules que se guardara del dragón, aviso que bastó para que él todo el día rondara a la anciana con una devoción que casi la enloquece.

No hubo cortejo nupcial, pero se hizo en la sala un repentino silencio en el momento en que el señor March y la joven pareja se colocaron bajo el arco de siempreverdes. La madre y las hermanas se apiñaron bien cerca, como si estuviesen poco dispuestas a renunciar a Meg; la voz paternal se quebró más de una vez, lo cual contribuyó a hacer la ceremonia más hermosa y solemne; la mano del novio tembló visiblemente y nadie pudo oír sus respuestas; en cambio, Meg miró al novio directamente a los ojos y dijo: "¡Si!" con una confianza tan llena de ternura en el rostro y en la voz que su madre se regocijó interiormente y la tía March lloriqueó de tal modo que todo el mundo la oyó.

En cuanto a Jo, no gimoteó como Laurie le pronosticara, aunque estuvo a punto de hacerlo en cierta ocasión, y sólo se contuvo de dar un espectáculo por la certeza de que Laurie la miraba fijamente con una mezcla cómica de alegría y emoción en sus ojos traviesos. Beth escondió la cara en el hombro de su madre, pero Amy parecía una graciosa estatua con un rayo de sol muy sentador posado en su blanca frente y en la rosa de su cabello.

Mucho me temo que no haya sido del todo elegante, pero en el mismo instante que se consideró casada Meg exclamó: "¡El primer beso para mamá!", volviéndose para dárselo con el corazón en los labios. Luego Meg se asemejó más que nunca a una rosa, pues todo el mundo se aprovechó al máximo de la franquicia de "besar a la novia", desde el señor Laurence hasta Ana, quien adornada de una cofia impresionante se abalanzó sobre Meg en el "hall" con un sollozo mezclado con risa casi ahogada: "Dios, te bendiga, queridita, cien veces... ¡La torta no se dató :nadita y todo está precioso..."

Después de eso todo el mundo se sintió más despejado y dijo alguna agudeza, o por lo menos lo intentó, que fue casi lo mismo, pues la risa es fácil cuando las almas están contentas.

No hubo exposición de regalos, ya que todos estaban colocados en la casita, ni hubo tampoco un complicado "buffet", sino un abundante almuerzo con pasteles y fruta. El señor Laurence y la tía March se miraron y sonrieron encogiéndose de hombros cuando vieron que los únicos néctares que las tres Hebes alcanzaban a la concurrencia eran agua, limonada y café. Nadie dijo nada sin embargo hasta que Laurie, que insistía en servir a la novia, apareció ante ella con una bandeja colmada eh la mano y una expresión de perplejidad en la cara.

-¿Acaso Jo ha roto por accidente todas las botellas? -preguntó- ¿O me equivoco al creer que vi algunas por ahí esta mañana?

-No, es verdad; tu abuelo nos ofreció lo mejor de su bodega y tía March nos mandó varias botellas, pero papá reservó algunas para Beth y despachó el resto para el Asilo de Marineros. Ya sabes que él piensa que el vino debe beberse sólo en caso de enfermedad, y mamá siempre dice que ni ella ni sus hijas se lo ofrecerán nunca a ningún joven bajo su techo.

Meg hablaba con toda seriedad y esperaba que Laurie se riese o refunfuñase, pero el chico no hizo ninguna de las dos cosas, sino que dijo con su modo impetuoso de siempre:

-Eso me parece bien. Bastante daño he visto hacer por la causa contraria para no desear que ninguna mujer piense como ustedes.

-Espero que no hayas adquirido sabiduría con la experiencia, ¿eh?

-No, te doy mi palabra de que no... y no vayas a darme mucho mérito por eso, sino que ésta no es una tentación para mí. Educado en un medio donde el vino me llama la atención, aunque cuando a uno se lo ofrece una chica bonita no se puede rehusar, ¿eh?

-Pero lo harás, si no por ti, por los demás. ¡Ea, Laurie!. prométemelo y me darás una razón más para llamar a éste el día más feliz de mi vida.

Una exigencia tan repentina y tan seria hizo vacilar un momento al joven, pues el ridículo es a veces más difícil de sobrellevar que el sacrificio. Meg sabía que si Laurie le hacía esa promesa en aquel momento la cumpliría luego por mucho que le costase, y consciente de su fuerza, la utilizó, como hace toda mujer con todo derecho, siempre que sea por el bien de un amigo. No habló, pero miraba el rostro del muchacho con expresión a la que la felicidad prestaba elocuencia y con una sonrisa que decía: "Nadie puede negarme nada hoy". Por cierto que Laurie no podía, y respondiendo a la sonrisa de Meg con otra sonrisa, le dijo con calor: "Lo prometo, señora de Brooke".

-Te lo agradezco muchísimo.

-Y yo digo: ¡que sea por muchos años esa resolución!.. . -exclamó Jo, bautizándolo con una salpicadura de limonada al agitar su vaso y mirarlo radiante de aprobación.

Así se hizo aquel brindis memorable, y así fue empeñada la palabra y fielmente cumplida, pese a haber sido muchas las tentaciones. Con sabiduría instintiva, las muchachas habían aprovechado un momento feliz para hacer al amigo un favor que él supo agradecerles toda la vida.

Después del almuerzo la gente se puso a pasear de aquí para allá en grupos de dos o de tres por el jardín o la casa, disfrutando del sol tanto afuera como adentro. En un momento en que Meg y Juan se encontraban parados juntos en medio de un cuadrito de césped a Laurie lo arrebató una inspiración que puso la nota final en este casamiento tan fuera de lo usual.

-Que todos los casados formen rueda y bailen alrededor de los novios, como hacen los alemanes, mientras los solteros bailan en parejas por la parte de afuera -gritaba Laurie, paseándose por la vereda de la mano con Amy, y su alegría fue tan contagiosa que todo el mundo siguió su ejemplo sin una sola protesta.

El señor y la señora de March, tía March y tío Carrol abrieron la marcha y los demás se plegaron, aun Sarita Moffat, quien después de un minuto de vacilación se echó la cola del vestido sobre el brazo y arrebató a Eduardo para unirse a la ronda. Pero la coronación de la tarde fueron el señor Laurence y la tía March, pues cuando el imponente caballero se dirigió

con aire solemne a la dama, ella puso su bastón bajo el brazo y salió dando saltitos para unirse de manos con los demás y bailar alrededor de los novios mientras los jóvenes invadían el jardín como mariposas en día de verano.

La falta de aliento puso fin al baile improvisado y luego la concurrencia comenzó a marcharse.

-Te deseo mucho bien, querida, de corazón te deseo bien, pero creo que te arrepentirás -dijo tía March a Meg, añadiendo al novio al acompañarla él hasta el coche-: Tiene usted un tesoro, caballerito, vea usted de merecerlo.

-Éste es el casamiento más lindo que he visto en mucho tiempo, Eduardo, y no sabría decir por qué, pues no tuvo ninguna elegancia -observó a su marido la joven señora de Moffat al alejarse en su coche.

-Laurie, muchacho, si alguna vez tienes ganas de darte un lujo de esta clase, consíguete una de estas chiquitas para acompañarte y estaré completamente satisfecho -manifestó el señor Laurence sentándose a descansar en su sillón después de la agitación de la mañana.

-Haré lo posible por darle gusto, señor -fue la respuesta de Laurie, desusadamente obediente, y se desprendió de la solapa con sumo cuidado la flor que Jo le había puesto en el ojal.

La casita de Meg y Juan no quedaba lejos y el único viaje de novios que hizo Meg fue el tranquilo paseo con su Juan de la vieja casa a la nueva.

-No tengan la impresión de que me separe de ustedes, mamita querida, o de que los quiera menos porque quiera tanto a Juan -dijo abrazándose a su madre con los ojos arrasados en lágrimas por un momento-. Vendré todos los días, papá, y espero que me guardéis en vuestros corazones el sitio de siempre, por casada que esté. Beth va a ;.asar conmigo bastante tiempo y las otras chicas vendrán a verme a menudo para reírse de mis luchas domésticas. Gracias a todos por mi preciosa fiesta de casamiento. ¡Adiós, adiós! ...

Allí se quedaron los demás con caras llenas de amor, tierna esperanza y bastante orgullo, mirándola alejarse apoyada en su marido con las manos llenas de flores y el sol da junio iluminando su rostro feliz. Así comenzó la vida de casada de Meg.

III
ENSAYOS ARTÍSTICOS

Lleva mucho tiempo aprender la diferencia entre el talento y el genio, y eso es más difícil aún para chicas y muchachos ambiciosos. A través de muchas tribulaciones, Amy aprendía esa distinción, pues tomando equivocadamente su entusiasmo por inspiración ensayó todas las ramas del arte con audacia decididamente juvenil. Por largo tiempo hubo calma en el asunto del modelado, dedicando ese tiempo a finísimas obras de dibujo a pluma, en el cual mostraba tanto gusto y habilidad que sus encantadoras obritas resultaron a la vez agradables y provechosas. Pero el esfuerzo que exigió a su vista la obligó a abandonar el dibujo a pluma, reemplazándolo por un audaz ensayo en pirograbado.

Mientras duró este ataque la familia vivió en temor constante de una conflagración, pues a toda hora el olor a madera quemada penetraba por toda la casa y, con frecuencia alarmante, salía humo del altillo o del galpón; por todos lados aparecían atizadores calientes al rojo y Ana no se acostaba nunca sin llevarse un balde de agua además de una campana por miedo de un incendio. La cara tallada de Rafael fue encontrada en el revés del tablero de modelar.

Luego, muy apropiadamente, la cabeza de Baco apareció en la tapa del barril de cerveza y un querubín cantando adornó la tapa del cubo del azúcar. En cuanto a las tentativas de retratar a romeo y Julieta, proveyeron a la familia de leñita para el fuego durante un tiempo.

Del fuego, la transición al aceite fue natural para aquellos pobres dedos quemados y Amy se puso a pintar con no menos fervor que antes. Un amigo pintor la equipó con sus paletas, pinceles y pinturas abandonados; y se puso a pintorrear marinas y pastorales como no se vieron nunca ni en mar ni en tierra. Sus monstruosidades en materia de ganado hubiesen obtenido premios en cualquier exposición y la peligrosa inclinación de sus navíos hubiese mareado al observador más náutico si primero no se hubiese convulsionado de risa al notar el más absoluto descuido de todas las reglas conocidas de la construcción de barcos.

Después fueron los retratos al carbón; apareció toda la familia colgada de la pared con aspecto tan fiero y fuliginoso como si recién saliera de la carbonera. Con los bosquejos al lápiz, se. suavizaron algo, pues los parecidos eran muy buenos y fueron calificados por algunos de "notables": el pelo de Amy, la nariz de Jo, la boca de Meg y los ojos de Laurie. Siguió un retorno al yeso y la arcilla y los rincones de la casa se vieron frecuentados por vaciados fantasmales de los conocidos de Amy. No era difícil que al abrir un placar cayera uno de aquellos benditos vaciados sobre la cabeza del curioso. Los chicos del barrio eran sobornados para servir de modelos y sus incoherentes relatos de las misteriosas actividades de la astuta muchacha la presentaban a los vecinos como una especie de joven ogro. Sus esfuerzos en ese campo llevaron a un abrupto fin, sin embargo, a causa de un infortunado accidente que apagó su entusiasmo. Siéndole escasos los modelos, se puso a vaciar su propio pie, por cierto muy bonito, y un día la familia se alarmó con una espantosa baraúnda de golpes y gritos. Al correr al salvamento se encontraron con la entusiasta joven saltando como loca por el galpón con el pie agarrado fuertemente en un balde de yeso que se había endurecido con inesperada rapidez. Con mucha dificultad y algún peligro fue extraída del yeso, pues a Jo la venció de tal modo la risa mientras hurgaba que se le escapó el cuchillo y le cortó el piececito, quedando a la pobre Amy un recuerdo imborrable de aquel ensayo artístico.

Después de ese experimento, Amy se tranquilizó un tiempo, hasta que la manía de bosquejar del natural la llevó a frecuentar el río, el campo y el bosque, a la búsqueda de estudios pintorescos, mientras suspiraba por algunas ruinas que copiar. Innumerables fueron los resfríos que se pescó sentándose en la hierba húmeda para hacer un apunte de algún "delicioso detalle", compuesto de una piedra, un poste, un hongo y un tallito quebrado o de "un precioso macizo de nubes" que parecían -cuando pintadas- una exhibición selecta de colchones de pluma. Hasta sacrificó su cutis bogando por el río en pleno verano para estudiar la luz y la sombra.

Si el genio no es más que "paciencia eterna", como afirmó Miguel Angel, por cierto que Amy tenía algún derecho a ese divino atributo, pues perseveraba a pesar de todos los obstáculos, fracasos y desencantos, porque creía firmemente que algún día iba a hacer algo digno de ser llamado "gran arte".

Entretanto, aprendía, hacía y disfrutaba de otras cosas, pues también estaba resuelta a ser una mujer atrayente y culta, aunque nunca llegara a ser una gran artista. En eso obtenía mejores resultados, pues era uno de esos seres felizmente creados que complacen sin esfuerzo, que se hacen amigos por todas partes y toman la vida con tanta gracia y facilidad que los menos afortunados se ven tentados de creer que han nacido bajo una estrella auspiciosa. A todo el mundo gustaba Amy, pues entre sus muchos dones poseía el del tacto. Tenía un sentido instintivo de lo que era apropiado y podía ser agradable a los demás. Siempre decía lo que debía a cada persona, hacía lo que correspondía hacer en cada lugar y momento y tenía tal dominio de sí misma que sus hermanas solían decir que si Amy tuviese que presentarse ante la corte de Inglaterra sin ensayo previo iba a saber exactamente qué hacer y qué decir.

Una de las debilidades era, sin embargo, el deseo de actuar eh "la mejor sociedad" sin que estuviese muy segura de lo que constituía en realidad lo mejor. A sus ojos eran muy deseables el dinero, la posición, la. habilidades y los modales elegantes y gustaba de tratar a quienes poseían esas cualidades, tomando a mentido lo falso por lo verdadero y admirando lo que no siempre era admirable. No olvidaba nunca que era una dama por su nacimiento y cultivaba sus gustos y modos de sentir aristocráticos con miras a que, llegada la oportunidad, la encontrase preparada para ocupar el lugar del que ahora la excluía la pobreza.

"Su Señoría", como la llamaban sus amigas, deseaba sinceramente ser una dama verdadera, y en esencia lo era.

-Quiero pedirte un favor, mamá -anunció un día Amy, entrando en su casa con aire importante.

-Bueno, chiquita, ¿de qué se trata? -respondió la madre, a cuyos ojos la altiva señorita seguía siendo "la nena".

-Nuestra clase de dibujo termina la semana próxima, y antes de separarme de las chicas por el verano quiero invitarlas a que vengan a pasar un día aquí conmigo. Están locas por ver el río, sacar apuntes del puente roto y copiar algunas de las cosas que tanto admiran en mi carpeta. ¡Han sido tan amables conmigo!... Y les estoy especialmente agradecida, pues todas son ricas y saben que yo soy pobre sin hacérmelo notar nunca.

-¿Y por qué habían de hacértelo notar? -La señora de March hizo la pregunta con un aire que las chicas llamaban "digno de María Teresa".

-Mamita, sabes tan bien como yo que esa diferencia tiene mucha importancia para casi todo el mundo, así que no te encrespes como una gallina cuando algún ave pica a sus pollitos.

Rió de buena gana la señora de March y suavizando su orgullo materno preguntó:

Bueno, chiquita, ¿de qué se trata?

-Quisiera invitar a las chicas a almorzar aquí la semana que viene, llevarlas en coche a todos los sitios que quieran visitar, hacer quizá un paseo eh bote por el río... es decir, hacerles una fiestecita artística.

-Todo parece factible. ¿Qué les darías de almorzar? Me imagino que bastará con sandwich, torta, fruta y café, ¿no?

-¡Oh, no, mamá! Yo había pensado darles también lengua y pollo fríos, chocolate y helados. Estas chicas están habituadas a esas cosas y yo quiero que mi almuerzo sea correcto y elegante por lo mismo que saben que trabajo para vivir.

-¿Cuántas chicas son? -preguntó la señora empezando a ponerse seria.

-En clase somos entre doce y catorce, pero no creo que vengan todas...

-¡Criatura! Vas a tener que alquilar un ómnibus para llevarlas de aquí para allá...

-¡Pero; mamá! ... ¿Cómo se te ocurre? Probablemente no vendrán más de siete u ocho. Alquilaré una camioneta y pediré prestado el cochecito del señor Laurence.

-Todo eso saldrá caro, Amy.

-No tanto, mamita. He calculado el gasto y lo voy a pagar yo.

-¿No te parece, querida, que por lo mismo que esas chicas están acostumbradas a esas cosas, por más que nos empeñemos no les ofreceríamos hada nuevo? Por eso, si hacemos todo más sencillo, les resultará a ellas un cambio agradable y a nosotros menos gravoso que empeñándonos a comprar o pedir prestado cosas que no necesitamos y que no están de acuerdo con nuestra posición.

-Si no lo hago del modo que he pensado prefiero no hacerlo, mamá. Sé que puedo llevarlo a cabo perfectamente con tu ayuda y la de las chicas... Además, no veo por qué no, cuando estoy dispuesta a pagar todos los gastos.

Amy hablaba con tono decidido.

Sabiendo que la experiencia es la mejor maestra, la señora de March dejaba -cuando ello

era posible- que sus hijas aprendieran por sí solas.

-Muy bien, hija. Si estás decidida y crees que podrás hacer todo sin demasiado gasto de dinero, de nervios y de tiempo, no te diré nada más. Háblalo con tus hermanas y lo que decidan se hará, con toda la ayuda que yo pueda darles.

-¡Gracias, mamá! ¡Eres siempre tan, buena allí se fue Amy a enterar a las otras chicas de su proyecto.

Meg estuvo de acuerdo desde el principio y prometió ayudar, ofreciendo de corazón desde su casita hasta sus mejores cucharitas de plata.

Pero en cambio Jo desaprobó todo el proyecto y no quería saber nada de ayudar.

-¿Pon qué diablos tienes que gastar dinero y fastidiar a tu familia, amén de dar vuelta toda la casa, por un montón de muchachas a quienes no les importa un comino? Te creía demasiado sensata y más orgullosa para tratar de ganarte los favores de ninguna mujer sólo porque usa calzado francés y anda en coche con chofer de librea. --Así se expresó Jo, quien habiendo sido convocada a la reunión arrancándola del trágico desenlace de su novela no estaba de humor para asuntos de vida social.

-No trato de ganarme favores de nadie y odio que me traten con tono protector tanto o más que tú -respondió Amy indignada, pues ella y Jo todavía tenían altercados cuando se suscitaban cuestiones de esa índole-. Las chicas me quieren de verdad, y yo a ellas, y verás que tienen mucha bondad y sentido común, aparte del talento, a pesar de todo eso que tú llamas "estupidez a la moda". Tú no te preocupes de gustar a la gente, de actuar en sociedad ni de cultivar los modales y el buen gusto, pero yo sí, y pienso aprovechar al máximo cada oportunidad que se me presente. Tú puedes andar por el mundo sacando fuera los codos y la nariz al aire y darle a eso el nombre de independencia, pero ése no es mi modo de ser.

Cuando Amy afilaba la lengua y se extralimitaba por lo general llevaba las de ganar, pues casi siempre tenía de su parte el sentido común, mientras que Jo llevaba a extremo tal su amor por la libertad y su odio a los convencionalismos que generalmente se veía derrotada en las discusiones. La definición de Amy de la idea que tenía Jo de la independencia fue tan buena que las dos soltaron la risa y la discusión tomó un cariz muy amable. Aunque contra su voluntad, Jo consintió por fin en sacrificar un día a la "sociedad" y ayudar a su hermana en lo que ella consideraba como una soberana necedad.

Fueron enviadas las invitaciones, y casi todas aceptadas, señalándose el lunes siguiente para el gran acontecimiento. Ana estaba de mal humor porque su trabajo de la semana iba a ser alterado y profetizó que "si el lavado y el planchado no se hacían como siempre, nada de lo demás iba a andar bien". Este tropiezo en el resorte principal de la economía doméstica tuvo mal efecto sobre todo el proyecto, pero el lema de Amy era nil desperandum, y como se había decidido respecto de lo que iba a hacer, avanzó con el plan a pesar de todos los obstáculos. Para empezar, la comida no le salió bien a Ana: el poyo resultó duro, la lengua demasiado salada y el chocolate no quiso hacer la espuma debida. Después, la torta y los helados costaron más de lo calculado, lo mismo que la camioneta. Y otros gastos, insignificantes cuando todo comenzó, subían ahora en forma alarmante. Beth tomó frío y tuvo que meterse en cama. Meg recibió una cantidad desusada de visitas que la retuvieron en su casa. En cuanto a Jo, se encontraba en estado de ánimo tan inestable que no acababa de romper cosas y pasarle accidentes que ya iban siendo demasiado numerosos, serios y enojosos.

"De no haber sido por mamá, nunca hubiera podido terminar las cosas", declaraba Amy mucho tiempo después, con gratitud, cuando ya todo el mundo habla olvidado "el mejor chiste de la temporada".

Si el lunes no amanecía con tiempo bueno las señoritas irían el martes, arreglo que aumentó al colmo la irritación de Jo y de Ana. El lunes por la mañana el tiempo estaba en ese

estado indeciso que exaspera mucho más que una lluvia torrencial. Por momentos garuaba, salía el sol, soplaba viento y no se decidió hasta que fue demasiado tarde para que nadie más lo hiciese.

Amy se levantó al alba, apurando a todo el mundo a que saliesen de la cama y se desayunaran para poder arreglar la casa. La sala le hizo la impresión de estar especialmente raída ese día, pero sin detenerse a suspirar por cosas que no tenía cubrió todo con habilidad, colocando las sillas en las partes más gastadas de la alfombra, cubriendo las manchas de la pared con cuadritos enmarcados de hiedra y llenando los rincones vacíos con estatuaria casera que dio a la habitación un aspecto muy antístico, igual que los hermosos jarrones llenos de flores que Jo desparramó por todos lados.

La comida tenía muy buen aspecto y la pobre Amy al inspeccionarla rezó al cielo para que también supiera bien y para que todos los cristales y porcelanas prestados volvieran a sus dueños sin inconvenientes. Los coches encargados habían sido prometidos con puntualidad y tanto Meg como la mamá estaban listas para hacer los honores a las visitas mientras que Beth se preparaba a ayudar a Ana entre telones. Jo se había comprometido a estar tan amable y animada como se lo permitiesen la cabeza dolorida, el ánimo ausente y una desaprobación decidida de todo y de todos. Mientras se vestía, cansada desde ya, Amy estaba deseando el momento en que, terminado el almuerzo, saliera con sus amigas para pasar una tarde de deleites artísticos, pues el cochecito del señor Laurence y el puente roto eran o iban a ser los puntales de su fiesta.

Siguieron dos horas de suspenso, durante las cuales Amy oscilaba como un péndulo entre el porche y la sala, mientras que la opinión pública variaba tanto como la veleta. Un fuerte chaparrón caído a las once evidentemente enfrió el entusiasmo de las invitadas, que debían llegar a las doce. No vino nadie, y a las dos de la tarde la familia exhausta se sentó con el sol a todo brillar a consumir las partes perecederas del almuerzo de modo que nada se perdiese.

-Por lo menos hoy no habrá dudas sobre el tiempo; vendrán todas con seguridad; así, pues, démonos prisa para estar listas y recibirlas -exclamó Amy al despertarse al día siguiente con el sol. Su tono era animado, pero en el fondo del corazón deseaba no haber dicho nada sobre el martes porque el interés del asunto se estaba enfriando.

-No he podido conseguir langosta, así que tendrás que suprimir el fiambre, querida -dijo el señor March volviendo del mercado con expresión de plácida desesperación.

-Utiliza el pollo, entonces. En una mayonesa no se notará que es duro -aconsejó la señora.

-Ana lo dejó en la mesa de la cocina y se lo comieron los gatitos... Lo siento muchísimo, Amy -apuntó Beth, que seguía protegiendo felinos.

-Entonces tengo que conseguir langosta a cualquier precio, pues la lengua sola no basta -dijo Amy con decisión.

-¿Quieres que me precipite a la ciudad a buscar una? -preguntó Jo con magnanimidad digna de un mártir.

-Eres capaz de venirte con ella bajo el brazo, sin envolverla, nada más que para probar mi paciencia -contestó Amy, cuyo buen humor comenzaba a fallarle.

Con un pañuelo en la cabeza y armada de una elegante canasta de viaje salió ella por fin segura de que el aire fresco le suavizaría el espíritu alterado y la prepararía para las faenas del día. Con bastante trabajo consiguió el objeto de sus deseos, como asimismo un frasco de mayonesa para evitar nueva pérdida de tiempo en casa, volviendo muy satisfecha de su previsión.

Como en el ómnibus había sólo una pasajera, más una anciana soñolienta, Amy se instaló en el vehículo dispuesta a engañar el tedio del camino con el cálculo de donde se había ido todo el dinero gastado en "¡a fiesta". Tan preocupada estaba con su papel heno de cifras refractarias que no se percató de la llegada de un nuevo pasajero que había subido sin hacer

parar el vehículo, hasta que una voz masculina pronunció: "Buenos días, señorita de March." Al levantar la vista se encontró Amy con uno de os más elegantes amigos de Laurie. Deseando fervorosamente que se bajara él antes que ella, Amy se desentendió completamente de la canasta que había dejado en el suelo, y felicitándose de haberse puesto su traje nuevo de viaje devolvió el saludo del joven con su afabilidad y animación habituales.

Se entendieron admirablemente, pues la primera preocupación de Amy fue averiguar que él descendía primero, y hablando estaban de cosas especialmente elevadas cuando la anciana se levantó para bajarse. En camino a la puerta tropezó, volcó la canasta y ¡horror!...: ¡la langosta, en toda su vulgaridad de tamaño y subido color, apareció ante los ojos de elevada alcurnia de Tudor!...

-¡Válgame Dios! La buena mujer olvida la comida -exclamó el joven, completamente ignorante de la situación, volviendo a su -lugar a aquel monstruo escarlata con el bastón y preparándose a alcanzar la canasta a la viejecita.

-No, por favor... ¡es mía!... -murmuró Amy con el rostro casi tan rojo como su crustáceo.

-¿De veras? ¡Perdón!... es una langosta extraordinaria, ¿verdad? -dijo Tudor con gran presencia de ánimo y una apariencia de serio interés que hicieron honor a su educación.

Amy se recobró al instante, colocó la canasta atrevidamente sobre el asiento y dijo riendo:

-Apuesto a que le gustaría a usted comer un poco de la ensalada que voy a hacer con ella y ver a las chicas encantadoras que la van a saborear...

Eso se llama tacto, pues la frase atacaba los dos puntos vulnerables de la mentalidad masculina: la langosta se vio rodeada inmediatamente para Tudor de una aureola de recuerdos gastronómicos agradables y la curiosidad respecto a las "encantadoras muchachas" lo distrajo del desgraciado y cómico accidente.

-Me imagino que se va a reír en grande y hacer chistes con Laurie después, pero yo no estaré ahí para oírlos, y eso me consuela -pensó Amy cuando Tudor saludó y se bajó del ómnibus.

Amy ni siquiera mencionó este encuentro cuando llegó a su casa, descubriendo, para colmo de males, que su traje nuevo se le había manchado bastante y que había hilillos de mayonesa corriendo por la falda. Siguió, pues, con los preparativos, que ya le iban resultando tediosos: a las once estaba todo listo de nuevo. Segura de que los vecinos se interesarían por sus movimientos, Amy deseaba borrar el recuerdo del fracaso de ayer con el éxito de hoy, de modo que pidió el coche grande y salió con mucha ceremonia a buscar a sus invitadas para traerlas al banquete.

-¡Se oye el ruido del coche... ya llegan! ... Saldré al porche a recibirlas; es más acogedor y quiero que mi pobre Amy lo pase muy bien después de todo el trabajo que se ha tomado -dijo la señora, uniendo la acción a la palabra. Pero al decir la primera resolvió volverse adentro, y lo hizo con una expresión indescriptible.... ¡Perdidas en el inmenso coche iban Amy y una sola invitada! ...

-Corre, Beth, ayuda a Ana a sacar la mitad de lo que hay en la mesa... Sería ridículo presentar un almuerzo para doce ante una sola chica -gritó Jo, tan excitada que ni siquiera se detuvo a reírse a gusto.

Amy entró serena como siempre y estuvo encantadoramente cordial para con esta única invitada que había cumplido su promesa. Los demás, que tenían mucho de actores, desempeñaron sus papeles con igual destreza, y la señorita de Elliot los encontró una familia excepcionalmente alegre, pues lo cierto es que ninguno pudo controlar la hilaridad que les causaba la situación. Una vez finalizado el remodelado almuerzo, visitados el estudio y el jardín y discutido con entusiasmo el arte, Amy pidió

el "sulky" -¡adiós sueño del elegante landó!- y paseó a su amiga tranquilamente por los alrededores hasta la puesta del sol. Y terminó la fiesta. Al volver, Amy parecía muy cansada,

pero acusaba la perfecta compostura de siempre, observando que había desaparecido todo vestigio de la famosa "fiesta", excepto un repliegue sospechoso en las comisuras de los labios de Jo.

-La señorita de Elliot es una chica muy mona y parece haberse divertido mucho -dijo Beth con calor desusado en ella.

-¿Podría llevarme algo de la torta, Amy? La necesito de veras, pues ¡tengo tantas visitas! Además, no sé hacerla tan deliciosa como ésta -dijo Meg con absoluta seriedad.

-Llévatela toda, por favor; yo soy aquí la única que come cosas dulces y se pondría vieja antes de que pudiese terminar semejante cantidad -respondió ,Amy pensando en el gasto enorme de tanta torta, ¡para terminar así!

-Es una lástima que no esté Laurie para ayudarnos a despachar todo -observó Jo cuando la familia se dispuso a comer fiambre y helados por segunda vez dos días seguidos.

Una mirada de advertencia de su madre frenó toda observación adicional y la familia continuó comiendo en silencio, heroicamente... hasta que el señor March apuntó con gran mansedumbre:

-La ensalada era la comida preferida por los antiguos y, según Evelyn ... -Ahí tuvo que detenerse por el estallido de risa que cortó por lo sano aquella "historia de las ensaladas", con gran sorpresa del erudito caballero.

-Llevemos todo esto a los Hummel. Los alemanes se mueren por las comilonas. Ya me enferma mirar estos "restos" y no hay razón para que ustedes se mueran de empacho porque yo haya sido una necia -exclamó Amy por fin, secándose las lágrimas de risa.

-Yo creí morirme cuando las vi a las dos en aquel gran coche vacío como dos pepitas chicas en una cáscara grande... ¡Y mamá esperando con toda ceremonia para recibir a la comitiva!. .. -dijo entonces Jo, exhausta de risa.

-Siento mucho que hayas sido defraudada, querida, pero todos hicimos lo posible para darte satisfacción -acotó la señora de March, con pena maternal.

-Pues yo estoy satisfecha, ya que hice lo que me había propuesto y no fue culpa mía que todo fracasara. Eso me consuela -dijo entonces Amy con voz algo temblorosa-. Les agradezco mucho a todos la ayuda que me prestaron y les agradeceré aún más si ninguno menciona el asunto.

Nadie volvió a comentar aquello durante muchos meses, pero la palabra "fiesta" siempre provocaba una sonrisa general, y para el cumpleaños de Amy le regaló Laurie una pequeña langosta de coral para dije de su pulsera.

IV
LECCIONES LITERARIAS

La fortuna sonrió de pronto a Jo y le puso en el camino un talismán de buena suerte. No precisamente un talismán de oro, pero dudo que medio millón le hubiera causado felicidad más verdadera que aquella pequeña suma que llegó a sus manos de esta manera:

Cada dos o tres semanas se encerraba Jo en su cuarto, se ponía el "traje de escribir" y "caía en trance", como ella decía, escribiendo su novela con alma y vida, pues hasta que no había terminado el ataque no le era posible quedarse en paz. Su "traje de escribir" consistía en un delantal de lana negra en el que podía limpiar la pluma cuantas veces quisiera sin que se notase y una cofia del mismo material, adornada con un alegre moño rojo, en la cual podía esconder todo el pelo cuando estaba dispuesta para la acción. Aquella gorra era como una

señal para los ojos inquisidores de la familia, que durante aquellos períodos se mantenía a prudente distancia, limitándose a meter de cuando en cuando la cabeza en el altillo para preguntar con interés: "¿Qué tal, Jo, arde o no el genio?" No siempre se aventuraban siquiera a hacer esa pregunta, sino que observaban la gorra y sacaban de ahí sus conclusiones. Si aquella expresiva prenda estaba bien metida sobre la frente era señal de que el trabajo marchaba; en los momentos de gran excitación

adquiría un ángulo audaz, y cuando la desesperación hacía presa de la autora era arrancada completamente y arrojada al suelo. En tales ocasiones el intruso optaba por retirarse en silencio y hasta que el moño no se veía de nuevo alzado alegremente sobre la talentosa frente, nadie se atrevía a dirigirse a Jo.

No vaya a pensarse que la muchacha se creía un genio. De ninguna manera, pero cuando le daba el acceso de escribir debía abandonarse a él por completo, y vivía feliz ese momento, olvidada de toda necesidad y de toda preocupación, en el bueno o en el mal tiempo, viviendo en un mundo imaginario lleno de amigos casi tan reales y queridos para ella como los de carne y hueso. El sueño huía de sus ojos, las comidas permanecían intactas, el día y la noche eran demasiado breves para disfrutar la felicidad que la bendecía únicamente en esas horas y le daban valor, ya que la vida era entonces digna de ser vivida aunque no sacara de ellos ningún otro fruto. El estro divino duraba generalmente una semana o dos, y cuando salía del "trance" reaparecía famélica, muerta de sueño, enojada o desalentada, según el caso.

Se recobraba precisamente de uno de esos ataques cuando alguien la convenció para que acompañara a la señorita de Crocker a una conferencia, y como premio de ese acto virtuoso fue inspirada con una idea nueva.

Como llegaron temprano y miss Crocker se puso a tejero, Jo se divirtió examinando las caras de la gente que ocupaba la misma fila que ellas. A su izquierda había dos matronas, de frentes macizas y sombreros igualmente pesados. Mientras hacían encaje, discutían los Derechos de la Mujer. Más allá había una humilde pareja de enamorados, cándidamente tomados de la mano; luego una sombría solterona comiendo pastillas de menta y un señor viejo tomándose una siesta anticipada. A su derecha, su

único vecino era un muchacho de aspecto estudioso, absorto en la lectura de un diario.

Como se trataba de un periódico ilustrado, Jo estudió la "obra de arte" que tenía tan cerca, preguntándose ociosamente qué fortuita concatenación de circunstancias necesitaría la ilustración melodramática de un indio con todo el traje de guerra, desplomándose en un precipicio con un lobo prendido a la garganta, mientras dos furiosos jóvenes se apuñalaban mutuamente cerca de allí y una mujer desgreñada huía por el fondo con la boca abierta. Deteniéndose a dar vuelta la hoja, el chico la vio mirando, y con amabilidad de muchacho, le ofreció la mitad de la página, diciéndole lisa y llanamente:

-¿Quiere leerla? Es una historia de primera.

Jo la aceptó con una sonrisa; porque todavía no se le había pasado su preferencia por los chicos varones y pronto se encontró sumergida en el acostumbrado laberinto de amor, misterio y crimen, pues la historia pertenecía a la categoría de literatura barata en que las pasiones están de fiesta y cuando falla la inventiva del autor una gran catástrofe barre de la escena la mitad de los personajes, dejando la otra mitad para que se regocijen con su caída.

-De primera, ¿verdad? -preguntó el chico cuando vio que Jo llegaba al final.

-Creo que usted o yo podemos hacerlo tan bien como ese autor si nos lo proponemos -replicó Jo, divertida con la admiración que despertaba en el chico aquella tontería.

-Me consideraría muy afortunado si así fuera. Esa señora gana mucha plata escribiendo estas historias, según dicen -e indicó el nombre de la autora bajo el título del cuento.

-¿La conoce? -preguntó Jo, con interés repentino.

-No, pero leo todo lo que escribe y conozco a un tipo que trabaja en la oficina donde se

imprime este diario.

-¿Y dice usted que se gana bien la vida con cuentos como éste? -preguntó Jo mirando con más respeto el grupo convulsionado de la figura y la página salpicada de exclamaciones.

-Creo que sí. Sabe ella muy bien lo que le gusta a la gente y le pagan por escribirlo.

En ese momento de la conferencia, y por lo que toca a Jo, poco de ella fue lo que escuchó, pues mientras el profesor Sands se explayaba sobre escarabajos y jeroglíficos, ella subrepticiamente copiaba la dirección del diario, resolviendo audazmente optar al premió de cien dólares que ofrecían por una historia sensacionalista. Para cuando terminó la conferencia, y mientras la concurrencia se despertaba, Jo se había ganado una fortuna y se sumergía en el planeamiento de su historia sin decidirse a si el duelo debía ocurrir antes de la fuga ó después del asesinato.

Nada dijo del proyecto en su casa, pero puso manos a la obra al día siguiente, con mucha inquietud por parte de su madre, que siempre se afligía un poco cuando "el genio se ponía a arder". Jo no había ensayado nunca ese género, contentándose hasta entonces con sencillos romances. Su experiencia dramática y sus lecturas eclécticas le fueron útiles ahora, pues le dieron cierta idea de los efectos dramáticos y la proveyeron de argumentó, lenguaje y trajes. Su cuento estaba tan repleto de desesperaciones y angustias como lo permitía su limitada experiencia de esas emociones tan incomodas y, habiendo ubicado su historia en Lisboa, la redondeó con un terremoto como desenlace apropiado y llamativo. Despachó en secretó el manuscrito, con una notita en que, modestamente, decía que si el relató no ganaba el premió -cosa que el autor no se atrevía a esperar- agradecería cualquier suma que el periódico creyese que él valía.

Seis semanas son largas para esperar y aún más largas para que una muchacha guarde su secretó; Jo hizo sin embargó ambas cosas, y ya empezaba a perder toda esperanza cuando llegó una carta que la dejó sin respiración, pues al abrirla cayó en su falda un cheque de 100 dólares. Por un minuto se quedó mirándolo como si se tratase de una culebra; por fin leyó la carta y se puso a llorar. Si el atento caballero que había escrito aquella amable notita pudiese haber visto qué intensa felicidad

daba a un semejante, creó que hubiese dedicado en adelante su tiempo libre, si es que lo tenía, a este entretenimiento, pues Jo valoró la carta más aún que el dinero, pues era alentadora y después de años de esfuerzos fue realmente agradable descubrir que por fin había aprendido a hacer algo, aunque sólo fuese un cuento sensacionalista.

Pocas veces se habrá visto a una muchacha más orgullosa que Jo cuando electrizó a su familia presentandose con la carta en una manó y el cheque en la otra, anunciándoles que había ganado un premió. Hugo gran regocijó, todo el mundo leyó y alabó el cuento. Pero cuando su padre hubo elogiado el lenguaje y dicho que "el romance era fresco y sinceró y la tragedia muy emocionante", añadió:

-Puedes hacer cosas mucho mejores que ésta, Jo. Fija tu objetivo en lo más alto y no te preocupes del dinero.

-Pues a mí me parece que el dinero es la mejor parte de todo este asuntó. ¿Qué vas a hacer con esa fortuna? -preguntó Amy, mirando aquella tirita de papel con aire reverente.

-Mandar a Beth y a mamá a la playa por un mes ó dos -respondió Jo al momento.

-¡Qué espléndido! -dijo Beth palmeando las manos y respirando hondo como si anhelase las frescas brisas del océano; luego se detuvo y rechazó el cheque que su hermana agitaba ante ella, diciendo:

-No, no. No puedo aceptarlo, querida, sería un egoísmo...

-Pues ya lo creó que irás. Lo deseó de corazón y es cosa decidida. He tenido éxito sólo porque me propuse lograr ese objeto. Nunca me salen bien las cosas cuando las hago pensando solamente en mí misma... Además, mamá necesita un cambió de aire, y como nunca

te dejaría tienes que ir tú con ella. ¡Qué magnífico va a ser verte regresar gordita y rosada como antes!

Y a la playa fueron, y aunque Beth no volvió tan rosada y gordita como hubiese sido de desear. estaba mucho mejor. De modo que Jo estuvo muy satisfecha del empleo de su premio y se puso a trabajar, decidida a ganar algunos más de esos sabrosos chequecitos. Como fueron varios los que ganó ese año, comenzó a sentirse una pequeña potencia dentro del hogar, ya que por la magia de una pluma su "tontería" se convirtió en comodidades para todos ellos. "La hija del Duque" pagó la cuenta del carnicero, "Una mano fantasma" colocó una alfombra nueva en la sala, `La maldición de los Coventry" resultó una bendición para los March, convertida en ropa y artículos de almacén.

La riqueza es una innegable bendición, pero la pobreza tiene también su lado alegre y uno de los "dulces usos de la adversidad"' es la auténtica satisfacción que deriva del trabajo fuerte, sea de la cabeza o del brazo. Jo disfrutó de gran satisfacción y ya no envidió más a las muchachas ricas, derivando gran alegría de la idea de poder satisfacer sus necesidades sin tener que pedir un centavo a nadie.

Poca atención llamaron sus cuentos, pero tenían su mercado, y alentada por ese hecho decidió correrse la gran aventura de adquirir fama y fortuna escribiendo. Copió su novela por cuarta vez, leyósela a los que gozaban de su confianza, sometiéndola por fin a la aprobación de tres editores, que la aceptaron a condición de que la redujese en un tercio, omitiendo todas las partes que a ella más le gustaban.

-Ahora tengo que optar entre volverla a guardar hasta que se enmohezca en la cocinita de lata, publicarla por mis medios o cortajearla para conformar a los compradores y sacar de ella lo que pueda. La fama es artículo de lujo, pero el dinero al contado es más conveniente.

Este discursito abrió la sesión de un consejo de familia convocado por Jo para saber la opinión de la mayoría sobre asunto tan importante.

-No eches a perder tu libro, hija mía, pues tiene más mérito del que tú le asignas y la idea está muy bien desarrollada. Espera y déjalo que madure. Éste fue el consejo de su padre.

-A mí me parece que Jo se beneficiaría más probando que esperando -fue el pronunciamiento de la mamá-. La crítica es la mejor prueba a que se puede someter este tipo de trabajo, pues le descubrirá al mismo tiempo méritos y defectos tal vez insospechados, ayudándole a mejorar su posible nueva producción. Nosotros somos parciales; en cambio, el elogio o la censura de los extraños le resultará sumamente útil aunque el dinero que gane sea poco.

-Sí -dijo Jo-, ésa es la purísima verdad. Hace tanto tiempo que me estoy ajetreando con mi novela que ya ni sé si es buena, mala o regular. Me será una gran ayuda que las personas serenas e imparciales la lean y me digan lo que piensan.

-Yo no le quitaría una sola palabra, Jo; sólo la echarías a perder si así lo hicieras, pues el interés de la historia está más en la mente de los personajes que en sus acciones y será un embrollo sin las explicaciones que todo aclaran -expresó Meg, que creía firmemente que se trataba de una de las novelas más grandes que se habían escrito.

-Pero es que, precisamente, el señor Allen me dice: "Omita las explicaciones; hágala breve y dramática y deje que los personajes mismos relaten las cosas" -explicó Jo leyendo la nota del editor.

-Es mejor que hagas como te indica, pues él sabe lo que se vende y nosotros, en cambio, no sabemos nada. Has un buen libro popular y saca de él todo el dinero que puedas. Más adelante, cuando te hayas hecho de un nombre, te puedes dar el lujo de hacer digresiones y filosofías y aun de introducir personajes metafísicos en tus novelas -fue la opinión de Amy, quien adoptaba en el asunto un punto de vista estrictamente práctico.

-Bueno -dijo Jo, riendo-, no creo que haya nada metafísico ni filosófico en mi libro

porque no sé de esas

cosas más que lo que le oigo a veces decir a papá. Si con mi humilde romance se han mezclado algunas de sus ideas sabias tanto mejor. Y ahora, quiero saber qué opina Beth de todo esto. ¿Qué dices, Beth?

-A mí me gustaría verlo impreso en seguida -fue todo lo que dijo Beth, y aunque sonrió al decirlo hubo un énfasis tal vez inconsciente en la última palabra y una mirada pensativa en aquellos ojos que nunca perdieron su candor infantil. El corazón de Jo se encogió por un minuto con un presentimiento de temor, decidiendo en su fuero interno apresurarse con la aventura de editar su libro "en seguida".

Así, pues, con firmeza espartana, la joven autora puso a su primogénito sobre la mesa y lo cortajeó despiadadamente. Con la esperanza de complacer a todo el mundo, siguió el consejo de cada uno y, como el viejo de la fábula con su asno, no dio gusto a nadie

A su padre le agradaba la vena metafísica que se había colado inconscientemente en el libro, de modo que dejó esa parte aunque le suscitaba muchas dudas. A su madre le parecía que había demasiada descripción, de modo que la suprimió casi toda, privando a la historia de muchos eslabones necesarios. Meg admiraba la parte trágica, y Jo dejó en el manuscrito todo el sufrimiento que pudo para complacer a Meg, mientras que Amy hacía objeciones a los chistes, y con la mejor intención del mundo Jo suprimió las escenas alegres que mitigaban el carácter sombrío del relato. Luego, para hacer la ruina completa, la acortó en un tercio y, alegre y confiada, despachó la pobrecita novela, cual un gorrión desplumado, a probar fortuna en el ancho mundo de la literatura.

Fue impreso, sí, y le dieron por él trescientos dólares, así como muchos elogios y muchas censuras, ambas considerablemente mayores de lo que ella había esperado, de modo que la pobre Jo cayó en una gran perplejidad.

-Me decías, mamá, que la crítica me ayudaría, pero no veo cómo puede hacerlo cuando es tan contradictoria que no sé si he escrito un libro que promete o faltado

a los Diez Mandamientos de la literatura -se lamentaba Jo, revisando una pila de crónicas de su libro cuya lectura la llenaba de alegría y orgullo un minuto y de indignación y congoja el siguiente-. Este hombre, por ejemplo, dice: "Un libro exquisito, lleno de verdad, belleza y serio pensamiento; todo en él es dulce, sano y puro" -continuaba la perpleja novelista-. Este otro, en cambio, dice así: "La teoría del libro es mala, llena de fantasías mórbidas, ideas espiritualistas y personajes artificiales". Ahora díganme ustedes qué quiere decir todo eso, cuando yo no expuse teoría alguna, de ninguna clase, no creo en el espiritualismo y copié los personajes de la vida real. No me parece que este crítico pueda tener razón de ninguna manera. Otro dice: "Es la mejor novela aparecida en el país en muchos años" (de esto sé yo mucho más que él y tengo otra opinión), y el que sigue asegura que "aunque es original y escrito con gran fuerza y sentimiento, se trata de un libro peligroso." Algunos críticos se burlan, otros exageran el elogio y casi todos insisten en creer que tengo una profunda teoría para exponer, cuando ustedes saben muy bien que la escribí por el placer que encuentro en ello y por ganar dinero ¡Ojalá lo hubiera editado completo o me hubiera abstenido en absoluto de sacarlo a luz, pues detesto que me juzguen tan equivocadamente!

La familia y los amigos administraban consuelos y elogios con igual liberalidad, pese a lo cual el momento fue difícil para una muchacha sensible y alegre como Jo. Aun así, el trance le hizo bien, pues aquellos cuya opinión tenía verdadero valor le hicieron su crítica, que al fin y al cabo constituye la mejor educación de un autor; y cuando hubo pasado el primer momento de resentimiento, Jo pudo reírse de su pobrecito libro sintiéndose más sabia y más fuerte a causa de los golpes recibidos.

-No siendo un genio como Keats no me voy a morir por tan poca cosa -decía, animosa- y creo que llevo la mejor parte de toda esta confusión, ya que las cosas que he sacado de la vida

real se denuncian como imposibles y absurdas, y las escenas que inventé, sacándolas de mi tonto magín, son juzgadas como "encantadoramente naturales, tiernas y verdaderas". Así, pues, por el momento me conformaré con esto, y en cuanto pueda me volveré a lanzar a la palestra.

V
EXPERIENCIAS DOMÉSTICAS

Como casi todas las recién casadas, Meg comenzó su vida de señora con la determinación de ser un ama de casa ejemplar: Juan debía encontrar un paraíso en su hogar, ver siempre una cara sonriente al llegar a casa, comer magníficamente todos los días y no saber lo que es perder un botón. Tanto amor, energía y buen ánimo aportó Meg a la tarea que no podía tener más que buen éxito, a pesar de algunos obstáculos. Su paraíso, sin embargo, estuvo lejos de ser tranquilo, pues la mujercita se agitaba demasiado, se ajetreaba inútilmente, ponía excesivo empeño en complacer y bullía sin parar. A veces estaba demasiado cansada aun para sonreír, a Juan le atacó dispepsia de tantos "platitos" delicados que le hacía Meg, y con absoluta ingratitud masculina clamaba por comidas simples. En cuanto a los botones perdidos, pronto aprendió Meg a preguntarse dónde iban a parar tantos como faltaban de la ropa de su amo y señor, y amenazaba a Juan que se los haría coser a él cuando volviera a perder otros.

Eran muy felices, naturalmente, aun después de descubrir que no podían vivir únicamente de amor. Juan no encontró disminuida la belleza de Meg aun viendo a esa carita sonreírle radiante por detrás de la doméstica y poco romántica cafetera. Tampoco Meg echó de menos el tan mentado romanticismo cuando al irse de casa Juan se despedía con un beso seguido de: "¿Necesitas, querida, que te haga mandar algo para la comida, ternera o un poco de cordero?..." La casita dejó de ser glorieta celestial para convertirse en hogar y los jóvenes esposos pronto se dieron cuenta de que el cambio era en realidad una mejora. En un principio, lo que hacían era jugar a las muñecas, como chicos retozones, hasta que Juan se puso seriamente a trabajar, sintiendo sobre sus hombros las preocupaciones propias de un jefe de familia. En cuanto a Meg, dejó a un lado los delantalitos de cambray de los primero días, se puso un gran delantal a rayas y se sumergió en el trabajo doméstico con más energía que discreción.

Mientras le duró la manía culinaria se recorrió todo un famoso libro de cocina, descifrando sus recetas como si se tratase de ejercicios matemáticos. A veces debían invitar a toda la familia a comerse una excesiva abundancia de éxitos; otras, despachar a Lotty en secreto con una tanda de fracasos, que los acomodaticios estómagos de los pequeños Hummel ocultarían a todos los ojos curiosos. Revisando con Juan sus libretas de cuentas disminuían sus entusiasmos culinarios, y durante esa temporada de frugalidad el pobre Juan debía conformarse con budín de pan, picadillo, café recalentado y otras cosas que ponían a prueba su "aguante", aunque sabía soportarlo todo con fortaleza digna de elogio. Antes de alcanzar el feliz "término medio", Meg agregó a sus experiencias domésticas aquello de que pocas parejas escapan: una pelea.

Llena de entusiasmo por ver su despensa bien provista de dulces caseros, emprendió la confección de la jalea de grosella. Le pidió a Juan que le enviase unos doce tarritos y una cantidad adicional de azúcar, pues las grosellas de su huerta estaban maduras y había que

recogerlas en seguida. Como Juan estaba convencido de que "mi mujer" era capaz de realizar cualquier cosa, y sentía orgullo por las habilidades de ella, resolvió complacerla y así lograrían aprovechar ese invierno en forma muy simpática su primera cosecha de fruta... A casa llegaron, pues, cuatro docenas de tarritos monísimos y medio barril de azúcar, además de un chico para juntar las grosellas sin que Meg se molestara. Con su precioso pelo escondido en una cofia, los brazos arremangados y un delantal a cuadritos muy coqueto se puso a trabajar la joven ama de casa, sin la menor duda respecto de su éxito. ¿Acaso no había visto a Ana hacer la jalea más de cien veces? El número de tarritos la asustó en un principio, pero como a Juan le gustaba tanto la jalea de grosella y los tarritos iban a quedar tan bien en el estante superior de la despensa, Meg resolvió llenarlos todos y pasó un largo día juntando grosellas, hirviéndolas, colocándolas y ajetreándose con el bendito dulce. Hizo las cosas lo mejor que pudo, consultó su libro de cocina, se devanó los sesos para recordar qué es lo que hacía Ana y que ella evidentemente había omitido: volvió a hervir, añadió azúcar, volvió a colar, pero aquel matete terrible "no quiso" cuajarse.

La pobre Meg suspiraba por correrse hasta la casa de su madre, con delantal y todo, a pedir ayuda. Pero Juan y ella habían acordado que nunca molestarían a nadie con sus problemas, ni con sus experiencias, ni con sus peleas. Y se habían reído mucho al decir esta última palabra, como si la sola idea les pareciese absurda. Pero habían sabido mantener su resolución. De modo que Meg siguió luchando por su cuenta con aquel refractario dulce todo ese largo día de verano, y a las cinco de la tarde no pudo más y se sentó en su cocina vuelta patas arriba, y elevó la voz para... ¡llorar!

Debemos consignar que en el primer entusiasmo de su vida matrimonial Meg había dicho, no una sino muchas veces: "Mi marido se sentirá siempre libre para traer un amigo a casa cuantas veces quiera y siempre me encontrará lista... nada de agitaciones, de regaños, sino que la casa estará siempre arreglada, la esposa de buen ánimo y una buena comida preparada... Juan, querido, nunca te detengas a pedirme permiso, invita a quien quieras y puedes estar seguro de mi acogida."

¡Qué encantador era todo aquello, por cierto! John resplandecía de orgullo al oírselo decir y consideraba una bendición tener una mujer superior. Sin embargo, aunque varias veces tuvieron invitados, nunca fueron inesperados y Meg no había tenido hasta ahora la oportunidad de lucirse.

De no olvidarse Juan completamente de la bendita jalea, hubiese sido imperdonable de su parte elegir aquel día fatídico para traer un invitado a comer sin anunciarlo. Felicitándose interiormente de que se había encargado por la mañana una espléndida comida para la noche y segurísimo de que iba a estar todo listo al minuto de entrar en casa, anticipaba el efecto encantador que iba a hacer al amigo cuando su bonitísima esposa saliera corriendo a recibirlos.

Pero este mundo está hecho para los desencantos, como Juan lo descubrió al aproximarse al Palomar. La puerta del frente, casi siempre abierta y hospitalariamente invitante, hoy no sólo estaba cerrada sino ¡con cerrojo! Y el barro de ayer adornaba todavía los escalones. Las ventanas de la sala estaban cerradas y las cortinas corridas sin que apareciera por ninguna parte la visión de la bonita esposa cosiendo en el porche, toda de blanco con un moñito enloquecedor en el pelo. Nada de todo eso apareció a la vista y sí, únicamente, un muchachito sospechoso dormido entre los matorrales de grosella.

Mucho me temo que haya ocurrido algo. Pasa al jardín, Scott, mientras busco a la señora... -dijo Juan alarmado.

Dando la vuelta a la casa corrió Juan tras un acre olor a azúcar quemada y el señor Scott lo siguió con una mirada extrañada en los ojos. Discretamente, se detuvo al desaparecer Brooke, pero alcanzaba a ver y a oír y, siendo soltero, se divirtió mucho con la situación.

En la cocina reinaba la confusión y la grima: una edición de la jalea chorreaba de cacerola a cacerola, otra yacía ignominiosamente en el suelo, y la tercera se quemaba tranquilamente en el fuego sin que nadie se preocupase. Con su flema teutona, Lotty comía pan con vino de grosella, pues la jalea estaba aún en estado irremisiblemente líquido. A todo esto, la señora de Brooke, sentada, sollozaba, lúgubremente.

-;Queridísima muchacha! ¿Qué es lo que pasa? -gritó Juan con visiones terribles de malas noticias, sin contar la consternación al pensar en el invitado que había quedado en el jardín.

-;Ay, Juan, estoy cansadísima, enojada y preocupada! ¡Me he pasado todo el día luchando hasta quedar exhausta! -Y la agotada amita de casa se arrojó sobre el pecho dándole una dulce bienvenida en todo el sentido de la palabra.

-Pero ¿qué es lo que te pasa, querida? ¿Ha ocurrido algo malo? -preguntaba inquieto Juan, besando con ternura la punta de la cofia de su mujer.

-¡Sí! -suspiró Meg con tono de desesperación.

-Dímelo pronto, entonces. ¡No llores, porque puedo soportar todo menos eso! ¡Vamos! ¡Desembucha, amor mío! -insistió Juan, con muy poca elegancia.

-;La... jalea no... cuaja y yo no sé ya qué hacer!...

Juan Brooke se rió en aquel momento como nunca se atrevió a hacerlo después y el burlón del señor Scott sonrió involuntariamente al oír aquella carcajada estruendosa que puso el toque final a la desesperación de la pobre Meg.

-¿Eso es todo, querida? Pues tírala por la ventana y te la compraré por kilos si la deseas, pero, por Dios, no te pongas histérica, porque he traído a Jack Scott a comer y .. .

Juan no pudo continuar, pues Meg lo rechazó y cruzó las manos con gesto trágico, exclamando con tono en que se mezclaban la indignación, el reproche y la pena:

-¡Un hombre a comer y todo patas arriba! Juan Brooke. ¿Cómo has podido hacerme esto?

-¡Sh... silencio, que está en el jardín!... Me olvidé completamente de la maldita jalea, y ahora no me puedo echar atrás -expresó Juan contrito, pero contemplando inquieto aquel barullo.

-Debías haberme hecho avisar o habérmelo dicho esta mañana... Y de todos modos, debiste acordarte de la faena que tenía yo hoy -continuó Meg con aspereza-, pues aun las palomitas pican cuando se las irrita.

-Maldito si lo sabía esta mañana y no había tiempo de mandarte avisar, pues me lo encontré cuando salía del trabajo. Ni se me ocurrió pedirte permiso. Siempre me has dicho que hiciese como quisiese en eso de traer invitados. Nunca lo había hecho antes, y que me ahorquen si lo vuelvo a hacer nunca más -agregó Juan con aire agraviado.

-¡Pues no faltaría más que lo hicieras! ... ¡No quiero ni ver a ese hombre!... Y no hay comida preparada.

-;Ésta sí que es buena! ¿Qué pasó con la carne y las verduras que hice mandar esta mañana y con el budín que prometiste hacer? -gritó Juan precipitándose a la despensa.

-No tuve tiempo de, cocinar nada: te iba a proponer que comiésemos en casa de mamá... ¡Lo siento, pero estuve tan ocupada! -Y comenzaron de nuevo las lágrimas de Meg.

Juan era un hombre manso pero era también humano, y después de un largo día de trabajo, venir a casa con hambre, cansado y lleno de esperanzas y encontrarse la casa hecha un caos, la mesa vacía y una esposa histérica no son incentivos para la serenidad de ánimo o de modales. Se contuvo sin embargo y la cosa no hubiese pasado de un chubasco sin consecuencias de no haber sido por una sola palabra desgraciada.

-Es un lío, lo reconozco, pero si tú colaboras saldremos del paso y todavía nos vamos a divertir... Haz un esfuerzo e improvísanos algo para comer. Tenemos los dos hambre de cazadores y no nos vamos a fijar en lo que sea. Danos carne fría y pan y queso... te aseguro que no vamos a pedirte jalea.

Juan no tenía otra intención que la de hacer un chiste inofensivo, pero esa palabrita selló su destino. Meg la interpretó como una pulla cruel sobre su triste fracaso y mientras hablaba se desvaneció el último átomo de su paciencia:

-Tú puedes salir de este lío por tu cuenta y como puedas. Por mi parte, estoy demasiado agotada para esforzarme por nadie. Sólo a un hombre se le ocurriría proponer que dé pan y queso a invitados. En mi casa no haré nada semejante. Llévate a ese Scott a casa de mamá y explícales que estoy ausente, enferma, muerta... cualquier cosa... y..los dos se pueden reír de mí y de mi jalea todo lo que quieran; pero aquí no se les dará nada más. -Y habiendo lanzado su desafío sin respirar, Meg arrojó su delantal y abandonó precipitadamente el terreno para ir a desahogarse sola en su cuarto.

Lo que aquellos dos individuos hicieron en su ausencia nunca lo supo, pero el señor Scott no fue "llevado a casa de mamá", y cuando Meg bajó por fin, después que los dos se habían marchado, encontró restos de un piscolabis de emergencia que le causó horror. Lotty informó que habían comido "muy mucho, reído muy mucho" y que el patrón le había mandado que tirase todo el dulce y escondiese los tarritos.

Con todo su corazón Meg deseaba ir a contarle todo a su madre, pero la detuvo un sentido de vergüenza de sus deficiencias y de lealtad hacia Juan, "que podía ser cruel, pero nadie tenía por qué saberlo". Después de un arreglo sumario de la casa se vistió Meg con toda coquetería y se sentó a esperar que Juan volviese a ser perdonado.

Desgraciadamente, Juan no veía el asunto igual que ella, y no apareció. Con su amigo había tratado el asunto como una broma, había disculpado a su mujercita lo mejor que pudo y se había desempeñado como anfitrión con tan sincera hospitalidad que a Scott le gustó la improvisada comida y prometió volver otro día. Pero aunque no lo demostró, John estaba enojado, pues, según él lo veía, Meg lo había metido en un apuro abandonándolo luego. "No es justo -pensaba- decirle a uno que puede traer gente a comer cuando quiera, con entera libertad, y cuando se lo toma al pie de la letra enojarse y echarle a él toda la culpa, dejándolo en la estacada para que un tercero lo compadezca o ridiculice... No, Señor, por todos los santos del cielo, ¡que no es justo!" Comiendo y bromeando con Scott estaba furioso por dentro, pero cuando pasó la agitación y mientras marchaba de vuelta a su casa, después de despedir a Scott, su humor se apaciguó algo: "¡Pobrecita! -musitaba-. También fue muy duro para ella, que se había empeñado tanto en complacerme... Estuvo mal, es cierto, pero ¡es tan joven! Debo ser paciente y enseñarle." Esperaba que Meg no hubiese "ido a su casa a contar", pues detestaba los chismes y la interferencia ajena. Luego, el pensamiento de que Meg enfermase de tanto llorar lo aplacó de nuevo y aceleró el paso, resuelto a estar sereno y bondadoso con Meg pero firme, bien firme, y mostrarle dónde había fallado en sus deberes para con su marido.

Por su parte, Meg también había resuelto estar "serena y bondadosa con John, pero firme" para mostrar a él cuál era su deber. Por momentos anhelaba correr a recibirlo y pedirle perdón, y ser besada y consolada, como estaba segura de que ocurriría, pero, naturalmente, no lo hizo, y cuando vio venir a Juan comenzó a canturrear con toda naturalidad mientras se hamacaba y cosía como si fuese una dama de fortuna sentada en su gran salón.

Juan sufrió algún desencanto al no encontrar a una tierna Niobe; pero seguro de que su dignidad exigía la primera disculpa entró muy reposado, sentándose en el sofá con la siguiente observación, especialmente pertinente:

-Vamos a tener luna nueva, querida.

-No tengo ningún inconveniente -fue la respuesta de Meg, igualmente serena.

Otros cuantos temas fueron introducidos por el señor i Brooke y cortados por lo sano por la señora de Brooke, de modo que la conversación languideció lamentablemente. Juan se acercó a una ventana y desplegó su periódico. Meg se aproximó a la otra y cosió, como si

ponerle rosetas nuevas a sus chinelas fuese una de las necesidades urgentes de la vida. Ninguno de los dos hablaba y ambos tenían aspecto "sereno y firme".

"¡Dios mío! -pensaba Meg-, la vida de casada es muy exasperante y, como dice mamá con mucho acierto, necesita de infinita paciencia, además de amor."

La palabra "madre" sugirió otros consejos maternales dados hace mucho tiempo y recibidos con protestas de incredulidad.

-Juan es un hombre -decía la madre-, pero tiene sus defectos y debes aprender a verlos y a soportarlos con el recuerdo de los tuyos. Es muy decidido, pero no va a ser nunca obstinado si razonas con bondad las cosas con él en lugar de oponerte impaciente a ellas. Es también muy exacto y exigente en lo que se refiere a la verdad: un rasgo muy bueno de carácter. No lo engañes nunca, ni de palabra ni de acto, Meg, y recibirás de él la confianza que mereces. Tiene su poquitín de mal carácter, no como el nuestro, un relámpago que pronto pasa, sino esa ira calma y sin arrebatos, rara vez encendida pero que una vez provocada es difícil de calmar. Ten cuidado, querida, de no despertar esa clase de ira contra ti, pues la felicidad y la paz dependen de conservar su respeto. Vigílate, sé la primera en pedir perdón si ambos han estado mal y guárdate de los resentimientos, las malas interpretaciones y las frases precipitadas.

Estas palabras, especialmente las últimas, volvieron a la memoria de Meg mientras cosía a la luz del crepúsculo. Éste había sido el primer desacuerdo serio entre los dos y sus propias palabras apresuradas le sonaban ahora tan tontas como duras y desprovistas de bondad. También su cólera le pareció infantil y se le ablandó el corazón completamente cuando pensó en el pobre Juan llegando a casa para encontrarse con semejante escena. Miró a su marido con lágrimas en los ojos, pero él no las vio; entonces dejó la costura y se levantó pensando: "Seré yo la primera en decir: ;Perdóname!", pero él pareció no oírla; cruzó entonces el cuarto muy lentamente, pues el orgullo es difícil de acallar, y se paró al lado de él, pero Juan no volvió la cabeza. Por un minuto Meg creyó que no iba a poder pedirle perdón, ya que tan difícil se le hacía, pero después pensó: "Es sólo el principio, yo haré mi parte y luego no tendré nada que reprocharme." Y agachándose besó a su marido en la frente con toda suavidad. Naturalmente que eso bastó, y aquel beso penitente valió más que un mundo de palabras. Juan la sentó en las rodillas y al minuto le decía con ternura:

-Fue perverso reírme de tus pobres tarritos de jalea; perdóname, querida, nunca lo volveré a hacer...

Pero lo hizo, y muchas veces más, lo mismo que Meg, y ambos declararon que aquella jalea era la más dulce que nunca se fabricara, ya que la paz familiar se conservó en ese pequeño pote familiar.

Más adelante Meg invitó especialmente al señor Scott a comer y le sirvió un banquete muy agradable sin que una esposa a punto de ebullición fuese el primer plato. Tan alegre y amable estuvo Meg en esta ocasión que todo transcurrió de modo encantador, y el señor Scott dijo a Juan que lo consideraba un tipo muy feliz, lamentándose de los sinsabores de la soltería durante todo el camino de vuelta.

Ese otoño Meg experimentó nuevas tribulaciones y adquirió aún más experiencias. Renovada la amistad con Sarita Moffat, ésta siempre se corría hasta la casita a chismorrear un poco o a invitar a "esa pobre querida" a pasar el día en su gran casa. A Meg le resultaba eso agradable, pues con el mal tiempo se sentía sola muchas veces con Juan ausente de la casa todo el día. Así, pues, fue bastante natural que Meg cayera en la ronda de vida social y chismorreo en que actuaba Sally. Al ver las bonitas cosas que tenía su amiga no podía menos de compadecerse a sí misma porque no las tenía iguales. Sally era muy generosa y a menudo le ofrecía codiciadas bagatelas, pero Meg las rehusaba, sabiendo que a Juan no le gustaría que las aceptase; pero después esta mujercita tonta hizo algo que disgustaría a Juan muchísimo más. Bien enterada de cuál era la entrada de su marido, estaba muy orgullosa de que John se

la confiase. Meg sabía dónde guardaba Juan el dinero, tenía libertad para tomar cuanto quisiese con las únicas condiciones de que llevara cuenta de cada centavo gastado, pagar las deudas una vez al mes y recordar que era la mujer de un hombre pobre. Hasta ahora Meg había llevado las cosas muy bien, con prudencia y exactitud, y levado prolijamente su libreta de cuentas, mostrándoselas a él mensualmente sin ningún . temor. Pero ese otoño la serpiente se coló en el paraíso de Meg y la tentó. Como no le gustaba que la compadeciesen ni que le hiciesen sentir su pobreza, de cuando en cuando se consolaba comprándose algo bonito, sólo para que Sally no creyese que tenía que economizar. Siempre se arrepentía después, pues las monedas que compraba rara vez eran necesarias, pero ¡costaban tan poco!... que ni valía la pena preocuparse por ello. Así fueron creciendo las pavaditas y costaren más de lo que pudiera creerse. Cuando a fin de mes echó Meg sus cuentas, la suma total la alarmó bastante. Juan, muy ocupado aquel mes, la dejó a ella a cargo de los gastos; al mes siguiente estuvo fuera de la ciudad, pero el tercero quiso hacer un gran balance trimestral y Meg nunca se olvidó de aquello, pues pocos días antes había hecho una cosa horrible y le pesaba mucho en la conciencia: Sarita había estado comprando sedas y Meg se moría por tener un vestido nuevo, clarito, para fiestas, ya que el suyo de seda negra era muy vulgar; además, los vestidos de finos algodones para la noche eran apropiados únicamente para chicas solteras. La tía March generalmente regalaba veinticinco dólares a cada una de las hermanas con motivo de Año Nuevo. Eso significaba esperar sólo un mes, y en esa tienda había una preciosa seda violeta que era una verdadera pichincha. Meg tenía el dinero; sólo hacía falta que se animara a tomarlo. Juan siempre decía que lo que era de él era también de ella... Sally insistía En que debía comprar aquella seda y ofreció prestarle el dinero. Es decir que, con la mejor intención del mundo, había tentado a Meg mucho más allá de su capacidad económica. En mal momento el tendero levantó los preciosos pliegues relucientes asegurando:

-Una verdadera oportunidad, señora... -Voy a llevarlo.

Y lo cortaron... y lo pagó y salieron riendo y alegrándose con Sally de la compra como si fuese cosa de poca importancia. Pero al alejarse en el coche de Sarita, Meg se sintió como si hubiera cometido un robo y la persiguiera la policía.

Cuando llegó a la casa trató de aquietar la conciencia extendiendo la hermosa seda, pero ahora le pareció menos tentadora después de todo y las palabras "cincuenta dólares" parecían estampadas como un estigma en cada ancho de la tela. La guardó en el ropero, pero la idea seguía persiguiéndola, no deleitosamente, como debía ser, tratándose de un vestido nuevo, sino terriblemente, como un fantasma... Cuando Juan sacó sus libros aquella noche a Meg se le cayó el alma a los pies, y por primera vez en su vida de casada tuvo miedo de su marido. Aquellos bondadosos ojos pardos tenían aspecto de poder ser severos, y aunque inusitadamente alegre aquella noche, Meg se imaginó que ya la había descubierto y que disimulaba. Las cuentas domésticas estaban todas pagadas, los libros todos en orden. John la había elogiado y abría ahora la vieja cartera que solían llamar el "banco". Sabiendo que estaba completamente vacía, Meg detuvo la mano de su marido diciéndole:

-Todavía .¡o has visto mi libreta de gastos particulares...

Aquella noche Juan tenía aire de querer cuestionar todas sus cifras y fingir horror de sus derroches, como solía hacer en broma, estando en realidad muy orgulloso de la prudencia de su mujer.

Se trajo la libretita y fue colocada ante Juan. Meg se puso detrás de su silla con el pretexto de alisar las arrugas de su frente. Allí parada, exclamó con pánico:

-Juan, querido, tengo vergüenza de mostrarte mi libreta porque he gastado mucho últimamente. Salgo tanto que necesito ropa, ¿sabes?, y Sarita me aconsejó que hiciese esta compra y la hice... pero me arrepentí mucho

después, aunque mi dinero de Año Nuevo pagará una parte, pues sabía que tú lo

encontrarías mal.

Juan se rió y le dijo:

-No te escondas, vamos, que no te voy a pegar aún si te has comprado un par de zapatos asesinos. Estoy orgulloso del pie de mi mujer y no me importa que gaste siete u ocho dólares en calzado siempre que lo compre bueno.

Ése había sido uno de sus últimos grandes derroches y la mirada de Juan había caído sobre ese renglón mientras hablaba. Y Meg pensaba con un estremecimiento: "¡Qué va a decir, Dios mío, cuando llegue a esos terribles cincuenta dólares!..."

-Se trata de algo peor que calzado... Es un vestido de seda -dijo entonces con la calma que da la desesperación, pues deseaba ya pasar lo peor cuanto antes.

-Bueno, querida, ¿cuál es el "condenado total", como decía aquel otro?

Eso no parecía cosa dicha por Juan, y Meg sabía que la miraba directamente a los ojos que ella siempre había enfrentado con otra mirada igualmente franca... ¡Ay! ... eso era antes! ... Volvió la hoja y la cabeza al mismo tiempo, señalando la suma total, que ya era bastante abultada sin aquellos cincuenta dólares, pero que con ese agregado le parecía a Meg espantosa. Por un minuto hubo completo silencio. Luego, dijo Juan muy lentamente:

-Bueno, cincuenta dólares no me parece tanto para un vestido, con todos los adornos y perendengues que se necesitan hoy día para terminar un traje.

-No está hecho, Juan, ni este precio incluye los adornos -dio Meg, murmurando apenas, pues el repentino recuerdo de todo lo que había que gastar todavía acabó por anonadarla.

-Veinticinco yardas de seda parece mucho para cubrir a una sola mujercita, pero no dudo de que mi consorte

va a estar tan elegante como la de Eduardo Moffat cuando se lo ponga -dijo Juan con sequedad.

-Sé que estás enojado, Juan, pero ya no puedo remediar nada. No tenía intención de malgastar tu dinero, pero no creí que esas pequeñas cosas iban a elevar tanto la cuenta y no me les puedo resistir cuando la veo a Sally comprando todo lo que se le ocurre y compadecer-me porque yo no lo poseo. Trato de contentarme con lo que tengo, pero es difícil y estoy cansada de ser pobre.

Las últimas palabras fueron dichas tan por lo bato que Meg creyó que él no las oiría, pero Juan las oyó y lo hirieron profundamente, pues se había negado muchos placeres por Meg. Ella se mordió la lengua al minuto de haber dicho aquello, pues Juan retiró los libros y dijo con algo de temblor en la voz:

-Me temía esto, Meg, pero te aseguro que hago de mi parte todo lo que puedo.

Si la hubiese regañado o aun sacudido por los hombros, como se lo merecía, no se le hubiese partido el corazón como con aquellas pocas palabras. La muchacha corrió hacia él y lo abrazó estrechamente, llorando lágrimas de arrepentimiento:

-¡Oh, Juan, mi bonísimo y querido muchacho! ¡No me hagas caso, que no quise decir eso tan perverso, tan falso y tan ingrato! ¡Cómo pude decir semejante cosa, Dios mío! ...

Él estuvo muy bondadoso, la perdonó en seguida y no pronunció un solo reproche, pero Meg sabía que aquello que había dicho no sería olvidado fácilmente, aunque su marido no volviera a referirse a eso. Ella, que había prometido amarlo en las buenas y en las malas; ella, su esposa, le había reprochado su pobreza, después de dilapidarle sin freno las ganancias de su trabajo. Era horrible lo que había hecho, y lo peor fue que Juan permaneciera tan en silencio después. Lo único que cambió fue quedarse hasta más tarde en el centro y trabajar por las noches cuando ella se iba a acostar llorando. Una semana de arrepentimiento casi enfermó a Meg, y el descubrir que Juan había dado contraorden para un sobretodo nuevo que había encargado la redujo a un estado de desesperación que era realmente patético. A sus preguntas respecto a aquel cambio, Juan sólo había respondido sencillamente:

-No puedo pagarlo, querida.

Meg nada dijo, pero unos minutos después Juan la encontró en el "hall" con la cara metida en el viejo sobretodo y llorando como loca.

Esa noche tuvieron los dos una larga conversación y Meg aprendió a querer más a su marido por su pobreza, pues era lo que parecía en realidad haber hecho de él un hombre.

Al día siguiente Meg se puso el orgullo en el bolsillo, se fue a ver a Sally, le contó la verdad y le pidió como un favor que le comprara la seda. La buena de Sarita aceptó el pedido y tuvo la delicadeza de no regalársela inmediatamente. Luego Meg encargó de nuevo el sobretodo y cuando llegó Juan a casa Meg se lo puso y preguntó sonriendo a su marido qué le parecía su nuevo vestido de seda. Es fácil imaginarse la respuesta que habrá dado Juan y qué dichoso fue el estado de cosas que siguió. De nuevo volvía Juan a casa temprano, Meg dejó de callejear con Sally y el sobretodo era puesto todas las mañanas por un marido verdaderamente feliz y quitado todas las noches por la más enamorada de las esposas. Así pasó el primer año y a mitad del verano Meg tuvo otra nueva experiencia, la más profunda y tierna de la vida de una mujer.

Laurie entró furtivamente un sábado a la tarde en el Palomar con gran agitación en el rostro y fue recibido con un batir de timbales, pues Ana batía palmas con una cacerola en una mano y la tapa en la otra.

-¿Cómo está la mamita? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué no me lo dijeron antes de que viniese a casa? -comenzó Laurie en un murmullo bastante alto.

-Feliz como una reina, y todo el mundo está arriba, rindiéndole culto y adorándola; no dijimos nada porque no queríamos vendavales dentro de la casa. Ahora usted

se sienta en la sala y yo los mandaré a todos abajo a verlo -con cuya respuesta enigmática Ana desapareció riendo para sus adentros, extática de felicidad.

Poco más tarde apareció Jo llevando orgullosa un envoltorio de franela sobre un gran almohadón. Estaba muy seria pero había un brillo travieso en sus ojos y un sonido raro en su voz que parecía reprimir una emoción que Laurie no acertaba a explicarse.

-Cierra los ojos y abre los brazos -invitó con aire pícaro.

Laurie retrocedió precipitadamente a un rincón y puso las manos atrás:

-No, gracias. Prefiero no agarrarlo. Más seguro que ahora es de día, que lo dejaría caer o lo aplastaría o haría alguna barbaridad por el estilo...

-Entonces no verás a tu sobrinito -dijo Jo decidida, volviéndose como para marcharse.

-¡Bueno, bueno, lo tomaré, pero tú serás responsable por cualquier daño! -Y, obedeciendo órdenes, Laurie cerró heroicamente los ojos mientras le ponían algo en los brazos. Una carcajada de Jo, Amy, la señora de March, Ana y Juan se los hizo abrir de nuevo para encontrarse cargado con dos bebés en lugar de uno.

No es de extrañar que se rieran, pues la expresión de la cara de Laurie era cómica, mirando alternativamente a aquellos inocentes y a los divertidos espectadores con espanto y consternación tales que Jo se sentó en el suelo a llorar de risa.

-¡Mellizos, por Júpiter! -fue todo lo que pudo decir Laurie al principio. Luego, volviéndose hacia las mujeres con una mirada de súplica que era patéticamente cómica, agregó:

-¡Tómelos alguno de ustedes, por favor... que me voy a reír y se me van a caer! ...

Juan rescató a sus bebés y comenzó a pasearlos como si ya estuviese iniciado en los misterios del cuidado de los chicos, mientras Laurie se rió hasta las lágrimas.

-¿No es verdad que ha sido éste el mejor chiste del año? -dijo Jo-. Me opuse a que te lo dijeran porque

me había propuesto darte la gran sorpresa y estoy orgullosa de haberlo conseguido -y Jo no recobraba todavía el aliento.

-En mi vida me he azorado por nada como esta vez... ¡Qué divertido!... ¿Son varones? ¿Qué nombre les van a poner? Déjenme mirarlos de nuevo. Sosténme, Jo... te aseguro que, por lo que a mí toca, sobra uno... -dijo Laurie mirando a los infantes con todo el aire de un gran San Bernardo benévolo que contemplase a un par de gatitos recién nacidos.

-Varón y mujer. ¿No te parecen dos bellezas? -explicó el orgulloso papá, radiante con sus dos movedizos pergeños.

-Son los chicos más notables que he visto en mi vida. ¿Cuál es cuál? -preguntó Laurie agachándose para contemplar a los dos prodigios.

-A la francesa, Amy le ha puesto una cinta celeste al varón y una rosa a la niña, así se puede saber siempre de cuál se trata. Además, uno tiene ojos azules, y el otro, pardos. ¡Vamos, tío Teddy, dales un beso a tus sobrinos! -propuso Jo con picardía.

-Me parece que no les va a gustar nada... -comenzó Laurie con timidez desusada en él, pero explicable en asunto de aquella índole.

-¿Por qué no? Ya están acostumbrados; ¡los hemos besado tanto!... Béselos usted ahora mismo -ordenó Jo, temiendo que el muchacho propusiese un sustituto para besar a los chicos "por poder".

Laurie se preparó arrugando la cara y obedeció luego con un picoteo cauteloso en cada mejilla que provocó otra risotada e hizo chillar a los chiquitos.

-¿Ven? ... ¡les dije que no les iba a gustar!. .. Ése es el varón, vean cómo patea... y se defiende con los puñitos. A ver, joven Brooke a ver si te metes con uno de tu mismo tamaño, ¿eh?... -gritaba Laurie, encantado de recibir un empujoncito en la cara de aquel puñito que manoteaba sin saber a quién.

-A él le pondrán Juan Lorenzo y a la chiquita Margarita, como su mamá y su abuelita. La llamaremos Daíisy, para que no haya dos Meg. Me supongo que al hombrecito lo llamaremos Jack, a menos que tú le encuentres un nombre mejor -dijo Amy con interés muy propio de una tía.

-Llamémosle "Damajuana"' y Demi, para abreviar -propuso Laurie.

-Daisy y Demi, ¡espléndido! Justo lo que queríamos..., ya sabía yo que Teddy arreglaría este asunto dijo Jo encantada, batiendo palmas...

Y por cierto que Teddy lo había arreglado, pues los mellizos fueron Daisy y Demi por toda la vida.

VI
VISITAS

-¡Vamos, Jo, a vestirse que ya es hora!

-¿Hora de qué?

-No me digas que has olvidado tu promesa de hacer media docena de visitas conmigo esta tarde.. .

-Muchas son las locuras y audacias que he cometido en mi vida, pero no creo haber estado nunca tan loca como para decir que haría seis visitas en un día cuando una solamente que haga me postra por una semana.

-Pues lo prometiste, Jo, no lo dudes. Acuérdate que fue un pacto entre las dos: yo debía hacerte el retrato a lápiz de Beth y tú ibas a vestirte correctamente y retribuir las visitas de nuestros vecinos.

-Si hacía buen tiempo... eso iba especificado en el contrato y yo me atengo al convenio, señor Shylock. Como hay un respetable montón de nubes por el lado del este y no hace buen tiempo, quedo exenta de mi compromiso.

-Eso es pura evasión, Jo, y tú lo sabes muy bien. Está precioso el día, no hay ni miras de lluvia y siempre te vanaglorias de ser fiel a tus promesas, de modo que sé honorable, cumple con tu deber y ya quedarás libre por seis meses.

En ese tiempo Jo estaba entusiasmada con la costura, pues era modista general de la familia y hallábase satisfecha de saber manejar la aguja igual que la pluma. Era irritante que la interrumpiesen en la preparación de una primera prueba y tener que salir a hacer visitas toda endomingada en un día de tanto calor. Además, odiaba las visitas de etiqueta y jamás las hacía, a menos que Amy la obligara con algún pacto, soborno o promesa de alguna clase. En el caso presente no tenía escapada, y habiendo arrojado con rebeldía las tijeras, protestando que hasta se olían ya los truenos, cedió por fin, guardó su costura y, tomando su sombrero y sus guantes con aire resignado, anunció a Amy que la víctima estaba preparada.

- Josefina March, ¡tu testadurez es como para provocar a un santo! Me imagino que no querrás salir a hacer visitas con esa facha -gritó Amy contemplándola azorada.

-¿Y por qué' no? Estoy limpia, fresca y cómoda y mi vestimenta es perfectamente adecuada para hacer largas caminatas por los senderos polvorientos con este día de calor. Si la gente se fija más en mi ropa que en mí misma, no tengo el menor interés en visitarlos. Tú puedes empaquetarte por las dos y ponerte tan elegante como desees; a ti te sienta bien eso; a mí no, y los firuletes y adornos sólo consiguen fastidiarme.

-¡Oh, Dos mio!; ¿así que estamos con espíritu de llevar la contraria, eh? ¡Ahora no conseguiré nunca que te prepares decentemente! Tampoco a mí me hace ninguna gracia ir hoy, pero es una deuda que tenemos con la sociedad y únicamente tú y yo podemos pagarla. Haré cualquier cosa que me pidas, Jo, con tal que te¡ arregles como es debido y me ayudes a cumplir nuestros deberes sociales. Tú sabes hablar tan bien y tienes un aspecto tan aristocrático cuando te vistes con tus mejores galas, sin contar con lo exquisito de tu comportamiento cuanto te lo propones, que me da mucho orgullo salir contigo y me asusta ir sola, así que tienes que venir.

-Eres una gatita astuta al adular y engatusar a tu hermana gruñona de esa manera. ¿Quién te va a creer eso de que yo sea aristocrática y bien educada y que tú tengas miedo de ir sola a ninguna parte? ... ¡No sé cuál de las dos ideas es más absurda! Bueno, iré si es preciso y haré las cosas lo mejor que pueda. Tú serás el comandante de la expedición y yo obedeceré ciegamente, ¿estás satisfecha? -dijo entonces Jo, con un repentino viraje de humor.

-¡Eres un perfecto querubín! Ahora ve y ponte tu mejor vestido y yo te diré cómo has de comportarte en cada casa si es que quieres hacer buena impresión. Quiero que le gustes a la gente, y así sería con solo preocuparte tú de ser agradable. Péinate de ese modo tan tentador que tú sabes y ponte el pimpollo rosa en el sombrero; eso alegrará algo tu ropa oscura.

Mientras se vestía, Amy dictaba órdenes y Jo las obedecía, no sin dejar registrada su protesta; sin embargo, sólo con suspiros y mucha dificultad logró entrar en su vestido nuevo de organdí.

-Me siento perfectamente desdichada, pero si tú-crees que así estoy bien, moriré contenta.

-Sumamente presentable... muévete despacito y deja que te inspeccione bien. -Jo dio vueltas y Amy prosiguió-: ¡Sí, estás muy bien! Echa los hombros para atrás y lleva las manos sueltas por más que te ajusten los guantes.

-"Tú eres un objeto de belleza y un placer sempiterno" -dijo Jo mirándola con aire de entendida y admirando el efecto de la pluma azul contra el pelo dorado-. Por favor, señora, dígame usted si debo arrastrar mi mejor vestido por el suelo o levantarlo.

-Recógelo cuando caminas en la calle pero déjalo suelto dentro de la casa. A ti te va bien

el estilo majestuoso y debes aprender a arrastrar con gracia tus faldas. Te falta abotonar un puño; hazlo en seguida, por favor.

Nunca parecerás bien vestida si descuidas un solo detalle, pues son los pormenores pequeños los que completan el conjunto.

Jo suspiró y abotonó el puño, y por fin estuvieron listas y salieran juntas "tan bonitas como pinturas", según el veredicto de Ana, que se asomó por la ventana de arriba para mirarlas.

-Veamos ahora, Jo. Los Chester son los primeros de la lista. Es gente que se precia de su elegancia, así que quiero que asumas allí tu mejor comportamiento. No salgas con alguno de tus exabruptos, ni hagas nada raro, ¿sabes? Simplemente conserva la calma, sé serena y habla poco. No te será difícil portarte así durante un cuarto de hora -aconsejó Amy al llegar a la primera casa.

-Veamos, veamos... serena, reposada y silenciosa, ¿eh? Sí, creo que puedo prometértelo, pues una vez representé en el teatro el papel de una muchacha remilgada y ahora lo volveré a hacer. Tú no sabes de lo que soy capaz, pero déjame y verás...

Amy pareció conforme, pero la pícara Jo la tomó al pie de la letra y durante la primera visita se quedó sentada con sus miembros en perfecto reposo y cada pliegue de su vestido cayendo graciosamente, serena y reposada como un banco de nieve y tan callada como la esfinge. Fue inútil que la señora de Chester es refiriera a "su encantadora novela" y que las señoritas de Chester introdujeran temas variados, como fiestas, picnics, la ópera y las modas... Todos y cada uno fueron contestados con una sonrisa, un saludito y un tímido "sí" o "no" con un poco de hielo de yapa. Fue en vano que Amy le telegrafiase: "Habla", y que tratase de sonsacarle; le administrase golpecitos disimulados con el pie. Ahí se quedaba Jo, como si todo aquello no ocurriese, y su comportamiento fue como el rostro de Maud "heladamente correcto, espléndidamente paralizado".

-¡Qué persona altanera y poca interesante es la mayor de las March! -fue el veredicto desgraciadamente audible de una de las señoras de la casa al cerrarse la puerta tras las visitas. Jo se rió en silencio al atravesar el "hall", pero Amy estaba muy mortificada con el fracaso de sus instrucciones y, naturalmente, le echó la culpa a Jo.

-¿Cómo pudiste entenderme tan mal? Sólo quería que actuases con compostura y dignidad y no que te quedaras 'tiesa como un palo. Trata de ser sociable en lo de Lamb, chismorrea como las demás chicas y toma interés en las modas, los flirts o cualquier otra cosa que se hable por tonta que te parezca. Son gente que actúa en la mejor sociedad y nos puede ser muy valiosa su amistad. Por nada querría dejar allí una mala impresión.

-Me mostraré agradable, chismorrearé y echaré risitas y me horrorizaré o extasiaré como hacen ellas a propósito de cualquier tontería. Eso me gusta, la tendré a May Chester de modelo. Verás si no dicen:

"¡Qué muchacha simpática y animada es Jo March!"

Amy estaba inquieta, sin embargo, y tenía razón, pues cuando Jo se ponía juguetona no se sabía a dónde iría a parar. Había que ver el rostro de Amy al deslizarse su hermana en la sala de los Lamb, besar con efusión a todas las chicas, sonreír afablemente a los caballeros y tomar parte en la charla con gran espíritu. De Amy se posesionó la señora de Lamb, pues le tenía especial preferencia, y la chica se vio obligada a escuchar el largo relato sobre el último ataque de Lucrecia mientras tres encantadores jóvenes la rondaban, esperando el momento de ir a salvarla. En tal situación le fue imposible frenar a Jo, que parecía poseída del espíritu de travesura y hablaba con tanta volubilidad como la dueña de casa. Había un montón de cabezas a su alrededor y Amy aguzaba el oído para enterarse de lo que ocurría, pues las frases que llegaba a escuchar la alarmaban bastante. Podemos imaginar su sufrimiento al enterarse de diálogos como el siguiente:

Librodot

-Es una jinete magnífica, ¿quién le enseñó a cabalgar?

-Nadie; solía practicar sosteniendo las riendas y sentándose bien derecha en una vieja montura sobre un árbol. Ahora puede cabalgar cualquier animal, pues no sabe lo que es miedo, y el dueño de la caballeriza le deja baratos los caballos porque ella se los entrena muy bien para conducir señoras. Tiene tal pasión por los caballos que suelo decirle que si le falta todo lo demás puede ganarse la vida domando potros.

Al oír semejante horror Amy pudo a duras penas contenerse, pues se estaba creando la impresión de que ella era audaz y despreocupada, que era precisamente lo que más odiaba en un señorita. Pero ¿qué podía hacer la pobre Amy? La señora estaba sólo en mitad de su relato y mucho antes que hubiese terminado Jo ya había empezado otra conversación, revelando quién sabe qué cosas cómicas de sus vidas privadas.

-Sí, aquel día Amy estaba desesperada porque todos los caballos buenos habían sido alquilados.

-¿Y qué hizo? -preguntó uno de los risueños caballeros, a quien interesaba mucho el tema.

-Se enteró de que había un potrillo en una granja del otro lado del río que nunca había sido montado por una mujer. Amy resolvió probarlo porque era brioso y de buena estampa. Sus luchas fueron patéticas, porque no había quien lo ensillase. Ella misma llevó la montura a remo por el río, se la puso sobre la cabeza y marchó así hasta el galpón, ante el asombro del viejo dueño del caballo.

-¿Y lo montó por fin?

-Ya lo creo que sí, y se divirtió la mar. Yo esperaba verla traer a casa en pedacitos, pero no, señor, lo manejó admirablemente y fue el alma de la fiesta.

-Bueno, eso lo que yo llamo coraje -expresó el joven Lamb volviéndose a mirar a Amy con aprobación y preguntándose qué podía estar diciendo su madre a la muchacha para que estuviese tan roja.

Todavía se puso más colorada y se sintió más incómoda al rato cuando un giro de la conversación introdujo el tema de los vestidos. Una de las señoritas preguntó a Jo dónde había comprado el bonito sombrero marrón claro que había llevado al picnic, y la estúpida de Jo, en lugar de mencionar el nombre de la tienda donde fue comprado hacía dos años, tuvo que responder con franqueza innecesaria:

-Oh, Amy lo pintó. No se pueden conseguir esos tonos suaves, así que nosotros los pintamos del color que queremos. Es una gran cosa tener una hermana artista.

-Pues me parece una idea muy original -pronunció la mayor de las señoritas de Lamb, que encontraba a Jo muy divertida.

-Eso no es nada comparado con algunas de las demás cosas que ejecuta. No hay nada que no sepa hacer esa chica. Para la fiesta de Sally Moffat quería tener zapatos azules, así que pintó los viejos blancos de ella del tono más precioso de celeste que habréis visto nunca y quedaron exactamente como si hubiesen sido de raso -agregó Jo con tal aire de orgullo por los logros de su hermana que sólo consiguió exasperar a Amy, quien tuvo ganas de arrojarle su carné de tarjetas para aliviar su indignación.

-El otro día leímos un cuento suyo y nos gustó muchísimo -observó la mayor de las Lamb, deseando cumplimentar a la dama de letras que en ese momento, debemos decirlo, no lo parecía en absoluto.

Cualquier referencia a sus "obras" a Jo hacía mal efecto y se ponía tiesa y tomaba aspecto ofendido, o cambiaba de tema con alguna observación brusca como la que hizo ahora:

-Siento que no encontrase usted nada mejor que leer. Sólo escribo esas "tonterías" porque se venden y el común de la gente gusta de ellas. ¿Irá usted a Nueva York este invierno?

Como la señorita de Lamb había disfrutado de veras con el cuento de Jo, semejante frase

no era ni agradecida ni halagadora. Jo se dio cuenta en el mismo minuto de haberla dicho, pero temiendo empeorar las cosas, recordó de repente que a ella correspondía la iniciativa de retirada, y así lo hizo tan abruptamente que dejo a la gente con frases a medio terminar.

-Amy, tenemos que irnos... ¡Adiós, querida!, no deje de venir a vernos, nos morimos por las visitas. No me animo a pedírselo a usted, señor Lamb, pero si viniera, no creo que tuviese alma de despedirlo...

Jo dijo todo aquello con una imitación tan fiel y cómica del modo demasiado efusivo de May Chester, que Amy abandonó la habitación tan pronto como pudo, sintiendo terribles ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

-¿Verdad que lo hice muy bien? -preguntó Jo con aire satisfecho cuando se alejaban.

-No podías haber estado peor -fue la respuesta aplastante de Amy-. ¿Cómo se te ocurrió contar todas esas historias de mi montura y de los sombreros, y los zapatos y todo lo demás?

-Porque es divertido y la gente se entretiene. Ya saben que somos pobres, ¿de qué sirve entonces pretender que tenemos caballerizos, nos compramos tres o cuatro sombreros por estación y obtenemos las cosas con tanta facilidad o tan buenas como las de ellas?

-No hay necesidad de revelar todos nuestros trucos exponiendo nuestra pobreza. No tienes ni un ápice de amor propio y nunca aprenderás cuándo debes callarte la boca y cuándo hablar -concluyó Amy con desesperación.

La pobre Jo parecía avergonzada y en silencio se restregaba la punta de la nariz con el pañuelo áspero como si quisiera hacer penitencia por haberse portado mal.

-¿Cómo me tengo que portar aquí? -preguntó cuando se acercaban a la tercera mansión.

-Como se te antoje... Yo me lavo las manos -fue la concisa respuesta de Amy.

-Entonces me voy a divertir. Los muchachos están en casa y lo vamos a pasar muy cómodos.

Una entusiasta bienvenida por parte de tres muchachos grandes y varios preciosos chiquillos suavizaron el espíritu alterado de Jo, dejando a Amy que entretuviera a la dueña de casa y al señor Tudor, que se encontraba allí de visita; Jo se dedicó a la gente joven y encontró el cambio muy edificante. Con sumo interés escuchó historias de escolares, acarició sin murmurar perros pachones y de lanas, estuvo completamente de acuerdo en que "Tom Brown era un tipo estupendo", sin prestar atención a la forma poco elegante del elogio, y cuando uno de los chicos propuso visitar su tanque de tortugas Jo se levantó con una celeridad que hizo que la mamá de la casa le sonriera agradecida por prestar tanta atención a sus chicos.

Dejando a su hermana librada a sus propios medios, Amy procedió a divertirse con todo su corazón. El tío del señor Tudor se había casado con una dama inglesa que era prima tercera de un lord, y Amy consideraba con gran respeto a aquella familia porque pese a su nacimiento y educación americanos y democráticos poseía esa reverencia por los títulos de que la mayoría de nosotros está también atacada. Pero ni aun la satisfacción de hablar con un pariente lejano de la nobleza inglesa hizo que Amy se olvidase del tiempo, y cuando hubo pasado el reglamentario número de minutos se arrancó de mala gana de tan aristocrática sociedad y se puso a buscar a Jo, deseando con fervor que su hermana no fuera a encontrarse en una situación que pudiese significar un bochorno para el nombre de March.

Podía haber sido peor, pero Amy la consideró bastante mala, pues Jo, sentada en el césped con un campamento de muchachos a su alrededor y un perro de patas embarrados sentado en sus faldas (y tenía puesto su mejor vestido de fiesta) contaba una de las travesuras de Lauree a su admirativo auditorio. Uno de los pequeños empujaba las tortugas con la sombrilla preciosa de Amy, otro comía torta y caían las migas sobre el mejor sombrero de Jo, y un tercero jugaba al fútbol con una pelota hecha con sus guantes. Pero todos se divertían mucho, y cuando Jo se levantó a recoger sus estropeadas pertenencias para marcharse, su caballero la acompañó rogándole que viniese otro día porque era muy divertido enterarse de

las parrandas de Laurie.

-¡Magníficos muchachos!, ¿no es verdad? Me hacen sentir joven y ágil otra vez -decía Jo caminando con las manos atrás, en parte por hábito, pero también para esconder a los ojos de Amy la sombrilla llena de salpicaduras.

-¿Por qué evitas siempre al señor Tudor? -preguntó Amy, omitiendo con sabia prudencia toda alusión al aspecto ruinoso del atuendo de su hermana.

-No me gusta; se da muchos airetes, desprecia a sus hermanas, preocupa a su padre y no habla con respeto de su madre. Laurie dice que es algo disoluto, y como no lo considero un dato deseable, lo dejo en paz; eso es todo.

-Podías por lo menos tratarlo cortésmente. Apenas si le hiciste la más fría y somera inclinación, cuando en cambia ahora saludaste y sonreíste con la mayor amabilidad a Tomás Chamberlain, cuyo padre tiene almacén. Si hubieses invertido los papeles habrías estado mejor -dijo Amy en tono reprobatorio.

-Nada de eso -replicó Jo, una vez más "en la contraria"-. Ni me gusta, ni respeto ni admiro a Tudor, por más que la sobrina del sobrino del tío de su abuelo fuera prima tercera de un lord.

-Es inútil tratar de discutir contigo -comenzó Amy.

-Completamente inútil, querida -interrumpió Jo-, así, pues, pongamos cara amable y dejemos aquí una tarjeta, ya que, evidentemente, los King no están en casa.

Habiendo llenado su función el portatarjetas de la familia, las muchachas siguieron su camino y Jo tuvo ocasión de elevar otra acción de gracias al llegar a la quinta casa, donde les dijeron que las señoritas estaban ocupadas.

-Volvámonos a casa, Amy, y dejemos a tía March para otro día. Podemos visitarla en cualquier momento y es una lástima arrastrar por el camino polvoriento nuestros mejores trapitos, máxime cuando ya estamos cansadas y de mal humor.

-Habla por ti misma, por favor. A tía le gusta que le hagamos el cumplido de vestirnos bien para hacerle una visita de etiqueta. Es poca Cosa, pero a ella le complace y no creo que se te vaya a dañar tu ropa ni la mitad que dejándotela estropear por sucios perros o chicos torpes... Agáchate y deja que te saque las migas que tienes en el sombrero.

-¡Qué buena eres, Amy! -dijo Jo con una mirada de arrepentimiento que recorrió desde su ropa estropeada hasta la de Amy, tan impecable como cuando habían salido-. Ojalá fuese para mí tan fácil hacer aquello que gusta a la gente como te es a ti.

Amy sonrió y se ablandó en seguida, diciendo con aire maternal:

-Las mujeres deben aprender a hacerse agradables, y muy especialmente las que son pobres, puesto que no tienen otros medios de retribuir las bondades que reciben.

-Siempre he sido una gran regañona y lo seguiré siendo, aunque admito que tienes razón; sólo que a mí me es más fácil aún arriesgar la vida por alguien que hacérmelo agradable cuando no tengo ganas de cumplidos. Es una gran desventaja que las cosas nos gusten o nos disgusten con tal intensidad, ¿no es cierto?

-Lo peor es no saber disimularlo. Tampoco yo apruebo la conducta de Tudor, igual que tú, pero creo que no me incumbe a mí decírselo, así como tampoco te corresponde a ti, y ¿qué se gana con hacerse desagradable porque lo sea él?

-Pues yo creo que las chicas tienen que mostrar su desaprobación de un muchacho y no veo de qué otro modo pueden hacerlo más que con su comportamiento hacia ellos, ya que de nada sirve sermonearlos, como demasiado lo sé desde que he debido manejar a Teddy. Tengo en cambio pequeños modos de influir sobre él sin decir una sola palabra, y me parece que lo mismo podríamos hacer con otros muchachos si se presenta la oportunidad.

-Teddy es un muchacho extraordinario y no puede tomarse como patrón de prueba -y Amy se expresaba con un' tono tan solemne de convicción que hubiese convulsionado de risa

al "muchacho extraordinario" si hubiese podido oírla.

-Si fuéramos grandes bellezas o mujeres de gran posición o fortuna quizá podríamos lograr algo, pero tratándose de nosotras no tendría el más mínimo electo mirar señudamente a un grupo de muchachos porque no los aprobamos y sonreír a otros porque nos guste lo que hacen. Sólo lograríamos que nos considerasen raras o puritanas.

-Así que tenemos que apoyar a gente que detestamos nada más que porque no somos bellezas o millonarias; ¡vaya una moralidad!

-No sé discutirte sobre ese asunto. Sólo sé que as¡ pasan las cosas en este mundo, y lo único que conseguirá quien quiera oponerse será prestarse al ridículo.

-Tú perteneces al grupo antiguo y yo al nuevo A ti te va a ir mejor en la vida, pero es probable que yo me divierta más.

-Bueno, compónte ahora y no inquietes a tía March con tus ideas nuevas.

-Siempre trato de no hacerlo, pero parezco poseída de algún espíritu que me hace salir con alguna frase abrupta o alguna idea revolucionaria. Es mi destino y no lo puedo remediar.

Encontraron a tía Carrol con la anciana, ambas absortas en un asunto al parecer muy interesante. Se interrumpieron al entrar las chicas y su aspecto algo corrido mostraba a las claras que las sobrinas habían sido el tema de su conversación. Jo no estaba de buen humor sino colocada de nuevo en la posición de "llevar la contra", que le era tan frecuente; en cambio Amy, que había cumplido concienzudamente con sus deberes sociales sin perder los estribos y dando gusto a todo el mundo, estaba en estado de ánimo verdaderamente angelical. Este espíritu afable se advirtió en seguida, pues las dos señoras empezaron a decirle "querida" con todo afecto, reflejando claramente lo que más tarde comentaron entre ellas: "Esa criatura mejora cada día."

-¿Vas a ayudar en la "kermese", querida? -preguntó tía Carrol cuando Amy se sentó a su lado con aquel aire de confianza que las personas mayores valoran tanto en los jóvenes.

-Sí, tía. Me invitó la señora de Chester y yo me ofrecí para atender un quiosco, ya que no tengo otra cosa que mi tiempo con que contribuir.

-Pues yo no -interpuso Jo con decisión-. Odio que me traten con aire protector, y los Chester se creen que nos hacen un favor con dejarnos ayudar en su aristocrática feria. Me asombra que tú te prestes, Amy, ya que lo único que quieren ellos es hacerte trabajar.

-Y lo haré de muy buena gana. La feria es un beneficio, y creo que es amable de parte de ellos que me permitan participar de la tarea y también de la diversión. La "protección" no me molesta cuando me la brindan con buena intención.

-Muy bien, querida, así se debe pensar, y me complace tu espíritu agradecido, pues da mucho placer ayudar a quien sabe apreciar nuestros esfuerzos. Hay quien no lo hace, y eso molesta -observó tía March mirando por encima ríe sus anteojos a Jo, que se había sentado algo aparte y se hamacaba con expresión malhumorada.

Si Jo hubiese siquiera sospechado la gran felicidad que estaba jugándose en la balanza para una de ellas dos se hubiera puesto en el acto mansa como una paloma, pero desgraciadamente no tenemos ventanas en el pecho y no podemos saber lo que está pasando en la .cabeza de los demás.

-A mí no me gustan los favores, me oprimen y me hacen sentir como una esclava. Prefiero hacer todo por mí misma y ser completamente independiente.

-¡Ehem! -tosió tía Carrol despacito, echando una mirada a tía March-. ¡Te lo había dicho!

Inconsciente -por suerte- de haber hecho nada malo, Jo siguió hamacándose con la nariz al aire y un aspecto revolucionario que no tenía nada de atrayente.

-¿Qué tal anda tu francés, querida? -preguntó la señora de Carrol, poniendo su mano sobre la de Amy.

-Bastante bien, gracias a tía March, que me permite hablar con Esther cuantas veces

quiera -respondió Amy con una mirada agradecida que hizo sonreír afablemente a la anciana.

-¿Y tú cómo estás en idiomas? -preguntó entonces la señora de Carrol a Jo.

-No sé ni una palabra... No tengo paciencia para estudiar y no puedo soportar el francés; es un idioma resbaladizo y tonto -fue la respuesta poco amable de Jo.

Entre las dos señoras se cruzó otra mirada y tía March dijo luego a Amy:

-Ahora estás muy bien, ¿verdad, querida? Creo que estás bien fuerte y que ya no tienes molestias a los ojos, ¿eh?

-Ya no me molestan nada, gracias, tía. Me siento muy bien y pienso hacer grandes cosas este invierno, así podré estar preparada para ir a Roma cuando llegue esa feliz oportunidad.

-Muy bien, criatura... lo mereces y estoy segura de que algún día has de ir -dijo entonces tía March con una caricia aprobatoria a la cabeza de Amy al agacharse ésta para recogerle el ovillo de lana.

Gruñona, no busques placer
Siéntate al fuego a tejer...

chilló Polly, el loro de tía March, bajándose de su alcándara para espiar la cara de Jo con aire tan cómico que fue imposible no soltar la risa.

-¡Qué pájaro tan observador! -dijo la anciana.

-¿Vienes a pasear, querida? -gritó Polly yéndose a saltitos hasta el armario de la loza con una mirada que pedía a gritos: ¡azúcar!

-Gracias, así lo haré. Vamos, Amy. -Y Jo puso fin a la visita cada vez más convencida de que esa actividad

tenía un efecto fatal en ella. Se despidió con varoniles apretones de mano, pero Amy besó a las dos tías y al parar las muchachas dejaron tras ellas una impresión de sombra que hizo exclamar 9 tía March en cuanto las chicas desaparecieron de su vista:

-Es mejor que lo hagas en seguida, María. Yo pondré el dinero.

Y tía Carrol añadió:

-Ya lo creo que lo haré, siempre que el padre y la madre lo consientan.

VII
CONSECUENCIAS

La feria de la señora de Chester era tan elegante y selecta que las muchachas de la vecindad consideraban un gran honor que las llamasen para atender un quiosco. Invitaron a Amy, pero no a Jo, lo cual fue una suerte para ambas, pues Jo andaba esa temporada con los brazos en jarra y en contra de todo el mundo. La "muchacha altiva y poco interesante" fue dejada en paz y sola, mientras que el talento y buen gusto de Amy recibieron un justo homenaje con la asignación del quiosco dedicado al arte. La muchacha se empeñó realmente para preparar y conseguir elementos valiosos y apropiados para enriquecerlo.

Todo anduvo como sobre ruedas hasta la víspera de la inauguración; entonces ocurrió una de esas escaramuzas difíciles de evitar cuando tratan de trabajar juntas unas veinticinco mujeres, viejas y jóvenes, cada una con sus gustos, prejuicios y resentimientos particulares.

May Chester tenía celos de Amy porque era más popular que ella, y en este caso especial fueron varias las circunstancias que contribuyeron a aumentar aquel sentimiento. La primera espina fue que el delicado trabajo a pluma de Amy eclipsó completamente los jarrones pintados de May; segunda espina: en un baile reciente, el muy conquistador de Tudor había danzado cuatro veces con Amy y sólo una con May. Pero el agravio principal, lo que enconó el alma de May y le dio pretexto para su conducta poco amistosa, fue el rumor repetido al oído de May por alguna chismosa, de que las chicas de March se habían burlado de ella en casa de los Lamb. Toda la culpa de aquello debió recaer en Jo, cuya imitación de May había sido demasiado realista para escapar a la identificación, y los Lamb juguetones- habían dejado escapar lo de la broma. Ningún indicio llegó, sin embargo, a oídos de las culpables y la congoja de Amy puede imaginarse fácilmente cuando, en la noche, mientras Amy ponía los últimos toques a su bonito "stand", la señora de Chester, resentida por la supuesta burla hecha de su hija, se acercó a Amy para decirle con tono afable pero mirada fría:

-Parece, querida, que hay entre las chicas la idea de que este quiosco no debe ser atendido por nadie más que por una de mis hijas. Como ocupa el sitio más visible y algunos dicen que es el más bonito de la "kermesse" y como mis chicas son las principales organizadonas, se cree mejor que lo atiendan ellas. Lo siento mucho por ti, pero sé que estás demasiado interesada en nuestra causa como para que te importe un pequeño desencanto personal. Naturalmente que, si así lo deseas, tendrás otro quiosco.

La señora de Chester había creído que le sería fácil decir aquel discursito; pero llegado el momento le fue muy difícil hablar con naturalidad, con los ojos de Amy, completamente libres de suspicacia, mirándola fijo, llenos de sorpresa y desazón.

Amy sospechó en seguida que detrás de esto se escondía algo, pero no podía saber qué, y sintiéndose ofendida demostró que lo estaba, aunque respondió muy serena:

-Quizá preferirá usted, señora, que yo no atienda ningún "stand".

-¡Vamos, querida, no te resientas, te lo ruego, no es más que un asunto de conveniencia... !, es natural que mis hijas tomen la delantera y esta mesa se considera el lugar que les corresponde. Por mi parte, lo creo el lugar más apropiado para ti y te estoy muy agradecida por tu empeño en embellecerlo... Ya veré que se te dé un buen quiosco. ¿No te gustaría el "stand" de flores? Las chicas más jóvenes se habían hecho cargo de él, pero están desanimadas... Tú puedes hacer de él algo encantador, y el puesto de flores es siempre un lugar muy atrayente...

-Especialmente para los caballeros -agregó May, con una mirada que iluminó a Amy respecto de la causa de su caída desde el sitio de preferencia que antes ocupara. La pobre Amy enrojeció de ira, pero no hizo ningún otro caso de aquel sarcasmo de muchacha y respondió con afabilidad:

-Cuando usted desee, señora, dejaré inmediatamente mi puesto aquí, y si usted quiere atenderé el de las flores.

-Puedes llevar tus cosas si lo desea y ponerlas en tu quiosco -le dijo entonces May, cuya conciencia le remordió algo al mirar los pequeños atriles tan bonitos con los dibujos a pluma de Amy, las conchillas pintadas y las delicadas iluminaciones que la joven había hecho con sumo cuidado y arreglado con tanta gracia. La intención de May era buena, pero Amy la interpretó mal y le contestó, rápida:

-Por cierto, si es que te incomodan... -Y arrastrando con todas sus pertenencias, que llevó en su delantal en informe montón, se retiró con la idea de que tanto ella como su arte habían sido insultados fuera de toda posibilidad de perdón.

-¡Bueno! ¡Ahora se nos enojó! Ojalá no te hubiese pedido que hablases, mamá -dijo May desconsolada al mirar los espacios vacíos de su "stand".

-Las peleas entre chicas pronto pasan -replicó su madre, sintiendo, con mucha razón,

vergüenza por la parte que había desempeñado en ésta.

Las pequeñas recibieron encantadas a Amy con sus tesoros, y esa bienvenida cordial calmó bastante su espíritu alterado e inmediatamente se puso a trabajar, decidida a triunfar en la floral, ya que no había podido en lo artístico. Pero todo parecía ponerse en su contra: era tarde y ya estaba cansada. .. todo el mundo se hallaba demasiado ocupado con sus propios problemas para ayudarla y las chiquillas eran más bien estorbos que ayuda, porque charlaban como cotorras y hacían una alharaca increíble causando la más terrible confusión con sus esfuerzos inocentes por tener todo en orden perfecto. El arco de siempreverdes no quería mantenerse firme y se tambaleaba amenazando desplomarse sobre su cabeza en cuanto se llenasen las canastas colgantes; su mejor teja pintada sufrió una salpicadura de agua que dejó una mancha color sepia en la mejilla de Cupido; martillando se lastimó las manos y tomó frío trabajando en una corriente de aire, lo cual la llenó de temores para el día siguiente. Cualquier muchacha que haya sufrido inconvenientes parecidos va a sentir junto con Amy y le deseará buena suerte para terminar con bien su tarea.

En la casa produjo gran indignación el relato que hizo Amy esa noche de lo sucedido. Su madre lo consideró una vergüenza, pero también opinó que Amy había procedido muy bien. Beth declaró que ni pisaría la feria y Jo quería que Amy retirara todos sus trabajos y dejase que esa mezquina gente se las arreglase sin ella.

-Que ellos sean mezquinos no es una razón para que lo sea yo. Odio ese tipo de "toma y daca", y aunque creo tener derecho a sentirme lastimada no pienso demostrárselo. ¿No te parece, mamá?

-¡Ya lo creo, querida, ése es el espíritu que hay que tener...!, un beso a cambio de un golpe es siempre lo mejor que se puede dar, por más que muchas veces no sea nada fácil -contestó la madre con aire de hablar por experiencia.

A pesar de varias, tentaciones que sintió Amy de mostrar resentimiento y de tomar represalias, se atuvo a su resolución todo el día siguiente, empeñada en conquistar a su enemigo a fuerza de bondad. Al principio toro fue bien gracias a una advertencia que recibió inesperada pero muy oportunamente. Cuando arreglaba su "stand" esa mañana Amy tomó una de sus producciones preferidas, un librito cuyas hojas de pergamino había iluminado muy bellamente para ilustrar varios textos. Mientras recorría s con justificado orgullo las páginas ricas en delicados dibujos, su mirada cayó sobre un verso que la hizo detenerse a pensar: Rodeadas de un marco brillante de dibujos en volutas escarlata, azul y oro estaban las siguientes palabras: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

"Así debiera ser, pero en lo que a mí concierne, no lo consigo" -pensó Amy dejando vagar la mirada de la colorida página a la cara descontenta de May tras los jarrones que no podían esconder los vacíos que antes llenaban las bonitas obras de Amy. Ésta continuó un momento volviendo las hojas del librito. Aun un "stand" de feria puede convertirse en púlpito, y la conciencia de Amy fue la que le predicó un sermoncito tal, y la joven hizo lo que muchos de nosotros no siempre hacemos: tomó el sermón al pie de la letra y lo puso inmediatamente en práctica.

Rodeando la mesa de May había un grupo de muchachas admirando las cosas bonitas que allí se exhibían y comentando el cambio de vendedoras. Al llegar Amy bajaron la voz, y Amy sabía que estaban hablando de ella, es decir, oyendo sólo un lado de la cuestión y juzgándola según eso. No fue agradable, pero Amy iba ahora animada de un nuevo espíritu, y en seguida se presentó la ocasión de demostrarlo, pues oyó a May que decía:

-Es una lástima, pues no hay tiempo de hacer otras

cosas y no quiero llenar los claros con cualquiera. La mesa estaba completa antes..., ahora está echada a perder.

-Creo que Amy las volvería a traer si se lo pidieses -sugirió alguien.

-¿Cómo podría hacer tal cosa después de todo el barullo que hubo? -comenzó a decir May, pero no terminó, pues la voz de Amy se oyó desde el otro lado del salón, diciendo amablemente:

-Aquí las tienes, May, y te las doy de buena gana sin que me las pidas. Justamente pensaba ofrecértelas, ya que van mejor en tu mesa que en la mía. Tómalas, por favor, y perdóname por haber sido apresurada anoche cuando me las llevé.

-¡Bueno! ¡Eso me ha parecido precioso de su parte! -exclamó una de las chicas.

La respuesta de May no fue audible, pero otra chica, cuyo humor se había agriado exclusivamente haciendo la limonada, añadió con una risita desagradable:

-Sí, muy precioso, ¡porque sabía que no podría venderlas en su quiosco!

Eso sí que fue duro de soportar, ya que nos gusta que sean apreciados nuestros pequeños sacrificios; por un minuto Amy se arrepintió de haber hecho aquello, sintiendo que la virtud no "es siempre su propia recompensa". Pero lo es -como tuvo ocasión de convencerse más tarde-, pues su "stand" comenzó a prosperar bajo sus manos hábiles y pronto se levantó su ánimo, pues las chiquillas eran muy cariñosas con ella y aquel pequeño acto había aclarado extraordinariamente el ambiente.

Fue un largo y difícil día para Amy, todo el tiempo sentada allí casi sola, pues pocos son los que compran flores en verano. Además, sus ramos comenzaron a marchitarse mucho antes de llegada la noche.

El "stand" artístico era por cierto el más atrayente; todo el tiempo lo rodeaba un montón de gente y las que lo atendían iban de aquí para allá con caras importantes y repiqueteando las monedas de sus cajas. Amy miraba con frecuencia en esa dirección con aire pensativo, deseando haber estado allí, donde se hubiese sentido cómoda y feliz en lugar de seguir en su rincón sin nada que hacer. Para una chica bonita, joven y alegre, aquello fue no sólo aburrido sino muy mortificante; y la idea de que a la noche la encontrasen ahí su familia, Laurie y sus amigos convirtió la pequeña tribulación en un martirio.

Hasta la noche no volvió a su casa, y por su palidez y cansancio se dieron todos cuenta que el día había sido arduo, aunque Amy no se quejó y ni siquiera les contó lo que había hecho. Su madre le sirvió el té más cariñosa que nunca. Beth le hizo una preciosa guirnalda para el pelo, mientras que Jo asombró a la familia vistiéndose con especial cuidado e insinuando ambiguamente que se iban a dar vuelta los papeles.

-No hagas nada descortés, Jo, por favor, no quiero alharacas. Deja pasar todo y pórtate bien -imploró Amy al salir de nuevo para la feria, esperando encontrarse con un refuerzo de flores para refrescar su pobrecito quiosco.

-únicamente me propongo hacerme tan atrayente a cuanta persona conozco que se quedará en tu rincón el mayor tiempo posible. Teddy y sus muchachos me darán una manita y todavía nos vamos a divertir mucho -respondió Jo, disponiéndose a esperar a Laurie.

Al poco rato, oyendo el paso fuerte y familiar de su amigo, corrió a recibirlo:

-¿Es mi muchacho el que llega?

-Con tanta seguridad como que es mi chica la que me espera -respondió Laurie, metiendo la mano de Jo bajo su brazo con el aire de un hombre que ve satisfechos todos sus deseos.

-¡Ay, Teddy, no te imaginas lo que pasa! -Y Jo relató con verdadero celo fraternal los pormenores de las injurias sufridas por Amy.

-Un montón de muchachos vienen luego, y que me ahorquen si no los obligo a comprar hasta la última flor que tenga en el quiosco y a que acampen luego al pie de su mesa -dijo Laurie, abrazando con calor la causa de Jo y Amy.

-Dice Amy que las flores no están nada lindas y que las frescas pueden no llegar a tiempo. No quisiera ser injusta o suspicaz. Pero no me sorprendería que no llegaran a ninguna hora. Cuando la gente comete un primer acto mezquino, es muy probable que incurran en otro

-observó Jo.

-¿Acaso Enrique no le dio las mejores que teníamos, como se lo ordené.

-No sabía yo eso; creo que se le olvidó, y como tu abuelo no estaba muy bien no quise fastidiarlo pidiéndoselas, aunque de veras las necesitábamos.

-¡Vamos, Jo! ¿Cómo pudiste pensar que había la menor necesidad de pedirlas? Sabes muy bien que todo lo que tengo es tuyo. ¿Acaso no vamos siempre a medias en todo? -comenzó Laurie con el tono que siempre convertía a Jo en un cacto.

-¡Dios me libre! ¡Nada de eso!... La mitad de muchas de tus cosas no me convendrían en absoluto. Pero nada de quedarnos aquí hablando pavadas cuando tengo que ayudar a Amy. Ve y ponte tan espléndido como puedas... Y si le dices a Enrique que lleve flores lindas hasta el local de la feria, te bendeciré para siempre...

-¿No podías hacerlo ahora mismo? -preguntó Teddy con tono tan insinuante que Jo le cerró la verja en las narices con prisa-nada hospitalaria, gritándole por entre los barrotes-: ¡Anda, Teddy, vete, que estoy ocupada!

Y gracias a aquellos simpáticos conspiradores, los papeles se invirtieron de veras aquella noche.

Para empezar, Enrique, el jardinero de los Laurence, mandó una selva de flores, y además una preciosa cesta arreglada como sólo él sabía, para el centro de la mesa; luego la familia March se presentó en pleno y Jo se empeñó de tal modo y con tanto éxito que la gente no sólo acudía al quiosco, sino que se quedaba allí riéndose de sus disparates, admirando el buen gusto de Amy y aparentemente divirtiéndose la mar. Laurie y sus amigos, con sin par galantería, convergieron al lugar, compraron los ramos, acamparon al pie de su mesa e hicieron de aquel rincón el más animado de la feria. Amy estaba ahora en su elemento y llegó a la conclusión de que la virtud era su propia recompensa, después de todo.

En cuanto a Jo, se comportó con ejemplar corrección, y luego, una vez que Amy estuvo feliz, rodeada de su guardia de honor, se puso a circular por el salón, recogiendo fragmentos de chismografía, que por fin la iluminaron respecto de la causa del cambio de frente de los Chester. Tuvo que reprocharse la pobre Jo por la parte que le había correspondido en el asunto, resolviendo exonerar a Amy de toda culpa, tan pronto como fuese posible; también se enteró de la acción de Amy, devolviendo las cosas esa mañana, y consideró a su hermana un modelo de magnanimidad. Al pasar por el quiosco de arte buscó las obritas de Amy y no vio ni rastros de ninguna. "Escondidas, sin duda, para que nadie las vea", pensó Jo, que era muy capaz de perdonar sus propios agravios pero no los infligidos a su familia.

-Buenos días, Jo. ¿Cómo le está yendo a Amy? -preguntó May con tono conciliador, como para demostrar que ella también sabía ser generosa.

-Ya ha vendido todo lo que valía la pena de venderse y ahora se está divirtiendo. El puesto de flores es siempre atrayente... especialmente para los caballeros.

Jo no pudo resistirse a dar ese picotazo, pero May lo tomó con tanta mansedumbre que Jo se arrepintió al minuto de haberlo dado y se puso a elogiar los grandes floreros de May, que seguían sin venderse.

-¿Está por ahí la iluminación que hizo Amy? Me gustaría comprarla para mi padre -preguntó Jo.

-Todo lo de Amy fue vendido hace mucho; me preocupé de que lo viese la gente que convenía y nos ha significado una buena suma de dinero -replicó May, quien, igual que Amy, había aprendido aquel día a vencer varias tentaciones.

Llena de gusto corrió al puesto de flores a dar la buena nueva a Amy, que estuvo tan sorprendida como emocionada con la noticia de las palabras y el tono de May.

-Ahora, caballeros, quiero que vayan a cumplir con su deber en los demás puestos como lo han hecho con el mío... especialmente el quiosco de arte -les dijo

Amy, dando sus órdenes al "Clan de Teddy", como llamaban las chicas a os amigos de Laurie.

-¡A la carga, Chester, a la carga!... -decía la incorregible Jo cuando la falange se preparaba para tomar el campo.

-"Oír es obedecer, pero marzo es mucho más bello que mayo"' -recitó el pequeño Parker, haciendo un enorme esfuerzo para estar ingenioso y tierno al mismo tiempo, para no conseguir mas que un balde de agua fría por parte de Laurie, quien le contestó:

-Muy bueno, muy bueno, chiquito, no está mal para un chiquitín... -y lo despachó con un golpecito paternal en la cabeza.

-Compra los jarrones -murmuró Amy al oído de Laurie, como toque final de aquel día de generosidades.

Con gran deleite de May "el señor Laurence" no sólo compró los jarrones sino que anduvo paseándose por todo el salón con uno bajo cada brazo.

Tía Carrol estaba allí y se enteró de la historia, pareció complacida y llevando a la señora de March a un rincón le susurró algo al oído que puso a esta señora radiante de satisfacción, observando desde ese momento a Amy con expresión en que se mezclaban el orgullo y la inquietud, aunque no reveló la causa de su placer hasta varios días después.

La feria fue declarada un éxito, y esa noche, al darle las buenas noches a Amy, May se abstuvo de "representar" como tenía por costumbre, sino que le dio un beso afectuoso que decía "perdona y olvida" con más elocuencia que una efusión de palabras.

-Amy, tienes muchos más principios, nobleza y carácter de lo que yo creía. Te has portado con dulzura y te respeto con todo mi corazón -le dijo Jo con calor cuando juntas se cepillaban el pelo esa noche.

-Sí, querida, todas sentimos igual y te queremos mucho por estar tan dispuesta a perdonar. Debe de haberte costado mucho, después de trabajar tanto tiempo creyendo que ibas a vender tu las bonitas cosas necias por ti. No creo que yo hubiese podido hacer lo que tu naciste -agregó Beth desde su almohada.

-vamos, chicas, no tienen por qué elogiarme tanto, pues solo hice o que me hubiese gustado que hiciesen por mi. Ustedes se ríen de mí cuando les digo que quiero ser una dama, pero lo que quiero decir es una verdadera "señorita", tanto de corazón como de modales, y pienso seguir tratando de serio vasca donde llegue mi ciencia. No sé como explicarlo con exactitud, pero mi aspiración es estar por encima de todas esas pequeñas mezquindades y tonterías y defectos que echan a perder a tantas mujeres. Espero que con el tiempo llegue a ser como es mamá.

Amy hablaba muy en serio y Jo le dijo con un abrazo cordial:

-Ahora entiendo lo que quieres decir y nunca más me voy a reír. Estás adelantando más rápido de lo que tú crees, y yo, por mi parte, voy a tomar lecciones de cortesía en ti, pues creo que tú has aprendido el secreto. Sigue ensayando, querida, y un día tendrás tu recompensa y nadie va a estar más encantada que yo.

Una semana después Amy obtuvo su recompensa y la pobre Jo encontró muy difícil servirse encantada. Llegada una carta de tía Carroll, se iluminó de tal modo el rostro de la señora March con su lectura, que Jo y Beth, que estaban con ella, exigieron saber cuál era la feliz noticia.

-Tía Carroll se va a Europa el mes que viene y quiere...

-¡Que vaya yo con ella! -prorrumpió Jo saltando de la silla en éxtasis incontrolable.

-No, querida, no tú, sino Amy.

-¡Oh, mamá, Amy es muy chica y a mí me toca primero! ¡Hace tanto tiempo que lo deseo... y me haría tanto bien y todo sería tan espléndido! ¡Tengo que ir yo! ...

-Me temo que es imposible, Jo. Tía Carrol dice específicamente Amy en su carta y no nos

corresponde imponer nuestro deseo cuando nos brinda semejante favor.

-Siempre lo mismo, Amy es la que se divierte y yo la que trabajo. ¡No es justo, no es justo!. .. -gritaba Jo con pasión.

-Mucho me temo que sea por culpa tuya, querida. Cuando tía Carrol me habló de ello el otro día lamentó tus modales bruscos y tu espíritu demasiado independiente, y en esta carta dice como si citara palabras oídas: "Primero había proyectado levar a Jo, pero como los favores la agobian y odia el francés, creo que no me voya animar a invitarla. Amy es más dócil, será una buena compañía para Flo y va a recibir con gratitud cualquier beneficio que este viaje le proporcione."

-¡Ah, mi lengua, mi abominable lengua! ... ¿Por qué no puedo aprender a callarme? -se lamentaba Jo, recordando palabras que habían sido su ruina.

Oída la explicación, la señora dijo con tristeza:

-Me hubiera gustado mucho que pudieras ir, pero por esta vez no hay esperanza; así que trata de soportarlo con alegría y no entristezcas el placer de Amy con reproches o lamentaciones.

-Trataré -contestó Jo, parpadeando fuerte al arrodillarse a recoger el cesto que había derribado jubilosamente al creerse la afortunada-. La tomaré a la propia Amy de ejemplo y trataré no solamente de parecer contenta sino también de estarlo, sin envidiarle un solo minuto de felicidad... pero no me será fácil, pues esto ha sido para, mí una gran decepción. -Y la pobre Jo mojó con lágrimas bien amargas el grueso alfiletero que sostenía en la mano.

-Querida Jo, es muy egoísta de mi parte, pero yo no podría pasarme sin ti, y me alegro que no te vayas todavía -murmuró Beth abrazándola con cesto y todo, con una expresión de amor tan grande y una actitud tal de dependencia que Jo se sintió confortada a pesar de la pena agudísima que sentía. ¡Ojalá pudiese ir a rogar a tía Carrol que la agobiase con este favor!

Cuando llegó Amy, Jo, ya compuesta, pudo tomar parte en el regocijo general de la familia, quizá con menos entusiasmo que el que le era habitual en esos casos. En cuanto a Amy, debemos consignar que recibió la noticia con gran júbilo, empezó a andar por la casa como en un solemne rapto de arrobamiento, y esa misma noche comenzó a poner en orden sus pinturas y lápices de color, dejando las insignificancias tales como ropa, dinero y pasaportes para quienes estuvieran menos absortos que ella en visiones purísimas de arte.

-Hay que ver, chicas, que éste no es para mí simplemente un viaje de placer -les decía con aire importante mientras raspaba su paleta-. Se va a decidir mi carrera, y si es que poseo algún genio lo descubriré en Roma.

-Supongamos que no lo tengas... -le dijo Jo mientras cosía sin parar.

-Entonces, cuando vuelva, me pondré a enseñar dibujo para ganarme la vida -replicó la aspirante a la fama con filosófica compostura, pero con un gesto de disgusto ante tal perspectiva, y siguió raspando la paleta como proponiéndose tomar enérgicas medidas antes de renunciar a sus esperanzas.

-No, no vas a hacer nada de eso porque detestas el trabajo de rutina. Te casarás con algún hombre rico y vivirás con lujo asiático por el resto de tus días.

Tal fue el pronóstico de Jo.

-Tus predicciones suelen cumplirse, pero no creo que sea éste el caso, aunque bien que me gustaría, pues si no puedo ser yo artista me encantaría poder ayudar a los que lo son -respondió Amy sonriendo como si el papel de la Dama Generosa le cuadrase mejor que el de la pobre Maestra de Dibujo.

-Pues si ése es tu deseo, lo realizarás. Tus deseos siempre se cumplen; los míos, nunca.

-¿Te gustaría ser tú la que se fuera? -preguntó Amy pensativa.

-¡Ya lo creo!

-Muy bien. De aquí a un año o dos enviaré por ti y cavaremos juntas en el Foro romano buscando reliquias y cumpliremos por fin los proyectos que hicimos tantas veces.

-¡Gracias! Ya te recordaré tu promesa cuando llegue ese día feliz, si es que llega alguna vez -replicó Jo aceptando la magnífica promesa con toda la gratitud que pudo;

Como no había mucho tiempo para los preparativos y la casa estuvo en estado de gran agitación hasta el memento de la partida, Jo soportó muy bien la situación hasta que hubo desaparecido el último revoloteo de lazos y cintas. Entonces la pobre Jo se retiró a su gran refugio, la bohardilla, y lloró a todo trapo.

Amy, por su parte, también se portó muy bien hasta que el vapor arrancó, pero justo cuando iban a retirar la planchada, de pronto se dio cuenta de que todo un océano iba a rodar muy pronto entre ella y los seres que más la querían y abrazándose a Laurie, que estaba entre los últimos rezagados, le dijo con un sollozo:

-¡Cuídalos, Laurie, cuídalos por mí... ! y si pasara cualquier cosa...

-¡Claro que los cuidaré, querida...!, y si llegase a pasar cualquier cosa iré allá a consolarte... -respondió Laurie, sin soñar que le iba a corresponder cumplir esa promesa.

Así partió Amy a encontrar el viejo mundo, que siempre aparece joven y hermoso a los ojos jóvenes, mientras su padre y su amigo la miraban desde tierra deseando con fervor que no encontrase a su paso más que buena suerte.

VIII
NUESTRA CORRESPONSAL EXTRANJERA

Londres

Mis queridos:

Aquí estoy, de verdad, sentada a una ventana del frente del Hotel Bath, en Picadilly. No es un lugar elegante, pero tío paró aquí hace años y no quiere saber nada de ir a otra parte; de todos modos, no importa gran cosa, pues no vamos a estar aquí mucho tiempo. De veras que no sé cómo empezar a contarles lo que estoy disfrutando de todo esto. Como sé que nunca podría dar una idea completa, me conformaré con repetirles fragmentos de mi libreta de notas, pues desde el principio no he hecho otra cosa que bosquejar y garabatear.

Les mandé unas líneas desde Halifax cuando me sentía muy mal con el viaje, pero después me ha ido magníficamente, pocas veces mareada, en cubierta todo el día y mucha gente agradable con quien divertirme. Todo el mundo fue bonísimo conmigo, especialmente los oficiales. No te rías, Jo, pero los caballeros son indispensables a bordo de un barco, tanto para tomarse de ellos en casos de apuro como para que nos atiendan y sirvan. Es mejor que se hagan útiles en algo, y sin nosotras creo que fumarían hasta enfermar.

Tanto tía como Florencia estuvieron mal durante toda la travesía y querían estar solas, así que no bien las había atendido, en cuanto me era posible podía salir a divertirme. ¡Qué paseos en cubierta, qué puestas al sol, qué aire, qué olas! ¡Es tan magnífico viajar! Ojalá hubiese podido venir Beth; ¡qué bien le hubiera hecho! En cuanto a Jo, tal hubiese sido su arrobamiento que ya me la veo sentada en el pescante del palo mayor haciéndose amiga de todos los mecánicos y hablando por el megáfono del capitán.

Todo fue sencillamente divino, pero me dio especial alegría conocer la costa irlandesa. La encontré preciosa aquí, y allá, ruinas en algunos cerros, mansiones señoriales en los valles y

ciervos pastando en los parques. Paramos por la mañana muy temprano pero yo no sentí el madrugón, pues la bahía estaba llena de barquitos y la playa de lo más pintoresca. ¡Nunca lo olvidaré!

Uno de mis nuevos conocidos, el señor Lennox, desembarcó en Queenstown, y cuando le hablé de los lagos de Killarney suspiró y me cantó mirándome con ojos en blanco:

Habéis oído hablar de Kate Kerney.
Vive en los lagos de Killarney.
De su mirada huye presuroso,
Pues es fatal y peligroso
Que lo mire a uno Kate Kerney.

¡Qué cosa más disparatada!, ¿no es cierto?

En Liverpool paramos sólo unas horas, pero como lo encontré sucio y ruinoso me alegré de marcharme. Tío salió apuradísimo a comprarse guantes de piel, horribles zapatones gruesos y un paraguas e inmediatamente se hizo afeitar a la moda del país. Con eso creyó parecer un británico puro, pero la primera vez que se hizo quitar el barro de los botines el chico lustrabotas supo inmediatamente que era un americano el que llevaba toda aquella indumentaria, y le dijo con una sonrisita: "Ahí tiene, señor, le he hecho la última palabra en lustradas yanquis", lo cual divirtió a tío muchísimo. Tengo que contarles otra cosa que hizo ese absurdo de Lennox. A su amigo Ward, que siguió con nosotros, le hizo encargar un ramo para mí; así que lo primero que vi cuando llegué a mi cuarto fue el precioso ramo con "Saludos de Robert Lennox" en la tarjeta; ¿no les parece divertido? Me encanta viajar.

No voy a llegar nunca a hablarles de Londres si no me doy prisa. El viaje fue como pasar en coche por una galería de cuadros, llena de bellísimos paisajes. Me encantaron las granjas, con techos de paja, la hiedra que subía hasta los tejados, las ventanas enrejadas y las mujeres gordas con chiquillos rosados a las puertas. Aun los animales hundidos en trébol hasta la rodilla tenían aspecto más tranquilo que los nuestros, y las gallinas cloqueaban contentas como si nunca se pusieran nerviosas como las nuestras. Nunca he visto tal perfección de colorido, el pasto tan verde, el cielo tan azul, el cereal tan dorado y la madera tan oscura. Estuve en estado de éxtasis todo el camino, y también Florencia. Las dos brincábamos de un lado al otro, tratando de ver todo mientras corríamos a ciento veinte kilómetros por hora. Tía estaba cansada y se durmió, pero tío leía la guía y no quería asombrarse de nada.

Naturalmente que llovía cuando llegamos a Londres, y no hubo nada que ver, sino niebla y paraguas. Así es que descansamos, sacamos la ropa de los baúles e hicimos algunas compras entre un chaparrón y otro. Tía María me compró algunas cosas, pues me había preparado con tanto apuro que no tenía ni la mitad de las que me hacían falta. Me compró un sombrero blanco, con pluma celeste, un vestido de muselina haciendo juego y el más precioso abrigo que podáis imaginaros. Hacer compras en la calle Regent es algo divino, y todo parece baratísimo: buenas cintas a seis peniques la yarda, así que hice gran provisión de ellas, pero los guantes los compraré en París. ¿No es cierto que todo esto suena muy elegante y como de gente rica?

Solo por divertirnos, Flo y yo pedimos un coche de alquiler, un "cab", mientras tío y tía habían salido, y nos hicimos un regio paseo, aunque más tarde nos enteramos de que las señoritas no salen solas en esa clase de coche. Fue de lo más divertido y extraño, pues cuando estuvimos encerradas con el "delantal" de madera, el cochero salió corriendo tan de prisa que

Flo tuvo miedo y me pidió que lo parase. Pero como el hombre estaba allá arriba, no sé dónde, no podía hacerme oír por él. Ni me oía cuando lo llamaba ni me veía cuando le hacía señas con la sombrilla. Por fin, desesperada, descubrí la ventanita en el techo del coche y cuando la abrí empujando con la sombrilla apareció un ojo colorado y una voz aguardentosa dijo:

-¿Qué pasa ahora, señora?

Y puso su caballo a un paso como para asistir a un entierro. Entonces lo llamé otra vez y le dije: -Un poco más ligero.

Y volvió a salir de nuevo a tontas y a locas, como antes, y tuvimos que resignarnos a nuestro destino.

Hoy, con buen tiempo, fuimos a Hyde Park, cerca de aquí. El duque de Devonshire vive cerca de allí y a menudo veo a sus lacayos haraganeando en el portón de atrás, y el duque de Wellington tiene también su casa muy cerca. ¡Las cosas que vimos, queridas mías!... Resultaba tan gracioso como mirar las páginas de "Punch". Había duquesas viudas, gordas, paseando en sus landoes rojos y amarillos, con lacayos deslumbrantes de chaquetas de terciopelo y medias de seda, sentados atrás, y los cocheros de pelo empolvado, al frente. Las niñeras, también paquetísimas con los chiquillos más rosados que he visto en mi vida. Chicas bonitas, con aire lánguido y como semidormidas, "dandies", de sombreros ingleses rarísimos y soldados altísimos, de chaquetas rojas muy cortas y gorras chatas puestas a un lado, tan cómicos que hubiese querido dibujarlos.

"Rotten Row" es una corrupción de Route du Roi, o Camino del Rey, y es ahora una escuela de equitación. Los caballos son espléndidos y los hombres, especialmente los caballerizos, saben montar, pero las mujeres lo hacen muy tiesas, y además saltan, lo cual no se ajusta a nuestras normas. Me moría por mostrarles lo que es un galope americano realmente arrollador, pues ellas no hacían más que trotar del modo más solemne y aburrido del mundo, con sus trajes ajustados y sombreros de copa, que les daban el aspecto de las mujeres de un arca de Noé de juguete.

Por la tarde: la abadía de Westminster; pero no esperéis que os la describa, pues eso es imposible... Sólo diré que fue ¡sublime! ... Y para coronar el día más feliz de mi vida de modo apropiado, esta noche iremos a ver a Fletcher, el actor.

Medianoche

Es muy tarde, pero no puedo dejar salir esta carta mañana sin contarles lo que pasó anoche. ¿Quién creen ustedes que vino cuando estábamos tomando el té? ¡Pues los amigos ingleses de Laurie, Fred y Frank Vaughn! ¡Qué sorpresa nos dieron!... Nunca los hubiese reconocido a no ser por las tarjetas. Los dos están altísimos ¡y usan patillas! Fred es buen mozo, al estilo inglés, y Frank aún mejor, pues sólo renquea muy poco y no usa muletas. Por Laurie, se habían enterado de dónde estábamos y venían a invitarnos a parar en su casa, pero tío no quiere ir, de modo que retribuiremos la visita y luego los veremos cuando podamos. Vinieron con nosotros al teatro y ¡nos divertimos tanto!... Frank se dedicó a Florencia y Fred y yo hablamos toda la noche de diversiones pasadas, presentes y futuras como si nos hubiésemos conocido toda la vida. Díganle a Beth que Frank preguntó por ella y que se apenó mucho al saber que su salud no era muy buena. Fred se rió mucho en cuanto le hablé de Jo y mandó "sus más respetuosos saludos al sombrero grande". Ninguno de los dos se había olvidado del Campamento Laurence y de todo lo que nos habíamos divertido aquel día 1. Parece que hubiesen pasado siglos desde entonces, ¿no es cierto?

Me muero por verlos a todos, y a pesar de mis pavadas soy, como siempre

Vuestra cariñosa

AMY

París.

Queridas chicas:

En mi última les contaba de nuestra estada en Londres. ¡Qué amables y buenos fueron los Vaughn con nosotros y qué fiestas y paseos tan agradables nos brindaron! Yo disfruté especialmente con la excursión a Hampton Court y la visita al Museo. En Hampton pude ver los cartones de Rafael 2, y en el Museo salones enteros llenos de cuadros de Turner, Lawrence, Reynolds, Hogarth y todos los demás "grandes" de la pintura. El día en el Parque de Richmond fue encantador también, pues hicimos un verdadero picnic inglés y había espléndidos robles y grupos de venados. Además ¡oí cantar a un ruiseñor y vi una bandada de alondras levantar vuelo! En una palabra, que hemos visto Londres del modo mejor posible gracias a Frank y a Fred. Sentimos mucho marcharnos, pues aunque los ingleses son lentos para aficionarse a uno, una vez decididos a hacerlo no hay quien les gane en hospitalidad. Los Vaughn esperan encontrarnos en Roma el invierno que viene, y yo, por mi parte, sufriré un gran desencanto si eso no sucede, pues Gracia y yo nos hicimos grandes amigas y los muchachos son "tipos estupendos", como diría Laurie, especialmente Fred.

Bueno, apenas estábamos instalados en París cuando ese joven apareció de nuevo, diciendo que había venido de vacaciones y que se iba a Suiza. Tía se puso seria al principio pero el muy fresco se mostró tan impersonal que la tía no pudo decir nada. Ahora nos va muy bien con él y nos alegramos de que haya venido, pues habla el francés como un parisiense, y no sé lo que haríamos sin él porque tío no sabe ni diez palabras seguidas de francés e insiste en hablar inglés muy fuerte, como si eso ayudase a la gente a entenderlo. La pronunciación de tía es anticuada, y Flo y yo, que creíamos saber bastante, nos encontramos con que no as así, y estamos muy agradecidas de que Fred haga por nosotros el "parlé vu", como lo llama tío.

¡Nos divertimos enormemente! De la mañana a la noche visitamos puntos de interés en la ciudad o vemos objetos preciosos, interrumpiéndonos para almorzar en los alegres restaurantes y teniendo por todas partes aventuras muy cómicas. Los días de lluvia los paso en el Louvre, haciéndome una verdadera fiesta con las pinturas. Jo frunciría la nariz ante algunas de las más hermosas, porque no tiene alma para el arte, pero yo sí, y estoy cultivando el ojo y el gusto tan rápido como puedo. A Jo le gustarían más las reliquias de los grandes hombres de la antigüedad. He visto el sombrero de Napoleón y su chaqué gris, su cuna de bebé y su viejo cepillo de dientes; también el zapatito de María Antonieta, el anillo de San Dionisio, la espada de Carlomagno y muchas cosas interesantes más. Cuando vuelva les hablaré horas de estas cosas, pero de escribirlas ¡no tengo tiempo!

El Palais Royal es un lugar divino, lleno de bijouterie y de cosas bonitas que yo me enloquezco porque no pueden ser mías. Fred quería comprarme algunas, pero naturalmente que no se lo permití. Luego, el Bois y los Champs-Elysées son trés magnifique.

A menudo paseamos por los jardines de las Tullerías, que son muy bonitos, aunque los antiguos Jardines de Luxemburgo me gustan más. Pire Lachaise es muy curioso, pues muchas de las tumbas son como habitaciones pequeñas y mirando adentro se ve una mesa con imágenes y retratos de los muertos y hay también sillas para que los deudos se sienten cuando van a llorar a sus seres queridos. Todo eso es muy "franchute", ¿no les parece? Nuestras habitaciones son en la Rue de Rivoli, y sentados en el balcón vemos toda la calle iluminada. Pasamos las veladas conversando ahí cuando estamos demasiado cansados para salir. Fred es

sumamente entretenido y en conjunto es el muchacho más agradable que he conocido hasta ahora (excepto Laurie, que tiene modales más encantadores). Ojalá Fred fuese moreno, no me gustan los hombres rubios; sin embargo, los Vaughn son muy ricos y de excelente familia, así que no le voy a criticar a Fred su pelo amarillo cuando el mío es más amarillo todavía.

La semana que viene nos vamos a Alemania y a Suiza, y como andaremos de viaje continuo no podré escribir más que cartas apuradas. Pero sigo llevando mi diario y trato de "recordar correctamente y describir claramente todo aquello que veo y admiro", como me aconsejó papá. Es un buen ejercicio para mí, y junto con mi libro -de bosquejos les dará una idea mejor de mi viaje que todos estos garabateos.

Adieu, los abrazo a todos tiernamente.

Votre Amie.
Heidelberg

Mi querida mamá:

Como tengo una hora tranquila antes de salir para Berra trataré de relatarte todo lo que ha sucedido, porque algunas de las cosas son muy importantes, como podrás juzgar por ti misma.

El viaje por el Rin fue perfecto, y no hice otra cosa que sentarme a disfrutarlo todo lo que podía. Consíganse las viejas guías de papá y léanlo allí todo porque yo no tengo palabras bastante bellas para describirlo. Lo pasamos muy bien en Coblenza, porque algunos estudiantes procedentes de Bonn con quienes Fred se hizo amigo en el barco nos dieron una serenata. La noche era de luna, y a eso de la una de la mañana Flo y yo nos despertamos con música deliciosa que se ola bajo nuestras ventanas. Nos levantamos volando y nos escondimos tras las cortinas, pero mirando a hurtadillas vimos a Fred y a los estudiantes aquéllos cantando a toda voz allí abajo. Fue la cosa más romántica que en mi vida he visto, con el río, el puente, los barcos, la gran fortaleza allá enfrente y la luz de la luna bañando todo al son de una música como para enternecer el corazón más duro.

Cuando terminaron les tiramos flores y los vimos peleando por recogerlas, echando besos con las manos a las invisibles damas, yéndose luego, riendo alegremente... me imagino que a fumar y a beber cerveza... A la mañana siguiente Fred me mostró, toda arrugada, una de las flores que traía en el bolsillo del chaleco y se puso muy sentimental. Yo me reí y le dije que esa flor no la había tirado yo, sino Florencia, lo cual lo puso furioso, e inmediatamente arrojó la flor por la ventana y volvió a la razón. Me parece que este chico me va a dar mucho que hacer, según todos los síntomas actuales.

Fred perdió dinero en el casino de Baden-Baden, por lo cual le di un buen café. Cuando Frank no está con él, este muchacho necesita quien lo cuide. Kate dijo una vez que esperaba se casase pronto. y estoy de acuerdo con ella en que eso le convendría. En cuanto a Frankfort fue delicioso porque vi la casa de Goethe, la estatua de Schiller y la famosa "Ariadne" de Kannecker. Me pareció preciosa, pero hubiera disfrutado más de haber conocido el mito, y no me animé a preguntar porque todo el mundo lo sabía (o fingía saberlo). ¡Cómo me gustaría que Jo me lo contase bien! Yo debía haber leído más... Me encuentro con que no sé nada de nada, y eso me mortifica bastante.

Ahora viene la parte seria, pues aquí fue donde sucedió. Fred se ha marchado. Tan amable y alegre había estado todo el tiempo de nuestro viaje que todos le tomamos mucho cariño, pero por lo que a mí toca, nunca pensé en otra cosa sino en un excelente compañero de viaje... Todo eso hasta la noche de la serenata... Desde entonces me ha empezado a parecer que los paseos en las noches de luna, las charlas en el balcón y las diarias aventuras iban

siendo para él algo más que pura diversión. Te aseguro, mamá, que no he coqueteado con él, y he tenido presente lo que siempre me aconsejas. Yo no me propongo gustar, y aunque Jo diga que no tengo corazón me preocupa mucho si no puedo retribuir lo que ellos sienten, pero he decidido que cuando Fred me pida en matrimonio lo voy a aceptar, aunque no estoy loca por él, sino que simplemente me gusta, y creo que nos llevaremos muy bien y estaremos muy cómodos juntos. Es buen mozo, joven, bastante inteligente y muy rico -muchísimo más rico que los Laurence-, y no creo que su familia se opusiera. Por mi parte, sería muy feliz, pues son todos amables y buenos, bien educados y parecen tenerme simpatía. No sacudas la cabeza, mamacita, pero creo que Fred, como el mayor de los mellizos, heredaría los bienes. ¡Y qué esplendidez de bienes! Una casa en la ciudad en un barrio elegante; no una casa ostentosa como son las grandes casas nuestras, sino mucho más cómodas y llenas de muebles de un lujo sólido como los que gustan a los ingleses y a mí también, pues es todo auténtico: he visto la platería, las joyas de familia, los sirvientes, todos viejos en la casa, y he visto también figuras de la casa de campo con su gran casa y parque, tierras magníficas y caballos hermosos. ¡Sería todo lo que se puede ambicionar! Y prefiero tener eso a los títulos que muchas jóvenes arrebatan con tanta avidez para encontrarse luego con que no hay nada detrás de la bambolla. Puede que yo sea mercenaria, pero detesto la pobreza, y no tengo intención de soportarla ni un minuto más de lo que este en mi mano evitar. Admitirías, mamita, que una de nosotras tiene que casarse bien. Meg no lo hizo, Jo no querrá y Beth no puede, de; modo que lo haré yo, y todo será muy fácil para la familia de ahora en adelante. No me casaría nunca con un hombre a quien odiase o despreciara, de eso puedes estar segura, y aunque Fred no es mi modelo ideal de paladín, responde bastante bien, y con el tiempo llegaré a aficionarme mucho a él. De modo, mamacita, que vengo rumiando este asunto toda la semana porque es imposible no ver que Fred gusta de mí. No ha dicho nada todavía, pero hizo muchas cositas para demostrarlo. Nunca se pone al lado de Flo, sino a mi lado, ya sea en coche, o en la mesa, o el paseo; se pone sentimental en cuanto estamos solos y frunce el entrecejo con cualquiera que se atreve a hablarme. La otra noche, durante la comida, un oficial austríaco nos miraba y luego dijo algo a su amigo -un condecito con aire libertino-, algo sobre "ein wunderschones blondchen" (una rubita maravillosa). Fred se puso feroz como un león y cortaba la carne con un ensañamiento que casi se le cae del plato.

Bueno, siguiendo con mi relato, ayer fuimos a ver el castillo a la hora del crepúsculo -todos menos Fred, que iría luego a encontrarse allí, de vuelta del Posta Restante, donde debía buscar las cartas de todos-. Nos encantó el castillo y lo pasamos muy bien curioseando por entre las ruinas, las bóvedas donde está el enorme tanque de fermentación y los magníficos jardines que el elector hizo construir hace mucho para su esposa. Lo que me gustó más fue la terraza con una vista divina, de modo que cuando los demás se fueron a ver por dentro las habitaciones yo me senté afuera tratando de dibujar la cabeza del león de piedra gris que había allí. Me sentía exactamente como una heroína de novela. mirando correr el río Neckar por el valle, escuchando la música de la banda austríaca que tocaba abajo y esperando a mi enamorado como la chica de los cuentos. Tenía la sensación de que iba a pasar algo, y lo esperaba tranquila, sin sonrojos ni temores, completamente serena.

Al poco rato oí la voz de Ferd, y eh eso apareció muy de prisa, buscándome. Tenia un aspecto tan preocupado que inmediatamente me olvidé de mí misma y le pregunté qué le pasaba. Acababa de recibir una carta en que le: rogaban regresase inmediatamente porqué Frank estaba muy enfermo, así que se marchaba en seguida por el tren de la noche y sólo tenía tiempo de decirme adiós. Me apené mucho por él y sufrí algo de desencanto por mí, aunque sólo duró un minuto, pues al estrecharme la mano me dijo de un modo que no dejaba lugar a dudas:

-Pronto estaré de vuelta, Amy; ¿no me olvidarás, verdad?

Librodot

Nada prometí, pero lo miré y él pareció satisfacerse con eso, y no hubo tiempo para más, sólo algunos mensajes y adioses, pues partía una hora después. Lo extrañamos mucho. Sé que quería hablar, pero creo, por algo que una vez insinuó, que había prometido a su padre no decidir hada por ahora, porque es un muchacho impulsivo y el anciano señor teme que le endosen una hueva extranjera. Pronto nos vamos a encontrar eh Roma, y entonces, si no he cambiado de idea, diré: "sí, gracias", cuando Fred me pregunte "¿Quieres?"

Naturalmente que todo esto es estrictamente confidencial, pero quería enterarlos de lo que pasaba. No se inquieten por mí, sin embargo. Ya saben que soy "Amy la prudente" y pueden estar bien seguros de que no haré hada impulsivamente. Mándenme cuantos consejos quieran y los seguiré siempre que pueda. Ojalá pudiese verte, mamá, y tener contigo una larga conversación. Quiéreme mucho y ten confianza eh mí.

Tuya siempre

AMY

IX
TIERNOS CONFLICTOS

-Jo, querida, estoy inquieta a causa de Beth.

-¿Por qué, mamá? Me ha parecido estar mucho mejor desde que nacieron los nenes.

-No es su salud lo que me inquieta en este momento, sino su ánimo. Estoy segura de que algo la preocupa o aflige y quiero que tú descubras qué es.

-¿Qué es lo que te hace pensar eso, mamá?

-Se- sienta sola a menudo y no conversa con su padre tanto como antes. El otro día me la encontré llorando con los chiquitos en los brazos. Ya no canta más que canciones tristes y de cuando eh cuando veo en su cara una expresión que no comprendo. Ésta no es nuestra Beth de siempre, Jo.

-¿Le has preguntado algo?

-Lo he intentado una o dos veces, pero ella o elude mis preguntas o pone una cara tan angustiada que tengo que desistir. Nunca me gustó obtener por fuerza la confianza de mis hijas y es raro que la tenga que esperar mucho tiempo.

La señora March miraba a Jo mientras hablaba, pero la cara que tenía enfrente parecía no tener conciencia de ninguna otra inquietud que la relativa a Beth, y después de coser un minuto eh silencio Jo dijo:

-Creo que Beth está creciendo y por eso comienza a tener sueños, esperanzas y temores, sin poder explicarlos. No te olvides, mamá, que Beth ya tiene dieciocho años, pero no nos damos cuenta y la seguimos tratando como a una nena, cuando ya va siendo mujer.

-Así es, querida. ¡Dios mío, cómo crecéis! -respondió la madre con un suspiro.

-Es inevitable, mamita, así que debes resignarte a que tus pajaritos salten fuera del nido, uno por uno. Por mi parte, prometo no saltar nunca demasiado lejos, si eso te conforma algo.

-Me consuela mucho, Jo. Cuando tú estás en casa siempre me siento fuerte, ahora que Meg se ha ido. Beth es demasiado débil y Amy bastante joven como para contar con ellas. Pero cuando hay que luchar, ahí estás tú, siempre dispuesta.

-Ya sabes que no me importa demasiado hacer trabajos fuertes, y siempre tiene que haber por lo menos una fregona en cada familia. Amy es espléndida para las grandes cosas, pero yo estoy en mi elemento cuando hay que levantar las alfombras o cuando la mitad de la familia

cae enferma al mismo tiempo. Mientras Amy se distingue en el extranjero, yo estoy aquí para todo lo que se presente.

-Dejo a Beth en tus manos entonces, pues a su Jo le va a abrir el tierno corazón antes que a ningún otro. Sé muy suave y no le dejes sospechar que la estamos observando o hablando de ella. Si se pusiese de nuevo fuerte, sana y alegre otra vez, no pediría de la vida ninguna otra cosa...

-¡Tienes suerte! Yo tengo montones más de cosas que desear.

-¿Qué son, mi querida?

-Primero resolveré los conflictos de Beth y luego te diré los míos. No son de los que desaparecen, de manera que pueden esperar.

Aunque aparentemente ocupada de sus propios asuntos, Jo comenzó a observar a Beth, y después de muchas conjeturas contradictorias se resolvió finalmente por una que parecía explicar el cambio operado en ella. Fue un incidente trivial el que dio a Jo la clave del misterio, según lo creyó. Afectaba estar muy ocupada escribiendo, un sábado a la tarde, solas ella y Beth; y mientras escribía no perdía de vista a su hermana, que parecía más quietecita que nunca. Sentada ala ventana, a Beth se. le caía a cada rato la costura sobre las faldas y a veces apoyaba la cabeza en la mano en actitud abatida. De pronto, alguien pasó por la calle silbando y una voz gritó:

-¡Todo sereno! Voy esta noche...

Beth se sobresaltó, sonrió y movió afirmativamente la cabeza, observando al que pasaba hasta que se apagó el ruido de los pasos vigorosos. Entonces bajito, como para sí, exclamó:

-¡Qué bien, qué fuerte y qué feliz parece estar ese querido muchacho!

-¡Hum! -murmuró Jo, siempre atenta a la cara de la hermana, pues el color palideció tan pronto como había venido y al ratito la sonrisa desapareció y hubo una lágrima brillando en el borde de la ventana. Beth la hizo, desaparecer de un golpecito y miró recelosa a Jo; pero ésta raspaba el papel a una velocidad tremenda, absorta aparentemente en "El juramento de Olimpia". No bien se dio vuelta Beth, Jo comenzó de nuevo su vigilancia y vio que su mano se levantaba hasta los ojos más de una vez y leyó en su cara vuelta a medias una pena muy tierna que le llenó de lágrimas sus propios ojos. Temiendo descubrirse, se marchó del cuarto pretextando necesitar más papel-. ¡Dios 'nos ampare, Beth quiere a Laurie! ... -murmuró, sentándose en su cuarto, pálida con el choque que le produjo aquel descubrimiento que creía haber hecho-. Nunca hubiese soñado semejante cosa... ¿Qué va a decir mamá cuando lo sepa? ... Quisiera saber si... -Ahí se detuvo Jo y se puso como una grana con un pensamiento repentino que se le ocurrió-. ¿Y si él no le correspondiese?, ¡qué espantoso sería!. .. Laurie tiene que querer a Beth, yo lo obligaré -y sacudió la cabeza amenazante al retrato dei muchacho que con aspecto travieso le sonreía desde la pared.

Jo pensó intensamente por un minuto con los ojos fijos en el cuadro, luego se alisó su frente preocupada y dijo con una inclinación decidida en dirección de aquel rostro:

-No, gracias, señor, es usted muy encantador pero no tiene usted más estabilidad que una veleta, de modo que es inútil que escriba esas dulces notitas, ni que sonría de ese modo tan insinuante porque no servirá de nada, y además ¡no quiero! -Allí suspiró y cayó en una especie de ensueño, del que no despertó más que cuando el crepúsculo la envió abajo de nuevo a continuar sus observaciones. las cuales no hicieron más que confirmar sus sospechas.

Aunque Laurie flirteaba con Amy y bromeaba con Jo, s» modo para con Beth había sido siempre especialmente suave y bondadoso... Por otra parte, todo el mundo era así con Beth, por eso a nadie se le ocurría pensar que quería más a Beth que la demás gente. En realidad, se había generalizado últimamente en la familia la impresión de que "nuestro muchacho" se aficionaba más y más a Jo, quien, sin embargo, no quería oír una palabra a ese respecto, y se ponía violenta si alguien se animaba a sugerirlo. Si hubiesen sabido de los pequeños episodios

tiernos del año pasado que ella había tenido que cortar en su comienzo hubiesen tenido la inmensa satisfacción de decirle: "¡Te lo dijimos!" Pero Jo detestaba los galanteos y no se los permitía, teniendo siempre un chiste a flor de labios, o una risa franca en cualquier caso de peligro inminente.

Cuando Laurie entró en la universidad se enamoraba alrededor de una vez por mes; pero estas pasiones eran tan ardientes como breves y no hacían ningún daño, divirtiendo mucho a Jo, que se tomaba gran interés por las alternativas de esperanza, desesperación y resignación que él le confiaba durante sus conferencias semanales. Pero llegó una época en que Laurie dejó de adorar ante muchos altares diferentes, hizo oscuras insinuaciones a una pasión única y arrobadora y se sumergió de cuando en cuando en ataques de melancolía byroniana. Luego, evitaba por completo el tema del amor, escribía a Jo cartas filosóficas, se volvió estudioso y hacía saber a todo el mundo que se haría "tragalibros", con intención de recibirse con todos los honores. Esto cuadraba mucho más a la muchacha que las conferencias a la luz del crepúsculo o las suaves presiones de la mago y las miradas elocuentes, porque en el caso de Jo' el cerebro se desarrolló antes que el corazón y prefería los personajes imaginarios que los reales, porque a aquéllos podía suprimirlos cuando se cansaba de ellos. En cambio los últimos eran mucho más difíciles de manejar.

Las cosas estaban así al hacer Jo aquel gran descubrimiento, y esa noche, cuando vino el muchacho a visitarlas, como siempre, Jo lo observó como no lo había hecho antes. De no habérsele metido aquella idea nueva en la cabeza no hubiese visto nada desusado en el hecho de que Beth estuviese muy calladita y Laurie fuese muy amable con ella. Pero habiendo soltado la rienda a su viva fantasía, ésta se puso a galopar con ella a gran velocidad; además, su sentido común se había debilitado por su larga concomitancia con el romance por la serie de ellos que había escrito, y esta vez le falló y no vino a salvarla. Como de costumbre, Beth estaba recostada en el sofá, y Laurie, sentado en una silla baja, la divertía con toda suerte de chísmografías. Pero esa noche Jo se imaginó que la mirada de Beth se detenía con especial placer en el moreno y animado rostro del muchacho y que escuchaba con intenso interés el relato de un partido de criquet, aunque la mayoría de la jerga del juego le era tan inteligible a Beth como el sánscrito. Se imaginó además que veía un aumento de gentileza en la actitud de Laurie hacia Beth, que bajaba de cuando en cuando la voz y que se reía menos que de costumbre, que estaba algo distraído y que extendía la manta sobre los pies de Beth con una asiduidad rayana en la ternura.

-¿Quién sabe? -se decía-. Cosas más extrañas se han visto... -Y mientras se ajetreaba en su cuarto pensaba: "Ella hará de él un ángel y él hará la vida deliciosamente fácil y agradable para la pobre querida. Sólo hace falta que se quieran. Y por lo que a Lauríe concierne, no sé cómo podría escaparse de querer a ese encanto... y creo que la querría... si todos los demás desapareciéramos de la escena..."

Como todo el mundo estaba fuera de la escena, excepto ella, Jo empezó a pensar que tenía que desaparecer con toda velocidad. Pero ¿adónde ir? Ardiendo en deseos de sacrificase en el altar de la devoción fraternal, se sentó inmediatamente a resolver ese punto.

No olvidemos que el viejo sofá era como el patriarca de todos los sofás: Todas lo amaban porque era el refugio de la familia, y un rincón era el lugar preferido por Jo para recostarse. Entre los muchos almohadones que adornaban el venerable canapé había uno, redondo, duro, cubierto de crin llena de púas; este almohadón horrible era propiedad especial de Jo, que lo usaba de arma de defensa, barricada, o como severo preventivo de un sueño demasiado largo.

Laurie conocía muy bien aquel almohadón y tenía motivos para mirarlo con aversión profunda, habiendo sido golpeado sin la más mínima piedad con él cuando aún le eran permitidas las jugarretas, y ahora, encontrándose a menudo impedido por el mismo adminículo de ocupar el asiento que más codiciaba, al lado de Jo, en el rincón del sofá. Si "la

salchicha", como solían llamarlo, estaba colocada de canto, era señal de que podía acercase y descansar, pero si estaba chato sobre el sofá, ¡ay del hombre, mujer o niño que se atreviera a moverlo!... Esa noche Jo volvió de rodear a su rincón de barricadas y no hacía ni cinco minutos que se había sentado cuando una pesada figura apareció junto a ella y con ambos brazos extendidos sobre el respaldo del sofá y las larguísimas piernas extendidas al frente Laurie exclamó con un suspiro de satisfacción:

-¡Bueno, esto sí que es estupendo! ...

-No se permite el argot -retrucó Jo colocando de golpe el almohadón.

¡Demasiado tarde!, pues ya no había espacio para él, de modo que desapareció de manera sumamente misteriosa.

-¡Vamos, Jo, no te pongas espinosa! Después de estudiar toda la semana hasta convertirse en un esqueleto, un tipo necesita mimos, los merece y debiera recibirlos.

-Beth te hará mimos. Yo estoy ocupada.

-No, Beth no quiere que la fastidie, pero a ti te gus- ta hacerlos. Dime la verdad: ¿Odias a tu muchacho y quieres arrojarle almohadones a la cabeza?

Pocas veces se habrá oído nada más regalón y engatusador que aquella súplica conmovedora, pero Jo calmó a "su muchacho" dándose vuelta para espetarle la siguiente pregunta:

-¿Cuántos ramos has mandado e la señorita Randall esta semana?

-Ni uno, te doy mi palabra. Se ha comprometido. ¿Qué tienes que decir ahora?

-Me alegro de saberlo; ése es uno de tus tontos derroches: mandar flores y otras cosas a chicas de las que no te importa ni un alfiler...

-Las chicas sensatas, de quienes me importan cajas enteras de alfileres, no me permiten que les mande flores y "otras cosas", de modo que ¿qué diablos puede hacer uno? Mis sentimientos deben tener una válvula de escape.

-Sabes muy bien que mamá no aprueba los flirteos, aunque sean en broma, y tú flirteas desesperadamente, Teddy...

-Daría cualquier cosa por poder decirte: "Tú también." Como no puedo, diré simplemente que no le veo nada de malo a ese jueguito si las dos partes entienden que es pura broma.

-Sí, parece agradable, pero yo no puedo aprender cómo se hace. Lo he ensayado, porque una se siente rara si no hace lo que todos los demás, pero parece que e mí no me resulta -dijo Jo, olvidando su papel de mentor.

-Toma lecciones de Amy. Ella sí que tiene talento para eso.

-Sí, ella sabe hacerlo con arte y nunca va demasiado lejos. Me imagino que será un don natural el gustar sin proponérselo, y para otras, decir siempre la cosa inoportuna en lugar inoportuno.

-Yo me alegro de que no sepas flirtear; es refrescante ver una chica sensata y derecha que sabe ser alegre y amable sin ponerse en ridículo. Entre nosotros, Jo, algunas de las chicas que conozco andan a un paso que no puedo menos de sentir vergüenza por ellas. No tienen mala intención, estoy seguro, pero si supieran el modo como los muchachos hablamos de ellas después, me parece que se corregirían un poco.

-Ellas hacen lo mismo cuando hablan de ustedes, y y como tienen la lengua más afilada, los muchachos salen perdiendo, porque ustedes son tan tontos como ellas cuando se trata de chicas. Si ustedes se portaran como se debe, ellas también lo harían, pero sabiendo que a ustedes les gustan las pavadas, les siguen el tren y ustedes luego les echan las culpas.

-Mucho sabes tú de eso -dijo Laurie con tono superior-. No nos gustan nada los marimachos ni las flirteadoras, aunque a veces nos portemos como si nos gustasen. Las chicas bonitas y recatadas nunca andan en boca de nadie, sino únicamente con respeto entre caballeros. ¡Bendita inocencia la tuya! Si pudieses estar en mi lugar durante un mes verías

cosas que te asombrarían un poco.

Era imposible no reírse del cómico conflicto entre la caballeresca repugnancia de Laurie a hablar mal de la mujer y su muy natural disgusto por la tontería tan poco femenina de que hacían gala muchos ejemplares de la sociedad a la moda que él conocía por ahí. Jo sabía muy bien que "el joven Laurence" era mirado como un gran partido por muchas mamás mundanas y adulado por damas de todas las edades, lo bastante como para hacer de él un consentido petimetre; por eso precisamente lo vigilaba con celo, temiendo se echase a perder. Le regocijaba, pues, más de lo que hubiese confesado, descubrir que él valoraba a las chicas recatadas y creía en ellas. Volviendo de pronto a su tono admonitorio, le dijo:

-Si es verdad que debes encontrar una "salida" para tus sentimientos dedícate a una de las chicas bonitas y recatadas y no pierdas el tiempo con las tontas.

-¿De veras me lo aconsejas? -preguntó Laurie, mirándola con una expresión Mezcla de inquietud y de regocijo. .

-Sí, pero sería mejor que esperases a terminar la universidad... Como eres ahora no la mereces a... ¡bueno, quienquiera que sea la chica recatada! -concluyó Jo, también con una expresión rara, porque casi se le había escapado cierto nombre...

-¡Eso ya lo sé, que no la merezco! -asintió Laurie con una humildad que también era nueva en él, bajando los ojos y, distraídamente, arrollándose en el dedo la borla del delantal de Jo.

"¡Dios nos ampare, esto no marcha en absoluto!", pensó Jo, agregando en voz alta:

-Anda, Laurie, canta algo; me muero por oír música, y lo que tú tocas siempre me gusta.

-Prefiero quedarme aquí, muchas gracias.

-Bueno, no puedes quedarte, no hay sitio. Ve a hacerte útil en algo, ya que eres demasiado grande para ser decorativo. Yo creía que odiabas estar "atado al delantal de una mujer" -replicó Jo, citando unas palabras rebeldes que él había dicho en cierta ocasión

-Eso depende de quien lleve puesto el delantal -contestó Laurie, dando una retorcida audacísima a la borla.

-¿Te vas, sí o no? -exigió Jo buscando el almohadón en el suelo.

El chico huyó en seguida y en cuanto estuvo a la mitad de una canción escocesa ella se escapó de la sala y no volvió hasta que el caballero se había mandado mudar enojadísimo.

Jo tardó en dormirse aquella noche, y estaba recién tomando el sueño cuando el sonido de un sollozo ahogado la hizo volar al lado de la cama da Beth con una pregunta ansiosa:

-¿Qué te pasa, querida?

-Creía que dormías -sollozaba Beth.

-¿Acaso es el mismo dolor de antes?

-No, es uno nuevo, pero éste lo puedo soportar -dijo Beth, tratando de contener las lágrimas.

-Cuéntame de qué se trata y verás cómo te lo curo como antes el otro.

-No puedes curarlo, Jo, no tiene remedio -y la pobrecita Beth, con la voz quebrada, se abrazó a la hermana llorando tan desesperadamente que Jo se asustó.

-¿Dónde es el dolor? ¿La llamo a mamá?

Beth no contestó a la primera pregunta, pero en la oscuridad se llevó una mano involuntariamente al corazón como si el dolor fuese ahí, mientras con la otra se asió a su hermana con fuerza, murmurando ansiosa:

-¡No, no, no la llames, no le digas nada! Ya me voy a mejorar. Acuéstate conmigo y acaríciame la cabeza. Me dormiré pronto. De veras que sí.

Jo la obedeció, pero cuando pasaba su mano por la frente calenturienta de Beth el corazón parecía dolerle y ansiaba hablar. Pero, joven como era, Jo había aprendido ya que las almas, como las flores, no pueden ser manejadas sino con suavidad, y únicamente dijo, en el tono de

mayor ternura que pudo:

-¿Hay algo que te perturba, queridísima?

-Sí. Jo -y esto lo dijo después de una larga pausa.

-¿Y no te consolaría contarme qué es?

-No, ahora no; no todavía.

-Entonces no te pregunto nada más, pero acuérdate, Beth, que mamá y yo siempre nos alegraremos de que nos lo digas y de ayudarte si es que podemos.

-Ya lo sé, querida Jo, ya te lo diré más adelante.

-¿Se te ha pasado el dolor?

-¡Oh, sí, está mucho mejor! ¡Qué gran consuelo eres para mí, Jo! ...

-Duérmete ahora, Beth; yo me quedaré a tu lado.

Así, mejilla con mejilla, se durmieron, y al día siguiente Beth parecía ya la misma de siempre, pues a los dieciocho años ni cabezas ni corazones duelen por mucho tiempo.

Pero Jo había tomado una decisión y después de pon

derar su proyecto durante varios días se lo confió a su madre.

-Me preguntaste el otro día cuáles eran esos deseos míos y te voy a comunicar por lo menos uno de ellos, mamá -comenzó un día que estaban las dos solas-. Quiero irme por un tiempo esté invierno para cambiar de ambiente.

-¿Por qué motivo, Jo? -dijo su madre levantando la vista como si las palabras de Jo sugiriesen un doble sentido.

Sin levantar los ojos de la costura, Jo le respondió muy seria:

-Estoy ansiando algo nuevo, me siento inquieta y deseo ver, hacer y aprender otra cosa que lo que veo y hago siempre. Necesito algún estímulo nuevo para trabajar; así, pues, mamá, que si puedes pasarte sin mí este invierno me gustaría volar por un trechito y probar mis alas.

-¿Adónde vas a volar?

-A Nueva York, ayer se me ocurrió una gran idea. ¿Te, acuerdas que la señora de Kirke te escribió hace un tiempo preguntando si sabías de alguna joven respetable para dar clases a sus chicos y para coser? Es bastante difícil encontrar la persona conveniente, pero creo que ye serviría para el caso.

-¡Querida!.. ¿Ir a servir en esa enorme casa de pensión?... -La señora de March pareció sorprendida aunque no de] todo disgustada.

-No sería servir exactamente, ya que la señora Kirke es amiga tuya... Es la persona más buena que darse pueda. Estoy segura que me haría fáciles las cosas. Su familia está separada del resto de, los pensionistas y no hay nadie ahí que me conozca. Y aunque lo hubiera, se trata de un trabajo honesto y no me avergonzaría de hacerlo.

-Naturalmente. Tampoco a mí, pero, ¿y tu trabajo de siempre?, ¿no vas a escribir más?

-Creo que mejoraría con el cambio. Voy a ver y a oír cosas nuevas, y aun si allí no tuviese mucho tiempo

para escribir, a mi vuelta traería montones le materia¡ para mis "tonterías".

-No lo dudo, pero, ¿acaso son ésas las únicas razones para este antojo repentino?

-No, madre.

-¿Puedo saber cuáles son las otras?

Jo levantó la vista y dijo muy lentamente y poniéndoce colorada:

-Puede que lo creas vanidad de mi parte y puede también que esté equivocada, pero me parece... me parece que... Laurie se está aficionando demasiado a mí.

-¿Entonces tú no lo quieres del modo que es evidente y él está empezando a quererte a ti? -La señora parecía inquieta al hacer la pregunta.

-¡Que Dios me ampare, no! ... Lo quiero muchísimo, como siempre lo he querido, y estoy enormemente orgullosa de él, pero otra cosa... no, ¡ni pensar!

-Me alegra de saberlo, Jo

-¿Y por qué te alegras, si se puede saber, mamita?

-Porque, querida, no creo que te convenga él a ti, ni tú a él. Como amigos, ¡magnífico! ... se llevan estupendamente y las frecuentes peleas que tienen pronto pasan, pero me temo que ambos se rebelarían si estuviesen unidos por la vida como marido y mujer. Son demasiado parecidos y demasiado enamorados de su libertad, sin contar que ambos tienen genio vivo y voluntad fuer te, para poderse llevar bien juntos en una relación que necesita de infinita paciencia y tolerancia, además de amor.

-Eso es precisamente lo que yo pienso, sólo que no sabía expresarlo tan bien como lo haces tú. Me alegro que creas que sólo está empezando a quererme porque me afligiría mucho causar su infelicidad,' pues por más que quisiera no podría enamorarme del querido muchacho sólo por gratitud, ¿no te parece, mamá?

-¿Estás segura de sus sentimientos por ti?

El sonrojo se acentuó en las mejillas de Jo al responder, con la mirada de placer mezclado con orgullo y pena que tienen las muchachas cuando hablan de sus primeros enamorados.

-Mucho me temo que sí, mamá, aunque nada ha dicho todavía, pero todo está en cómo me mira... Creo que es mejor que me mande mudar antes que la cosa se agrave.

-Estoy de acuerdo contigo, y si pueden arreglarse las cosas te prometo que irás a Nueva York.

Jo pareció aliviada y dijo, risueña:

-¡Cómo se alegrará lo señora de Moffat de que Anita puede abrigar esperanzas todavía!...

-¡Ah, Jo querida, las madres pueden diferir mucho en sus "manejos", como tú les llamas, pero la esperanza es siempre la misma en todas: el deseo de ver a sus hijos felices! Meg lo es y yo estoy contenta de su éxito. A ti te dejo que disfrutes de tu libertad hasta que te canses de ella, pues sólo entonces vas a descubrir que hay algo más dulce en la vida. Ame es mi gran preocupación en este momento, pero creo que su buen sentido la va a ayudar a elegir bien. En cuanto a Beth, no puedo tener otra esperanza que la de volverla a ver sana. De paso, ¿no parece estar más contenta estos últimos días? ¿Acaso habrás hablado con ella.

-Sí, mamá. Admitió que tenía una aflicción y me prometió comunicármela más adelante. No quise insistir porque creo saber qué es. -Y Jo contó entonces su pequeña historia.

La señora no adoptó esa interpretación romántica del caso, pero se puso seria y repitió su opinión de que por Laurie, era mejor que Jo se marchase por un tiempo.

-¡No le digamos nada a él hasta que el plan sea más definitivo: entonces me escaparé antes de que pueda darse cuenta y se ponga trágico. Beth, por su parte, debe crees que me voy para hacerme el gusto, como es en realidad, porque no puedo hablarle a ella de Laurie; en cambio ella sí que puede mimar y consolar a Laurie cuando yo me haya ido, y así curarlo de esta chifladura romántica que le ha dado.

El proyecto fue discutido en consejo de familia y hubo acuerdo general, pues la señora Kirke aceptó a Jo encantada y prometió hacerle un agradable ambiente de hogar en su casa. La enseñanza le daría a Jo independencia, y todo el tiempo libre que pudiera quedarle podía ser utilizado con provecho para escribir, mientras que los nuevos ambientes y personas que trataría iban a resultarle tan útiles como agradables. Jo estaba encantada con la perspectiva y deseando marcharse, pues el nido hogareño estaba resultándole demasiado estrecho para su naturaleza inquieta y su espíritu aventurero. Cuando por fin todo estuvo decidido, con miedo en el corazón y temblando por las consecuencias, se lo comunicó a Laurie, pero con gran sorpresa de la muchacha, él lo tomó con mucha calma. Hacía un tiempo que se mostraba más serio que de costumbre, aunque muy agradable, y cuando alguien lo acusaba en broma de haber vuelto la hoja de su vida él contestaba muy serio que sí, y que esta hoja sería definitiva.

Jo sintió un gran alivio de que el chico estuviese pasando por uno de sus accesos de

virtud, y empezó a hacer sus preparativos con el corazón alegre porque Beth parecía más animada y Jo creía que estaba haciendo lo mejor que podía hacerse en bien de todo el mundo.

-Una cosa te dejo a tu especial cuidado -le dijo la víspera de su partida.

-¿Tus papeles, verdad? -preguntó Beth.

-No, mi muchacha. Sé muy buena con él, ¿eh, Beth!

-Naturalmente que sí; pero no podré nunca llenar tu lugar y te va extrañar horrores.

-Eso no le hará mucho mal. Recuerda que lo dejo a tu cargo para que lo mimes, lo regañes y que todo ande en orden.

-Lo haré lo mejor que pueda, por ti, Jo -prometió Beth, preguntándose por qué Jo la miraría de manera tan rara.

Cuando Laurie le dijo, adiós, él le murmuró al oído:

-No te servirá de nada, Jo. No te perderé de vista, así que cuidado con lo que haces, ¡o iré en seguida a buscarte y te traeré a casa de una oreja!

X
EL DIARIO DE JO

Nueva York, noviembre.

Queridas mamá y Beth:

Voy a escribirles un volumen porque tengo montones de cosas que contarles, aunque no sea la señorita elegante que viaja por el continente europeo. Cuando perdí de vista la querida cara de papá me sentí algo triste y pude haber vertido una que otra gotita salada si una señora irlandesa con cuatro chicos pequeños, todos llorando, no me hubiesen distraído, porque me divertí echándoles pedacitos de torta por encima del respaldo cada vez que abrían la boca para bramar.

Pronto salió el sol y, tomándolo como un buen presagio, también yo me despejé con el tiempo y disfruté del viaje con toda mi alma.

La señora Kirke me dio una bienvenida tan cariñosa que en seguida me encontré cómoda, aun en esa casa tan grande y llena de extraños. Una salita minúscula cerca del cielo era todo lo que la señora tenía para darme, pero tiene una estufita y una linda mesa contra la ventana llena de sol. La hermosa vista y la torre de la iglesia que hay enfrente compensan de subir las escaleras y en seguida me aficioné a mi pequeño refugio. El cuarto de los chicos, donde voy a dar clase y coser, es muy agradable y queda al lado de la sala particular de la señora. Las dos nenas son bonitas y me imagino que bastante mimadas, pero me las conquisté con el cuento de los "Siete Chanchos Malos", y no tengo ninguna duda de que seré una gobernanta modelo.

Las comidas las haré con los chicos, si lo prefiero a la mesa general, y por ahora será así, porque soy tímida, aunque nadie lo creería.

Desde el principio, la señora, con su modo maternal, me dijo: "Querida, debe sentirse como en su propia casa. Yo no paro de la mañana a la noche, como se puede usted figurar, con tanta gente a quien atender, pero una gran inquietud ha sido eliminada al saber que las chicas serán atendidas. Nuestras habitaciones estarán siempre abiertas para usted. Hay gente muy agradable en la casa para cuando se sienta con ganas de hacer sociedad y sus noches serán siempre libres. No vacile en venir a decirme si cualquier cosa anduviese mal y sea aquí

lo más feliz que pueda. Suena la campana para el té... Corro a cambiarme..." Y se marchó muy de prisa, dejándome que me instalara por mi cuenta en mi nidito.

Cuando bajé al poco rato vi algo que me gustó. Los tramos de la escalera son muy largos en esta vieja casa de techos altos, y cuando me quedé esperando al tope del tercero que subiese una sirvientita vi que un caballero que subía detrás de ella le tomaba el pesado canasto de carbón que traía la chica, se lo dejaba delante de una puerta del piso alto y luego se marchaba con un saludito amable, diciéndole con acento extranjero:

-Va mejor así. Esa espaldita es demasiado joven para tener tanta pesadez...

¿No les parece muy bueno de parte de ese señor? Me gusta observar esas cosas porque, como dice papá, "son las insignificancias las que muestran el carácter de la gente". Cuando se lo conté a la señora esa noche ella rió y me dijo:

-Ase debe de haber sido el profesor Bhaer... Siempre está haciendo cosas así.

También me contó que es de Berlín, muy instruido y bueno, pero pobre como las ratas. Da lecciones para mantenerse él y dos sobrinos huérfanos que está educando aquí, según los deseos de su hermana, que se había casado con un americano. La historia no es especialmente romántica, pero a mí me interesó y me alegré de saber que la señora de K. le presta la sala para alguna de sus clases. Como hay una puerta con cristales entre la sala y la "nursery", donde estaré yo, pienso espiar al profesor y luego podré contarles cómo es. Tiene casi cuarenta años, y no hay peligro alguno, mamita.

Después de la comida ataqué el gran costurero y pasé una noche tranquila con mi nueva amiga. Como pienso seguir mi diario, les mandaré una carta-diario semanal. Así que, buenas noches, y seguiré mañana.

Martes a la noche

Mi seminario estuvo hoy muy animado porque las chicas parecían enloquecidas y por momentos creí que iba a tener que sacudirlas para que se calmaran, pero por fin algún ángel bueno debe de haberme inspirado la idea de probar la gimnasia como calmante, hasta que las chicas se dieron por felices de sentarse y quedarse quietas. Después del almuerzo la mucama las sacó a dar un paseo y yo seguí con mi costura. Justo cuando agradecía a los dioses haber aprendido a hacer lindos ojales, se abrió la puerta de la sala y alguien empezó a tararear:

"Kenss du das land"

Sé que fue horriblemente incorrecto, pero no pude resistir la tentación y, levantando un poquitito la cortina de la puerta de cristales, me puse a espiar. Ahí estaba el profesor Bhaer y pude mirarlo bien mientras arreglaba los libros. Es un típico alemán, bastante grueso, con pelo castaño que le cae por todos lados sin mucho arreglo, tupida barba, buena nariz, los ojos más bondadosos que he visto en mi vida y una voz fuerte que hace bien a los oídos acostumbrados al agudo y descuidado "graznido" de los americanos. No tiene ni una sola facción hermosa en su rostro, excepto sus bellísimos dientes; sin embargo, me gustó, pues tiene una hermosa cabeza, su camisa estaba impecable y su aspecto es el de un caballero, pese a faltarle dos botones del saco y sobrarle un remiendo en el zapato. A pesar del canturreo parecía más bien triste, hasta que llegándose hasta la ventana dio vuelta hacia el sol los bulbos de jacinto y acarició al gato, que lo recibió como a un viejo amigo. Entonces sonrió, y al oír un golpe en la puerta contestó con voz fuerte y tono animado:

-¡Aquí adentro!...

Ya me estaba por escapar aterrorizada cuando. me veo entrar a un pergeño de criatura que llevaba un enorme libro e, intrigadísima, me detuve otra vez a ver qué pasaba.

-Mi quiere mi Baher -dijo el pequeño, arrojando el libro con un golpazo y corriendo al encuentro del profesor.

-Pues lo tendrás a tu Bhaer. Ven y dale un gran abrazo, Tina, chiquita mía -respondió él alzando a la nena mientras, riendo, la levantaba tan alto que ella tuvo que agacharse para besarlo.

-Ahora mi tepe studiar mi lesón -continuó la graciosísima criatura; así que el profesor la instaló en la mesa, abrió el enorme diccionario que ella había traído y le dio un lápiz y un papel. La chiquita empezó a garabatear, dando vuelta de cuando en cuando una hoja y haciendo correr el gordo dedito por la página como si estuviese buscando una palabra, todo con gravedad tal que casi me descubro con una risa, mientras que el señor Baher, parado a su lado, le acariciaba el pelo precioso con una mirada paternal que me hizo pensar que la chica era de él, aunque parecía francesa más bien que alemana.

Otro llamado a la puerta y la aparición de dos señoritas me enviaron de vuelta a mi trabajo, y allí me estuve quieta oyendo todo el ruido y parloteo que continuó en el cuarto de al lado. Una de las muchachas reía con afectación y decía: "¡Vamos, profesor!, con tono de coquetería, y la otra pronunciaba el alemán con un acento que debe de haber sido difícil para el profesor mantenerse serio.

Ambas parecían poner muy a prueba su paciencia, porque oí más de una vez que les decía:

-¡No, no; no es así! No han prestado atención a lo que les decía -y hasta se oyó una vez un fuerte golpe seco como si hubiese dado con el libro sobre la mesa, seguido de la exclamación desesperada de:

-Prut... Todo sale mal este día...

¡Pobre hombre! ... le tuve lástima, y cuando las chicas se fueron lo volví a espiar a ver si sobrevivía. Parecía haberse tirado de espalda en la silla, agotado, y allí se quedó, con los ojos cerrados, hasta que-el reloj dio las dos. Entonces se levantó de un salto, se llenó los bolsillos de libros, como preparándose para otra clase, y cargando en brazos a Tina se la llevó en silencio de allí. Me parece que lo pasa bastante mal.

Le señora me preguntó esa noche si no me gustaría bajar para la comida, y sintiéndome con un poco de nostalgia me pareció mejor hacelo para ver qué clase de gente vive bajo mi mismo techo. Me puse presentable y traté de pasar inadvertida detrás de la señora Kirke. Pero como ella es bajita y yo alta, más bien fracasaron mis esfuerzos de ocultamiento. Me sentó al lado de ella y una vez que se me pasó el sonrojo cobré coraje y me puse a mirar a mi alrededor. La larga mesa estaba repleta y todo el mundo atento a su comida, especialmente los caballeros, que parecían haber sido contratados para comer, pues engullían, en todo el sentido de la palabra, desapareciendo no bien habían terminado. Había el acostumbrado contingente de jóvenes ensimismados, de parejas absortas el uno en el otro, de señoras en sus bebés, y de señores viejos en la política. No creo que me interese hacer amistad con ninguno, con excepción de una señorita solterona de rostro dulce, que parece que tuviese algo interesante en su persona.

Abandonado, allá al final de la mesa, estaba el profesor, dando a gritos sus respuestas a las preguntas de un viejo señor sordo sentado a un lado y hablando de filosofía con un francés que tenía al otro. Si Amy hubiese estado presente le hubiese dado vuelta la espalda para siempre porque -y es muy triste tener que consignarlo- el hombre tenía un apetito imponente e ingería la comida de una manera que hubiese horrorizado a "Su Señoría". A mí no me importó, porque me gusta ver que la gente "coma con fruición", como dice Ana, y el pobre hombre debe necesitar una buena cantidad de "lastre" después de dar clase todo el día a un hato de idiotas.

Mientras subía a mi cuarto después de la comida dos de los jóvenes pensionistas se

arreglaban los sombreros delante del espejo del "hall", y oí que uno le decía al otro en, voz baja:

-¿Quién es la nueva?

-Gobernanta, o algo por el estilo.

-¿Por qué diablos come entonces en nuestra mesa?

-Amiga de la vieja.

-Hermosa cabeza, pero ninguna elegancia.

-Ni un poquito. Vamos, dame fuego y salgamos.

Jueves

Ayer fue un día tranquilo, transcurrido entre clases, costura y escribir en mi cuartito, que está muy confortable con luz abundante y un buen fuego. Me enteré de algunos pormenores y ¡fui presentada al profesor! Parece que Tina es la hijita de la fancesa que hace el planchado fino aquí en el lavadero. La criaturita se ha enamorado del señor Bhaer y lo persigue por la casa como un perrito, lo cual le encanta a él porque es muy amigo de los chicos aunque "soltiero". Kitty y Minny Kirke también lo quieren mucho y tienen bastante que contar de los teatros que les inventia los regalos que les trae y los espléndidos cuentos que les relata. Parece que los jóvenes de la pensión lo toman a broma llamándole Viejo Fritz, Cerveza y Osa Mayor, haciendo toda clase de chistes a propósito de su nombre[1]. Pero él se divierte con eso como un chico, según la señora Kirke, y toma la broma con tanta bondad que todos lo quieren a pesar de sus modos y expresiones raros, de extranjero.

La solterona se llama Norton: es rica, culta y amable. Me habló durante la comida (pues hoy volví a bajar porque me divierte mucho observar a la gente) y me invitó a su cuarto. Tiene libros y cuadros preciosos, conoce a gente muy interesante y parece propensa a la amistad, así que me le voy a hacer agradable porque a mí también me gusta tratarme con la buena sociedad.

Ayer por la noche estaba en la sala cuando entró él señor Bhaer con algunos periódicos para la señora Kirke. Como ella no estaba, Minny me presentó con mucha elegancia:

-Ésta es la amiga de mamá, la señorita March.

-Sí, y es muy alegre y nos gusta a rabiar -agregó Kitty, que es un enfant terrible.

Ambos hicimos una reverencia y luego nos reímos, pues la presentación etiquetera y el confianzudo agregado hacían un contraste bastante cómico.

-Ah, sí, ya sé que estas pícaras la hostigan a usted, señorita Marsh. Si lo vuelven a hacer, usted llamar y yo venir -dijo con un ceño amenazante que hizo las delicias de las dos sabandijas.

Le prometí que así lo haría y se marchó, pero parece que es mi destino encontrarlo muchas veces, porque hoy, cuando salía de paseo, al pasar por su puerta sin querer la golpeé con el paraguas y se abrió. Apareció el profesor, de bata y con una media azul en la mano y una aguja de zurcir en la otra. No pareció avergonzarse para nada de la situación, pues cuando expliqué lo que había pasado y seguí con prisa mi camino él agitó la mano con media y todo diciéndome alegre:

-Tiene un lindo día para hacer su paseo. Bon voyage, mademoiselle!

Me iba riendo todo el camino por las escaleras, pero también pensé que era un poco triste que aquel pobre hombre tuviese que remendar su propia ropa.

Sábado

[1] "Bhaer" se pronuncia como la palabra inglesa "bear" (oso) Y también como "beer" (cerveza).

No ha pasado nada digno de escribirse, excepto una visita a la señorita Norton, que tiene muchas preciosidades y que estuvo muy encantadora, pues me mostró todos sus tesoros y me preguntó si la acompañaría alguna vez a conferencias y conciertos, siempre que me gustasen, naturalmente. Lo propuso como si fuese yo a hacerle a ella un favor, pero estoy segura que la señora Kirke le ha contado nuestra situación de estrechez y miss Norton quiere hacer eso como un acto de bondad hacia mí. Yo soy orgullosa como Lucifer, pero no me agobian tales favores cuando vienen de personas como ella, y acepté agradecida.

Al regresar a la "nursery" encontré tal barullo en la sala que tuve que mirar, y allí estaba el señor Bhaer, de cuatro pies, con Tina montada a la espalda, Kitty manejándolo con una cuerda de saltar, a guisa de rienda,

y Minny dando de comer a dos chiquilines que rugían y se paraban "en dos patas" en jaulas construidas con sillas.

-Estamos jugando al tolóquico -explicó Kitty. -Éste es mi efelante -agregó Tina agarrándose del pelo del profesor.

-Mamá nos deja hacer lo que queremos los sábados a la tarde cuando vienen Franz y Emilio, ¿no es cierto, señor Bhaer? -dijo Minny.

El elefante se sentó con la pesadez de los verdaderos y me dijo con aire muy serio:

-Le doy mi palafra que es así. Si hacemos un ruido muy grande, usted nos chista y vamos más despacito.

Le prometí que así lo haría, pero dejó la puerta abierta y disfruté tanto como ellos de la farra, porque en mi vida he visto una animación más magnífica. Ojalá los americanos fuéramos tan sencillos y naturales como los alemanes, ¿no es cierto?

Me gusta tanto escribir que seguiría hilvanando frases por siempre jamás si no fuera que me detienen motivos económicos, pues a pesar de haber utilizado papel fino y escrito con letra chica, tiemblo de pensar en el franqueo que llevará esta larguísima carta. Por favor, no se olviden de mandarme la de Amy en cuanto la hayan leído todos. Mis noticias van a parecerles muy insignificantes junto a los esplendores de Amy, pero sé que igual les gustarán. ; Y Teddy? ¿Acaso estudia tanto que no encuentra tiempo de escribir a sus amigos? Cuídalo mucho por mí, Beth, y cuéntame todo lo referente a los nenes y dales montones de cariños a todos.

De vuestra fiel

Jo

Mi queridísima Beth:

Como ésta va a ser una carta muy garabateada, te la dirijo a ti porque puede que te divierta y te dé alguna idea de mis andanzas, pues aunque tranquilas, son bastante divertidas. Después de lo que Amy llamaría esfuerzos herculáneos en el campo de la agricultura moral y mental, mis jóvenes ideas comienzan a brotar en mis alumnas y mis ramitas a doblarse en la dirección que yo deseo. A mi no me resultan tan interesantes como Tina y los dos chicos, pero cumplo con mis deberes para con ellas y creo que me quieren. Franz y Emilio son muchachitos joviales, enteramente como a mí me gustan los chicos, pues la mezcla del espíritu alemán con el americano produce en ellos un constante estado de efervescencia. Los sábados a la tarde son momentos bullangueros y de jarana, ya los pasemos dentro de la casa o fuera, porque en los días lindos todos salen a dar un paseo juntos como una escuela, con el profesor, y yo para poner orden, ¡y resulta de lo más divertido!

Ahora somos muy buenos amigos y he empezado a tomar lecciones. En realidad, no pude evitarlo, y todo sucedió de manera tan chusca que tengo que contártelo. Para comenzar por el

principio, la señora 'Kirke me llamó un día cuando pasaba yo por el cuarto del señor Bhaer, donde. ella andaba revolviendo las cosas.

-¿Ha visto usted en su vida semejante leonera, querida? Venga, por favor, y ayúdeme a ordenar estos libros porque he revuelto todo tratando de descubrir qué es lo que ha hecho con los seis pañuelos nuevos a que le di hace poco.

Así fue como entré allí, y mientras trabajábamos miraba a mi alrededor, porque realmente era una "leonera". Libros y papeles por todos lados, una pipa rota de espuma de mar y una vieja flauta sobre la chimenea; botecitos a medio terminar y pedazos de piolín andaban mezclados con los manuscritos; botitas embarradas, de niño, se secaban ante el fuego y por todo el cuarto se encontraban vestigios o señales de los queridos chiquillos por quienes él se esclaviza. Después de hacer un gran revoltijo fueron encontrados tres de los artículos buscados, uno cubriendo la jaula del pájaro, otro todo manchado de tinta y un tercero horriblemente quemado.

-¡Qué hombre éste... -decía riendo la buenaza señora Kirke mientras ponía aquellas reliquias en la bolsa de los trapos-. Me imagino que los restantes los habrá roto para hacer velámenes para barquitos o vendar deditos cortados o hacer colas de barriletes. Es algo espantoso, pero me es imposible regañarlo; ¡es tan distraído y de tan buena índole que deja que estos chicos le caminen encima herrados con púas!... Yo consentí en ocuparme de su ropa, incluso lavado y remiendo, pero siempre se olvida de dar sus cosas a lavar y yo de repasarlas, de modo que el pobre sale siempre mal.

-Permítame, señora, que las remiende ye -le dije. De verdad que no me importa, y él no tiene por qué enterarse. Además, me gustaría... ¡es tan bueno conmigo, trayéndome siempre las cartas y prestándome libros!

Y ahí tienes cómo, querida Beth, salí poniendo orden en las cosas del señor Bhaer, llegando hasta a tejerle los talones de los calcetines rotos porque él los deforma todos con sus estrambóticos zurcidos Como nadie habló del asunto, yo esperaba que él no se enteraría, pero un día, la semana pasada, me pescó... Te contaré cómo fue: en primer lugar, me ha interesado mucho oír las clases de alemán que da a sus alumnos, y como Tina entra y sale a cada rato de la sala y deja la puerta abierta, yo oigo todo. Se me ocurrió así la idea de aprender yo también el alemán. Sentada cerca de aquella puerta, terminaba de remendar la última media, tratando de entender lo que él le decía a una alumna nueva, tan ignorante como yo. La chica se fue por fin y yo, creyendo que él también se había marchado, porque todo estaba muy en silencio, me puse a farfullar un verbo de los que recién había oído, hamacándome de la manera más absurda, cuando una gargarita de satisfacción me hizo levantar la vista... ¡Y ahí me lo veo al señor Bhaer mirándome muy divertido y riéndose bajito mientras hacía señas a Tina de que no lo descubriese!

-Así, pues... -dijo cuando me detuve y me puse a mirarlo fijo como una idiota-. Usted espía a mí, yo espío a usted, y eso no está mal... pero vea, yo no estoy embromando cuando le digo: ¿Tiene usted desea por el alemán?

-Sí, pero usted está muy ocupado y yo soy muy tonta para aprender -balbuceé como pude, poniéndome roja como una amapola.

-Prut!... Ya encontraremos el tiempo y no puedo fallar en encontrar la inteligencia. A la noche daré pequeña lección con mucha alegría, porque usted, mira, señorita Marsh, tengo esta deuda que pagar -dijo señalando mi costura...

-¡Vamos, una leccioncita de cuando en rato o no habrá más trabajos de hadas para mí y los míos!

Naturalmente que no pude decir nada a eso, así que consentí en hacer el pacto que inmediatamente comenzó a regir. Habría tomado unas cuatro lecciones cuando ya me hundí en un pantano gramatical. El profesor tuvo mucha paciencia conmigo, pero debe de haber sido

para él un verdadero tormento, y de cuando en cuando solía mirarme con tal expresión de suave desesperación que yo no sabía si debía llorar o reírme. Opté por ensayar ambas cosas, y cuando me tocó exhalar un suspiro de absoluta mortificación, él no hizo más que arrojar la gramática al suelo y se marchó de la habitación. Yo me sentí en desgracia y abandonada para siempre, pero no me extrañó, ni le eché ni un ápice de culpa al bueno del señor Bhaer, y ya juntaba mis papeles con intención de subir a mi cuarto como castigo cuando el profesor volvió a entrar tan animado y sonriente como si antes me hubiese yo cubierto de gloria en los estudios.

-Ahora vamos a ensayar un método nuevo. Usted y yo leeremos juntos estos agradables cuentitos sin escudriñar más en ese libro tan árido.

Hablaba con tanta bondad mientras abría ante mí el libro de cuentos de hadas de Hans Christian Andersen con aire de invitación, que sentí más vergüenza que nunca y me lancé a la nueva lección con una decisión de aprender a toda costa que pareció divertirlo mucho. Conseguí olvidarme de mi timidez y leí con todo empeño tambaleando en las palabras largas, pronunciando según la inspiración del momento y haciendo las cosas lo mejor que pude. Cuando terminé la primera página y me detuve a recobrar el aliento, el profesor batió palmas y gritó:

-¡Eso está bien, ahora vamos mejor! Mi turno. ¡Deme oído! -y empezó a leer, haciendo retumbar las palabras con su voz fuerte y un gusto en el decir que era un placer oírlo y también verlo...

Después de ese día nos fue mucho mejor y ahora leo mis lecciones bastante bien, pues este método de aprender se acomoda a mis gustos y pesco la gramática incrustada en los cuentos o las poesías como quien toma píldoras de remedio envueltas en jalea de membrillo... Todo esto me divierte enormemente y el profesor parece no haberse cansado todavía, lo cual me parece extra ordinariamente bondadoso de su parte. Le voy a hacer un regalo de Navidad, pues no me atrevo a ofrecerle dinero por las lecciones.

Me alegro de que Laurie parezca tan feliz y trabaje tanto, que haya renunciado a fumar y que se deje crecer el pelo. Ya ves que tú lo manejas mejor que yo. Haz lo más que puedas por él, pero no lo vayas a convertir en un santito, ¿eh?, porque mucho me temo que no me va a gustar sin una pizca de picardía humana. Léele partes de mis cartas, pues no tengo mucho tiempo para escribir y con eso bastará... ¡Cómo me alegro y agradezco a Dios que sigas mejorcita!

Enero

¡Feliz Año Nuevo para todos, querida familia, que, naturalmente, incluye al señor L. y a un joven conocido con el nombre de Teddy! No sé cómo darles idea de lo mucho que disfruté con el paquete que me mandaron para Navidad! No lo recibí hasta la noche, y ya iba perdiendo las esperanzas... La carta llegó por la mañana pero nada me decía de ningún paquete: seguramente deseaban sorprenderme. No quería sentirme defraudada porque no recibía un regalito de ustedes, pero me parecía que no me iban a olvidar... Después del té, sentada sola en mi cuarto, estuve un poco cabizbaja sin poder evitarlo. Cuando en eso llegó el curioso envoltorio, lleno de barro, con un aspecto exterior completamente lastimoso... pero igual me abracé a él... Parecía tan "de casa" que me sentí vivificada y ¡créanme! me senté en el suelo y no paraba nunca de leer, de mirar, de comer, ni de llorar y reírme de esa manera absurda que conocen tan bien... Todo lo que me mandaron es exactamente lo que yo deseaba o necesitaba y tanto mejores las cosas por ser hechas en casa en lugar de compradas. Naturalmente que usaré las prendas de franela que me manda mamá y que voy a leer los libros

anotados por papá. Millones y millones de gracias a todos.

Hablando de libros, me acuerdo que me estoy poniendo rica en ese renglón, pues el señor Bhaer me regaló una hermosa edición de Shakespeare. Se trata de un libro que él valora mucho y que yo había admirado tantas veces colocado como estaba en el sitio de honor, con su Biblia en alemán, su Platón, su Homero y su Milton. Pueden imaginarse cómo me sentí cuando me lo trajo y me mostró la dedicatoria: "De su amigo Federico Bhaer. A menudo me ha dicho usted que desearía tener una biblioteca, y aquí, entre estas tapas, le regalo una, porque hay entre ellas muchos libros. Léalo bien y le va a servir bastante, porque los estudios que hay en él de los caracteres le ayudarán a leer el de las personas y a pintarlo con su pluma."

Se lo agradecí lo mejor que pude y ahora hablo de "mi biblioteca" como si tuviese cientos de libros. Nunca supe antes apreciar cuánto había en Shakespeare, pero es que entonces no tenía un Bhaer que me lo explicase. Por favor, no se rían de su horrible nombre, pues no se pronuncia como la gente se empeña en decirlo: ni oso, ni cerveza[2] sino un sonido intermedio entre esas dos palabras que sólo un alemán puede pronunciarlo. Me alegro que les guste lo que les cuento de él y que deseen conocerlo algún día. Mamá admiraría su afectuoso corazón, papá, su sapientísima cabeza. Por mi parte, admiro ambas cosas y me siento rica con la amistad de Federico Bhaer.

Como no tenía mucha plata, y sin saber qué le gustaría, le compré varias cositas y se las desparramé por su cuarto, donde pudiese encontrarlas cuando menos lo esperase. Eran cosas útiles o bonitas, o cómicas... utensilios de escritorio para su mes¡; un florero pequeño (siempre pone alguna flor en su cuarto, o un poco de "verde" en un vaso de los de agua, para mantenerse fresco, según dice) ; una agarradera para su fuelle, por que no use para el fuego eso que Amy llama mouchoirs. Ésta la hice como las que inventó Beth: una mariposa grande con el cuerpo muy relleno, alas amarillas y negras y ojos de cuentas. Esa pavadita le ha gustado muchísimo y la ha puesto sobre la repisa de la chimenea, como si fuese un objeto de arte. Pobre como es, no se olvidó de un solo niño ni de ningún sirviente, y nadie de la casa, desde la lavandera francesa hasta "miss" Norton, se olvidó de él, lo cual me dio gran alegría. La víspera de Año Nuevo organizaron una mascarada y nos divertimos mucho. Como no tenía disfraz, no pensaba ir, pero a último momento la señora K. se acordó de un traje antiguo de brocato y "miss" Norton me prestó encajes y plumas y me vestí de señora Equivocación[3] y me fui al baile de antifaz. Nadie me conoció, pues supe disimular la voz, de modo que ninguno soñaba que aquella loca que bailaba y hacía bromas a todo el mundo pudiese ser la altiva y silenciosa señorita March. La mayoría aquí cree que soy orgullosa y callada, porque de veras lo soy (con los mequetrefes impertinentes). La cuestión es que me divertí como loca y fue divino, al sacarnos las caretas, ver cómo me miraba la gente. El señor Bhaer se disfrazó de Botton, el famoso tejedor de "El sueño de una noche de verano", de Shakespeare, y llevaba en los brazos a Tina, de Titania, una pequeña hada perfecta. Verlos bailar "era todo un paisaje", para usar una de las frases de Teddy.

Mi Año Nuevo fue en verdad feliz como todos me lo desearon y tuve la sensación de que por fin me está yendo bien a pesar de mis muchos fracasos, porque ahora estoy contenta todo el tiempo, trabajo con mucha energía y me tomo más interés por otras personas que antes, lo cual es muy satisfactorio. Que Dios bendiga a todos.

Con todo mi cariño

Jo

[2] Del modo como un inglés pronunciaría "Bhaer".

[3] La señora Malaprop, personaje de "Los rivales", de Sheridan, famosa por sus errores en la aplicación de las palabras

XI
UN AMIGO

Aunque muy feliz en el ambiente social en que se hallaba y muy ocupada con el trabajo cotidiano que le hacía ganar el pan, Jo todavía encontraba tiempo para dedicar a sus labores literarias. El propósito que en esta fase de su vida se apoderó de ella era natural para una muchacha pobre y ambiciosa; aunque no fue el mejor el medio que escogió para alcanzar ese fin. Todo le indicaba que el dinero confiere poder y se resolvió a obtener ambos: poder y dinero, aunque no para utilizarlos exclusivamente para fines propios sino en bien de aquellos a quienes quería más que a sí misma.

El sueño de llenar su casa de comodidades, de poder dar a Beth todo cuanto ella desease, desde frutillas en invierno hasta un órgano para tocar en su cuarto; viajar al extranjero y tener siempre algo más que lo absolutamente indispensable, había sido para Jo durante muchos años el más acariciado de sus castillos en el aire.

Por otra parte, el experimento del cuento premiado pareció abrirle un camino que la condujese hasta ese soñado chateau. Pero el serio contratiempo de su novela apagó su espíritu por un tiempo, pues la opinión pública es un ogro que ha asustado a muchos valerosos como ella metidos a grandes empresas. Pero el espíritu de levantarse y correr una nueva aventura ardía en Jo igual que en aquellos héroes legendarios, de modo que volvió a incorporase y siguió esta vez un camino dudoso, para obtener mayor botín, sí, pero dejando en la empresa lo que para ella valía mucho más que las bolsas de oro.

En una palabra: se dedicó a escribir historias sensacionalistas. Sin decir nada a nadie urdió un relato "espeluznante" y, osadamente, se lo llevó al señor Dash, director de "El Volcán de la Semana". Su instinto femenino le dictó que la ropa tiene sobre mucha gente más poderosa influencia que el mérito del carácter o la magia de los modales. Se vistió, pues, con sus mejores trapitos y tratando de convencerse de que no estaba ni nerviosa ni emocionada montó con coraje dos pisos de sucias escaleras para llegar a un cuarto en desorden, envuelto en una nube de humo de cigarro y a presencia de, tres "caballeros" sentados con los talones más altos que el sombrero. Algo acobardada con semejante recepción, Jo vaciló en el umbral, murmurando con mucho embarazo:

-Disculpen ustedes, pero yo buscaba la oficina de "El Volcán de la Semana"... Necesito ver al señor Dash.. .

Descendió el más alto de los pares de talones, ascendió el más humeante de los caballeros, y acariciando su cigarro se adelantó con un saludito. Con la sensación de que era mejor salir del paso cuanto antes, Jo sacó su manuscrito, y poniéndose cada vez más colorada pronunció a los tropezones pequeños fragmentos del discursito que había preparado para aquella ocasión.

-Una amiga mía deseaba que en su nombre les ofreciera... un relato... nada más que a título de experimento... le gustaría tener la opinión... estaría dispuesta a escribir más si esto gusta...

Mientras la pobre Jo se sonrojaba y equivocaba las palabras, el señor Dash había tomado el manuscrito y recorría las páginas con dedos bastante sucios, echando miradas de conocedor por las prolijísimas cuartillas.

-No es la primera, según parece -dijo al observar que las páginas estaban numeradas,

escritas de un solo lado y no iban ataditas con una cinta.

-No, señor, ha tenido ya cierta experiencia y obtuvo un premio por un cuento publicado en "La Bandera de la Verdad".

-¿Ah, sí? -dijo el señor Dash con una rápida mirada a Jo y tomando buena nota de cada trapo que la muchacha tenía encima-. Puede dejarlo, si quiere... De este tipo tenemos más material del que podemos utilizar, pero le voy a dar una leída y tendrá la contestación la semana próxima.

Jo no tenía ninguna gana de dejarlo, porque no creía que le conviniese cerrar trato alguno con aquel individuo, pero le pareció que no podía hacer otra cosa que saludar y retirarse. Jo pareció más alta y altiva que nunca, como siempre que se sentía corrida o irritada. En aquel momento estaba ambas cosas a un tiempo, puesto que fue bien evidente por las miradas picaronas cambiadas entre aquellos individuos que su pequeña invención de "la amiga" la consideraban pura broma. Una risa, provocada por una observación inaudible del director al cerrar Jo la puerta, acabó de llenarla de mortificación. Resuelta a no volver por allí, se fue a su casa y dio salida a la irritación que sentía cosiendo furiosamente algunos delantales para las chicas, y alrede- dor de una hora después se sintió bastante calmada como para reírse de aquella escena... ¡y desear que llegase la semana próxima!

Cuando volvió la segunda vez, el señor Dash estaba solo y mucho más despierto que en la otra ocasión, encontrando Jo agradables ambas cosas. Además, no estaba esta vez tan embotado por el humo de su cigarro para olvidarse de sus modales para con una dama y la en- trevista fue mucho más cómoda que la anterior.

-Vamos a aceptar esto si no tiene usted inconveniente en hacer algunos cambios. Es demasiado largo, pero suprimiendo los pasajes que le he marcado va a quedar bien -le dijo con tono serio, "de negocios".

Jo apenas reconocía su propio manuscrito, de tan arrugado que estaba y tan subrayados y garabateados como lo habían sido renglones y páginas, y echó una mirada a los párrafos marcados, que eran precisamente todos los que encerraban reflexiones morales, que tanto se había empeñado en insertar como lastre de tantísimo romance.

Sorprendida y apenada, respondió Jo:

-Pero, señor, yo creía que todo relato debe tener una moraleja de algún tipo, por eso me empeñé en que se arrepintiesen algunos de mis pecadores... -La natural gravedad del señor Dash no pudo menos de aflojarse con una sonrisa, pues Jo se había olvidado completamente de "su amiga" y había hablado del modo como únicamente puede hablar un autor.

-La gente quiere que la entretengan, no que la sermoneen, ¿sabe? La moral no se vende hoy en día.

-¿Cree usted que con esos cambios la historia va a servir?

-Sí, el argumento es nuevo y está bastante bien desarrollado; buena expresión y todo lo demás... -fue la afable respuesta del señor Dash.

-¿Y cuánto? ... Es decir ¿qué remuneración?.. . -y Jo no terminaba ninguna frase, no sabiendo en realidad cómo debía expresarse.

-¡Ah, sí!, pues bien: pagamos de veinticinco a treinta por cosas de este tipo y los recibe cuando se publica -respondió el señor Dash.

-Muy bien. Puede usted publicarla -le dijo Jo, devolviéndole el relato con aire satisfecho, porque después de trabajar por un dólar la columna aun veinticinco dólares parecían buena paga.

-¿Qué nombre le gustaría a su amiga que figurara? -esto dicho como al descuido.

-Ninguno, por favor; ella no desea que aparezca su nombre y no tiene ningún seudónimo -respondió Jo, sonrojándose muy a su pesar.

-Como ella quiera, naturalmente. El relato saldrá publicado la semana que viene. ¿Vendrá

usted por el dinero o quiere que se lo envíe? -preguntó el señor

Dash, que sentía curiosidad natural por saber quién era su nueva colaboradora.

-Vendré yo. Buenos días, señor.

Cuando se hubo marchado, el señor Dash volvió a poner los pies sobre el escritorio con la complaciente observación que sigue:

-Pobre y orgullosa, como de costumbre..., pero nos va a servir.

Siguiendo las instrucciones del señor Dash, y tomando a la señora North como modelo, Jo se lanzó intrépidamente en el proceloso océano de la literatura sensacionalista.

Como la mayoría de los escritorzuelos jóvenes, Jo viajaba al extranjero para encontrar personajes y escenarios: bandidos, condes, gitanos, monjas y duquesas aparecían en su escenario y desempeñaban sus papeles con la exactitud que era de esperarse. Sus lectores no eran exigentes en asuntos tan insignificantes como la gramática, la puntuación y la veracidad, y en cuanto al señor Dash, magnánimamente le permitía que llenase sus columnas a los precios más bajos, no creyendo necesario informarla de la razón verdadera de su hospitalidad: que uno de sus proveedores habituales lo había dejado en la estacada por habérsele ofrecido mejor paga en otra parte.

Pronto comenzó Jo a interesarse en su trabajo porque su bolsa escuálida volvió a engrosarse y el fondo que estaba juntando para llevar a Beth a las montañas el próximo verano iba creciendo lentamente pero sin pausa a medida que pasaban las semanas. Lo único que perturbaba su satisfacción era no decirles nada a los de su casa. Y fue fácil guardar el secreto, pues no aparecía nombre alguno con sus relatos, y aunque el señor Dash lo descubrió, prometió quedarse mudo, y cumplió su palabra.

Además, no creía Jo que aquello la perjudicase, pues tenía el firme y sincero propósito de no escribir nada de que tuviese que avergonzarse y aquietaba todos los pinchacitos de su conciencia con la agradable expectativa del minuto feliz en que mostrase en casa sus ganancias.

Pero el señor Dash rechazaba toda historia que no fuese espeluznante, y como las emociones violentas sólo podían lograrse poniendo las almas de los lectores en un cepo, había que saquear la tierra y el mar, la ciencia y el arte, los registros de policía y los manicomios, aparte de toda la historia y todo el mundo del romance, para conseguir material. Otra cosa que descubrió Jo fue que su experiencia de la vida había sido de lo más inocente y no le había proporcionado más que atisbos del mundo trágico en que subyace la sociedad así, pues, que, con la energía que la caracterizaba, se puso a suplir sus deficiencias. Ávida de encontrar material para sus cuentos, se empeñaba en que sus argumentos fuesen originales aunque la ejecución distase mucho de ser magistral. Escudriñaba, pues, en los diarios buscando accidentes, incidentes y crímenes; llegó a despertar las sospechas de la bobliotecaria por su pedido de un libro sobre venenos; estudiaba los rostros de la gente que veía en la calle y de los personajes, buenos, malos y regulares que tenía a su alrededor; desenterró del polvo de los tiempos hechos y ficciones tan viejos que equivalían a nuevos y se sumergió motu proprio en el mundo de la locura, la necedad, el pecado, la desgracia y el dolor, tanto como se lo permitieron sus limitadas oportunidades. Ella creía ir mejorando mucho su personalidad, pero, inconscientemente, comenzaba a profanar los atributos más femeninos del carácter de una mujer.

Más que percibirlo, llegó a sentirlo instintivamente, ya que de tanto describir pasiones y sentimientos de los demás se puso a estudiar y a especular sobre los propios. Es ésa una diversión mórbida a que no suelen entregarse voluntariamerte las mentes jóvenes y sanas.

No sé si habrá sido el estudio de Shakespeare que le ayudó a interpretar el carácter o si fue simplemente el instinto natural que tiene toda mujer para apreciar lo que es honesto, valiente y fuerte; la cuestión fue que mientras Jo dotaba a sus héroes imaginarios con todas las

perfecciones posibles, descubría al propio tiempo a un héroe viviente que le interesaba a pesar de sus muchas imperfecciones humanas. En una de sus conversaciones, el señor Bhaer le había aconsejado que estudiase personajes simples, verdaderos y bellos, donde fuera que los encontrase, simplemente como buena preparación para un escritor. Jo lo tomó al pie de la letra porque se puso tranquilamente a estudiarlo a él.

Por qué lo quería todo el mundo, era algo que intrigaba a Jo al principio. No era rico, ni famoso, ni joven, ni buen mozo. No era tampoco en manera alguna lo que suele llamarse fascinador, ni impresionante ni tampoco brillante; era, sin embargo, tan atrayente como un fuego acogedor, pues la gente parecía juntarse siempre a su alrededor con la misma naturalidad con que rodean una chimenea en invierno. Era pobre, y sin embargo siempre estaba regalando algo; era un extraño en el país y no obstante todo el mundo era su amigo; no era ya joven, pero sí tan alegre como un muchacho; de aspecto ordinario y algo raro, sin embargo su cara parecía hermosa a mucha gente y sus rarezas se le perdonaban fácilmente por lo que él era. Jo lo observaba siempre, tratando de descubrir el secreto de su encanto, y por fin decidió que no era otra cosa que su benevolencia la que obraba el milagro. Había arrugas en su frente, pero el Padre Tiempo parecía haberlo tocado con benignidad, seguramente por lo bondadoso que era él con los demás.

-¡Eso es!.. ." -se dijo Jo para sí, cuando por fin, después de todas las cavilaciones anteriores, descubrió que una buena voluntad verdadera hacia nuestros semejantes puede embellecer y dignificar aún a un profesor alemán gordo que se remendaba los calcetines, devoraba la comida y estaba agobiado con el horrible nombre de Bhaer.

Jo valoraba altamente la bondad, pero tenía además un respeto muy femenino por el intelecto, y un pequeño descubrimiento que hizo respecto al profesor aumentó su estima por él. Como nunca hablaba de sí mismo, nadie sabía que en su ciudad natal había sido un hombre altamente honrado y estimado por su erudición y su integridad, y eso no se supo hasta que un compatriota vino a verlo y en una conversación con "miss" Norton divulgó esos gratos hechos. Fue por "miss" Norton que se enteró Jo de todo ello, y mucho más le gustó saberlo porque el señor Bhaer no lo había comentado nunca.

Otro don, mejor aún que el del intelecto, le fue revelado en la forma más inesperada. "Miss" Norton tenía entrada en el mundo literario, que Jo no hubiese tenido nunca oportunidad de conocer a no ser por ella. La solitaria mujer se interesaba por la muchacha ambiciosa, y bondadosamente confería muchos favores de ese tipo a ella y al profesor. Una noche los llevó con ella a un simposio celebrado en honor de varias celebridades.

Jo iba preparada a inclinarse y adorar a los "grandes", a quienes había reverenciado a la distancia con entusiasmo juvenil. Pero su respeto por el genio recibió un fuerte choque esa noche y le llevó bastante tiempo descubrir que aquellas célebres figuras eran al fin de cuentas sólo hombres y mujeres. Imaginémonos su desconcierto y desencanto al deslizar una mirada de tímida admiración a un poeta cuyos versos sugerían un ser etéreo alimentado de "espíritu, fuego y rocío" y contemplarlo devorando su comida con un fervor que hinchaba completamente su fisonomía intelectual. Volviéndose a mirar a otro lado como quien se aleja de un ídolo caído, hizo otros descubrimientos que tuvieron la virtud de disipar rápidamente sus ilusiones románticas.

Antes de promediar la velada Jo se sintió tan desilusionada que optó por sentarse en un rincón para recuperarse. Pronto se le reunió el señor Bhaer, bastante fuera de su elemento él también, según parecía. Algo más tarde algunos de los filósofos vinieron a reunírseles para sostener en aquel rincón una especie de torre intelectual. La conversación estaba muy por encima de la comprensión de Jo, pero con todo disfrutó en granele, aunque Kant y Hegel eran para ella dioses desconocidos y el Objetivo y el Subjetivo términos ininteligibles, y la única cosa "emanada de su subconsciente" fue un dolor de cabeza fortísimo cuando todo hubo

Librodot

terminado. Sólo cayó en la cuenta de que esos individuos estaban deshaciendo el mundo en pedacitos y juntándolos de nuevo según principios que, de acuerdo con los oradores, eran infinitamente mejores que los anteriores, que la religión estaba en serio peligro de desaparecer a fuerza de razonarla y que el intelecto había de ser el único dios.

Al darse vuelta para ver cómo iba tomando todo aquello el profesor lo encontró mirándola con la expresión más ceñuda que nunca viera en su rostro. Le hizo seña de que se fueran, pero ella, fascinada en ese momento por la libertad ofrecida por la Filosofía Especulativa, se quedó clavada en su asiento tratando de descubrir en qué habían de confiar aquellos ancianos señores tan sabios una vez que hubiesen aniquilado todas las demás creencias. El señor Bhaer era un hombre tímido, reacio a exponer sus opiniones, no porque no fuesen firmes sino precisamente porque eran demasiado sinceras y serias para ser tomadas con ligereza. Al mirar a Jo y a varios otros jóvenes como ella atraídos por el brillo de aquella pirotecnia filosófica el profesor frunció el entrecejo y anheló hablar temiendo que alguna joven alma inflamable fuese a ser desviada por seguir aquellos cohetes voladores para encontrarse cuando terminase la exhibición con que sólo tenían en la mano un palito vacío o una mano chamuscada.

Guardó silencio mientras pudo, pero cuando apelaron a él en demanda de una opinión el honesto profesor ardió de indignación y defendió la religión con toda la elocuencia de la verdad, elocuencia que hacía musical su inglés defectuoso y hermosísima su expresión. Su lucha fue ardua, pues los hombres eruditos argumentaban bien pero él no se daba por vencido y siguió enarbolando su estandarte como un valiente. De manera misteriosa, mientras Bhaer hablaba, el mundo se volvió a componer para Jo; las viejas creencias parecieron de nuevo mucho mejores que las nuevas; Dios no era una fuerza ciega y la inmortalidad no era una bonita fábula, sino un hecho bendito: Volvió a sentir bajo sus pies el suelo sólido, y cuando por fin se detuvo el señor Bhaer, vencido de palabra, pero ni un ápice convencido, Jo tuvo deseos de aplaudir y agradecerle lo que había dicho.

No hizo ninguna de las dos cosas, pero recordó aquella escena y otorgó al profesor su más sincero respeto, pues sabía que le había costado un gran esfuerzo hablar ante toda esa gente y que lo había hecho únicamente porque su conciencia no le había permitido quedar callado. Ahí comenzó a comprender que el carácter es una posesión mejor que el dinero, el rango social o la belleza, y a convencerse de que si la grandeza es "verdad, reverencia y buena voluntad", como dijo un gran hombre, entonces su amigo Bhaer era no sólo bueno, sino también grande.

Esta opinión se afianzó día por día. Jo valoraba la estima del gran hombre y ansiaba su respeto; quería ser digna de su amistad. Justamente cuando su deseo era más sincero, estuvo a punto de perderlo. Una noche el profesor vino a dar a Jo su clase con un gorro militar de papel que Tina le había puesto y que él había olvidado de quitarse.

"Es evidente que no se mira al espejo antes de venir", pensó Jo con una sonrisa al decir él "¡Buenas noches!" y sentarse muy serio, absolutamente inconsciente del contraste ridículo entre su tema y el adorno de su cabeza, pues esta noche iba a leerle la 'Muerte de Wallenstein".

Jo no dijo nada al principio y pronto se olvidó ella también, pues oír a un alemán leyendo a Schiller es una cosa seria. Después de la lectura vinieron los ejercicios, que estuvieron animados porque Jo se hallaba alegre aquella noche y el sombrero de papel continuaba haciéndole bailar los ojos de alegría. El profesor no podía entender qué le pasaba y por fin se detuvo:

-Mees Marsh, ¿por qué se ríe usted en la propia cara de su maestro?

-¿Cómo puedo ser respetuosa, señor, si usted se olvida de quitarse el sombrero?

Levantando la mano hasta la cabeza, el distraído profesor palpó y luego echó atrás la

cabeza y se rió con tantas ganas él también que se le saltaron las lágrimas.

-¡Ah!, vea pues ahora... es esa pícara de Tina que me convierte en mamarracho con sombrero...

Pero la lección no continuó durante los minutos siguientes, porque el señor Bhaer pispeó una figura en el sombrero, y al desplegarlo dijo con aire muy disgustado:

-Ojalá estos diarios no entraran en la casa; no son propios para que los vean los chicos, ni para que los lean los jóvenes. No está bien y me da impaciencia con gente que hace este daño.

Jo miró aquella ilustración y vio una "agradable" composición de un loco, un cadáver, un villano y una serpiente. Le pareció horrible, pero el impulso que la hizo darlo vuelta no fue el desagrado sino el temor, pues, por un minuto, se imaginó que el diario era "El Volcán". No fue así, pero ella se había traicionado a sí misma con una mirada y un sonrojo, pues, aunque distraído, el profesor veía mucho más de lo que la gente imaginaba. Sabía que Jo escribía y la había encontrado por las oficinas de los diarios más de una vez, pero como ella nunca le hablaba de eso él no le hizo preguntas a pesar de que deseaba vivamente ver su trabajo. Ahora se le ocurrió que la muchacha estaba haciendo algo que tenía vergüenza de confesar, y eso le afligía. No dijo para sí: "Esto no me incumbe; no tengo derecho a decir nada", como hubiesen hecho muchos otros; sólo se acordó de que la chica era joven y pobre, que estaba lejos del cariño y cuidado de sus padres, y tuvo el impulso de ayudarla tan naturalmente como hubiese extendido la mano para salvar a un bebé de caer en un charco. Todo esto acudió a su mente en un minuto, como un relámpago, sin que apareciesen ni rastros de ello en su rostro, y cuando el diario estaba dado vuelta y enhebrada la aguja de Jo, Bhaer dijo con toda naturalidad pero muy gravemente:

-Hace bien de rechazarlo. No me gusta pensar que chicas jóvenes y buenas puedan ver esas cosas. A mis hijos, yo dar pólvora para jugar, más que esa mala basura.

-Puede que toda no sea mala, sólo tonta, ¿sabe? Y si hay demanda de esas cosas no veo ningún mal en ofrecerlas. Hay mucha gente muy respetable que se gana la vida honradamente con lo que se llaman "cuentos sensacionalistas" -dijo Jo, muy nerviosa.

-También hay demanda de whisky, pero no creo que ni a usted ni a mí nos gustase venderlo. Si esa gente respetable de que usted me habla supiese el daño que hace no creería que la vida se la gana honradamente. No tener derecho a poner veneno en los caramelos y dejar que los coman los pequeños. No, preferirían barrer barro en la calle que hacer este cosa.

El señor Bhaer habló con calor y fue hasta la chimenea arrugando el diario con la mano.

-¡Ojalá pudiese hacer lo mismo con todo el resto! -murmuró el profesor entre dientes cuando volvía a su asiento con aire de alivio.

Jo pensó en la llamarada que habría hecho el montón de papeles que guardaba arriba, y en ese minuto su dinero tan difícilmente ganado le pesó en la conciencia. Luego pensó para sí: "Los míos no son así... son tontos pero nunca malos, así que no voy a preocuparme." Y tomando de nuevo el libro, dijo con expresión de niña estudiosa:

-¿Quiere que continuemos, señor? Le prometo portarme bien y estar correcta ahora.

-Lo esperaré así -fue todo lo que él dijo; pero significaba mucho más.

En cuanto llegó a su cuarto sacó la pila de diarios y volvió a leer muy atentamente cada palabra de sus relatos. El señor Bhaer usaba anteojos y Jo se los había probado un día, sonriendo al ver cómo magnificaban la letra chica del libro; ahora le parecía tener puestos los anteojos del profesor, pero los anteojos morales y mentales, pues las fallas de estos relatos relumbraban ante ella de un modo horrible y la llenaban de desazón.

-¡Ya lo creo que son tonterías, y si sigo así pronto van a ser algo peor! Cada cuento es más malo que el anterior y he ido ciegamente lastimándome a mí misma y a otras personas. ¡Y por dinero! No sé lo que haría si los vieran en casa o si cayeran en manos del señor Bhaer.

Jo se sonrojó a la sola idea de que eso ocurriese y metió todo el paquete de papel en la

estufa. ¡Casi incendia la chimenea con la fogata!

Cuando nada quedó de su trabajo de tres meses, más que un montón de cenizas y el dinero en su bolso, Jo se puso muy seriamente a pensar qué debía hacer con sus ganancias.

-Creo que no he causado mucho daño todavía, y que puedo guardar esto en pago del tiempo que me llevó -se dijo por fin, después de larga meditación, añadiendo con impaciencia-: Casi preferiría no tener conciencia. Si no me importase hacer las cosas bien ni me sintiese incómoda cuando las hago mal, me iría magníficamente. Habría preferido que papá y mamá no hubiesen sido tan exigentes en esas cosas.

En lugar de pensar eso, Jo, medita en la suerte que tuviste que "papá y mamá fuesen exigentes" y compadécete para resguardarlos con principios que podrán aparecer como las paredes de una prisión a la impaciente juventud, pero que con el tiempo resultarán bases sólidas para formar el carácter.

Jo no escribió, pues, más historias sensacionalistas, pero yéndose al otro extremo siguió un curso de Sherwood, Edgeworth y More[4], y produjo una historia que podía llamarse con más propiedad ensayo o sermón, de tan intensamente moral que le resultó. Desde el principio tuvo Jo sus dudas, pues su viva imaginación y su gusto de muchacha por el romance se sentían tan incómodos en el estilo nuevo como se hubiese sentido disfrazada con los trajes rígidos y pesados del pasado siglo. Esta joya didáctica la envió Jo a varios mercados, pero no encontró comprador, y la pobre Jo se sintió inclinada a acordar con el señor Dash "que la moral no se vende".

Después de eso probó con un cuento para chicos que fácilmente pudo haber vendido si no hubiese sido mercenaria como para exigir lucro por él. Así, pues, nada resultó de estos experimentos y Jo tapó su tintero y dijo con un saludable ataque de humildad:

-No sé nada de nada. Voy a esperar a aprender algo antes de probar de nuevo. Entretanto "barreré el barro en la calle" -prueba de que su segunda caída le había hecho algún bien, después de todo.

Mientras estas revoluciones internas tenían lugar, su vida, la exterior, había seguido, atareada y sin acontecimientos, como de costumbre. Y si a veces estaba algo seria y aun un poco triste, nadie lo notaba más que el profesor Bhaer. Lo hacía con tanta discreción que Jo nunca supo que él se procuraba por saber cómo había recibido su reproche y qué provecho había sacado de él. Pero se dio cuenta de que la muchacha había renunciado a escribir. No solamente lo adivinó por el hecho de que ya no venía a clase con el dedo manchado de tinta, sino también porque ahora pasaba las veladas abajo, y porque no la encontró más por las oficinas de los diarios y estudiaba el alemán con paciencia tenaz.

El profesor ayudó a Jo de muchos modos, dando pruebas de ser un verdadero amigo, y aunque su pluma yacía ociosa, ella iba aprendiendo muchas otras cosas además del alemán y cavando los cimientos de la historia "sensacional" de su vida.

Fue un invierno agradable y ¡largo!, pues Jo no dejó a la señora Kirke hasta junio. Todo el mundo pareció sentirlo cuando llegó el momento de marcharse. Los chicos estaban inconsolables y el señor Bhaer andaba despeinado, como siempre que algo le preocupaba.

-Nos vamos a casa, ¿eh? Usted feliz que tiene un hogar adonde volver -le dijo cuando ella se lo comunicó, y durante una pequeña recepción que ofreció la víspera de su partida el profesor se lo pasó sentado en un rincón muy calladito.

Como partía temprano, Jo se despidió de todos esa noche, y cuando le llegó el turno a Bhaer le dijo con calor sincero:

-Bueno, señor, no se olvide de venir a visitarnos, si alguna vez viaja por allí. Nunca lo perdonaré si no va, pues quiero que todos conozcan a mi amigo.

[4] Autores norteamericanos altamente morales.

-¿De veras? ¿Quiere que vaya a su casa? -preguntó él, mirándola con una expresión en que ella no paró mientes.

-Sí, naturalmente. Venga usted el mes que viene cuando se reciba Laurie. Seguramente la colación de grados le va a resultar algo nuevo.

-¿Ése es su mejor amigo, de quien habla? -dijo entonces el profesor, con tono alterado.

-Sí, Teddy, al que yo llamo "mi muchacho". Estoy muy orgullosa de él y me gustaría que usted lo conociese.

En eso levantó Jo la vista, completamente inconsciente de otra cosa que del placer que anticipaba el encuentro de los dos. Algo que vio en la cara de Bhaer le recordó que posiblemente iba a encontrar en Laurie algo más que un "amigo precisamente porque deseaba que no pareciese que pasaba algo comenzó sin querer a enrojecer, y cuanto más se empeñaba en no hacerlo más roja se ponía.

La fisonomía de Bhaer cambió de la momentánea inquietud anterior a su expresión habitual al decirle con toda cordialidad:

-Me temo que no voy a tener tiempo para visitarlos, pero le deseo mucho éxito a su amigo, y a usted la mayor felicidad. ¡Dios la bendiga!.. . -y con eso le estrechó la mano con calor, cargó a Tina al hombro y se marchó.

Después que los chicos estuvieron acostados, el pobre hombre se estuvo largo rato sentado junto al fuego con expresión cansada y la nostalgia pesándole en el alma. En una de ésas recordó a Jo sentada con la chiquita en las faldas y aquella suavidad nueva en su cara y entonces apoyó la cabeza en las manos por un minuto.

"No es para mí..., ahora no debo esperarlo", se dijo para sí con un suspiro que casi parecía un gemido; luego, como reprochándose aquel anhelo que no podía reprimir, fue a besar las dos cabezas enmarañadas sobre la almohada y sacando su pipa de espuma de mar, que rara vez usaba, abrió su Platón y se puso a leer, pero no creo que un par de chicos exuberantes, una pipa, ni aun el divino Platón fuesen satisfactorios sustitutos de esposa, hijos y hogar.

A pesar de lo temprano de la hora, allí estuvo en la estación a la mañana siguiente a despedir a Jo, y gracias a él la chica comenzó su viaje solitario con el grato recuerdo de una cara amiga sonriendo al despedirse, un ramo de violetas para hacerle compañía y, mejor que todo eso, este pensamiento feliz:

"¡Bueno, ha pasado este invierno y no he escrito ningún libro ni ganado fortuna alguna, pero me he hecho de un amigo digno de tenerse y trataré de conservarlo toda mi vida!..."

XII
DOLOR DE CORAZÓN

Cualquiera que haya sido su motivo para ello, lo cierto es que Laurie estudió aquel año con resultado, pues se graduó con honores, y según afirmaron sus amigos recitó la oración final con la gracia y elocuencia de un Demóstenes. Todos estuvieron presentes: su abuelo -¡orgullosísimo!-, el señor y la señora March, Juan y Meg, Jo y Beth, y regocijándose de su triunfo.

-Tengo que quedarme aquí para esta maldita cena de despedida, pero estaré en casa mañana temprano. Saldrán a esperarme como de costumbre, ¿verdad, chicas? -les dijo Laurie al acompañarlas hasta el coche cuando hubieron terminado los agasajos del día. Decía "chicas", pero significaba "Jo", puesto que ella era la única disponible en un día como aquél; la muchacha no tuvo alma de negarle nada a tan espléndido triunfador, y respondió con calor:

-Allí estaré, Teddy, llueva o truene, y marcharé escoltándote con un birimbao para tocarte ";Aquí viene el héroe conquistador!"[5].

Laurie le agradeció con una mirada que le hizo pensar con pánico súbito:

-Oh, Dios mío, ahora si que me va a decir algo... y yo, ¿qué voy a hacer?

La meditación nocturna y las tareas matinales lograron calmar algo sus temores, decidiendo que no tendría la vanidad de creer que le iba a proponer matrimonio cuando le había dado todos los motivos posibles para saber cuál había de ser la respuesta. Así, pues, llegado el momento, salió al encuentro del muchacho, deseando que él no le diese ocasión de lastimar sus sentimientos. Pero en cuanto vio la fornida figura a la distancia no pudo menos que sentir un vivo deseo de volverse y echar a correr.

-¿Dónde está el birimbao, Jo? -le gritó Laurie, en cuanto estuvo a tiro.

-Me lo olvidé -dijo Jo reanimándose, pues aquel saludo no podía llamarse precisamente el de un enamorado.

En estas ocasiones había solido Jo tomarse del brazo con el muchacho, pero hoy no lo hizo, y él no protestó sino que se puso a hablar muy ligero sobre un montón de temas impertinentes, hasta que hubieron vuelto el camino para entrar en el sendero que llevaba a casa pasando por el soto. Ahí aminoró Laurie el paso, perdió de repente su verba de hacía un momento y ocurrieron de cuando en cuando horribles pausas. Para salvar la conversación de aquellos pozos de silencio en que estaba cayendo, Jo dijo precipitadamente:

-Ahora tienes que tomarte unas buenas vacaciones.

-Ésa es mi intención.

Hubo algo en su tono decidido que hizo levantar a Jo la vista rápidamente. Lo encontró mirándola con una expresión que no dejó lugar a dudas de que hubiese llegado el momento temido. Extendiendo la mano, imploró:

-¡No, Teddy, por favor, no! ...

-Sí, sí, tienes que escucharme, Jo. No vale de nada evadirlo, tenemos que ventilar este asunto, y cuanto antes mejor para los dos -respondió el muchacho enrojeciendo de emoción.

-Di lo que quieras entonces y te escucharé -continuó Jo con paciencia desesperada.

Laurie no era más que un joven enamorado, pero lo estaba de veras, y tenía el firme propósito de "ventilar aquello" aunque le fuese mal en la prueba, de modo que se precipitó en aquel tema con la impetuosidad que lo caracterizaba, diciendo con una voz que persistía en quebrarse:

-Te he querido desde que te conozco, Jo; ¡has sido tan buena conmigo! He tratado de demostrártelo y nunca me lo permitiste; pero lo que es ahora, me vas a tener que oír y darme una respuesta, porque no puedo más seguir así.

-Yo quería ahorrarte este momento... Creí que comprenderías... -comenzó Jo, encontrando el trance aún más arduo de lo que lo había imaginado.

-Ya sé... me daba cuenta, pero las chicas son tan raras que uno nunca sabe realmente qué es lo que quieren. ¡Cuántas veces dicen "No", cuando en realidad significan "Sí", y son capaces de sacar a un hombre de quicio únicamente por divertirse -replicó Laurie, atrincherándose detrás de un hecho a todas luces innegable.

-Yo no. Nunca quise que me quisieras de esta manera, y si me marché a Nueva York fue sólo para evitártelo si en mi mano estaba.

-Ya me pareció que era así... Era exactamente "tuyo" ese proceder, pero de nada te valió, porque te quise más que nunca, y si trabajé tanto fue sólo por complacerte. Renuncié al billar y a todo lo que a ti no te gustaba, y te aguardé sin quejarme, porque esperaba que llegases a quererme, aunque sé muy bien que no te merezco -aquí se le quebró la voz sin que pudiese

[5] Marcha popular norteamericana.

evitarlo, de modo, que se calló la boca y se puso a cortar margaritas del campo mientras se componía la "maldita garganta".

-Eso no, Laurie, no lo digas. ¡Ya lo creo que me mereces! Eres demasiado para mí, y te estoy agradecida por quererme y orgullosa de ti, ¡y te quiero muchísimo! ... No puedo explicarme por qué no me es posible amarte del modo a que tú aspiras. Dios sabe que, lo he intentado, pero es inútil, no puedo cambiar mis sentimientos, y sería una mentira que te dijera sí.

-¿De verdad, de verdad, Jo?

Laurie se detuvo y le tomó las dos manos al hacerle aquella pregunta con una mirada que la muchacha no iba a olvidar por mucho tiempo.

-De veras, de veras, querido.

Estaban ahora en el bosquecillo, cerca de la verja, y cuando Jo dijo aquellas palabras como a pesar suyo, Laurie bajó los brazos y se volvió para marcharse.

-¡Oh, Teddy, que pena! No sabes lo desesperada que estoy de darte este disgusto. Créeme que hasta me mataría si eso remediase algo. ¡Por favor, querido, no te pongas así! Yo no puedo evitarlo... Ya sabes que es imposible obligarse a querer a otro -vociferaba Jo llena de compasión, palmeándole el hombro y recordando las veces que él la había consolado a ella.

-A veces se consigue -contestó una voz ahogada.

-No creo que se logre el cariño verdadero en esa forma forzada -fue la respuesta decidida de Jo.

Hubo entonces una larga pausa. Un mirlo cantó alegre en el sauce junto al río y los juncos susurraban al viento. Al rato, sentándose en el escalón de la verja, le dijo muy seria:

-Te quiero decir algo, Laurie.

El muchacho se sobresaltó como si le hubiesen pegado un tiro, levantó la cabeza y gritó feroz:

-No me lo digas, Jo. No me cuentes eso ahora; no podría soportarlo.

-¿Decirte qué? -preguntó ella anonadada ante su violencia.

-Que quieres a ese viejo.

-¿Qué viejo? -demandó Jo, creyendo que Laurie se refería a su abuelo.

-Ese profesor del diablo del que te pasabas la vida escribiendo. Si me dices que lo quieres a él, sé que voy a hacer algo desesperado... -Y tenía todo el aire de cumplir su palabra, cerrando los puños con una chispa de rabia en los ojos.

Jo tuvo ganas de reírse, pero se contuvo y dijo muy acalorada, pues ella también se estaba enojando con todo aquello:

-No jures, Teddy, y no maldigas... El señor Bhaer no es viejo ni malo, sino bueno y amable y el mejor amigo que tengo después de ti. Por favor, querido, no te agarres una rabieta. Quiero ser buena contigo, pero sé que me voy a enojar si insultas a mi profesor. Ni siquiera se me ha ocurrido amarlo a él ni a ningún otro...

-Pero ya verás como te pasa eso de aquí a un tiempo, y entonces ¿qué voy a hacer yo?

-También querrás a alguna otra, como chico razonable que eres... Y te olvidarás de todo esto.

-Yo no puedo querer a nadie más. Nunca te olvidaré, Jo, nunca, nunca... -dijo entonces dando una patada en el suelo para dar énfasis a sus palabras apasionadas.

"¿Qué voy a hacer con él?", suspiró Jo, encontrando que las emociones eran más difíciles de manejar que lo que ella esperaba. Luego continuó:

-Todavía no has oído lo que quería decirte. Siéntate y escucha, porque es bien cierto que yo quiero portarme bien contigo y hacerte feliz -dijo entonces.

Viendo un rayo de esperanza en la última frase de Jo, Laurie se echó a los pies de la chica, mirándola con rostro esperanzado. Semejante actitud no era favorable para la conversación

serena ni el claro pensamiento; ¿cómo podía decir a su muchacho cosas duras mientras veía esos ojos llenos de amor y ansiedad y en las pestañas aún quedaban rastros de las gotas amargas que le había arrancado la dureza de su corazón? Así es que Jo volvió la cabeza y habló mientras acariciaba el pelo ondeado que él se había dejado crecer por ella.

-Yo estoy de acuerdo con mamá en que tú y yo no cuadramos el uno para el otro, pues nuestros genios vivos y voluntades firmes nos harían probablemente sentir muy desdichados si fuésemos tan necios como para cas... -Jo se detuvo ante esta palabra, pero Laurie la pronunció con expresión embelesada:

-¿Casarnos? ¡Qué va! No podríamos ser desgraciados si tú me quisieras, Jo. Y yo me convertiría en un santo perfecto porque tú haces de mí lo que quieres.

-¡Qué esperanza! Ya lo he probado, y no voy a arriesgar nuestra felicidad con un experimento tan serio como ése. No estamos de acuerdo y nunca lo estaremos, de modo que seamos amigos toda la vida pero no hagamos nada precipitado ni imprudente.

-Ya lo creo que lo haremos si tenemos la oportunidad -farfulló Laurie, con tono de rebeldía.

-Sé razonable, querido, y toma un punto de vista sensato de la cosa -imploró Jo, probando que no sabía nada de asuntos de amor.

-No quiero ser razonable y no voy a tomar lo que tú llamas un "punto de vista sensato", pues a mí nada me resolvería y a ti sólo consigue ponerte más dura. No creo que tengas corazón.

-¡Ojalá fuera así!...

Había un pequeño temblor en la voz de Jo y tomándolo como un buen augurio, Laurie se dio vuelta, utilizando al máximo su poder de persuasión al decirle con el tono más embaucador que pudo y que nunca lo fue tanto como en ese momento:

-¡No nos defraudes, querida! Todo el mundo lo esperaba... Abuelo ha cifrado en este casamiento todas sus esperanzas... Tu familia también... y en cuanto a mí... yo no puedo vivir sin ti. Di que sí y seamos felices.

Hasta varios meses después Jo no comprendió cómo había tenido la fuerza de voluntad para mantener su resolución. Fue muy difícil, pero pudo hacerlo sabiendo que toda demora sería inútil, además de cruel.

-No puedo decirte con verdad que sí, de modo que no lo diré en manera alguna. Más adelante te convencerás de que tengo razón y me lo vas a agradecer -continuó Jo con aire solemne.

-¡Que me cuelguen si hago tal cosa!... -Y Laurie se levantó de un salto, ardiendo de indignación a la sola idea.

-Sí, Laurie, lo harás -insistió Jo-. Ya se te pasará después de un tiempo y vas a encontrar a alguna chica bonita y llena de méritos que te adorará y será digna dueña de tu hermosa casa. Yo no lo sería nunca: no soy linda, ni graciosa, ¡soy un viejo mamarracho!... Te avergonzarías de mí y nos iríamos a pelear siempre. A mí no me iba a gustar nada la sociedad elegante y a ti sí, y tú ibas a detestar que yo escribiese, y yo no me podría pasar sin hacerlo, y seríamos desgraciados, deseando no haber hecho lo que ahora pides con tanto fervor.

-¿Algo más? -preguntó Laurie, encontrando difícil escuchar con paciencia toda aquella predicción nefasta.

-Nada más que una cosa: creo que no me voy a casar nunca. Soy feliz como estoy ahora y amo demasiado mi libertad para apresurarme a renunciar a ella por ningún mortal.

-Yo sé muy bien que no -interrumpió Laurie-. Ahora piensas así, pero día llegará en que querrás a un hombre con toda tu alma, de un modo tremendo, y vivirás por él y morirás por él. Sé que será así porque te conozco y sé de cuánto amor eres capaz... ¡Y yo tendré que contemplar eso!

-Sí, viviré y moriré por él, si alguna vez llega y me hace quererlo a pesar mío, y tú debes arreglártelas lo mejor que puedas -gritó Jo, perdiendo la paciencia con el pobre Teddy-. He hecho todo lo que he podido, pero tú no quieres ser razonable, y es egoísta de tu parte seguir atormentándome por algo que no puedo darte. Siempre te voy a querer mucho, muchísimo, como amigo, pero no me casaré contigo nunca, y cuanto antes te convenzas, mejor será para los dos.

Aquel discursito fue como acercar el fuego a la pólvora. Laurie se dio vuelta de pronto, diciendo en tono desesperado:

-Un día te arrepentirás de esto, Jo.

-¿A dónde te vas? -dijo Jo casi llorando porque le asustó la cara del muchacho.

-¡Al diablo! -fue la consoladora respuesta.

Por un minuto pareció detenerse el corazón de Jo al ver que Laurie se dirigía violento a la costa del río. Pero hace falta mucha locura, angustia o culpa para impulsar a un joven a una muerte violenta, y Laurie no pertenecía a esa clase de seres débiles que se dejan vencer por un solo fracaso. Últimamente salió remando como un loco, marcando mejor tiempo río arriba que el que había logrado en muchas carreras. Jo exhaló un suspiro prolongado y aflojó las manos crispadas.

-Eso le va a hacer bien y volverá a casa en tal estado de ternura y arrepentimiento que no me voy a animar ni a mirarlo. -Y mientras entraba en su casa muy lentamente, sonriendo como si hubiese asesinado a un inocente, añadió:

-Ahora debo ir a preparar al señor Laurence para que sea benévolo y cariñoso con "mi pobrecito muchacho". ¡Ojalá hubiese podido enamorarse de Beth!... Quizá suceda eso con el tiempo, aunque comienzo a creer que me había equivocado respecto de ella, ¡Pensar que pueda haber chicas que gocen con tener enamorados y rechazarlos... ! ¡A mí me parece espantoso!...

Segura de que nadie podía hacer aquello tan bien como ella misma, Jo se fue directamente a ver al señor Laurence y le contó aquella difícil historia del principio al fin, y cuando hubo terminado perdió completamente la presencia de ánimo y se puso a llorar de manera tan lúgubre por su propia insensibilidad que el bondadoso anciano, aunque había sufrido un gran desencanto con la noticia, no pronunció una palabra de reproche. Le resultaba difícil comprender que ninguna chica pudiese escapar al encanto de Laurie y no enamorarse de él, y tenía esperanzas de que Jo cambiase de idea, pero sabía aún mejor que Jo que el amor no puede forzárselo. Así que no hizo otra cosa que resolver alejar al muchacho del peligro, pues las palabras finales que el impetuoso muchacho había dicho a Jo al marcharse inquietaban al señor más de lo que quiso confesar.

Cuando Laurie regresó, muerto de cansancio, pero por fin sereno, su abuelo salió a encontrarlo como si nada hubiese pasado y mantuvo el engaño muy bien durante un par de horas. Pero al llegar el crepúsculo se hizo difícil al joven seguir escuchando elogios por su -éxito de ese año, que ahora le parecía "Trabajo de amor perdido"[6]. Aguantó mientras pudo, luego se dirigió al piano y comenzó a tocar la "Sonata patética", de Beethoven, con un sentimiento como nunca se le había oído antes.

-Eso está muy bien, muchacho, pero es demasiado triste... ¡Toca algo alegre, vamos! -le pidió el señor Laurence, lleno de compasión sin saber demostrarlo.

Laurie comenzó una animada melodía, y la hubiese terminado si en ese preciso instante no se hubiese oído la voz de la señora de March:

-Jo, querida, ven, que te necesito...

Justamente lo que Laurie ansiaba decir en otro sentido... El músico perdió el compás y la

[6] Título de la primera comedia de Shakespeare, "Love's labours lost

pieza terminó con un acorde interrumpido...

-No aguanto más esto -murmuró el anciano levantándose, llegándose a tientas hasta el piano y poniendo una mano sobre el hombro del muchacho al decirle con la suavidad que hubiese podido tener una mujer.

-Sé lo que te pasa, hijo...

-¿Cómo lo sabes?

-Jo misma me lo contó.

-¡Entonces no hay nada que hacer!... -exclamó apartando la mano que el abuelo le había puesto en el hombro, pues aunque agradecía el cariño, su orgullo viril no le permitía aceptar la compasión de otro hombre.

—Sí, todavía hay algo... Lo diré y luego sí que habremos terminado con este asunto -respondió el señor Laurence con mansedumbre desusada en él-. ¡Me imagino que no querrás quedarte aquí después de esto!...

-No pienso huir de una muchacha. Jo no puede impedirme que la vea y me quedaré a seguir mirándola todo el tiempo que quiera... -interrumpió Laurie con tono desafiante.

-No lo harás si eres el caballero que yo te creo... Yo estoy muy apenado también, pero Jo, muchacho, no puede evitar su conducta y no podemos obligarla a hacer otra cosa. Lo único que cuadra es marcharse por un tiempo... ¿Adónde quieres ir?

-A cualquier parte. No me importa lo que me pase - dijo Laurie levantándose, con una risa que raspó los oídos de su abuelo.

-Toma las cosas como hombre, hijo mío, y ¡no hagas nada imprudente!... ¿Por qué no ir a Europa como habías proyectado?

-No puedo.

-Pero si estabas loco por irte y te prometí el viaje para cuando te recibieras...

-¡Ah! ... ¡pero no tenía la menor intención de irme solo!... -Y Laurie se puso a pasear por el cuarto con expresión tal que era una suerte que su abuelo no la viese.

-No te digo que vayas solo; hay alguien que está dispuesto a ir contigo a cualquier parte del mundo.

¿Quién es? -respondió el chico. -Pues yo, hijo.

Laurie se volvió de pronto diciendo con voz bronca:

-Gracias, abuelo, soy un bruto y un egoísta... Pero, tú sabes, yo...

-¡Naturalmente que lo sé! ... Como que he pasado por todo eso en mis años mozos y después, de nuevo, con tu padre... Siéntate tranquilo, muchacho, y escucha mi proyecto -continuó el señor Laurence tomando al joven por el brazo como si temiera que se le fuese a escapar, igual que su padre.

-¿De qué se trata, abuelo? -dijo Laurie, sin el menor asomo de interés en el rostro ni en la voz.

-Hay un asunto mío en Londres que necesita atención inmediata. Tenía interés de que lo atendieses tú, pero es mejor que lo haga yo, y aquí las cosas van a anda, muy bien con Brooke al frente.

-Pero tú odias viajar, abuelo. No puedo pedirte que hagas ese sacrificio a tu edad -objetó Laurie, que aunque agradecido por la generosidad del anciano prefería infinitamente ir solo, si por fin se iba.

El señor sabía aquello muy bien, y era precisamente lo que quería evitar, pues en el estado anímico en que estaba su nieto no convenía ni era prudente dejarlo librado a sus propios medios. Así, pues, ahogando un suspiro de pesar al pensar en las comodidades de su casa, que forzosamente debía abandonar, dijo con resolución:

-¡Bendito Dios! Todavía no estoy imposibilitado. muhacho; me gusta la idea de viajar contigo. Me va a hacer bien porque hoy día viajar es tan fácil como sentarse en un sillón.

Un movimiento inquieto de Laurie sugirió al anciano que el muchacho no encontraba nada cómodo su sillón, o simplemente que no le gustaba el proyecto. Eso le impulsó a agregar:

-No creas que voy a ser para ti ningún aguafiestas ni ninguna carga. Voy únicamente porque creo que vas a estar más tranquilo que si me quedara solo aquí, pero no creas que pienso andar callejeando contigo por ahí, sino que te dejaré en completa libertad para que vayas donde gustes, mientras yo me divierto a mi manera. Tengo amigos en Londres y en París. Entretanto, puedes irte a Italia, a Alemania y a Suiza, donde te plazca, y disfrutarás de los paisajes, las pinturas, la música y toda clase de aventuras que se te presenten.

En este momento Laurie sentía el corazón roto y pensaba que el mundo no era más que un desierto poblado de aullidos... Pero al oír ciertas palabras que el anciano había dejado deslizar astutamente en su última frase, el corazón destrozado dio de pronto un salto y en el desierto aullante aparecieron de pronto unos oasis verdes...

Con un suspiro, y un tono apático, respondió:

-Como tú quieras, abuelo. Por mí, me da lo mismo.

-Pero a mí sí me importa, hijo mío, recuerda eso. Te voy a dar completa libertad, pero confío en que harás buen uso de ella. Prométeme eso, Laurie.

-Lo que tú quieras, abuelo.

"Muy bien -pensó el anciano-. Ahora no le cías importancia, pero un día esta promesa que ahora me haces con tanta apatía te va a preservar de todo daño, o mucho me equivoco."

Como era un individuo enérgico, el señor Laurence machacó sobre hierro caliente, y antes de que el espíritu ahora agotado recuperase bríos suficientes como para rebelarse, ya se había marchado. Durante el tiempo que duraron los preparativos, Laurie se comportó como es habitual en los jóvenes que se encuentran en su caso. Se mostró caviloso, irritable y melancólico por turno, perdió el apetito, descuidó la indumentaria y dedicaba mucho tiempo a tocar el piano de manera tempestuosa. A Jo la evitaba, consolándose con quedarse mirándola desde su ventana, con una cara trágica que luego atormentaba a la pobre Jo en sueños y la oprimía durante el día con gran sentido de culpabilidad. A diferencia de otros mártires parecidos, Laurie nunca hablaba de su pasión no correspondida y no permitía que nadie -ni siquiera la señora March- tratase de consolarlo ni le ofreciese compasión. Todo el mundo se alegró muchísimo de "que el pobre y querido muchacho se marchase a olvidar su aflicción y regresase feliz". Naturalmente que él sonrió sombríamente ante tal error, pero lo dejó pasar, con la triste superioridad de quien sabe que su fidelidad, igual que su amor, son inalterables.

Cuando llegó el momento de la despedida, el muchacho afectó estar alegre para ocultar ciertas emociones Sumamente inconvenientes que parecían querer imponerse. Aquella falsa alegría no engañó a nadie, pero todos trataron de fingir que la creían por cariño al muchacho. Jo lo siguió hasta la calle, para agitar la mano como despedida final en caso de que Laurie se diese vuelta. Y por cierto que el muchacho se. volvió, y al verla regresó junto a ella, la rodeó con los brazos y con una expresión que hizo su breve súplica tan elocuente como patética:

-¡Oh, Jo!, ¿no podrías? ...

-Teddy, querido, ¡ojalá me fuese posible!...

Eso fue todo. Una breve pausa y Laurie se enderezó diciendo.

-Muy bien. No te preocupes más... -y se marchó sin pronunciar otra palabra.

Pero nada estaba bien y Jo se preocupó horriblemente, pues, mientras la hermosa cabeza estuvo apoyada un minuto en su brazo, después de su dura respuesta, la muchacha se sintió como si hubiese apuñalado a su amigo más querido, y cuando él la dejó al fin, sin mirar de nuevo para atrás, Jo supo que aquel muchacho que había sido Laurie no volvería nunca más.

XIII
EL SECRETO DE BETH

Al regresar a su casa aquella primavera Jo había sufrido un choque al ver el cambio operado en Beth. Nadie habló de ello ni pareció haberlo notado, porque había sido demasiado gradual para alarmar a quienes la veían todos los días. Pero para los ojos agudizados por la ausencia, aquel cambio era muy claro. El rostro no estaba más pálido y sí más delgado que en el otoño; pero tenía esa piel una transparencia que no parecía sino que lo mortal estaba desapareciendo para dejar que lo inmortal brillase a través de la frágil carne, con una belleza indescriptiblemente patética. Jo la vio pero nada dijo.

Mas cuando Laurie se hubo marchado y tornó a reinar la paz, la ansiedad volvió a perseguirla sin descanso. Cuando el viaje a la montaña, Beth le agradeció de corazón pero le rogó que no se la llevase tan lejos. Le convendría más una corta temporada en la playa, y como a la abuelita no pudieron persuadirla de dejar a los nietos, Jo se llevó a Beth a una playa tranquila donde pasaba mucho tiempo al aire libre, dejando que la brisa fresca devolviera un poco de color a sus mejillas exangües.

No era en manera alguna un lugar de moda, pero aun entre la gente agradable que allí había las chicas hicieron pocos amigos, prefiriendo estar juntas todo el tiempo y viviendo la una para la otra. Jo estaba demasiado absorbida por su cuidado para importarle nadie más; y ni se preocupaban del interés que despertaban en quienes las rodeaban, observando con ojos compasivos a la hermana fuerte y a la débil, siempre juntas como si, instintivamente, sintieran la larga separación, que no estaba muy lejos de llegar.

Y era verdad que así ocurría, sin que hablaran, sin embargo, de ello; Jo tenía la sensación de que había caído un velo entre su corazón y el de Beth, y cuando alzaba la mano para levantarlo parecía haber algo sagrado en aquel silencio y prefería esperar a que fuese Beth quien hablase. Le resultaba un enigma saber si su hermana se daba realmente cuenta de la triste verdad y qué pensamientos cruzaban por su mente en las largas horas que pasaba acostada en las rocas calientes de sol, coro la cabeza apoyada en las faldas de Jo mientras el viento soplaba y el mar hacía música a sus pies.

Un día la propia Beth se lo dijo. Jo creyó que estaba dormida, pues se quedaba acostada muy quietecita. La hermana mayor dejó el libro que leía y se puso a mirarla con ojos ávidos, buscando signos de esperanza en el leve color de las mejillas de Beth. Pero nada encontró para satisfacerse, pues aquellas mejillas estaban flaquísimas y las manos parecían demasiado débiles aún para sostener las conchillas rosadas que había estado juntando. Con mayor amargura que nunca, se convenció que Beth se le alejaba, día por día, y sus brazos se estrecharon instintivamente con más fuerza al tesoro más preciado que poseía. Por un minuto sus ojos se velaron, y cuando se despejaron Beth la estaba mirando con ternura tal que apenas si hubo necesidad de que dijese:

-Jo, querida, me alegro que sepas lo que me pasa. He tratado de decírtelo antes y nunca podía...

No hubo respuesta, más que la mejilla de la hermana fuerte contra la suya; ni siquiera lágrimas, pues Jo nunca podía llorar cuando estaba más profundamente emocionada.

-Hace un tiempo que lo sé, querida -dijo Beth-. Ahora ya estoy acostumbrada a la idea. No creas que me sea difícil pensar en lo que me espera ni tampoco soportarlo. Trata de verlo así y no te aflijas por mí, porque es mejor así, créemelo.

-¿Acaso era esto que te ponía tan triste en el otoño?

-Sí, fue entonces cuando dejé de tener esperanzas de mejorarme, aunque me negaba a admitirlo. Prefería pensar que era una fantasía de enferma y no quise afligir a nadie. Pero cuando los veía a todos tan bien y tan fuertes y llenos de proyectos felices era duro pensar que yo no podría nunca ser como tú, Jo.

-¡Oh, Beth! ¡Y no me dijiste nada! ¡No me dejaste que te consolara y te ayudara!...

La voz de Jo estaba" llena de tierno reproche y le dolía el corazón al pensar en la lucha solitaria que debió sufrir su hermana cuando se convenció de que debía despedirse de la salud, del amor y de la vida y alzar a cuestas su cruz. ¡Y qué animosa que se había mostrado la pobrecita en aquel trance! ...

-Quizá estuve mal, pero al fin de cuentas no estaba segura de mis temores, y como nadie decía nada llegué hasta esperar que me equivocaba. Hubiese sido un egoísmo de mi parte asustarlos a todos cuando mamá estaba tan inquieta por Meg y con Amy tan lejos y tú tan feliz con Laurie...

-¡Y yo que creí que lo querías tú!... ¿Sabes que me marché a Nueva York precisamente porque me era imposible enamorarme de él? -dijo Jo, contenta de que todo se aclarase por fin entre las dos.

Beth se quedó tan pasmada con aquella idea fantástica de Jo que ésta sonrió a pesar de su dolor por Beth.

-¿Así que no lo querías, eh? -agregó Jo con suavidad.

-Pero, Jo, ¿cómo podía enamorarse de Laurie cuando sabía lo que te quería él a ti? -preguntó Beth, con la inocencia de un niño-. Lo quiero, naturalmente, y mucho; ¿cómo podría ser de otro modo con lo bonísimo que es siempre conmigo? Pero nunca podría ser para mí

otra cosa que un hermano, y espero que en realidad lo será algún día.

-No por parte mía, con toda seguridad -dijo Jo con tono decidido-. Le queda Amy, y son a propósito el uno para el otro, pero ahora no tengo espíritu para esas cosas. No me importa lo que le pase a nadie más que a ti, Beth, querida, ¡te tienes que mejorar!...

-Bien que lo deseo, Jo, ¡no sabes cómo! Trato de hacerlo, pero cada día parece que pierdo algo y me siento más segura de que nunca lo voy a recuperar. Es como la marea, Jo; cuando empieza a retirarse lo hace lentamente, pero es imposible detenerla.

-Pues la detendremos. Tu marea no puede retirarse tan pronto. Tienes diecinueve años, Beth querida, y no puedo dejarte marchar tan pronto... ¡Voy a empeñarme y a rezar tanto! Lucharé hasta que logre retenerte; verás como lo consigo. Tiene que haber algún medio... No puede ser demasiado tarde... -dijo la pobre Jo llorando con rebeldía, pues su espíritu no tenía ni la mitad de la sumisión piadosa que adornaba a Beth.

La pobrecita Beth no sabía razonar ni explicar aquella fe que le daba paciencia y coraje para renunciar a la vida y esperar animosamente la muerte. Como una criaturita llena de confianza, no hacía ninguna pregunta y dejaba todo en manos de Dios, y de la naturaleza. Ese día se guardó muy bien de censurar a Jo y hasta amó más aún que antes a su hermana por su devoción apasionada y se aferró más aún a aquel amor humano. Con todo, a Beth no le fue posible decir: "Me alegro de marcharme", pues la vida le era muy dulce; sólo podía expresar: "Trato de estar dispuesta", abrazándose estrechamente a Jo en ese primer momento en la primera ola de aquel gran dolor.

Al rato dijo Beth, ya recobrada la serenidad.:

-¿Se lo vas a decir a todos cuando volvamos a casa?

-Creo que lo van a ver sin que se lo diga -suspiró Jo, que veía que Beth empeoraba todos los días.

-Si papá y mamá no se dan cuenta, ¿verdad que se lo dirás por mí? Entre nosotras me parece mejor prepararlos. Meg tiene a Juan y los chicos para consolarse, pero tú eres quien ahora tiene que sostener a nuestros padres, ¿verdad, Jo?

-Ya lo creo, querida.

-Pero lo que me cuesta ahora realmente es dejarlos a todos ustedes. No es que tenga miedo, sino que me parece como si fuera a extrañarlos aun en el cielo...

Jo no podía hablar y durante unos minutos no se oyó otra cosa que el suspiro del viento o el lamido de la marea contra la playa... En eso voló cerca una gaviota de alas blancas y un destello de sol brilló en su pechuga plateada. Beth la observó con ojos llenos de tristeza; después se acercó mucho a ella una pequeña avecilla de plumaje gris, que dando saltitos por la arena piaba bajito como para sí, gozando del sol y del mar. Beth sonrío y se sintió consolada, pues aquel ser minúsculo parecía ofrecerle su pequeña amistad y recordarle que todavía existía un mundo agradable, del cual gozar.

-¡Qué pajarito tan mono!... ¡Mira qué mansito es, Jo!... Me gustan más que las gaviotas, aunque no son de belleza tan salvaje como éstas, pero parecen felices y contentos. ¿Te acuerdas que los llamaba "mis pajaritos" el verano pasado y que mamá decía que le hacían acordar a mí? Nunca se alejan de la costa y siempre gorjean su cancioncita alegre. Tú, en cambio, eres la gaviota, salvajemente fuerte, amante de la tormenta y del viento, volando mar adentro y feliz, aun sola. Meg es como la torcaz y Amy la alondra, de las que nos escribe, tratando de volar hasta las nubes y siempre volviendo a caer en su propio nido. ¡Pobre querida!... ¡Tan ambiciosa!... Tengo esperanzas de volverla a ver, pero... ¡está tan lejos!...

-Llegara esta primavera, y me propongo que para entonces tú estés mejor, y te prepares a recibirla y disfrutar con ella de su relato. ¡Verás cómo habrás recuperado los colores para entonces!... -respondió Jo, pensando que de todos los cambios que observaba en Beth últimamente el más notable era el de la conversación, pues la chica parecía ahora hablar sin mayor esfuerzo y hasta pensaba en voz alta, lo cual era completamente desusado en ella, siempre tan tímida.

-Querida Jo, no debes esperar ya nada porque no te ha de servir.

Jo se inclinó a besar la carita serena, y con ese beso tranquilo selló su dedicación a Beth en cuerpo y alma.

Jo tuvo razón. No hubo necesidad de palabras cuando regresaron a casa, pues papá y mamá vieron con toda claridad aquello que habían rezado tanto por no ver. Cansada del corto viaje, Beth fue directamente a la cama, alegrándose, según dijo, de estar en casa,, y cuando Jo bajó a reunirse con sus padres vio que le sería ahorrada la tarea de decirles cuál era el secreto de Beth: el padre apoyaba la cabeza en la chimenea y no se dio vuelta al entrar Jo, pero la madre extendió los brazos como pidiendo ayuda a su hija, que fue inmediatamente a consolarla sin palabras.

XIV
IMPRESIONES NUEVAS

A las tres de la tarde todo el mundo elegante de Niza se da cita en la famosa Promenad des Anglais[7], paseo encantador, con su arichísima vereda bordeada de palmeras, flores y arbustos tropicales, con el mar por un lado y calzada por medio los hoteles y residencias particulares más suntuosos. Y al fondo, huertos de naranjos y verdes colinas. Muchas naciones están allí representadas, se oye hablar muchos idiomas, se ven muchos trajes típicos y en un día de sol el espectáculo de todo eso resulta tan alegre y colorido como un carnaval. Altivos ingleses,

[7] Paseo de los Ingleses.

franceses vivarachos, alemanes muy seriotes, hermosos españoles, feísimos rusos, humildes judíos y desenfadados americanos pasean por allí en coche, se sientan o caminan sin prisa, charlando, comentando las noticias, criticando a la última celebridad llegada, que tanto puede ser Dickens como Víctor Manuel, la reina de las Islas Sandwich o el Agha Khan. Los coches son tan variados como la concurrencia y atraen la atención tanto como aquélla, especialmente las "canastitas" que manejan muchas señoras con un tiro de briosos "ponies".

En este paseo, el día de Navidad, caminaba despacio un joven alto, con las manos atrás y una expresión algo ausente en el rostro. Su físico era el de un italiano, su traje el de un inglés y su aire independiente completamente americano, combinación que hizo dar vuelta a varios pares de ojos femeninos con miradas de aprobación, mientras que varios "dandies" se encogían de hombros fingiendo indiferencia cuando en realidad lo estaban envidiando. Había abundancia de caras bonitas que admirar, pero nuestro hombre no las tenía en cuenta más que para echar una mirada de cuando en cuando a una chica rubia o vestida de celeste. Al poco rato se salió del Paseo y se detuvo un momento en el cruce, como vacilando entre ir a escuchar la banda en el Jardín Publique o vagar un poco más. De pronto, el trote rápido de unos ponies le hizo levantar la vista, pues bajaba por la calle uno de aquellos cochecitos-canasta con una sola dama, que era joven, rubia y vestida de celeste. El muchacho miró un momento y pareció despertar de repente. Agitando el sombrero como un chico corrió al encuentro de la damita rubia.

-¡Oh, Laurie!, ¿de veras eres tú? ¡Creí que nunca llegarías!... -gritó Amy, dejando caer las riendas y extendiendo ambas manos para saludarlo.

-Me demoré en el camino, pero te había prometido que pasaría la Navidad contigo y aquí estoy.

-¿Cómo está tu abuelo? ¿Cuándo llegaste? ¿Dónde paras?

-Muy bien, anoche, en el Negresco. Llamé a tu hotel pero me dijeron que habían salido todos.

-Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar. Sube y podremos conversar tranquilos, porque no iba más que a pasear, y estaba ansiando compañía, pues Flo se quedó reservándose para la noche.

-¿Qué pasa esta noche, un baile?

-Sí, una fiesta de Navidad en nuestro hotel. Hay muchos americanos y ellos lo ofrecen en celebración de la Navidad. ¿Vendrás con nosotros, verdad? Tía va a estar encantada.

-Gracias. ¿Adónde vamos ahora? -preguntó Laurie.

-Primero tengo que ir al banco a buscar las cartas y luego iremos a la Colina del Castillo. La vista es magnífica y me gusta dar de comer a los pavos reales. ¿Has estado ahí alguna vez?

-A menudo, hace años, pero no tengo inconveniente en ver todo eso de nuevo.

-Ahora dame tus noticias. Las últimas fueron que tu abuelo te esperaba de vuelta de Berlín.

-Sí, pasé un mes en Berlín y luego me le reuní en París, en donde él se ha quedado a pasar el invierno. Tiene amigos ahí y muchas cosas con qué divertirse; de modo que yo voy y vuelvo y lo pasamos magníficamente.

-Me parece un arreglo muy bueno y bien pensado -opinó Amy, echando algo de menos en el modo de Laurie, sin saber exactamente qué.

-¡Qué agujero más sucio!, ¿no es cierto? -dijo él con una mirada de disgusto cuando pasaron junto a la Plaza Napoleón, en la ciudad vieja.

-Yo encuentro pintoresca toda esa suciedad y no me incomoda. El río y las coimas son deliciosos. Ahora tenemos que esperar que pase esa procesión, que va a la iglesia de San Juan.

Mientras Laurie miraba lánguido la procesión, Amy lo observaba, y a medida que lo hacía se fue sintiendo invadida por una especie de timidez, porque había cambiado y Amy no encontraba más a aquel muchacho de cara alegre que dejara en este otro joven caviloso que

ahora tenía a su lado. Estaba más buen mozo que nunca, eso sí, y había mejorado mucho, le pareció, en su indumentaria. Pero pasada la euforia del primer encuentro, Amy le notó un aspecto cansado y desanimado, no enfermo ni triste exactamente, ni que parecía de más edad sino más serio de lo que hubiese podido estar después de un año de vida próspera. Amy no comprendía el porqué de ese cambio y no se animaba a hacer preguntas.

-Que pensez vouz? -dijo por fin ventilando su francés, que había mejorado mucho en cantidad, si no tal vez en calidad.

-Que "mademoiselle" ha aprovechado muy bien el tiempo y que el resultado es encantador -replicó Laurie, saludando con la mano en el corazón y una mirada de admiración.

La muchacha se puso roja de placer ante el elogio, pero, sin saber por qué, no la satisfizo como las francas y un tanto bruscas ponderaciones que antes solía hacerle cuando en ocasiones especiales se paseaba a su alrededor diciéndole que "estaba estupenda" con una sonrisa sincera y un golpecito de aprobación en la cabeza. El nuevo Laurie no le gustó, pues aunque no se podía llamar precisamente hastiado, su elogio sonaba falso.

"Si es que va a hacerse hombre así, prefiero que se quede muchacho", pensó la chica con una sensación curiosa de desencanto e incomodidad, mientras trataba de aparecer alegre y despreocupada.

En el banco encontró las preciosas cartas de los suyos y pasando a Laurie las riendas se puso a leerlas con avidez, mientras seguían los meandros del camino sombreado por los verdes setos donde florecían las rosas té, tan frescas como en pleno junio.

-Beth está bastante mal, la pobrecita, dice mamá. A menudo pienso que debía volverme, pero todos me dicen siempre que me quede y me voy quedando, pues nunca volveré a tener una oportunidad como ésta -dijo Amy interrumpiendo la lectura y muy triste con una de las páginas de la carta.

-Creo que haces bien en quedarte, ya que nada podrías hacer allá, y para ellos es un gran consuelo saber que estás bien, contenta y disfrutando tanto, querida.

La frase y el fraternal "querida" la tranquilizaron un poco, indicándole que si algo pasaba no se encontraría sola en un país extranjero. Siguió la lectura, y en eso soltó la risa mostrando a Laurie un dibujito que había hecho Jo de sí misma con el "traje de escribir", el moño de la cofia parado y saliendo de su boca las palabras: "Arde el genio".

Laurie sonrió, tomó el papel y se lo guardó disimuladamente en el bolsillo del chaleco y luego escuchó, muy interesado, la animada carta que ella leyó.

Cuando terminó a lectura, Amy le dijo:

-Ésta sí que va a ser para mí una verdadera Navidad: regalos por la mañana, tú y las cartas por la tarde y una fiesta por la noche.

Luego ambos se apearon entre las ruinas del viejo fuerte, rodeándolos inmediatamente una bandada de pavos reales espléndidos y mansísimos, esperando a que les diesen de comer. Mientras Amy les arrojaba miguitas, Laurie observaba, a su vez, a la chica, con curiosidad natural por ver qué cambios había operado en ella el tiempo. No encontró el muchacho nada que lo confundiese o defraudase y en cambio sí mucho que admirar y aprobar, pues aparte de algunas afectaciones en los modales y el hablar, Amy seguía siendo tan agraciada y viva como siempre, con el agregado de ese indescriptible "no sé qué" del vestir y del porte que se llama comúnmente elegancia. Había ganado cierto aplomo en su andar y en su conversación que la hacían aparecer más mujer de mundo de lo que en realidad era, aunque a veces asomaba todavía su vieja quisquillosidad.

Laurie vio lo suficiente como para satisfacerlo e interesarlo, quedándole la bonita imagen de una muchacha de cara alegre y al sol.

Cuando llegaron a la meseta de piedra que corona la colina, Amy dijo señalando cosas distintas:

-¿Te acuerdas de la Catedral y del Corso, de los pescadores que arrastran las redes en la bahía y del precioso camino a Villafranca, de la Torre de Schubert, un poco más abajo, y lo mejor de todo, la mancha allí, mar adentro, que según dicen es Córcega?

-Sí, me acuerdo... No ha cambiado gran cosa -respondió el muchacho sin entusiasmo.

-¡Qué no daría Jo por ver esa famosa mancha!... -agregó Amy.

-Sí -fue todo lo que dijo Laurie. Pero se volvió y forzando la vista quiso ver aquella isla que una muchacha aún más usurpadora que Napoleón hacía ahora interesante a sus ojos.

-Ven aquí y, dime qué ha sido de tu vida todo este tiempo -le dijo entonces Amy preparándose para tener con él una sabrosa conversación.

Pero no fue así, pues aunque se le reunió como le pedía y contestó sin reserva todas las preguntas de la chica, lo único de que ésta pudo enterarse fue que el muchacho había vagado por todo el continente. De modo que después de pasear durante una hora se volvieron al hotel donde paraba Amy, y Laurie se despidió prometiendo volver esa noche.

No podemos dejar de consignar el hecho de que, a toda conciencia, Amy se acicaló para "presumir" aquella noche. El tiempo y la ausencia habían actuado en los dos jóvenes: ella veía ahora a su antiguo amigo en un aspecto nuevo, no ya como "nuestro muchacho", sino como un hombre, buen mozo y agradable, y era muy natural que la chica tuviese el deseo de agradarle. Como conocía sus puntos fuertes, los aprovechaba al máximo gracias a la habilidad y el buen gusto, que son una fortuna para las chicas bonitas y pobres.

El tul era barato en Niza, así que en estas ocasiones Amy se envolvía en él. Se fabricó esa noche una "toilette" encantadora con flores frescas, unas pocas chucherías y toda clase de truquitos delicados, baratos y de buen efecto.

"Quiero que Laurie piense que estoy muy bien y que lo diga en casa -se dijo Amy al ponerse el viejo vestido de baile de Flo, que era de seda blanca, y cubrirlo con una nube de tul de ilusión, del cual emergían muy blancos los hombros y la cabeza rubia, con un efecto realmente artístico. Esta vez tuvo el tino de dejar en paz el pelo después de haberlo recogido simplemente,

Como no tenía adornos finos para esta ocasión importante, Amy le hizo a su vaporosa falda unos frunces con ramitos rosados de azalea. Recordando los zapatos pintados de otrora, contemplaba ahora con satisfacción profunda de muchacha los que tenía, de raso blanco.

"El abanico nuevo hace juego con las flores del vestido y los guantes me ajustan a la perfección. En cuanto a la puntilla hecha a mano del mouchoir de tía, le da mucho cachet a toda mi toilette. ¡Si mi nariz y mi boca fuesen clásicas!... ¡Entonces sí que estaría feliz!", se dijo mirándose para inspeccionar su atuendo con ojo crítico.

Mientras esperaba a Laurie caminó por el salón en todas direcciones y una vez se situó deliberadamente bajo la araña, que daba reflejos especiales a su cabello; luego lo pensó mejor y se fue al otro extremo del salón, como avergonzada de aquel impulso inicial de provocar una primera impresión favorable. Y resultó que no podía haber hecho mejor cosa, porque al entrar Laurie vio la fina figura blanca contra el fondo de cortinas rojas, y eso le hizo tan buen efecto como una estatua bien colocada.

-¡Buenas noches, Diana!... -le dijo Laurie con aquella mirada de satisfacción que a ella le gustaba tanto ver en sus ojos cuando se posaban en ella.

-¡Buenas noches, Apolo! ... -le respondió devolviéndole la sonrisa, porque él también estaba mejor parecido aún que de costumbre. La idea de entrar en el salón de baile del brazo de un joven tan guapo hizo que Amy compadeciera a las cuatro feas señoritas de Davis desde el fondo de su corazón.

-Aquí tienes tus flores, Amy. Las arreglé yo -le dijo Laurie, dándole un delicado ramillete en un "brazalete porta-flores" que ella había codiciado al pasar por la joyería y verlo en la vidriera.

-¡Qué bueno eres conmigo, Laurie! -exclamó Amy agradecida-. De haber sabido que venías hoy, hubiese preparado un regalito, aunque me temo no tan fino como éste.

-Gracias igual; esto no es todo lo que tú mereces, pero tú lo has mejorado -agregó él cerrándole el broche de la pulsera en la muñeca.

-No me digas esas cosas...

-Creía que te gustaba ese tipo de cumplidos.

-No dichos por ti no parecen naturales como cuando tú lo dices, pero prefiero tu franqueza de antes.

-Me alegro -contestó Laurie con una mirada de alivio; luego abotonó los guantes de Amy y le preguntó si tenía derecha el moño de la corbata, igual que antes cuando iban a fiestas juntos.

La concurrencia reunida en el gran salón aquella noche era tal como no puede darse sino en Europa. Los hospitalarios americanos habían invitado a cuanto conocido tenían en Niza y se habían conseguido varios títulos nobiliarios para dar lustre a su baile de Navidad.

Un príncipe ruso había consentido en sentarse en un rincón durante una hora y conversar con una voluminosa señora vestida como la madre de Hamlet, de terciopelo negro con una brida de perlas por debajo del mentón. Un condecito polaco, de dieciocho años, se dedicaba a las damas, que lo proclamaron "un amor", y una Serenísima Alteza alemana, habiendo asistido únicamente por la comida, vagaba sin rumbo buscando qué devorar. El secretario privado del barón Rothschild, un hombre alto, sonreía afablemente a todo el mundo, exactamente como si el nombre de su patrón lo coronase a él de una aureola de oro; un francés gordo, que conocía al emperador, había venido a satisfacer su manía por el baile, y lady Jones, una matrona inglesa, adornaba los salones con su familia de ocho vástagos. Naturalmente que había buen número de chicas americanas de voces chillonas, de inglesas bonitas y desanimadas y unas pocas señoritas francesas, feúchas pero graciosas.

Cualquier chica joven se podrá imaginar el estado de ánimo de Amy cuando "entró en escena" del brazo de Laurie. Sabía que estaba bien, le encantaba bailar, se sentía muy cómoda en un salón y gozaba con el delicioso poderío que siente una muchacha cuando descubre el nuevo y precioso reino que está llamada a gobernar por virtud de la belleza, de la juventud o simplemente por el hecho de ser mujer. Compadeció de nuevo a las chicas de Davis, que eran torpes, feas y que por todo compañero tenían un padre adusto y tres tías solteronas más adustas aún; así que, al pasar, las saludó con su sonrisa más cordial, ¡y qué curiosidad tuvieron por saber quién sería aquel amigo de aspecto tan distinguido! Cuando la banda rompió a tocar se acentuaron los colores del rostro de Amy, le brillaron los ojos y los pies marcaron el paso sobre el piso, pues bailaba bien y quería que Laurie lo supiese; sintió por lo tanto un "shock" cuando él le dijo con mucha pachorra:

-¿Quieres bailar?

-Es lo que generalmente se hace en un baile.

-Quería decir la primera pieza. ¿Puedo tener el honor? ...

-Puedo concedértela si dejo plantado al conde. Baila divinamente, pero me va a disculpar, tratándose de un viejo amigo como tú -respondió Amy, esperando que el título surtiese buen efecto y demostrase a Laurie que no se podía jugar con ella.

-Una monada de muchacho, pero un palo un poco corto para sostener a[8]

Una hija de los dioses
Divinamente alta y más divinamente rubia

[8] Juego de palabras intraducible. El condecito es polaco, "pole" en inglés, que significa palo. Además, es bajo de estatura. De ahí la broma de Laurie.

-fue sin embargo toda la satisfacción que pudo sacarle.

El grupo en que se encontraban era inglés en su mayoría y Amy se vio obligada a caminar con sumo decoro en un cotillón tan animado que la hacía sentirse con ganas de bailar con entusiasmo la tarantela. Laurie se la cedió a la "monada de muchacho" y fue a cumplir con su deber para con Florencia, sin cuidarse de asegurarse a Amy por las piezas siguientes, reprensible falta de precaución que fue debidamente castigada, pues ella comprometió inmediatamente todas las piezas hasta la cena, con intención de ablandarse si para entonces el muchacho daba alguna señal de arrepentimiento. Cuando con toda calma vino a reclamarla para la próxima, una gloriosa polca, Amy tuvo la modesta satisfacción de mostrarle su repleto carné de baile; pero las corteses lamentaciones de Laurie no la convencieron en lo más mínimo, y cuando se fue bailando un galop húngaro con el condecito vio que Laurie se sentaba junto a tía Carrol con -créase o no- ¡un suspiro de alivio!

Eso fue imperdonable y Amy se guardó muy bien de prestarle la más mínima atención durante un largo rato, a no ser por una que otra palabra cuando se acercaba entre pieza y pieza a su chaperone en busca de un alfiler o algún otro elemento necesario, o para gozar de un minuto de respiro. Su fastidio surtió efecto, sin embargo, pues ella lo disimuló con cara sonriente y aparentó estar inusitadamente alegre y dicharachera. Laurie la miraba actuar con placer, pues la chica bailaba bien, sin saltar alocadamente ni con demasiada calma, sino con animación y gracia, haciendo del delicioso pasatiempo lo que siempre debería ser. Fue muy natural que Laurie se pusiese a estudiar a Amy desde este nuevo punto de vista y, antes de promediar la velada, aquel juez improvisado había decidido que "la pequeña Amy llegaría a ser una mujer encantadora".

La escena se puso muy animada porque pronto se posesionó de todos el espíritu sociable de la fecha y la alegría típica de la Navidad hizo brillar todos los rostros, alegró todos los corazones y aligeró todos los pies. Los músicos frotaban las cuerdas, soplaban o percutían sus instrumentos como si se divirtiesen con ello; bailaba todo el que sabía y los que no sabían admiraban a sus vecinos con inusitado calor. El aureolado secretario se lanzaba de salón en salón como un meteoro, con una elegante francesa. El Serenísimo Teutón encontró la mesa del "buffet" y se comió pacientemente todo el menú, causando asombro entre los mozos por los estragos que hacía. Pero el que se cubrió de gloria fue el amigo del emperador, porque bailaba de todo, lo supiese o no, improvisando piruetas cuando no conocía las figuras. El entusiasmo infantil de ese hombre grueso era encantador, pues bailaba como una pelota de goma: corría, volaba, hacía cabriolas, la cara le irradiaba alegría, la calva le brillaba, las colas de su frac se agitaban, sus zapatos de charol centelleaban. Y cuando paraba la música, el hombre se secaba la frente sudorosa y empezaba a repartir sonrisas como un Pickwick francés sin anteojos.

Amy y su polaco se lucieron con igual entusiasmo pero mayor habilidad y gracia, Laurie se encontró de pronto marcando involuntariamente el compás con el rítmico ascenso y descenso de los escarpines de raso blanco que pasaban volando por su lado tan incansablemente como si hubiesen tenido alas. Cuando el pequeño Vladimir la dejó por fin en libertad con seguridades de que "estaba desolado de marcharse tan temprano", Amy estaba dispuesta a descargar y ver cómo soportaba el castigo su caballero remiso.

Podemos asegurar que la penitencia había tenido éxito, pues a los veintitrés años los afectos no correspondidos encuentran bálsamo en la sociedad de amigos y se estremecen los nervios jóvenes, baila la sangre y se levantan los espíritus deprimidos cuando se los somete al encanto de la belleza, la luz, la música y el movimiento. Al incorporarse para darle el asiento Laurie estaba bien despabilado, y cuando se fue al "buffet", a buscarle algo de comer, la muchacha se dijo con sonrisa satisfecha:

-¡Ya me parecía que mi castigo le haría bien!

-Pareces la "Mujer pintada por ella misma", de Balzac -le dijo abanicándola con una mano y sosteniendo la taza de café en la otra.

-¿Cómo se llama esto? -le preguntó después tocando un pliegue de su vestido que se había corrido sobre la rodilla de él.

-Ilusión.

-Es un buen nombre para un material tan bonito. Es algo nuevo, ¿no?

-Viejo como las montañas, lo has visto llevar a montones de chicas y sólo ahora te fijas que es bonito, ¡tonto!

-Es que nunca lo había visto llevado por ti, lo que explica la distracción...

-Nada de esas cosas están prohibidas. En este momento prefiero tomar café que oír cumplidos, y hazme el favor de no repatingarte de ese modo porque me pones nerviosa.

Laurie se incorporó de golpe y muy humildecito le tomó a Amy el plato vacío, sintiendo una especie de placer raro en que "la pequeña" le diese órdenes, pues ahora ella había perdido toda timidez y sentía un deseo irresistible de "pisotearlo", como las chicas saben hacer deliciosamente con todo masculino que les muestre el más mínimo signo de sujeción.

-¿Dónde has aprendido todas estas cosas? -preguntó Laurie al fin con una mirada crítico-inquisitiva.

-Como "todas estas cosas" es una expresión algo vaga, ¿quieres hacer el favor de explicarte? -replicó Amy, sabiendo perfectamente lo que él quería decir pero dejándolo, con toda picardía, que describiese lo indescriptible.

-Bueno... quiero decir el aire... el estilo, la seguridad de sí mismo... ¿qué sé yo? ... la ilusión... tú lo sabes mejor que yo -dijo Laurie rompiendo a reír y ayudándose a salir del paso con aquella palabra nueva.

Amy se puso alegre con la contestación, pero naturalmente que no se lo hizo saber al muchacho y respondió muy modosita:

-La vida en el extranjero la pule a una a pesar de sí misma. No te olvides que, además de divertirme, estudio... Y en cuanto a esto -e indicó con un gesto el vestido-, el tul es barato, las flores se consiguen por cualquier parte por nada y estoy muy acostumbrada a sacar partido de mis pobres cositas.

Amy se arrepintió un poco de esta última frase, por temor de que no fuese del mejor gusto, pero a Laurie no le disgustó; al contrario, admiró y respetó a la muchacha por la paciencia y coraje que le permitía aprovechar al máximo sus oportunidades y su espíritu animoso, que sabía cubrir con flores la pobreza. Amy no supo por qué la miraba tan cariñosamente ni tampoco cuál fue el motivo que lo impulsó a llenarle el carné de baile con su nombre, dedicándose a ella por el resto de la noche de la manera más simpática; pero el impulse que obró en él este cambio agradable fue el resultado de las impresiones que los dos estaban dando y recibiendo al mismo tiempo.

XV
EN UN RINCÓN

En Francia las chicas jóvenes lo pasan muy aburridas... hasta que se casan, y entonces "Vive la liberté!' se convierte en su lema. En América del Norte, en cambio, como se sabe muy bien, las chicas firman muy pronto su declaración de independencia y gozan de su

libertad con placer verdaderamente democrático; en cambio, las señoras jóvenes generalmente abdican con la llegada del primer heredero y entran en una reclusión casi tan cerrada como la de un convento francés de monjas, sólo que menos tranquilo. Les guste o no, se las pone virtualmente en un rincón en cuanto Rasa la euforia del casamiento, y la mayoría de ellas podría decir como una linda señora el otro día: "Estoy tan bonita como siempre, pero nadie hace caso de ello porque soy casada".

No siendo una gran belleza, ni tampoco una dama del gran mundo, Meg no tuvo esa experiencia triste, por lo menos hasta que sus bebés tuvieron alrededor de un año, pues en su pequeño mundo regían las costumbres primitivas y, recién casada, se encontró más querida y admirada que nunca.

Como era una mujercita muy femenina, el instinto maternal era en ella muy fuerte y fue enteramente absorbida por sus hijos, con absoluta exclusión de todo y de todos los demás. Día y noche se preocupaba Meg por ellos con inquietud y devoción incansables, dejando

a John al tierno cuidado de la servidumbre, pues ahora presidía el departamento culinario una irlandesa que reemplazaba a Lotty. Decididamente, John extrañaba las atenciones a que su mujer lo había acostumbrado, pero como adoraba a sus hijos renunció de buen grado a su comodidad por un tiempo, suponiendo, en su ignorancia masculina, que la paz sería en breve restaurada. Pero pasaron tres meses y no hubo ni retorno ni reposo; Meg tenía aspecto cansado y estaba nerviosa, los nenes absorbían cada minuto de su tiempo, la casa fue descuidada y Kitty, la cocinera, que tomaba las cosas con mucha calma, tenía a Juan a curta ración. Cuando salía por la mañana, el pobre hombre se veía confundido con encargos variados para la mamá cautiva, y si llegaba alegre a su casa por la noche, ansioso de abrazar a su familia, su entusiasmo era apagado por un: Sh... Recién se duermen después de "darme baile todo el día". Cuando proponía alguna diversión en casa, la respuesta invariable era: "No, porque molestará a los nenes". Si sugería asistir a un concierto o una conferencia, la respuesta inavariable era: "¿Dejar a mis hijos por divertirme? ¡Eso nunca!" El sueño de Juan era interrumpido a menudo por llantos infantiles y por visiones de un fantasma blanco paseando en silencio en la vigilia de la madrugada; sus comidas eran a menudo interrumpidas por la huida repentina del genio doméstico que presidía la mesa, quien lo abandonaba a medio servir en cuanto llegaba a oírse el menor pipío ahogado proveniente del nido de arriba. Y cuando el pobre hombre leía el diario por la noche, las noticias de navegación se mezclaban con el cólico de Demi y las cotizaciones de bolsa con la caída de Daisy, pues a la señora de Brooke no le interesaban por el momento otras noticias que las domésticas.

¡Pobre Juan Brooke! Se sentía incómodo en el propio hogar, pues los hijos lo habían despojado de su mujer, el hogar estaba convertido en una "nursery" y el perpetuo "¡Sh... Sh... Sh!..." le hacía sentirse un intruso sin corazón en cuanto se aventuraba a entrar en los sagrados recintos de bebelandia. Juan aguantó con paciencia durante seis meses, y cuando no aparecieron señales de enmienda el hombre hizo lo que muchos otros exiliados domésticos: trató de buscar consuelo en otra parte. Su amigo Scott se había casado e instalado su casa no lejos de la suya y John tomó la costumbre de correrse hasta allí por las noches durante un par de horas, precisamente cuando su propia sala permanecía vacía y su propia esposa cantaba arrorroes que no parecían tener fin. La señora de Scott era una linda muchacha llena de vida que no tenía otra cosa que hacer que mostrarse agradable, y cumplía con mucho éxito su misión. La sala de los Scott estaba siempre iluminada y acogedora; el tablero de ajedrez preparado, el piano bien afinado, abundante la chismografía, alegre y sin malignidad, y la cenita preparada presentada en forma tentadora.

Juan hubiese preferido su propio hogar y su propia chimenea si ambos no hubiesen estado tan solitarios, pero en esas circunstancias ¿qué podía hace el pobre individuo sino conformarse con la aproximación y disfrutar de la sociedad de sus vecinos?

Al principio Meg había aprobado y agradecido ese nuevo orden de cosas y encontraba alivio en que John lo pasase bien en lugar de dormitar en la sala o caminar pesadamente por toda la casa despertando a los chicos. Pero más adelante, cuando hubo pasado el problema de la dentición y los dos idolillos se dormían a horas más normales dejando a la mamá tiempo para descansar, Meg comenzó a extrañar a John y a encontrar muy aburrida la compañía de su canastillo de costura, sin el marido sentado enfrente con su vieja bata, acercando las zapatillas al guardafuego. Meg no quería pedirle que se quedase en casa, pero se sentía agraviada porque él no se daba cuenta de que ella lo necesitaba, olvidándose completamente de las muchísimas noches que el pobre hombre la había esperado en vano a ella. Nerviosa y extenuada, con tanta vigilia y preocupación se afianzó en ella ese estado de ánimo tan poco razonable por el que suelen pasar aun las mejores madrecitas cuando se ven agobiadas por los cuidados domésticos. La falta de ejercicio contribuye a robarles el ánimo y demasiada afición a ese ídolo de la mujer sajona, la tetera, y las hace sentir como si fueran puro nervio y nada de músculo.

Mirándose al espejo, la pobre Meg decía:

-Sí, me estoy poniendo fea y Juan no me encuentra ya interesante, así es que deja a su marchita mujer y se va a ver a su bonita vecina, que no tiene estorbos ni inconvenientes. Bueno, por lo menos me quieren los chiquitos, sin importarles si estoy flaca y pálida ni si tengo o no tiempo de rizarme el pelo; ellos son mi consuelo, y algún día Juan se dará cuenta de que me he sacrificado con gusto por ellos, ¿verdad que sí, mis preciosos?

A esta patética reclamación Daisy contestaba con un arrullo y Demy con un gorgorito, y Meg deponía sus lamentaciones para darse el lujo de un regodeo materno que por el momento suavizaba su soledad. Pero la pena aumentó cuando a Juan comenzó a absorberlo la política, pues a cada rato se llegaba a discutir algún punto con Scott, completamente ignorante de que Meg lo extrañaba. Ni una palabra dijo ella, sin embargo, hasta que un día la madre la encontró hecha un mar de lágrimas, e insistió en saber la causa, pues no se le había

escapado a la señora que el ánimo de su hija decaía día a día.

-A nadie más se lo diría, mamá, pero realmente necesito consejo, pues si Juan sigue así por más tiempo tanto me valdría ser viuda -dijo la señora Brooke, secándose las lágrimas con aire agraviado en el babero de Daisy.

-¿Si sigue cómo, querida? -preguntó su madre muy inquieta.

-Está fuera todo el día, naturalmente, y por la noche, cuando quiero estar con él, se va continuamente a casa de los Scott. No es justo que yo tenga que hacer todo el trabajo más difícil y que no me divierta nunca. Los hombres son todos unos egoístas, aun los mejores.

-También lo son las mujeres; no le eches la culpa a Juan hasta no saber en qué fallaste tú.

-Pero no puede estar bien que él me desatienda.

-¿Acaso no lo desatiendes tú a él?

-Pero, mamá, yo creía que te pondrías de mi lado...

-Y así es en cuanto a lamentar todo esto... pero creo que la culpa es tuya, Meg.

-No veo en qué he podido fallar yo.

-Permíteme que te lo señale, querida: ¿Acaso Juan te desatendió -como, tú dices- cuando te hacías la obligación de ofrecerle tu compañía por las noches, que son sus únicas horas libres?

-No, es verdad; pero ¿como puedo seguir haciéndolo con dos bebés que cuidar?

-Me parece que sí podrías... y es más, creo que debes hacerlo. ¿Quieres que te hable con entera libertad? Quiero que recuerdes que se trata de la mamá que te censura tanto como la que te compadece.

-Ya lo creo, mamá. Háblame, te lo ruego, como si se tratara de Meg cuando chica. A menudo pienso que cuando más necesito que me enseñen es ahora que estos pergeños dependen de mí para todo.

-No has cometido mayor error, querida Meg, que el de tantas jóvenes esposas: olvidar tus deberes para con tu marido en el amor de tus hijos. Un error muy natural y perdonable, pero que es mejor corregir y remediar antes de que tú y John tomen cada uno por distinto camino, porque los hijos deben unirlos más estrechamente que nunca en lugar de separarlos como si fuesen únicamente tuyos y que Juan no tuviese otra cosa que hacer que mantenerlos. Lo vengo viendo desde hace varias semanas, pero no quise decir nada porque estaba segura de que todo se arreglaría con el tiempo.

-Me parece que no, mamá. Si ahora le pido a John que no salga creerá que estoy celosa, y no quiero hacerle semejante insulto. Él no se da cuenta de que lo necesito y no sé cómo hacérselo saber sin palabras.

-Hazle la casa tan agradable que no le den ganas de salir. Estoy segura que tu Juan está anhelando su hogar, pero sin ti no es tal hogar y tú estás siempre en la "nursery".

-¿Acaso no es mi deber estar ahí?

-No todo el tiempo; el demasiado encierro te pone nerviosa y entonces no estás buena para nada. Pero más importante aún es el hecho de que te debes a John, además de a los nenes. No descuides al marido por los hijos y no " le cierres a él las puertas de la "nursery", sino que debes enseñarle el modo de ayudarte respecto a los niños. Su lugar es allí igual que el tuyo y los chicos lo necesitan también a él; déjale sentirse parte de todo ese mundo y ¡verás cómo todo va mejor para ustedes cuando eso ocurra!

-¿Lo crees así, madre?

-Lo sé positivamente, Meg, pues cuando tú y Jo eran chicas hice lo mismo que tú ahora. Tu pobre padre se dedicó a sus libros, después de haberle rechazado todo ofrecimiento de ayuda. Me dejó que probara sola mi experimento. Luché todo lo que pude, pero Jo era un caso difícil, y casi la echo a perder consintiéndola demasiado. Tú no eras muy fuerte y yo me preocupaba tanto por tu salud que casi me enfermo yo. Ahí fue que papá vino en mi ayuda y me salvó, manejando con calma las cosas y haciéndose tan indispensable que yo me percaté de mi error y nunca más he podido pasarme sin él. Ése es el secreto de la felicidad de nuestro hogar: él no permite que su trabajo le enajene los pequeños cuidados y deberes que nos afectan a todos, y por mi parte trato de que las preocupaciones domésticas no destruyan mi interés por sus empresas. Cada uno realiza su papel solo en muchas cosas, pero en casa obramos siempre juntos.

-Así es, mamá. Ojalá pudiese yo ser para mi marido y mis hijos lo que tú has sido para los tuyos. Enséñame cómo proceder y voy a hacer todo cuanto me indiques.

-Siempre fuiste dócil, Meg; ¡así me gusta! Bueno, la cuestión es que Juan tenga más que ver con el manejo de Demi, por ejemplo, pues un varón necesita una formación especial y nunca es demasiado pronto para empezarla. Luego, si yo estuviese en tu lugar, haría lo que te he propuesto tantas veces: dejar que venga Ana a ayudarte; sabes que es una niñera excelente y puedes confiarle los chicos sin temor mientras tú haces más del trabajo de la casa, pues te está haciendo falta el ejercicio. Para Ana será un. descanso y Juan recobrará a su mujer. Tienes que salir más para mantenerte alegre, ya que siempre debes ser portadora de alegría a la familia, y no la habrá si tú estás triste. Además, querida, trata ,de interesarte por cualquier cosa que concierna a John... conversa con él... deja que él te lea... intercambien ideas... no cometas el error de encerrarte en un estuche porque seas mujer sino que debes interesarte por todo lo que pasa y educarte para tomar parte en la obra del mundo, pues todo cuanto sucede os afecta a ti y a los tuyos.

-¡Juan es tan inteligente!... Tengo miedo de que me crea estúpida si le hago preguntas sobre política y esas cosas...

-No lo creo... El amor cubre montones de faltas, y ¿a quién podrías preguntar nada con mayor libertad que a él? Prueba, y ¡verás si no encuentra Juan tu compañía más agradable que

las cenas de la señora de Scott!...

-Voy a ensayar tu método, madre. ¡Pobre Juan! Creo que tienes razón, que lo he desatendido mucho, pero yo creí estar procediendo bien y él nunca protestó ni me dijo la menor cosa...

-Trataba de no ser egoísta, por eso se callaba, pero me imagino que el pobre se ha de haber sentido abandonado... Ésta es precisamente la época en que los casados están más propensos a apartarse, cuando deben estar más unidos que nunca, pues la primera ternura pasa pronto a menos que se tome especial cuidado en conservarla, y ninguna época es más preciosa para los padres que los primeros años de esas pequeñas vidas que les son dadas a formar. No dejes que Juan sea un extraño para los chicos porque ellos serán quienes contribuyan a conservarlo seguro y feliz en este mundo de tentaciones y conflictos. Ahora te dejo, querida. Piensa en toda la prédica de tu madre, actúa de acuerdo con ella si te parece buena y ¡Dios os bendiga a todos!

Meg reflexionó sobre todo aquello, lo encontró razonable y obró de acuerdo, aunque la primera tentativa no resultó exactamente como ella la había previsto. Los chicos la tiranizaban, y gobernaron la casa desde el momento que descubrieron que pateando y chillando conseguían cuanto querían; mamita era una perfecta esclava de sus caprichos, pero papá no se sometía con tanta facilidad y ocasionalmente afligía a su ternísima esposa con tentativas de ejercer disciplinas paternales con su turbulento hijo. Porque Demi heredaba algo de la firmeza de carácter de su padre -no queremos llamarla terquedad- y cuando se decidía a conseguir o hacer algo nada lograba hace cambiar de idea a ese pequeño porfiado. Mamá creía que el pobre querido era demasiado chico para enseñarle a vencer sus predisposiciones, pero papá opinaba que nunca es demasiado pronto para aprender a obedecer; y Demi no tardó en descubrir que cuando se ponía a pelear con papá siempre llevaba las de perder; sin embargo, como buen sajón, el nene respetaba al hombre que lo vencía y adoraba a aquel padre cuyo "No, no" le impresionaba más que todos los besos y caricias de mamá.

Pocos días después de aquella conversación con su madre, Meg quiso probar de hacerle a John una fiestecita doméstica, de modo que encargó una buena cena, se vistió de modo muy sentador y acostó a los chicos temprano, para que nada se interpusiera. Por desgracia, una de las antipatías más invencibles de Demi era acostarse, y esa noche decidió hacer alboroto. La pobre Meg probó de todo: acunó, cantó, contó cuentos y ensayó cuanto método se conoce para provocar el sueño infantil. Todo inútil: los grandes ojos se negaban a cerrarse y mucho después que Daisy había "hecho nonito" como el montoncito de buena pasta que era, el pícaro Demi seguía mirando la luz con la expresión más "despierta" que pueda darse.

-¿Quiere quedarse quietecito mi Demi y ser bueno mientras mamá baja a darle el té a papá?.. . -preguntó Meg al oír la puerta de calle que se cerraba y el conocido paso que iba de puntillas hasta el comedor.

-Mi quede té -dijo Demi preparándose a participar de la fiesta.

-No, no se puede, pero te voy a guardar masitas para el desayuno de mañana si haces nono como Daisy. ¿Lo harás, precioso?

-¡Ti! -Y Demi cerró bien fuerte los ojos como para forzar el sueño y apresurar el deseado día.

Aprovechando aquel momento propicio Meg se escapó corriendo a saludar a su marido con cara sonriente y llevando aquel moñito azul en el pelo que Juan admiraba tanto. Él lo notó en seguida y exclamó con sorpresa complacida:

-¡Vamos, madrecita! ... ¡Qué alegre estamos hoy! ... ¿Esperas invitados?

-No, nada, nada, sólo que me cansé de ser una desprolija y decidí vestirme, para variar... Tú siempre te acicalas para sentarte a la mesa, por cansado que estés, así que ¿por qué no lo voy a hacer yo?

-Yo lo hago por respeto a ti, mi querida -respondió Juan, que era de la "vieja ola".

-¡Igualmente, señor Brooke!... -dijo Meg riendo y viéndose de nuevo joven y bella a los ojos de Juan.

-Bueno, esto es de veras encantador; como los viejos tiempos. Este té está riquísimo... ¡A tu salud, querida!. .. -y John lo saboreó con aire de arrobamiento tranquilo que fue, sin embargo, de muy corta duración, pues al dejar su taza el pestillo de la puerta sonó misteriosamente y se oyó una vocecita impaciente que decía:

-¡Abe poeta. Mi mene!

-Es ese pícaro de Demi. Le dije que se durmiese solo y anda tomando frío, descalzo por la escalera -explicó Meg, respondiendo al llamado.

-Manana ahoa -anunció jubilosamente Demi al entrar con el largo camisón recogido con gracia sobre el brazo y todos los rizos alborotados. Y rodeando la mesa miraba golosamente los "patelitos".

-No, no es la mañana todavía. Tienes que irte a la cama y no malestar a mamá; entonces sí comerás el pastelito con azúcar -le dijo Juan muy serio.

-Mi quele papa... -dijo el muy pícaro preparándose a trepar a la rodilla paterna y gozar de placeres prohibidos. Pero Juan sacudió la cabeza y dijo a Meg:

-Si le dijiste de quedarse allí arriba y dormirse solo hazle obedecer, o no aprenderá nunca a hacerte caso.

-Sí, naturalmente. ¡Vamos, Demi!... -y Meg llevó

a su hijo con muchas ganas de zurrar al pequeño aguafiestas que iba dando saltitos a su lado, con la falsa ilusión de que el soborno iba a ser administrado no bien Pegaran a la "núrsery".

Y no fue defraudado, pues aquella mujercita miope cometió el error de darle un terrón de azúcar. Luego lo metí¿ en la cama y le prohibió más paseítos hasta la mañana.

El pequeño perjuro volvió a decir `ti" chupando su azúcar y considerando un éxito aquella primera tentativa.

Meg volvió a su lugar en la mesa, la cena iba a las mil maravillas cuando el pequeño fantasma apareció de nuevo y descubrió los delitos maternales al exigir con audacia:

-Ma zuca, mamá...

-Nada de eso -dijo John, endureciendo su corazón contra aquel delicioso pecadorcito-. No vamos a tener paz hasta que este chico aprenda a acostarse como debe. Ya te has esclavizado demasiado tiempo; Meg, dale una buena lección y acabemos de una vez. Acuéstalo y déjalo solo, Meg.

-No se va a quedar si yo no me siento al lado, porque nunca quiere...

-Yo lo manejaré. Demi, vaya arriba y métase en la cama como le dice su mamá.

-¡No quelo!... -contestó el rebelde, sirviéndose el codiciado "patelito" y comenzando a comerlo con calma y audacia increíbles.

-¡Nunca debes decir eso a tu papá, nunca!... Te voy a llevar yo a la cama si no vas solo.

-Anáte, no quelo a papá -Y Demi se refugió en las faldas de su madre.

Pero aún ese refugio resultó inútil, porque el nene fue entregado al enemigo con un: "¡Sé suave con él, Juan!..." que llenó de zozobra al reo porque cuando mamá lo abandonaba, el día del juicio no estaba lejos. Despojado de su pastel, privado de su fiesta, y llevado con mano fuerte a aquella odiada cana, el pobre Demi no pudo reprimir la rabia y desafió abiertamente a su padre pateando y gritando por toda la escalera. No bien lo acostaba de un lado, se daba vuelta del otro y corría hasta la puerta, para ser pescado ignominiosamente por la cola de su toga y vuelto a acostar. Esta función duró hasta que el jovencito perdió las fuerzas, dedicándose luego a bramar con gran estrépito, pues generalmente conquistaba a Meg con ese ejército vocal. Pero Juan se quedó tan inflexible como el proverbial poste que se supone sordo

Librodot

y mudo. Ni arrumacos, ni azúcar, ni arrorró, ni cuento, ni luz siquiera, pues el padre apagó la que había y sólo el resplandor rojo del fuego animaba la "gran oscuridad" que Demi veía con más curiosidad que miedo. Este nuevo orden de cosas le disgustó muchísimo y a gritos clamaba por su "mamá" al calmársele la rabia y recordar la ternura de su esclava de siempre para con él, autócrata ahora cautivo. El gemidito que reemplazó al rabioso clamor tocó el corazón de Meg, que subió corriendo para decir implorante a su marido:

-¡Déjame quedarme con él, John! Verás cómo ahora va a ser bueno.

-No, mi querida, le -he dicho que se tiene que dormir como tú le mandaste, y tendrá que hacerlo aunque me tenga que quedar aquí toda la noche.

-Pero va a enfermar de tanto llorar... -suplicó Meg, que se echaba la culpa por haber abandonado a su varoncito,

-No, ¡qué va! ... Está tan cansado que pronto clavará el pico y entonces el asunto quedará arreglado, pues comprenderá que tiene que obedecer. No intervengas, querida. Yo lo manejaré.

Cuando Juan hablaba con aquel tono decidido, Meg obedecía y no tenía nunca que lamentar su docilidad.

-Por favor, déjame besarlo una vez, Juan...

-Por cierto, querida. Demi, di buenas noches a tu mamá y déjala que se vaya a descansar, pues está muy fatigada de cuidar a ustedes todo el día.

Meg insistió después que había sido aquel beso el que ganara el día, pues en seguida Demi comenzó a sollozar más tranquilo y se quedo muy quieto en el fondo de la cama, donde -mies se había retorcido con la fuerza de su rabieta.

-Pobre hombrecito, ya no puede más de sueño, con tanto llorar. Lo cubriré y luego iré a tranquilizar a Meg -pensó Juan llegándose hasta el lado de la cama, esperando encontrar dormido a su rebelde heredero.

Pero no era así, pues no bien lo miró su padre, le tembló a Demi la barbilla y levanto los brazos diciendo:

-Mi meno ahoa.

Sentada afuera, en la escalera, Meg se preguntaba el porqué del largo silencio que seguía a la batahola anterior y se deslizó en el cuarto para ver qué pasaba. Demi estaba profundamente dormido, no en su actitud habita-, de águila desplegada, sino formando un montoncito sumiso, acurrucado en el brazo del padre y asiéndole el dedo como si se diese cuenta que "la justicia había sido atemperada por la misericordia"[9] y se hubiese convertido en un bebe mas formal y más sabio que antes. Así retenido. Juan había esperado con paciencia femenina que la manita se aflojara, y mientras esperaba se había quedado dormido él también, más cansado por la pelea con su hijo que con todo su trabajo del día.

Al mirar las dos cabezas sobre la almohada, Meg sonrió para sí y se marchó sin hacer ruido diciéndole satisfecha:

"No tengo por qué temer que Juan vaya a ser demasiado rudo con los chicos. Sabe manejarlos, como mamá decía, y me va a ser una gran ayuda, porque Demi está resultando demasiado difícil para mí sola"

Cuando por fin bajó John, esperando encontrar una esposa pensativa o llena de reproches, fue agradablemente sorprendido al ver a Meg adornando plácidamente un sombrero y el pedido de que si no estaba demasiado cansado le leyese algo de las elecciones. Juan se dio cuenta en seguida de que una revolución -no sabía de qué tipo- estaba en pleno proceso, pero, prudentemente, se abstuvo de hacer preguntas, sabiendo que Meg era una personita tan transparente que no podía guardar un secreto ni para salvarse la vida, y que alguna clave

[9] Cita del famoso discurso de Porcia en el cuarto acto de "El mercader de Venecia", de Shakespeare.

aparecería pronto. Así, pues, con la más amable disposición de ánimo se puso a leerle un largo debate explicándoselo luego mientras Meg trataba de parecer profundamente interesada y de hacer preguntas inteligentes pero en realidad evitando que el pensamiento se le escapara del estado de la nación al de su sombrero. En fuero interno, sin embargo, decidió que la política era una calamidad igual que las matemáticas y que la misión de los políticos parecía no ser otra que la de insultarse unos a otros, aunque se guardó muy bien de comunicar a nadie esas ideas tan ultrafemeninas, y cuan do Juan se detuvo por fin ella sacudió la cabeza y dijo con lo que creyó era una gran ambigüedad diplomática:

-Bueno. No sé de veras adónde vamos a parar. .

Juan se rió y la observó un minuto mientras ella contemplaba una preparación de flores y encaje con un interés tan auténtico como había podido despertar su prolongada arenga.

"Está tratando de que le guste la política para complacerme a mí... ¡Bien puedo yo tratar de interesarme por los sombreros para complacerla a ella! Eso es lo equitativo", dijo para sí Juan el Justo, agregando en voz alta:

-¡Qué bonito, querida! ... ¿qué es?; ¿acaso una cofia para la mañana?

-Querido mío, esto es un sombrero. ¡Mi mejor gorrito para ir a teatros y conciertos!...

-¡Perdón! ... como lo vi tan chiquito creí que era una de esas cositas vaporosas que te pones a veces. ¿Cómo te lo sujetas?

-Estos encajes se atan bajo el mentón con una rosa, así, ¿ves? -dijo Meg poniéndose el sombrero a guisa de ilustración y mirándolo con un aire de tranquila satisfacción que fue para él irresistible.

-Es un amor de sombrero, pero prefiero la carita que va adentro, porque está otra vez joven y alegre -y Juan besó aquella carita con gran detrimento de la rosa bajo la barbilla.

-Me alegro que te guste, porque quiero pedirte que una de estas noches me lleves a uno de los nuevos conciertos que dan. Realmente estoy necesitando música para entonarme. Me vas a llevar, ¿verdad?

-Ya lo creo, querida, con todo gusto... y a cualquier otra parte que quieras ir. ¡Has estado encerrada tanto tiempo! ... Te hará muchísimo bien, y por mi parte me gustará a mí la mar. ¿Qué es lo que te hizo pensar en estas cosas, madrecita?

-Tuve una conversación con mamá el otro día. Le conté lo nerviosa y malhumorada que estaba últimamente y ella opinó que necesito un cambio y menos preocupaciones, así que Ana me va a ayudar a cuidar los chicos y yo me voy a ocupar más de la casa y a divertirme un poco de cuando en cuando. Será sólo un experimento, Juan, y lo quiero tanto por ti como por mí, porque te he desatendido vergonzosamente este último tiempo y ahora voy a hacer de nuevo de nuestra casita el hogar que fue antes. No tienes inconvenientes, ¿verdad?

No importa lo que contestó Juan ni cómo el sombrerito se escapó de estropearse por completo. Todo lo que necesitamos saber es que Juan no pareció tener objeción alguna, a juzgar por los cambios que ocurrieron en la casa y sus habitantes. No se convirtió en un paraíso automáticamente, pero todo el mundo se benefició. Los chicos mejoraron mucho con el gobierno paternal mientras Meg recobraba su antiguo ánimo, componía los nervios con abundante ejercicio, alguna diversión y muchas conversaciones confidenciales con su inteligente marido. La casita fue de nuevo un hogar y Juan no tenía ya el menor deseo de salir, a menos de llevar a Meg consigo. Eran los Scott los que ahora venían a casa de los Brooke y todo el mundo encontraba alegría en la casita, llena de felicidad, contento y amor. Aun la mundana Sarita Moffat se encontraba bien allí.

-Esto está siempre tan tranquilo y tan agradable que me hace bien venir aquí, ¿sabes, Meg? -solía decir la elegante muchacha mirando a su alrededor con ojos melancólicos, como tratando de descubrir el secreto de aquel encanto a fin de utilizarlo en provecho propio en su enorme mansión llena de solitaria magnificencia, pues no había en ella ningún chiquito de

cara risueña atravesando por ahí, y Eduardo, el marido, vivía en su mundo propio, donde no había lugar para ella.

No ha de creerse que esta felicidad hogareña fue lograda de repente ni toda a un tiempo, sino que Juan y Meg encontraron la clave y cada año de matrimonio les enseñó un nuevo modo de utilizarla. En ese mundo es donde debe transcurrir la vida de las mamás jóvenes, donde estarán seguras contra las ansiedades, inquietudes y frenesíes del mundo, encontrando leales amantes en los hijos e hijas pequeños que se apegan a ellas sin importárseles nada de la desgracia, la pobreza o la vejez y marchando, como aprendió a marchar Meg, al lado de ese amigo fiel que es el verdadero marido, segura de que el reino más feliz de una mujer es el hogar y su más alto honor el arte de manejarlo no como reina sino como sabia esposa y madre.

XVI
LAURENCE, EL HOLGAZÁN

Laurie había ido a Niza pensando quedarse una semana y se quedó un mes. Cansado ya de vagabundear solo por Europa la presencia familiar de Amy parecía dar un encanto de hogar al escenario extranjero del cual en este momento formaba parte. Había extrañado los mimos a que "las chicas de enfrente" lo tenían acostumbrado y ahora disfrutaba de nuevo de su gustito, pues no había atenciones de extraños, por halagadoras que fuesen, que le resultaran ni la mitad de agradables que la fraternal adoración de aquellas chicas. Amy nunca lo había mimado como las otras, pero ahora, como estaba tan contenta de verlo, se le pegó muchísimo, sintiendo como si él representase a la familia querida que la muchacha extrañaba mucho más de lo que confesaba. Fue muy natural que ambos jóvenes se consolaran mutuamente con la compañía recíproca y estaban mucho juntos, ya cabalgando, ya caminando, ya bailando, ya perdiendo tranquilamente el tiempo, pues nadie puede ser demasiado activo en Niza durante la season. Aunque aparentemente no hacían más que divertirse de la manera más despreocupada, semiinconscientemente iban haciendo descubrimientos y formando opiniones el uno sobre el otro. Todos los días Amy se iba elevando en la estimación de su amigo, mientras él descendía en la de ella, y los dos se dieron cuenta de ello sin decir una sola palabra. Amy trataba de serle agradable al muchacho, y lo lograba porque estaba realmente agradecida por los muchos gustos que él le proporcionaba, retribuyéndoselos ella con muchos pequeños favores, a los que las mujeres verdaderamente femeninas saben prestar encanto indescriptible. Por lo que concierne a Laurie, no hacía esfuerzo alguno y se dejaba llevar cómodamente por los acontecimientos, tratando de olvidar su pena de amor, convencido de que todas las mujeres le debían algo por la sencilla razón de que una muchacha había sido indiferente para con él. En cuanto a ser generoso, no le significaba ningún esfuerzo ni sacrificio y le hubiese regalado a Amy todas las chucherías que se podían comprar en Niza si ella se las hubiese aceptado. Pero no por eso podía cambiar la opinión que la chica se estaba formando de él. Tanto que el muchacho casi temía ya la mirada de los penetrantes ojos azules que parecían observarlo con sorpresa, en la que se mezclaban la pena y la burla.

-Todos se han ido a pasar el día a Mónaco, pero yo preferí quedarme a escribir cartas. Ahora he terminado y me voy a Valrosa a hacer bosquejos; ¿quieres venir? - le dijo Amy un hermoso día al saludar a Laurie, que, como de costumbre, había llegado cachazudamente alrededor de mediodía.

-¡Bueno, vamos! ... Pero, ¿no hace mucho calor hoy para semejante caminata? -respondió el muchacho con pereza, pues el salón del hotel, en penumbra, resultaba atrayente, comparado con el resplandor de afuera.

-Pienso ir en el cochecito y Bautista manejará, de modo que no tendrás nada que hacer más que cuidar que no se te ensucien los guantes -replicó Amy con una mirada sarcástica a la inmaculada cabritilla de lo que para Laurie era una debilidad.

-Si es así, iré con gusto -y alargó la mano para tomarle a Amy su cuaderno de bosquejos. Pero la muchacha se lo puso bajo el brazo diciéndole bastante seca:

-No te molestes... a mí no me cuesta nada llevarlo y tú parece que no tuvieses fuerza ni para eso...

Laurie levantó las cejas algo sorprendido, pero la siguió sin apresurarse mientras ella bajaba casi corriendo, aunque al subir al coche él tomó las riendas para manejar, dejando que Bautista se cruzase de brazos y durmiese en su asiento.

Estos dos chicos nunca se peleaban, pues Amy era demasiado bien educada, y Laurie, en esta época de su vida, tenía demasiada pereza, de modo que al poco rato de andar el muchacho comenzó a espiar por debajo del ala del sombrero de Amy con aire inquisitivo: ella respondió con una sonrisa, y después de eso el paseo siguió de la manera más amigable.

Y era por cierto un bonito paseo, por largos caminos serpenteantes, ricos en escenas pintorescas como para deleitar los ojos amantes de lo bello. Primero fue un antiguo monasterio. Luego, un pastor de desnudas piernas, calzado con zuecos y gruesa chaqueta colgando de un hombro, que tocaba el caramillo sentado en una piedra mientras las cabras saltaban entre las rocas o se echaban a sus pies. Pasaban a cada rato burritos cargados de cestas de hierba recién cortada, con una bonita muchacha de gran capelina sentada entre los dos verdes montones. Otras veces, chiquillos de suaves ojos pardos salían corriendo de las pintorescas chozas de piedra a ofrecerles ramilletes de flores o racimos de naranjas en sus ramas. Las colinas estaban cubiertas de retorcidos olivos de oscuro follaje, la fruta colgaba dorada en los huertos y grandes anémonas rojas bordeaban el camino, mientras las verdes laderas y escarpadas crestas de los Alpes Marítimos se levantaban, bien destacadas en el azul del cielo italiano.

Valrosa merecía muy bien su nombre, pues en aquel clima de verano perpetuo las rosas florecían por todas partes: cubrían los arcos de la pérgola de entrada, se introducían por entre los barrotes de la verja dando una dulce bienvenida a los turistas y se alineaban en las avenidas, enredándose por entre los limoneros y las plumosas palmeras. En cada rinconcito de sombra donde hubiese asientos que invitasen a descansar, había también

la correspondiente masa de color; las frescas grutas tenían su ninfa de mármol sonriendo bajo un manto de flores y las fuentes reflejaban rosas rojas, blancas o rosadas que se inclinaban sobre el agua para sonreír ante su propia belleza. También las paredes de la casa, las cornisas y los pilares estaban invadidos por las rosas que las cubrían, adornaban o trepaban inundando la balaustrada de la amplia terraza, desde donde se contemplaba el asoleado Mediterráneo.

-Este es un paraíso para pasar una luna de miel, ¿no te parece? ¿Has visto alguna vez rosas semejantes? - preguntó Amy.

--No... nunca... ni tampoco me pincharon nunca semejantes espinas -respondió Laurie chupándose el pulgar, después de un vano intento por alcanzar una magnífica flor escarlata que había abierto en un sitio donde le fue imposible alcanzarla.

-Prueba más abajo y corta éstas si tienen espinas - contestó Amy tomando tres rositas rosadas que adornaban la pared detrás de ella. Como ofrenda de paz, se las puso a Laurie en el ojal y él se quedó mirándolas un momento con una expresión curiosa porque había un toque de superstición en el muchacho que le venia de su descendencia italiana, y en ese momento se

encontraba en un estado de ánimo mitad dulzura, mitad melancolía amarga en que cualquier detalle puede adquirir significado para los jóvenes de imaginación viva y todo y cualquier cosa puede alimentar un romance. Fue pensando en Jo que había tratado de alcanzar la espinuda rosa roja, pues a ella le sentaban las flores de color vivo y a menudo las cortaba del invernadero de casa de Laurie para ponérselas. En cambio las rosas pálidas que le diera Amy eran como las que los italianos ponen en manos de los muertos, nunca en las coronas nupciales, y Laurie se preguntó por un minuto si el presagio sería para Jo o para él..., pero al minuto siguiente su sentido común americano venció al sentimentalismo y el muchacho se echó a reír con más ganas que lo que lo había hecho en mucho tiempo desde que estaba en Niza.

-Es un buen consejo. Yo que tú lo seguiría y me cuidaría los dedos -dijo Amy creyendo que le divertía lo que ella había dicho.

-Gracias, así lo haré -contestó entonces en broma el muchacho, sin pensar que a los pocos meses diría aquello mismo en serio.

-¿Cuándo te reunirás con tu abuelo? -le preguntó al rato Amy sentándose en un banco rústico para pintar.

-Muy pronto.

-Hace tres semanas que vienes diciendo la misma cosa.

-No me extraña. Las respuestas cortas ahorran trabajo...

-Te espera ansioso y deberías ir.

-Ya lo sé... ¡El pobre es tan hospitalario!...

-Y entonces, ¿por qué no vas?

-Mi perversidad natural, me imagino.

-Indolencia natural, querrás decir. ¡Es realmente terrible, Laurie!.. .

Y Amy puso cara severa,

-No tanto como parece, Amy, pues sólo conseguiría molestarlo si me fuese allí, de modo que da igual que me quede aquí y te moleste a ti un poco más de tiempo... tú lo toleras mejor... en realidad, me parece que te sienta muy bien que yo te fastidie...-dijo Laurie acomodándose para haraganear un buen rato en el borde de la balaustrada.

Amy volvió a desaprobar con un gesto y abrió su cuaderno de bosquejos con aire resignado, pero había tomado la decisión de sermonear a "ese muchacho', y al minuto ya puso manos a la obra:

-¿Qué es lo que estás haciendo en este momento, Laurie?

-Mirando lagartijas.

-No, no quiero decir qué intentas hacer... después.

-Fumar un cigarrillo, si me lo permites.

-Eres insoportable... Ya sabes que no apruebo los cigarrillos y sólo lo consentiré con la condición de que me dejes ponerte en mi bosquejo; necesito una figura...

-Con todo el gusto posible de este mundo... ¿Cómo quieres que me ponga? ¿De cuerpo entero, tres cuartos, o de cabeza?... Respetuosamente, me permito sugerirte una postura reclinante y tú titularlo "Dolce far mente".

-Quédate como estás y duerme si quieres... Por mi parte... tengo la intención de trabajar mucho -contestó Amy con su tono más enérgico.

-¡Qué delicioso entusiasmo! -dijo el muchacho, muy contento de poder recostarse cómodo contra un gran jarrón.

-¿Qué diría Jo si te viese en este momento? -preguntó entonces Amy, ya impaciente y esperando sacarlo de su apatía con el nombre de la hermana, mucho más enérgica aún que ella.

-Diría lo de siempre: "¡Mándate mudar, Teddy, que estoy ocupada!..."

Se rió al decir aquello, pero a su risa le faltó naturalidad y le pasó una sombra por la cara a la sola mención del nombre querido, que tocó una herida aún no cicatrizada. Tanto el tono de voz como aquella sombra impresionaron a Amy, pues ya los había observado anteriormente y ahora, al levantar la vista, vio otra expresión en la cara de Laurie: una mirada dura y amarga, llena de dolor, insatisfacción y pena. La expresión desapareció antes de que Amy pudiese estudiarla y de nuevo encontró la mirada usual de indiferencia. Con verdadero placer artístico observó al muchacho un rato, pensando que su aspecto era muy italiano, asoleándose allí sin sombrero y con los ojos llenos de ensoñaciones meridionales, pues parecía haber caído en una especie de arrobamiento.

-Pareces la efigie de un joven caballero dormido en su tumba -dijo la chica mientras dibujaba el bien cortado perfil que se destacaba contra la piedra oscura.

-¡Ojalá lo fuese!...

-He ahí un deseo tonto... a menos que hayas echado a perder tu vida... Estás tan cambiado que a veces píenso... -ahí se interrumpió Amy con una mirada entre tímida y melancólica, más significativa que su frase inconclusa.

Laurie vio todo eso y comprendió la afectuosa inquietud que la muchacha vacilaba en expresar, y mirándola directamente a los ojos le dijo, como antes solía decir a su madre:

-,Todo bien, señora!...

Eso fue bastante para Amy, calmándose las dudas que habían comenzado a preocuparle últimamente. También se conmovió con aquella declaración, y para demostrárselo habló en seguida con un torio sumamente cordial:

-¡Me alegro, Laurie! ... No es que creyese que hubieses hecho nada realmente malo, sino que temí que hubieses malgastado mucho dinero en ese disipado BadenBaden, perdiendo la cabeza por alguna encantadora francesa con marido o que te hubieses metido en uno de esos líos que los muchachos parecen considerar parte indispensable de un viaje por Europa. No te quedes ahí al sol, ven y siéntate aquí en la hierba.

Laurie, obediente, se echó cuan largo era en el césped y empezó a entretenerse poniendo margaritas en las cintas del sombrero de Amy.

-Estoy preparado para los secretos que me vas a contar -dijo con expresión de interés en los ojos.

-Yo no tengo ninguno que contar... Empieza tú...

-Tampoco tengo ni uno, ¡pobre de mí! Creí tal vez que tú hubieses recibido noticias de allá...

-re he contado todo lo que he recibido últimamente. Y tú, ¿no recibes noticias seguido? Creí que Jo te iba a escribir larguísimo...

-Está muy ocupada y yo viajo tanto que es imposible escribir con regularidad. ¿Cuándo vas a empezar la gran obra de arte, Rafaela? -preguntó entonces el muchacho, cambiando abruptamente de tema y preguntándose si Amy conocía su secreto y quería hablarle de él.

-Nunca -respondió ella con aire de desaliento pero muy decidida-. Roma me sacó toda la vanidad que tenía, pues luego de ver aquellas maravillas me sentí demasiado insignificante y renuncié desesperada a todas mis necias aspiraciones...

-¿Por qué, si tienes tanta energía y entusiasmo?

-Precisamente... porque talento no es genio y no hay energía que pueda convertir uno en el otro. Yo quería ser grande... o nada. No quiero saber nada de convertirme en una pintamonas de tres por cuatro, de modo que ní volveré a intentar el gran arte.

-¿Y qué es lo que piensas hacer de tu vida, entonces?

-Perfeccionar mis habilidades y llegar a ser, si puedo, una adorno para la sociedad.

La frase parecía audaz y era bien típica de Amy, pero la audacia queda bien en los jóvenes, y la ambición de Amy tenía buen fundamento. Laurie sonrió, pero le gustó el espíritu con que

ella abrazaba este nuevo propósito no bien muerto el otro tanto tiempo acariciado, en lugar de malgastar el tiempo en lamentos.

-¡Magnífico!. .. ¿Y aquí es donde entra a tallar Fred Vaughn, me imagino? ...

Amy guardó un silencio discreto, pero había una expresión algo preocupada en su cara, la cual hizo incorporar a Laurie y decirle muy serio:

-Ahora voy a jugar el hermano mayor y hacerte preguntas, si es que das tu venia...

-No te prometo contestar.

-Lo hará la cara si no lo quiere hacer la lengua, querida. Todavía no eres tan mujer de mundo como para ocultar lo que sientes. El año pasado oí rumores uniendo tu nombre al de Fred, y mi opinión particular es que si él se hubiese podido quedar algo hubiese resultado de todo eso, ¿no?

-A mí no me corresponde decirlo -fue la cumplida respuesta de Amy; pero los labios se empeñaban en sonreír y había en los ojos un traidor destello que revelaba que la chica conocía su poder y gozaba conociéndolo.

-No estarás comprometida, ¿verdad? -y Laurie se puso de repente muy en "hermano mayor" y muy grave.

-No.

-Pero lo estarás, si vuelve Fred y se pone de rodillas como se debe, ¿no?

-Muy probablemente.

-¿Entonces lo quieres al viejo Fred?

-Podría quererlo si me lo propusiese.

-Pero no tienes intención de ensayarlo hasta el momento oportuno, ¿eh? ¡Bendito sea Dios! ¡Qué prudencia más extraordinaria! ... Fred es un buen muchacho, sin duda, Amy, pero no del tipo que y o creí que •e iba a gustar a ti...

-Es rico, es un caballero y tiene modales exquisitos... -comenzó a defenderse Amy, tratando de parecer muy serena y llena de dignidad, pero sintiéndose algo avergonzada a pesar de la sinceridad de sus intenciones.

-Comprendo, comprendo... Las reinas de la sociedad no pueden pasarse sin dinero y tú tienes intención de hacer un buen casamiento. Me parece muy bien, dado lo que es el mundo, pero no deja de ser extraño, saliendo de los labios de una de las hijas de tu madre.

-Es la verdad, sin embargo...

Frase breve, por cierto, pero la tranquila decisión con que fue pronunciada ofreció un curioso contraste con la joven que hablaba. Laurie lo notó instintivamente y se volvió a echar en el suelo, sintiéndose algo defraudado. Su silencio, unido a cierto reproche tácito que intuía, irritaron a Amy, que en ese momento se decidió a pronunciar su sermón sin más demora.

-Quisiera pedirte, como un favor especial, que te despabiles un poco -le dijo, severa.

-Hazlo tú por mí, ¿eh?, sé buena...

-Podría muy bien hacerlo, si lo intentara -dijo con todo el aire de quien quisiera "despabilarlo" en la forma más sumaria posible.

-Prueba, pues, te doy permiso -respondió Laurie, que después de una larga abstinencia de su pasatiempo favorito se divertía mucho al tener de nuevo a quien fastidiar.

-Te ibas a enojar...

-Nunca me enojo contigo.

-Eres tan fría y suave como la propia nieve.

-No sabes bien de lo que soy capaz. La nieve produce calor y comezón si se la aplica correctamente. Tu indiferencia es, a medias, afectación, y una buena sacudida lo probaría.

-Bueno, sacude, sacude... A mí no me va a hacer daño y puede que a ti te divierta, como decía aquel hombretón cuando su mujer diminuta le pegaba.

Como Amy estaba decididamente irritada, deseaba verlo sacudir aquella apatía que tanto lo

cambiaba. Así, pues, afilando a un tiempo su lápiz y su lengua, le dijo:

-Florencia y yo te hemos puesto un nombre nuevo:

Laurence, el holgazán..., ¿te gusta?

Amy creyó que el chico se encocoraría, pero lo único que hizo fue cruzar los brazos con un imperturbable: -No está mal, gracias, señoritas...

-¿Quieres, en realidad, saber lo que pienso de ti?

-Me muero por saberlo.

-Bueno... te desprecio.

Si le hubiese dicho coqueto o impertinente, que lo odiaba, Laurie se hubiese reído y más bien le hubiese gustado; pero el acento grave, casi triste de la voz de la muchacha, le hizo abrir rápido los ojos y preguntar:

-¿Por qué, si se puede saber?

-Porque con todas las oportunidades para ser bueno, útil y Feliz, tienes defectos, estás siempre ocioso y eres desgraciado.

-¡Palabras fuertes, "mademoiselle"!

-Si quieres, voy a seguir...

-Por favor, continúa, es sumamente interesante...

-Me parecía que te iba a gustar. Los egoístas siempre estarían hablando de sí mismos.

-¿Yo egoísta? -La pregunta se le escapó involuntariamente, pues si había una virtud de la que Laurie se preciaba era la generosidad.

-Sí, muy egoísta -continuó Amy, con voz serena y en completa calma, doblemente efectiva, en ese momento, que el enojo-. Te voy a decir por qué, pues te he estado estudiando mientras nos divertíamos y no estoy, en manera alguna, satisfecha de ti: has estado en el extranjero ya seis meses y no has hecho otra cosa que perder el tiempo, malgastar el dinero y defraudar a tus amigos.

-¿Acaso un individuo no tiene derecho a divertirse

un poco después de cuatro años de trabajos forzados?

-No parece que te hayas divertido mucho, a juzgar por lo que se ve. Cuando recién viniste te dije que habías mejorado. Ahora me desdigo, porque me parece que no estás ni la mitad de simpático que cuando te dejé allá en casa. Te has puesto perezoso, te gustan los chismes, y te contentas con ser mimado y admirado por gente tonta, en lugar de tratar de ser amado y respetado por la que vale. Con dinero, talento, posición, salud y belleza; ¡ah, eso te gusta... ¿eh? ¡Vanidad andante! Pero es verdad: con todas esas cosas espléndidas a tu disposición no encuentras nada que hacer más que haraganear, y en lugar de ser el hombre que podías y debías ser, sólo eres... -aquí se detuvo Amy, con una mirada in definida.

-San Lorenzo en la parrilla -añadió Laurie, terminando tranquilamente la frase.

Con todo, el sermón comenzaba a surtir efecto porque había ahora en los ojos del muchacho una chispa que indicaba que no sólo se había "despabilado" sino que estaba bien despierto, además de haber sustituido la anterior expresión de indiferencia aburrida por otra, entre el enojo y el agravio.

-Me imaginaba que lo ibas a tomar así... Los hombres nos dicen siempre que somos unos ángeles y que podemos hacer de ellos lo que queremos, pero si llegamos a intentar corregirlos se ríen y no quieren escuchar... Eso prueba lo que vale vuestra adulación... -Amy hablaba con bastante amargura y acabó por volver la espalda a aquel exasperante pichón de mártir.

Al minuto una mano se posó sobre la hoja para impedirle que siguiera dibujando y se oyó la voz de Laurie que decía, con una fiel y cómica imitación de un nene arrepentido

-¡Te prometo que ahora me voy a portar bien!...

Pero Amy no se rió porque se había tomado muy en serio su papel de Mentor y se limitó a golpear con el lápiz la mano extendida sobre el papel, diciéndole muy seria:

-¿No te da vergüenza tener una mano como ésta? ¡Blanca y suave como la de una mujer!... Parece exactamente lo que es: que no hace nunca otra cosa que usar los mejores guantes de Jouvain[10] y juntar flores para las damas... ¡Por suerte no eres ningún "dandy" y me alegro de que no uses anillos!.... sólo el viejo anillito que te regaló Jo hace años... ¡Querida muchacha! ... ¡Cómo me gustaría que estuviese aquí para ayudarme a! ...

-¡También a mí! ...

La mano fue retirada con tanta rapidez como había aparecido sobre el papel y hubo, en aquel eco del deseo de la muchacha, energía suficiente como para complacer aun a la exigente Amy. Esta lo miró con una nueva idea en la cabeza... pero el muchacho estaba recostado con el sombrero tapándole media cara, como para protegerse del sol; así que Amy sólo vio que el pecho se alzaba y bajaba como inspirando, mientras la mano que llevaba aquel anillito se escondía entre el pasto como ocultando algo demasiado sagrado o tierno para servir de comentario. En un minuto tomaron forma y significado a los ojos de Amy mil insinuaciones e insignificancias que le dijeron lo que su hermana jamás le había confiado. Recordó, por ejemplo, que Laurie no hablaba nunca voluntariamente de Jo, también la sombra que había caído sobre su rostro nacía un momento, así cono el cambio general de, su carácter... y ahora, ver que seguía usando aquel anillito que por cierto no constituía ningún adorno para una mano elegante... Ya antes había pensado Amy muchas veces que alguna pena de amor estaba en el fondo de todo aquel cambio operado en Laurie, y ahora estaba segura. A la sensible muchacha se le arrasaron los ojos de lágrimas y cuando al fin pudo hablar de nuevo lo hizo con aquella voz que podía ser bellamente suave y cariñosa cuando ella quería:

-Sé que no tengo derecho a hablarte así, Laurie, y si no fuese que tienes el carácter mejor del mundo, te enojarías conmigo. Pero todos te queremos tanto y estamos tan orgullosos de ti que no pude soportar la idea de que se sintiesen defraudados por ti allá en casa, como lo estaba yo aquí, aunque quizá ellos comprenderían mejor ese cambio de lo que lo comprendo yo.

-Creo que sí -fue lo que se oyó decir por debajo del sombrero, sombría y severamente tan conmovedor como hubiese sido en tono dolorido.

-Debieron advertírmelo y no dejar que te hiriera regañándote, cuando debí ser más cariñosa y paciente que nunca... ¡Jamás me gustó esa señorita Rándall y ahora la detesto!... -agregó la astuta Amy, deseando de una vez por todas verificar la verdad de los hechos.

-¡Al diablo con la señorita Randall! ...

-¡Perdón, yo creí!... -dijo Amy, deteniéndose allí con diplomacia.

-No, Amy, sabías perfectamente que nunca quise a nadie más que a Jo -dijo entonces Laurie, con su tono impetuoso de antes y volviendo la cara al decirlo.

-Sí, claro que lo creía... Pero como nunca nadie dijo nada y te viniste a Europa pensé que me había equivocado... Y ¿qué pasó, en realidad? Jo te quería tanto...

-Fue muy buena conmigo... y me quiere, pero no del modo que la quiero yo, y, por un lado, tuvo suerte de no amarme como yo a ella, si es que soy el tipo inútil que tú me crees. Pero es por culpa de ella que estoy así, y se lo puedes decir...

Al hablar así volvió a vérsele la mirada dura y amarga y Amy se afligió mucho porque no sabía qué bálsamo aplicar a esa clase de herida.

-Estuve mal, pero no puedo evitarlo y sigo creyendo que debías sobrellevarlo mejor, Teddy querido.

-¡No digas eso; ese es el nombre que ella me da! -y Laurie tapó la boca de Amy para impedir que siguiese hablando en el tono mezclado de bondad y de reproche que era tan característico de Jo-. Y en cuanto á sobrellevarlo mejor... espera que te pase algo así... -agregó en voz baja, arrancando la hierba a puñados.

[10] Famosa marca francesa de guantes

-Yo que tú lo tomaría en forma bien varonil y ganaría su respeto, ya que no pudiste ganar su amor... -pronunció Amy, con decisión.

Laurie se preciaba de haber sobrellevado las cosas realmente bien, no lamentándose ni solicitando compasión alguna y marchándose con su pena para sobreponerse solo a ella. El sermón de Amy puso las cosas en otro plano y por primera vez le pareció una debilidad y un egoísmo desanimarse así al primer fracaso y encerrarse en aquel estado taciturno. Se sintió como si de pronto lo hubiesen despertado, y ya le fue imposible volver a dormirse. Al rato se incorporó preguntando:

-¿Te parece que Jo me iba a despreciar igual que tú?

-Sí, si te viera ahora sí. Sabes que odia a la gente haragana. ¿Por qué no haces algo espléndido y la obligas así a que te ame?

-Hice lo que pude y fue inútil.

-¿Recibiéndote con honores, quieres decir? Eso no fue nada más que lo que te debías a ti mismo y a tu abuelo. Hubiese sido una vergüenza fracasar después de gastar tanto tiempo y dinero.

-Fracasé, digas lo que digas... puesto que Jo no quiso amarme -comenzó Laurie, con gesto de abatimiento.

-Nada de eso, y al final me darás la razón: recibirte de ese modo te hizo muchísimo bien, probándote a ti mismo que podías hacer algo cuando te lo proponías. Quiero decir que si ahora pudieses ponerte con alma y vida a realizar algo... pronto volverías a ser aquel muchacho entusiasta y feliz que eras antes y así olvidarías tu tribulación.

-Eso es imposible.

-Prueba, por lo menos... No tienes por qué encogerte de hombros como diciendo que yo no sé nada de esas cosas. No pretendo saber mucho de la vida, pero soy observadora y veo mucho más de lo que tú te imaginas: ama a Jo todos los días de tu vida si así lo quieres, pero no dejes que eso arruine tu vida, pues es una picardía echar a rodar tantas dotes como tú posees únicamente porque no puedes obtener una sola cosa que se te niega... ¡Ea, vamos... no te sermoneo más!...

Durante varios minutos ninguno habló: Laurie hacía girar en el dedo el anillito de marras y Amy daba los últimos toques a su bosquejo. A poco, se lo puso en la rodilla diciéndole:

-¿A ver si te gusta?

El muchacho sonrió, pues el bosquejo estaba magníficamente hecho: la larga y perezosa figura tendida en el césped, la cara melancólica, los ojos cerrados a medias y una mano sosteniendo un cigarrillo de donde salía la espiral de humo que envolvía en un círculo la cabeza del soñador.

-¡Qué bien dibujas, Amy!... -dijo Laurie con auténtica sorpresa y placer al comprobar la habilidad de la muchacha, agregando: -Sí, es verdad, ¡ése soy yo! ...

-Como eres ahora: aquí estás como eras antes -y Amy colocó otro bosquejo al lado del primero.

No estaba, ni con mucho, tan bien ejecutado como el otro pero había en él mucha vida y espíritu, que compensaban muchos defectos. Y recordaba el pasado de modo tan vívido que no bien lo miró el rostro del joven sufrió un cambio. Se trataba sólo de un rudo bosquejo de Laurie, sin saco ni sombrero, domando un caballo, y cada línea de la altiva figura, desde la expresión resuelta hasta la actitud dominante, acusaba plena energía y significado. El hermoso animal, recién sometido, arqueaba el pescuezo bajo la rienda tirante, uno de los cascos pateando el suelo con impaciencia y las orejas paradas. Había sugestión de movimiento recién interrumpido en la crin encrespada al animal y en la actitud erguida y el pelo al viento del jinete, así como de fuerza, coraje y animación juvenil, todo lo cual contrastaba vivamente con la gracia indolente del bosquejo Dolce far niente. Laurie nada dijo, pero al pasear la mirada de

un dibujo al otro Amy vio cómo la cara se le encendía y se le apretaban los labios como quien interpreta y acepta la lección que le dan:

-¿Te acuerdas cuando corriste con Puck y todas fuimos a verte? Meg y Beth se asustaron mucho, pero do aplaudió ion entusiasmo, y yo me senté en la valla y me puse a dibujarte.

-Muchas gracias, Amy. Has adelantado mucho en dibujo desde entonces y te felicito. ¿Me puedo atrever a recordarte en este paraíso de enamorados que las siete es la hora de la comida en tu hotel?

Al hablar Laurie se levantó y devolvió a Amy los dibujos. Trató después de recobrar su aire desenfadado e indiferente, pero ahora sí que le resultó una afectación, pues el "despabilamiento- había sido más real que lo que hubiese confesado. Amy se dio cuenta de la frialdad en su modo y se dijo: "Está ofendido... Bueno, creo que le hará bien mi sermón, y si me odia, ¡paciencia!... Yo no podía decirle otra cosa que lo que le dije".

Charlaron en grande en el camino de vuelta y se rieron tanto que Bautista pensó que el señor y la señorita estaban de un humor encantador. Pero ambos se sentían incómodos, se había turbado entre ellos la amistad franca de antes.

-¿Te veremos esta noche, mon frére? -preguntó Amy cuando se separaron a la puerta de la casa de tía Carrol.

Por desgracia, tengo un compromiso; au revoir, mademoisselle -respondió Laurie, inclinándose como para besar la mano, a la moda extranjera, pero algo en su expresión hizo exclamar rápidamente a Amy con mucho calor:

-No, Laurie, sé conmigo el de siempre y despidámonos como antes. Prefiero un buen apretón de manos a la inglesa que todos los sentimentales saludos a la francesa...

-¡Adiós, querida! -Y después de estas palabras, dichas en el tono que a ella le gustaba, Laurie se alejó con un apretón de manos tan fuerte que resultó casi doloroso.

A la mañana siguiente, en lugar de la visita habitual, Amy recibió una notita que le hizo sonreír al principio y suspirar al final. Decía:

Mi querido Mentor:

le ruego me despidas de tu tía y te regocijes en tu fuero interno porque Laurence, el Holgazán, se va a ver a su abuelo, como el mejor de los tipos. Te deseo un invierno muy agradable y que los dioses te concedan una feliz luna de miel en Valrosa. Creo que a Fred también le vendría muy bien una "despabilada". Díselo, con mis felicitaciones.

Tu agradecido Telémaco [11]

-¡Qué buen muchacho es Lauree!... Me alegro que se haya marchado -exclamó Amy con una sonrisa de aprobación, pero casi en seguida añadió con un suspiro involuntario: -Me alegro que se haya ido, pero ¡cómo lo voy a extrañar!...

XVII
EL VALLE DE LA SOMBRA

[11] Telémaco, aconsejado por el viejo Mentor en la Odisea, de Romero

Cuando la primera amargura hubo amainado la familia aceptó lo inevitable e intentó sobrellevarlo con buen ánimo. Todos trataron de rechazar la propia pena por los demás y cada uno hizo lo que correspondía para hacer feliz aquel último año de Beth.

En primer lugar se le asignó el cuarto más agradable de la casa y allí se reunieron todas las cosas que le eran más caras a la enfermita... flores, cuadros, su precioso piano, la mesita costurero y los adorados gatitos. Los libros mejores de papá se encontraron allí como por casualidad, así como el sillón de mamá, el escritorio de Jo y los más bonitos bosquejos de Amy. En cuanto a Meg, le traía los nenes todos los días en una peregrinación de cariño, para llevarle alegría a tiíta Beth. Juan fue poniendo aparte una sumita para poder darse el lujo de proveer a la inválida de la fruta que tanto le gustaba. La vieja Ana no se cansaba nunca de inventar platos delicados para tentar aquel apetito cada vez más caprichoso, sin poder contener las lágrimas mientras los preparaba, entretanto de ultramar llegaban continuamente regalitos y alegres cartas que parecían traerle hálitos de calor y fragancia desde tierras que no conocen el invierno.

Así, pues adorada como una santa doméstica en su altar, Beth lo pasaba en el Alón tranquila y ocupada como siempre. Los débiles deditos no estaban nunca ociosos y uno de sus grandes placeres era hacerles monadas a los escolares que asaban todos los días por delante de sus ojos, tirándole por la ventana, ya fuese un par de guantes tejidos cunas manitas violetas de frío, un alfiletero para alguna madrecita de muchas muñecas, limpiaplumas para jovenes calígrafos, libros de recortes para ojitos amantes del arte y toda clase de finos artículos que sembraban de flores el arduo camino de la instrucción. Ellos miraban a la gentil donante como una hada madrina que desde arriba los colmaba de regalos milagrosamente apropiados a sus diversos gustos y necesidades. Y premiaban a Beth con caritas siempre vueltas hacia su ventana, can sonrisas y saludos, así como cómicas cartitas llenas de borrones y gratitud.

Los primeros meses fueron muy felices y Beth solía mirar a su alrededor diciendo: "¡Qué hermoso es esto!...", cuando todos se sentaban rodeándola en el cuarto asoleado, los bebés gafando y haciendo gorgoritos en el suelo, la madre y las hermanas trabajando bien cerca y el padre leyendo en voz alta aquellos libros sabios que parecían tan ricos el Palabras buenas y consoladoras. Todo hacía de aquel cuarto una capillita presidida por el sacerdote paternal que enseñaba a su rebaño que la esperanza consuela y la fe hace posible la resignación.

A todos convino que les fuesen dados estos tranquilos días en preparación de las tristes horas que les esperaban, pues pronto empezó Beta encontrar "muy pesada" la aguja, abandonando la costura para siempre, luego le cansaba hablar y las caras l4 perturbaban, el dolor la reclamaba para sí y el espíritu, tranquilo se veía conturbado por los males que aquejan la débil carne. ¡Ay! ... ¡qué tristes fueron entonces s días!... ¡Qué largas las noches!... ¡Qué corazones tan doloridos!... ¡Cuántas oraciones suplicantes! ... ¡Trille eclipse de aquella alma serena! ¡Ardua lucha de la joven vida con la muerte!... Misericordiosamente, ambas esas fueron breves y con la destrucción del frágil cuerpo, el alma de Beth se fortaleció, y los que la rodeaban se percataron de que la niña estaba preparada para el gran paso, y vieron también que el primero de los peregrinos en ser llamado era también el más apto, resolviendo sencillamente esperar con ella en la playa y tratar de ver "los Espíritus Brillantes" que vendrían a recibirle cuando llegase el momento de cruzar el río.

Desde que Beth le dijo que se sentía más fuerte cuando ella estaba a su lado, Jo no había vuelto a dejar a Beth por más de una hora. Dormía en un diván en el cuarto de la enferma, despertándose a menudo para reavivar el fuego o para dar alimento, cambiar de postura o servir de algún modo a la paciente criatura que rara vez pedía nada. Todo el día rondaba Jo aquel cuarto, celosa de cualquier otro enfermero y más orgullosa de ser la elegida para aquella misión que lo estuvo nunca de otros honores que le confirió la vida. Fueron éstos para Jo momentos preciosos y fructíferos, pues su corazón recibió ahora la enseñanza que necesitaba:

lecciones de paciencia, de esa caridad que a todos compromete, de lealtad para con el deber que hace fácil lo más arduo, de fe sincera que nada teme, sino que confía sin abrigar una sola duda.

Cuando despertaba en la noche, Jo a menudo encontraba a Beth leyendo su librito[12] y la oía cantar bajito para entretener la noche de insomnio. Y Jo la observaba con pensamientos demasiado profundos para el llanto, segura de que Beth, a su manera, sencilla y abnegada, trataba de acostumbrarse a la idea de abandonar la antigua vida y adaptarse a la nueva mediante palabras sagradas de consuelo, silenciosas plegarias y la música que tanto amaba.

Ver todas esas cosas a diario hizo mayor bien a Jo que los más sabios sermones, los himnos más santos y las oraciones más fervientes que pudiese pronunciar labio alguno, pues la hermana mayor reconoció la belleza de la vida de Beth -sin mayores acontecimientos ni ambiciones pero llena de virtudes auténticas-, como el olvido de sí, que hace que los más humildes de este mundo sean los primeros recordados en el cielo.

Una noche, buscando Beth algo entre los libros de su mesa para distraer el cansancio mortal que sentía, casi tan difícil de sobrellevar como el dolor, comenzó a volver las páginas de su viejo libro favorito, "El Progreso del Peregrino", y dentro del libro se encontró un papel garabateado con la letra de Jo. Al leer su nombre y ver la tinta borroneada Beth se dio cuenta de que Jo había llorado sobre aquellos versos. "¡Pobre Jo! ... está profundamente dormida, así que no la voy a despertar para pedirle permiso.. . siempre me muestra todo cuanto escribe y no creo que le importe que lea esto", dijo Beth mirando a su hermana, echada sobre la alfombra con el atizador al lado, lista para despertarse no bien se desintegrase el leño que ardía en el hogar.

MI BETH

Sentada en la sombra, serena y tranquila,
Esa santa presencia esperaba
Llegase la hora de la luz bendita
Santificando la casa afligida...

Hermanita que te marchas
Dejando humanas luchas y tristezas,
Goces y alegrías de este mundo...
¡Déjame a mí de regalo

Las sublimes virtudes que embellecen tu vida!
¡Légame, querida, esa paciencia
Cuyo poder sostiene sin queja al espíritu
En su prisión de dolor!...

¡Légame el coraje dulce y sabio
Que hizo florecer bajo tu pie
El difícil camino del deber!

[12] Referencias a "El progreso del peregrino", de John Bunyan, citado con frecuencia en los primeros capítulos de "Mujercitas" y tema también del poema que Jo dedica a Beth y que ésta lee por casualidad

¡Dame esa naturaleza generosa
Que con caridad divina
Sabe perdonar por puro amor!

Nuestro adiós pierde así a diario
Algo de su amarga pena,
Porque esta dura lección
Hará ganancia mi pérdida.

El dolor suavizará
Mi indómita naturaleza,
Me dará aspiraciones más serenas,
Mayor fe en aquello que no veo...

Desde hoy veré en la costa opuesta
Del río sagrado de Dios
Un amado espíritu aguardando
A conducirme de la mano.

Esperanza y fe, del dolor nacidas,
Serán mis ángeles guardianes,
Con la hermana que antes parte.
Cuando llegue la hora de mi muerte.

Emborronados y tachados, defectuosos y débiles como eran aquellos versos, produjeron en Beth un indecible consuelo, pues su única pena, lo único que lamentaba de su vida era haber realizado -según creía- tan poco. Y este poemita humilde de Jo parecía atestiguar que su vida no había sido inútil y que su muerte no iba a traer únicamente la desesperación, según ella había temido. Mientras sentada en la cama sostenía en las manos el papel doblado, se partió el leño y Jo se incorporó de repente, reavivó la llama y luego se deslizó hasta el lado de la cama con la esperanza de que Beth durmiese.

No estoy dormida, querida, pero sí muy contenta... ¿Ves? Me encontré este poema tuyo y lo leí, sabiendo que no tendrías inconveniente... ¿Es cierto que he sido todo eso para ti, Jo? -preguntó la niña con melancolía y humildad.

-¡h, sí, Beth!... ¡Tanto, tanto que no te imaginas!... -y la cabeza de Jo cayó sobre la almohada, junto a la de su hermana.

-Entonces no tengo la sensación de haber desperdiciado mi vida. No es que sea yo tan buena como tú me crees, pero he tratado de proceder bien, y ahora, cuando ya es demasiado tarde para intentar nada, es un gran consuelo para mí que alguien me quiera tanto como para creer que he sido un ejemplo.

-Más que nadie en el mundo, Beth querida... Tanto que me parecía que nunca podría dejarte marchar, pero ahora estoy aprendiendo a creer que no te pierdo, que seguirás siendo para mí aún más que antes, y que la muerte no nos separará en realidad aunque aparentemente

lo haga.

-Ya lo sé yo que no puede separarnos, y por mi parte ya no le temo, pues sé que seguiré siendo tu Beth, para amarte y ayudarte más que nunca. Además, querida Jo, debes tomar mi lugar y ser toda para papá y mamá cuando yo no esté. A ti es a quien ellos se han de volver para consuelo, y no puedes fallarles. Si te resulta difícil luchar sola, recuerda que yo no te olvide y que encontrarás mayor felicidad haciendo esa obra que escribiendo grandes libros o viajando por todo el mundo.

-Trataré, Beth, trataré... -y en ese mismo momento Jo renunció a su vieja ambición de escribir para comprometerse en su nueva misión de amor.

Así llegaron los días de primavera, se despejó el cielo, reverdeció el suelo, abrieron las flores y regresaron las aves a tiempo para despedir a Beth, quien, como un niño cansado y lleno de confianza, se aferró a las manos que la habían guiado toda su vida y ahora la condujeron a través del Valle de la Sombra y la pusieron en manos de Dios.

Quienes hayan visto partir a muchas almas saben que el final llega con la misma naturalidad y sencillez que el sueño. Como Beth lo había esperado, "la marea se retiró con facilidad"; en aquel seno donde había exhalado su primer aliento exhaló ahora el último, sin otra despedida que una mirada y un suspiro breve.

Con lágrimas, plegarias y manos tiernas, la madre y las hermanas la prepararon para aquel largo sueño que ya nunca empañaría el dolor.

Cuando llegó la mañana, por primera vez en muchos meses se había apagado el fuego, el sitio de Jo estaba vacante y el cuartito muy silencioso. Pero muy cerca un pajarito cantó alegre sobre una rama, las campanillas abrieron frescas en la ventana y el sol de primavera entró a raudales como una bendición sobre la plácida carita apoyada en la almohada, tan llena de paz y sin rastros de dolor que aquellos que más la querían sonrieron entre las lágrimas y agradecieron a Dios porque Beth, por fin, estaba bien.

XVIII
APRENDIENDO A OLVIDAR

El sermón de Amy le hizo bien a Laurie, aunque, naturalmente, el muchacho no quiso admitirlo hasta mucho después. Los hombres rara vez aceptan esas cosas, pues cuando las consejeras son mujeres, los amos de la creación no siguen el consejo hasta que se han convencido de que aquello era precisamente lo que se habían propuesto hacer; sólo entonces se deciden a actuar según el consejo de marras y, si todo sale bien, le dan a la consejera femenina por lo menos la mitad del crédito, aunque nada generosamente les adjudican toda la culpa. Laurie volvió a reunirse con su abuelo y estuvo tan atento y servicial durante varias semanas que el anciano señor hubo de declarar que el clima de Niza lo había mejorado maravillosamente y que era mejor que lo fuese a disfrutar de nuevo. Le hubiese gustado al joven, pero después del regaño recibido nada lo hubiese arrastrado allí; el orgullo se lo prohibía, y cuando la nostalgia se hacía muy fuerte fortificaba su resolución repitiéndose las palabras que le habían hecho más profunda impresión: "Te desprecio, ve y haz algo realmente grande que la obligue a amarte".

Laurie daba vueltas a aquel asunto en su magín tan a menudo que al final se vio obligado a confesar que en realidad había sido egoísta y holgazán, pero siguió creyendo que sus agotados sentimientos habían muerto definitivamente y que aunque siempre seguiría siendo un fiel

doliente ya no tenía por qué usar en público sus ropas de luto en forma ostentosa. Jo no quería amarlo, pero él la obligaría a respetarlo y aun a admirarlo haciendo algo que le probase que el "no" de una muchacha no había arruinado su vida.

Igual que Goethe, que cuando tenía una pena o una alegría debía encerrarla en una canción, así Laurie resolvió embalsamar en la música su pena de amor y componer un "Réquiem" que atormentase el alma de Jo y conmoviese el corazón de todo el que lo escuchase. En consecuencia, cuando el abuelo le ordenó que se marchara, el muchacho se fue a Viena, donde tenía amigos en el mundo de la música, y se puso a trabajar con firme determinación para lograr distinguirse. Pero, sea porque la pena era demasiado grande para ser encarnada en música, o la música demasiado etérea para vencer una miseria de este mundo, lo cierto es que el "Réquiem" fue demasiado. Era evidente que sus ideas estaban necesitando clarificación, porque a menudo, en medio de una melodía triste, se encontraba de repente tarareando un aire danzante que le recordaba vívidamente el baile de Navidad de Niza, y debía por el momento poner un compás de espera en la composición de género trágico.

Entonces probó de componer una ópera; pero en esto también lo acosaron dificultades imprevistas. Él quería que Jo fuese su heroína y recurría a la memoria para los recuerdos tiernos o las visiones románticas de su amor. Pero la memoria lo traicionaba, y como si estuviese poseída del espíritu de contradicción típico de la muchacha, únicamente le recordaba las rarezas de Jo, sus defectos y sus caprichos, mostrándosela en sus aspectos menos sentimentales, ya sea sacudiendo alfombras, la cabeza atada con un pañuelo de colorinches, o parapetándose tras el famoso almohadón del sofá o arrojando agua fría sobre su pasión y una risa irreprimible echaba a perder el cuadro melancólico que estaba tratando de pintar. De modo, pues, que Jo se negaba a ser puesta en una ópera a ningún precio y el muchacho tenía que renunciar a utilizarla como protagonista.

Buscando a otra damisela menos intratable como para inmortalizarla en una melodía, la memoria le presentaba una con la disposición más servicial que darse pueda. Esa visión se presentaba con mil rostros diferentes pero tenía siempre pelo dorado, iba envuelta en una diáfana nube de tul y flotaba etérea ante los ojos de su imaginación en medio de un agradable caos de rosas, pavos reales, ponies blancos y cintas azules. Laurie no dio nombre alguno a esa visión complaciente, pero la adoptó como heroína y se aficionó mucho a ella.

Gracias a esa inspiración lo paso magníficamente por un tiempo; pero poco a poco el trabajo fue perdiendo su encanto y Laurie acabó por olvidarse de componer y se pasaba el día musitando con la pluma en la mano. No fue mucho lo que logró realizar pero tenía conciencia de un cambio que se operaba en él sin que supiese muy bien en qué consistía. "Debe de ser el genio que arde en mí... Lo dejaré arder y veremos qué resulta de todo esto", se decía, con la secreta sospecha de que no era tal genio, sino algo muchísimo más común...

Fuese aquello lo que fuera, ardió con resultado, pues poco a poco se sintió cada vez más descontento con su vida inconexa y comenzó a ansiar algún trabajo verdadero y serio a que dedicarse en cuerpo y alma, llegando finalmente a la sabia conclusión de que no es compositor todo aquel que ama la música. De vuelta de oír una de las grandes óperas de Mozart, magníficamente representada en el Teatro Real, revisó su propia obra, tocó en el piano algunas de las mejores partes y por fin, sentado ante los bustos de Mendelssohn, Beethoven y Bach, desgarró de pronto sus hojas de música, una por una, diciendo para sí, cuando rompía la última:

-Tiene razón esa chica: el talento no es el genio y no se puede forzar a éste. La música de Mozart me ha daspojado de toda vanidad, igual que Roma la despojó a ella de la suya. No seguiré siendo un farsante en ma-

teria de música... Pero ahora ¿qué diablos voy a hacer de mi vida?

He aquí una pregunta difícil de responder. Laurie llegó a desear que tuviese que ganarse el

pan nuestro de cada día. Ahora más que nunca fue que el muchacho tuvo marcada ocasión de tomar por mal camino... de "irse al diablo", como él mismo lo expresó en cierta oportunidad, ya que tenía mucho dinero y nada que hacer. Es sabido que, proverbialmente, Satanás gusta de dar ocupación a las manos ociosas y bien colmadas. Pero la promesa hecha al abuelo y el deseo de poder mirar de frente a las cinco mujeres que tanto lo querían lo preservaron seguro y juicioso.

Laurie había creído que la tarea de olvidar su amor

por Jo iba a absorber toda su energía por espacio de muchos años. Con sorpresa descubrió que se le hacía más fácil día por día. Al principio se negó a creerlo, se enfadó consigo mismo y le fue imposible comprenderlo... Pero nuestros corazones son pobres cosas, raras y contradictorias, y tanto el tiempo como la naturaleza obran a voluntad y a pesar nuestro. El corazón de Laurie no quería dolerle y la herida persistía en curarse con una rapidez que dejaba atónito al muchacho... En lugar de tratar de olvidar, se encontró un día que estaba "tratando de recordar". Este giro en los acontecimientos era completamente inesperado y el muchacho no estaba preparado para él. Cuidadosamente, se empeñó en remover las cenizas de su amor perdido, pero no consiguió reavivar la llama, sino únicamente un confortable resplandor que lo calentaba y le hacía bien sin causarle calor de fiebre, viéndose obligado a confesar a pesar suyo que aquella pasión juvenil se iba apaciguando hasta no ser más que un sentimiento tranquilo, muy tierno, algo triste y con un poco de resentimiento, aunque estaba seguro de que aun eso pasaría con el tiempo, dejando sólo un afecto fraternal que duraría sin interrupción hasta el final.

Durante una de sus ensoñaciones, la palabra "fraternal" le hizo sonreír y, mirando el retrato de Mozart que tenía delante, pensó: "Mozart era un gran hombre, y cuando no pudo obtener a una de las hermanas, se quedó con la otra... y fue feliz."

Laurie no pronunció estas palabras, pero las pensó, y al poco rato besó el anillito diciéndose:

-¡No, no puede ser, no puedo haberla olvidado!... No puedo olvidarla nunca... Probaré de nuevo, y si fallo... entonces...

Dejando aquella frase sin terminar, tomó pluma y papel y escribió a Jo, diciéndole que no podía resolverse a hacer nada mientras hubiese la menor esperanza de que ella cambiase de idea... ¿Acaso podría ella... querría... dejarlo regresar y ser felices? Por fin llegó la ansiada respuesta, diciendo por lo menos un punto: Jo no podía... ni quería... Estaba completamente ocupada con Beth en aquel momento y no quería ni oír la palabra "amor"... Luego rogaba que tratase de encontrar la felicidad con otra persona, guardando siempre un rinconcito del corazón para su cariñosa "hermana" Jo. En una postdata le pedía que no dijese a Amy que Beth estaba peor. Ya que iba a regresar en la primavera, no había por qué entristecer el resto de su estada. Ya habría tiempo, pero Laurie debía escribirle seguido y no dejarla que se sintiera sola, nostálgica ni, inquieta.

-¡Claro que lo haré... y enseguida! ¡Pobrecita!... Me parece que su regreso al hogar va a ser muy triste... -Y Laurie abrió su escritorio, como si escribir a Amy fuese la conclusión lógica de la frase dejada inconclusa semanas atrás.

Pero no escribió ese día porque revolviendo en su escritorio para buscar su mejor papel de cartas se encontró con algo que le hizo cambiar de idea: entremezcladas en un rincón del escritorio había varias cartas de Jo, mientras que en otro compartimiento estaban tres notas de Amy, atadas cuidadosamente con una de sus cintas celestes. Laurie recogió todas las cartas de Jo, las alisó, plegó y guardó prolijamente en un cajoncito del escritorio, se quedó un minuto dando vueltas al anillito, quitándoselo luego y guardándolo con las cartas, echó llave al cajoncito y salió para oír la misa cantada en San Esteban con la sensación de quien asiste a un entierro. Y aunque no se sentía abrumado de tristeza, éste le pareció un modo más apropiado

de pasar aquel día que escribiendo misivas a damiselas encantadoras.

La carta fue pronto escrita, sin embargo, y Amy contestó en seguida porque de veras extrañaba su casa, y se lo confesaba a Laurie de la manera más deliciosamente confidencial. La correspondencia continuó prosperando y las cartas iban y venían con infalible regularidad. Laurie regresó a París, deseando marcharse a Niza, pero no quiso hacerlo hasta que Amy no se lo pidiese, y Amy no quería invitarlo en aquel momento, pues pasaba por una experiencia personal muy especial que le hacía temer, más que otra cosa, la mirada de aquellos ojos burlones de "nuestro muchacho".

Fred Vaughn había vuelto y hecho la pregunta que Amy decidió una vez contestar con un "Sí, gracias". Pero ahora había dicho: "No, gracias", pues llegado el momento le faltó el valor y se dio cuenta que era necesario algo más que dinero y posición para satisfacer aquel nuevo anhelo que sentía en el corazón. Aquellas palabras de Laurie: "Fred es un muchacho excelente, pero no el hombre que creía te había de gustar", le volvían a la mente con la misma persistencia de las propias cuando había dicho, no con palabras sino con miradas: "Me casaré por dinero". La afligía ahora haber dicho tal cosa y hubiese querido desdecirla... No quería que Laurie la creyese mundana y sin corazón... Ya no le importaba ser una reina de la sociedad tonta como una mujer digna de ser amada... Las cartas de Laurie eran su gran consuelo, pues las de casa se hacían muy irregulares y cuando por fin llegaban no eran, ni con mucho, tan satisfactorias como las del muchacho. Contestarlas constituía no sólo una obligación, sino un auténtico placer, pues el pobre Laurie estaba triste y necesitaba mimos, ya que Jo seguía con su corazón de piedra. Amy creía que Jo debía hacer un esfuerzo y tratar de amarlo... no podía ser eso tan difícil, ya que tantas serían las chicas que se sintiesen felices y orgullosas de que las quisiese un muchacho tan encantador como aquél... Sólo que era inútil pretender que Jo se portase como las demás chicas, de modo que no había más que hacer que ser muy buena con él y tratarlo como a un hermano.

Amy se puso algo pálida y melancólica aquella primavera, perdió mucho de su gusto por la sociedad y salía sola a dibujar con bastante frecuencia. Tampoco tenía mucha obra que mostrar cuando regresaba, pero seguro que pasaría las horas sentada estudiando la naturaleza o distraídamente dibujando cualquier fantasía que le pasaba por la cabeza, como por ejemplo un fornido caballero esculpido en una tumba o un joven dormido en la hierba, con el sombrero sobre los ojos... o una muchacha llena de rulos, suntuosamente vestida, paseándose por un salón de baile del brazo de un compañero alto... Las caras las dejaba hechas un borrón, según la moda de entonces en arte.

Tía Carrol creyó que la muchacha lamentaba la respuesta dada a Fred y después de ver que eran inútiles las negativas e imposibles las explicaciones, Amy la dejó que creyese lo que la señora gustase, teniendo bien cuidado de que Laurie se enterase de que Fred se había marchado a Egipto.

-Estaba seguro de que Amy cambiaría de idea después de pensarlo mejor... -observó--. ¡Pobre tipo!... Puedo muy bien compadecerlo, ya que yo he pasado por lo mismo...

Diciendo eso, exhaló un gran suspiro y luego, como quien ha saldado su deuda con el pasado, se puso a disfrutar con fruición la carta de Amy.

Mientras ocurrían todos esos cambios en Europa, la desgracia había caído sobre el hogar. La triste noticia le llegó en Vevay, adonde el calor de Niza los había llevado en mayo. Amy supo sobrellevar bien la noticia y dócilmente se sometió al decreto de la familia de que no debía acortar su permanencia en Europa, ya que era tarde para decir adiós a Beth. Pero el corazón le pesaba mucho a la pobre muchacha, tan lejos de los suyos.

Anhelaba estar en su casa y todos los días miraba pensativa al otro lado del lago, esperando que Laurie llegase a consolarla.

Y no se hizo esperar demasiado el muchacho, pues la noticia les llegó a ambos por el

Librodot

mismo correo. No bien se enteró, preparó su mochila, se despidió de sus compañeros caminantes y partió para cumplir su promesa con el corazón lleno a un tiempo de emociones encontradas.

Laurie conocía muy bien Vevay, y no bien el barco tocó el pequeño muelle se llegó por la costa hasta La Tour, donde los Carrol estaban viviendo en pensión. El garcon estaba desolado al decirle que toda j* familia había salido a dar un paseo por el lago... pero la señorita rubia podía estar en el jardín del chateau. Si el señor quisiese tomarse la molestia de sentarse, un minutito bastaría para hacer venir a mademoiselle. Pero monsieur no podía esperar ni siquiera ese minutito, y en medio del discurso se marchó a encargarse él mismo de encontrar a mademoiselle.

Era un alegre jardín antiguo en la ribera del precioso lago, con castaños de copas crujientes, la hiedra trepando por todas partes y la sombra negra de la torre que caía a buena distancia sobre la superficie del agua. En un rincón de la pared baja había un asiento, y allí solía sentarse Amy a leer, trabajar o encontrar algún consuelo para su pena en la belleza que la rodeaba por todos lados. Allí estaba aquel día la chica, la cabeza apoyada en las manos, el corazón triste y los ojos pesados de lágrimas, pensando en Beth y preguntándose por qué no llegaba Laurie. No lo oyó cruzar el patio contiguo ni lo vio detenerse en el arco que conducía al jardín. Laurie se quedó mirando a Amy con nuevos ojos, viendo lo que nadie había visto en ella hasta entonces: el lado tierno de su carácter. Todo en ella sugería sin palabras cariño y pesar: las cartas borroneadas que yacían en su falda, la cinta negra que le ataba el pelo, la pena y la paciencia -de mujer, no de niña- que acusaba en su rostro; aun la crucecita de ébano que había atado a su cuello pareció patética a Laurie, pues él se la había regalado y la llevaba hoy como único adorno. Si alguna duda le quedaba sobre la recepción que la chica le daría, se disipó por cierto al instante mismo en que lo vio, pues dejando caer todo corrió hacia él exclamando con un tono inequívoco de amor y de ansia:

-¡Laurie, Laurie, yo sabía que vendrías a verme!...

Creo que todo fue dicho y arreglado en ese instante, pues allí, en silencio, con la oscura cabeza inclinada protectoramente sobre la cara, Amy sintió que nadie podría consolarla y sostenerla como Laurie, y éste decidió que Amy era la única mujer en el mundo que podía llenar el lugar de Jo y hacerlo feliz.

Al minuto, Amy volvió a su asiento y mientras se secaba las lágrimas Laurie recogía los papeles desparramados, encontrando, a la vista de ciertas cartas muy ajadas y ciertos dibujos sugestivos, buenos augurios para el futuro. Cuando se sentó junto a Amy, ésta volvió a sentirse tímida y se puso casi roja al recordar su recibimiento impulsivo.

-¡Me sentía tan sola y triste y me dio tanta alegría verte! Fue tal la sorpresa de levantar la vista y encontrate allí, justo cuando ya empezaba a creer que no vendrías... -le dijo tratando en vano de hablar con absoluta naturalidad.

-Me puse en camino no bien me enteré... Ojalá supiese decirte algo para consolarte de la pérdida de la pequeña Beth... pero sólo sé sentir y...

No pudo continuar... Anhelaba decir a Amy que apoyase la cabeza en su hombro y llorase a gusto, pero no se animó, así que le tomó la mano y le dio un apretón que fue mejor que las palabras.

-No necesitas decir nada, esto me consuela -dijo ella despacito-. Beth está bien ahora y es feliz y no debo desear que vuelva... No hablemos más de eso ahora porque me hace llorar y quiero disfrutarte mientras te quedes aquí... ¿No tienes que volverte en seguida, eh?

-¡No si me necesitas, querida!...

-¡Y tanto! ... Tía y Florencia son muy buenas, pero tú pareces como uno de la familia, ¡y sería tan consolador tenerte aquí por un tiempo! ...

Amy hablaba como una niña con el corazón triste y nostálgico Al verla así, Laurie olvidó

de pronto toda su cortedad y le dio a la chica justamente lo que ella necesitaba: los mimos y la alegre conversación que precisaba para animarse.

-¡Pobrecita Amy!... no parece sino que te hubieses enfermado a fuerza de afligirte! ... Ahora me haré cargo yo de tu cuidado, así que no llores más... ven a caminar un poco conmigo, pues el viento es demasiado frío para estar sentada quieta. Mientras hablaba, le ataba los lazos del sombrero, la tomaba del brazo y se ponía a recorrer con ella la vereda asoleada bajo los castaños recién brotados. Amy encontraba muy agradable tener un brazo fuerte en que apoyarse, una cara conocida para sonreírle y una voz cariñosa para hablarle deliciosamente a ella sola.

El viejo jardín antiguo había abrigado a muchas parejas de enamorados y parecía hecho a propósito para ellos, tan apartado, sin nadie que los mirase más que la torre y con el amplio lago para llevarse lejos el eco de sus palabras. Durante una hora esta nueva pareja caminó y conversó o descansó disfrutando de las dulces influencias que prestaban tanto encanto al lugar y al momento. Cuando al fin una campana los llamó para la comida poco romántica, Amy tuvo la sensación de que allá en el jardín del chateau dejaba toda su carga de soledad y de tristeza.

En cuanto la señora de Carrol vio su rostro se iluminó, exclamando para sí: "Ahora lo comprendo todo. ¡Bendito Dios, nunca se me había ocurrido semejante cosa!..."

Con laudable discreción, la buena señora se abstuvo de decir una palabra pero invitó a Laurie a quedarse y rogó a Amy que disfrutase de su compañía. Amy se dedicó, pues, a entretener a su amigo y lo hizo con mayor éxito aún que de costumbre.

En Niza, Laurie haraganeaba y Amy regañaba; en cambio en Vevay, Laurie no estaba nunca ocioso, sino caminando o cabalgando o remando de la manera más enérgica que darse pueda, mientras Amy admiraba todo canto él hacía y trataba de seguir su ejemplo hasta donde le era posible. Laurie solía decir que aquel cambio era debido al clima y ella se guardó muy bien de contradecirlo, alegrándose de semejante excusa.

Aquel aire vigorizante les hizo bien a los dos y el mucho ejercicio operó saludables cambios tanto en las mentes como en los cuerpos. El sol cálido de primavera les trajo toda clase de ideas ambiciosas, esperanzas tiernas y pensamientos felices, el lago pareció lavar las preocupaciones del pasado y las enormes montañas mirarlos benignas diciéndoles: "Amaos, chiquillos."

A pesar del dolor reciente, aquella fue una época feliz, tan feliz que Laurie no podía soportar la idea de perturbarla con una palabra. Le había llevado algún tiempo recobrarse de la sorpresa que le causó la cura rápida de su primero y -según lo creyera- único amor y se consolaba de esa aparente deslealtad con la idea de que la hermana de Jo era casi como la propia Jo y la convicción de que le hubiese sido imposible amar a ninguna otra mujer que no fuese Amy. No había necesidad de hacer toda una escena ni casi de decirle a Amy que la quería; ella lo sabía ya sin palabras y le había dado su respuesta hacía tiempo. Todo se presentó de modo tan natural que nadie tuvo motivo de queja, y Laurie sabía que todo el mundo había de alegrarse, incluso Jo. Pero nadie puede negar que cuando el primer amor ha sido un fracaso, es natural que seamos cautos y pausados en aventurarnos por segunda vez. Así, pues, Laurie dejaba correr los días, disfrutando de cada hora y dejando al azar el acto de pronunciar la palabra que pondría un sello a aquella primera parte, la más dulce, de su nuevo romance.

Se había imaginado que el desenlace tendría lugar en el jardín del castillo, a la luz de la luna, de la manera más natural y decorosa; pero resultó precisamente lo contrario, pues todo quedó arreglado en el lago, a mediodía y en unas pocas y breves palabras. Toda la mañana la habían pasado bogando con un cielo azul sin nubes por encima de sus cabezas y el lago, más azul aún por debajo, salpicado de botes pintorescos que parecían gaviotas de alas blancas.

Librodot

Habían hablado de Rousseau cuando se detuvieron en Clarens, donde había escrito su "Eloísa". Ninguno de los dos había leído aquella obra, pero sabían que era una historia de amor y en su fuero interno los dos se preguntaban si sería tan interesante como la de ellos. Amy había metido la manó en el agua durante un pequeña pusa de la conversación, y cuando levantó la vista Laurie descansaba sobre los remos con una expresión en los ojos que le hizo decir a Amy muy de prisa, únicamente por decir algo:

-Debes de estar cansado, Laurie, déjame remar a mí un poco, me hará bien, pues desde que llegaste he estado todo el tiempo holgazaneando a más y mejor.

-No estoy cansado, pero toma un remo si quieres. Hay lugar suficiente, aunque tendré que sentarme casi en el medio, o el bote no hará equilibrio -respondió Laurie como si más bien le gustase aquel arreglo.

Pensando que no habían mejorado mucho las cosas, Amy ocupó aquel tercio de asiento que él le ofrecía y aceptó el remo. Remaba bien como hacía tantas otras cosas y aunque usaba las dos manos y Laurie una sola, los remos guardaban buen ritmo y el bote se deslizaba suavemente por el agita.

-¡Qué bien andamos los dos juntos!, ¿eh? -dijo Amy, que en ese momento consideraba peligroso guardar silencio.

-Tan bien que me gustaría que continuáramos siempre remando en el mismo bote. ¿Lo quieres así, Amy? -preguntó tiernamente.

-Sí, Laurie -respondió ella muy por lo bajo.

Pararon de remar e, inconscientemente, añadieron un bonito cuadro de amor y felicidad humanos a los bellos paisajes que se disolvían reflejados en el agua del lago.

XIX
SOLA

Fue fácil prometer abnegación cuando el yo estaba absorbido por otra persona y el corazón y el alma se purificaban por virtud de un dulce ejemplo; pero callada ya la voz remediadora y terminada la lección diaria, desaparecida la querida presencia, la pobre Jo encontré su promesa muy difícil de cumplir. ¿Cómo podía "consolar a papá y a mamá" cuando a ella le dolía el corazón con aquella incesante ansia por su hermana? ¿Cómo podía "alegrar la casa cuando precian haberla abandonado toda la luz, todo el calor y toda la belleza al marcharse Beth"? Y ¿dónde, en qué parte de . mundo podía la cuitada "encontrar' algún trabajo útil y agradable que hacer que ocupase el lugar del amoroso servir a la enfermita"? Trató la muchacha de cumplir con su deber, pero la vida se le hacía cada vez más difícil, obligándola a seguir y seguir adelante... Algunas personas parecían disfrutar de todo el sol y a otras tocarles en suerte toda la sombra.

¡Fueron días difíciles para la pobre Jo! Algo muy parecido a la desesperación se apoderó de ella al pensar que debería pasar toda su vida en aquella casa silenciosa, dedicada a tareas rutinarias, muy pocos y muy pequeños placeres y con aquel deber contraído.

"No puedo seguir así, no estoy destinada para esta vida y sé que en una de ésas me voy a rebelar y hacer algo desesperado si no ocurren cosas que me sirvan de ayuda", se decía cuando fracasaba en sus primeros esfuerzos por cumplir su promesa a Beth, cayendo luego en un estado de ánimo angustioso.

Pero alguien vino en su ayuda, aunque jo no reconoció en seguida a sus ángeles buenos, porque se presentaron en formas familiares y utilizaron los hechizos sencillos que mejor se

adaptan a nuestra pobre humanidad. Con frecuencia la pebre Jo se despertaba de noche creyendo que Beth la llamaba, y una noche, cuando la vista de la camita vacía la hacía llorar, no extendió en vano los brazos ansiosos, porque, tan rápida para oír sus sollozos como había sido ella para escuchar el más débil susurro de su hermana, su madre vino a consolarla, no sólo con palabras, sino con esa ternura paciente que calma al solo contacto, con lágrimas que recordaban a Jo un dolor aún mayor que el suyo, Fueron momentos sagrados, en que corazón hablaba a corazón en el silencio de la noche, convirtiendo la desgracia en una bendición que aplacó el dolor y fortificó el amor. Con esas nuevas sensaciones Jo encontró más ligera su carga, el deber más dulce y la vida más tolerable, vista así desde el refugio de los brazos de la madre.

Algo consolado el corazón dolorido, su mente atribulada también encontró ayuda, pues un día entró en el escritorio de su padre e inclinándose sobre la cabeza gris que se alzaba para darle la bienvenida la muchacha le dijo con gran humildad:

-Padre, háblame como solías hablarle a Beth. Lo necesito aún más que ella porque estoy muy mal, no me entiendo ni yo misma.

-Querida mía, nada podía consolarme como esto -le respondió el anciano con temblor en la voz, rodeándola con ambos brazos como si él también necesitara ayuda y no tuviese miedo de pedirla.

Jo se sentó en la silla baja que solía ocupar Beth, bien junto al padre, y le contó todas sus tribulaciones: el dolor resentido que sentía por la pérdida de Beth, los inútiles esfuerzos por cumplir lo prometido a la hermana, su desaliento, su falta de fe que le hacía parecer tan negra la vida y toda aquella perplejidad y desconcierto que llamamos desesperación. Su confidencia fue completa y recibió en premio la ayuda que necesitaba. Ambos encontraron consuelo en aquel acto, pues había llegado el momento de hablar, no sólo como padre e hija, sino como hombre y mujer, sirviéndose mutuamente. Y se sucedieron momentos felices en el viejo escritorio, de los cuales salía la muchacha con nuevo coraje, renovada alegría y espíritu más sumiso.

Otras ayudas tuvo Jo: obligaciones humildes y sanas que no querían se les negase su papel en servirla y que poco a poco la muchacha aprendió a reconocer y a valorar. Escobas y plumeros no podían ser nunca ya tan odiosos como antes, puesto que Beth había estado a cargo de su manejo y aun parecía conservarse algo de su espíritu doméstico en el pequeño estropajo y en el viejo cepillo, que no fue tirado jamás a la basura. Al usarlos, Jo se encontró de repente tarareando las canciones que Beth solía cantar, imitando los modos ordenados de Beth y dando aquí y allá los toquecitos que mantenían la casa limpia y cómoda, lo cual fue el primer paso en la empresa de hacer feliz el hogar, aunque no lo supo hasta que Ana le dijo con un apretón de manos aprobatorio:

-¡Qué criatura precavida eres, querida!... Estás determinada a que no extrañemos al querido corderito, si puedes evitarlo. Nosotros no decimos mucho pero lo vemos todo y el Señor te bendecirá por ello, verás...

En cuanto a Meg, Jo observaba un día que cosían juntas cuánto había mejorado su hermana con el matrimonio, qué bien hablaba, cuánto sabía, qué feliz era con su marido y sus hijos y cuánto hacían todos los unos por los otros.

-El matrimonio es una gran cosa, después de todo. Me intriga saber si yo prosperaría como tú si me animara a probarlo -decía Jo mientras construía una cometa para Demi en la revuelta "nursery".

-Es justamente lo que necesitas para que salga a luz la mitad tierna y femenina de tu naturaleza, Jo. Eres como una castaña, espinosa por fuera pero suave como la seda por dentro y con una pepita dulcísima, si alguien pudiese llegar hasta ahí. El amor revelará algún día tu corazón y entonces caerá el envoltorio espinoso.

-No quiero que me arranquen como una castaña -dijo Jo.

Meg se rió, contenta de que Jo mostrase un atisbo de su espíritu de antes, pero diciendo en su fuero interno que era su deber de hermana reforzar sus opiniones con todos los argumentos que pudiese. Y se sucedieron muchas charlas de las dos hermanas, que no fueron inútiles, particularmente porque dos de los argumentos más fuertes que poseía Meg eran los chiquitos, a quien Jo adoraba. El dolor es el agente más eficaz para abrir corazones, y para seguir el símil de la castaña, el de Jo estaba casi listo para ser recogido. Sólo un poco más de sol fue necesario para madurar el fruto y entonces, no el sacudón impaciente de un muchacho sino la mano suave de un hombre, se extendió para recogerlo, separándolo de su cubierta espinosa y encontrando la pepita sana y dulce.

Si Jo hubiese sido la heroína de un cuento moral debería, en aquella época, haberse vuelto una santa, renunciando al mundo y continuando su camino haciendo el bien, el bolsillo lleno de opúsculos. La cuestión es que Jo no era una heroína, sino sólo una muchacha humana y luchadora, como miles de otras, y sólo dejaba actuar a su naturaleza, poniéndose por temporadas triste, enojada, taciturna o enérgica, según dictara la disposición del ánimo. Jo había llegado hasta ese punto: aprendía a cumplir con su deber y a sentirse desgraciada si no lo cumplía... Ahora que hacerlo con alegría, ¡ah, eso ya era otra cosa! Con frecuencia le hemos oído decir que quería hacer algo espléndido, por difícil que fuese, y ahora se estaba cumpliendo su deseo, pues, ¿qué podía ser más hermoso que dedicar su vida a padre y madre, tratando de hacerles el hogar tan feliz como ellos se lo habían hecho a ella? Y si las dificultades aumentaban lo espléndido de su empeño, ¿qué podía ser más difícil para una muchacha inquieta y ambiciosa que renunciar a sus propias esperanzas, proyectos y deseos y vivir animosamente para los demás?

Todavía le aguardaba otra ayuda más y ella la aceptó, no como premio, sino como consuelo.

-¿Por qué no escribes, querida? Eso siempre solía hacerte feliz... -le dijo su madre un día cuando Jo fue de nuevo atacada de desaliento.

-No tengo ánimo para escribir, y aun si lo tuviese, a nadie le gustan mis lucubraciones.

-A nosotros sí. Escribe algo para nosotros y que no te importe nada el resto del mundo. Prueba, querida. Estoy segura de que va a hacerte mucho bien, aparte de complacernos muchísimo.

-No creo que pueda... -pero Jo volvió a su escritorio y empezó a repasar sus viejos manuscritos a medio terminar.

Una hora después su madre la espió y la encontró garabateando a todo lo que daba, con el delantal negro puesto y una expresión absorta que hizo sonreír a la señora y retirarse muy satisfecha del éxito de su sugerencia. Jo nunca supo cómo ni por qué, pero en aquel relato se deslizó algo que fue derecho al corazón de cuantos lo leyeron. Cuando la familia se había reído y llorado con él, su padre lo envió -muy en contra de su voluntad- a una de las revistas populares, y con gran sorpresa de la autora, no sólo fue aceptada y pagada, sino que se le solicitaron otras. Cartas recibidas de varias personas cuyo elogio constituía un honor siguieron a la publicación de aquel cuento, los periódicos lo copiaron y lo elogiaron los extraños tanto como los amigos. Para una cosa tan pequeña fue un éxito grande y Jo se asombró aún más que cuando su novela había sido alabada y condenada al mismo tiempo.

-No lo entiendo -decía Jo-. ¿Qué puede haber en un relato sencillo como ése para que la gente lo elogie de este modo?

-Hay verdad en esa historia, Jo. ¡Ése es el secreto!... Lo humorístico y lo patético le dan vida y por fin has encontrado tu estilo. Esta vez escribiste sin ninguna idea de dinero ni de fama y pusiste en ello tu corazón, hija mía. Antes tuviste que probar lo amargo... ahora te llega lo dulce. Sigue empeñándote y que tu éxito te haga feliz como nosotros lo estamos por

ti.

-Si es que hay algo de bueno o de verdadero en lo que escribo, no es mérito mío: lo debo todo a ti, y a mamá y a Beth -respondió Jo, más conmovida por las palabras de su padre que por cualquier cantidad de elogios que le vinieran del resto del mundo.

Así fue como, en la escuela del amor y del dolor, Jo escribió sus cuentos y los desparramó por el mundo para conquistar amigos por todas partes.

Cuando Amy y Laurie escribieron la noticia de su compromiso, la señora de March temió que Jo encontrase difícil alegrarse, pero sus temores fueron pronto calmados, pues Jo lo tomó con mucha tranquilidad y estuvo llena de esperanzas y proyectos para "los chicos". Dicha carta parecía un dúo escrito (pues cada uno glorificaba al otro en la forma usual entre enamorados), muy agradable de leer y satisfactorio de pensar, y no hubo nadie que tuviese objeción alguna que hacer.

-¿Te gusta la noticia, mamá? -preguntó Jo cuando por fin dejaron las páginas de menuda escritura.

-Sí. Yo había esperado que pasara esto desde que Amy contestó que no a Fred.

-¡Qué sagaz eres, mamá! ... ¡Y qué reservada! ... Nunca me dijiste una palabra...

-Las madres deben agudizar los ojos y acallar las lenguas cuando tienen chicas que manejar. Tenía miedo que si te lo decía fueras a escribirles felicitándolos antes de tiempo.

-¡Mamá!... ya no soy la cabeza de chorlo que era antes; ahora puedes confiar en mí para hacerme confidencias.

-¡Ya lo creo, querida, y por cierto que te hubiera hecho mi confidente en este asunto si no hubiese temido apenarte si sabías que Teddy podía querer a alguna otra!...

-¿De veras creíste que iba a ser tan tonta y egoísta habiendo yo rehusado su amor cuando era más fresco, si acaso no mejor?

-Sabía que habías sido sincera entonces, Jo, pero últimamente llegué a pensar que si Laurie volvía y te pedía de nuevo quizá le hubieses dado otra respuesta. Perdóname, querida, pero es imposible que no vea que te sientes muy sola y hay a veces una mirada triste en tus ojos que me toca directamente el corazón... Por eso me imaginé que tu muchacho podía llenar el espacio vacío si volvía a probar...

-No, mamá, es mucho mejor así, y me alegro mucho que Amy haya aprendido a quererlo. Pero tienes razón en una cosa: estoy muy sola, y si Teddy hubiese probado de nuevo quizá hubiese dicho que sí, no porque lo quiera más que antes sino porque me importa más ser querida ahora que cuando él se fue.

-Me alegro, Jo, porque eso prueba que vas progresando. Somos muchos para quererte, así que debes tratar de contentarte con padre y madre, hermanas, amigos y bebés, hasta tanto llegue el mejor amante de todos y tengas al fin tu premio.

-Las madres son las mejores amantes del mundo... pero no me importa confesarle a mamita que me gustaría probar todas las clases. Es muy curioso, pero cuanto más trato de satisfacerme con toda clase de afectos naturales, más parece que necesito.

-¡Yo te entiendo! -La señora de March sonrió al volverse Jo para leer de nuevo lo que Amy decía de Laurie:

"Es hermoso ser amada como me quiere Laurie. No se pone sentimental ni dice muchas cosas, pero lo veo y lo siento en todo lo que hace y dice y me hace tan feliz y tan humilde que no parezco la mismo chica de antes. Nunca supe hasta ahora lo tierno, lo generoso, lo bueno que es, porque me deja que le lea el corazón y lo encuentro lleno de impulsos nobles... de esperanzas, de propósitos y me pone muy orgullosa saber que ese corazón es mío. ¡h, mamá, nunca creí que este mundo pudiese ser tan parecido al celo cuando dos personas se quieren y viven uno para el otro."

-¡Y ésta es nuestra pequeña Amy, fría, reservada y mundana!... ¡En verdad que el amor

obra milagros!... ¡Qué felicísimos deben de ser!... -Y Jo dejó por fin los crujientes papeles con sumo cuidado como cerrando un libro que contase un precioso romance.

Luego, como estaba lloviendo y no podía salir a caminar, Jo subió al piso alto. Se había adueñado de ella de nuevo la inquietud y, una vez más, se sintió desalentada como antes. El ansia natural de afectos se manifestaba fuerte en Jo y la felicidad de Amy había despertado de nuevo aquel anhelo desesperado de tener alguien "a quien amar con alma y vida y a quien apegarse mientras Dios quisiera mantenerlos juntos".

En el altillo había cuatro arconcitos marcados con los nombres de sus dueñas y llenos de reliquias de la niñez y adolescencia, hoy ya terminadas para todas ellas. Jo las revisó ligeramente hasta que llegó la suya, y con la barbilla apoyada en el borde se puso a mirar distraída la colección caótica de cosas allí guardadas, hasta que su mirada cayó sobre un paquete de cuadernos 'viejos. Los tomó, empezó a hojearlos y acabó por revivir aquel agradable invierno pasado en casa de la señora Kirke. Al principio la lectura le hizo sonreír, luego la puso pensativa y por último triste... Cuando llegó a un pequeño mensaje escrito de puño y letra del profesor, le temblaron los labios, se le cayeron los cuadernos de la falda y se quedó mirando aquellas palabras amistosas como si hubiesen adquirido para ella un nuevo significado tocando un rinconcito tierno de su corazón: "Espérame, querida amiga... puede que llegue algo tarde, pero vendré con toda seguridad", decía.

-¡Oh, si eso fuera cierto! ... ¡Tan cariñoso, tan bueno y tan paciente como fue siempre conmigo! ... ¡Querido y viejo Fritz! ... no supe valorarlo debidamente cuando lo tuve a mano, y ahora cómo me gustaría verlo! ...

Todo el mundo parece irse de mi lado y estoy sola, completamente sola! ...

Y sosteniendo bien fuerte aquel papelito como si se tratara de una promesa que debía cumplirse todavía, la muchacha apoyó cómodamente la cabeza en una vieja bolsa de trapos y lloró como haciendo contrapunto a la lluvia que repiqueteaba en el techo.

XX
SORPRESAS

Estaba Jo un día sola en el viejo sofá, a la luz del crepúsculo. Miraba el fuego y pensaba. Ese era su modo favorito de pasar la hora del anochecer: nadie la incomodaba, y la chica se echaba sobre el almohadoncito rojo de Beth, proyectando sus cuentos, alimentando sueños o tiernos pensamientos de su hermana, que nunca parecía estar muy lejos. Su rostro aparecía cansado, serio y aun algo triste, porque al día siguiente era su cumpleaños y Jo pensaba en lo rápido que pasan los años, qué vieja se iba poniendo y qué poco era lo que había logrado en la vida. ¡Casi veinticinco-años y nada. que ofrecer como obra suya! En eso se equivocaba. Jo, pues había mucho que mostrar.

"Una vieja solterona, eso es lo que soy... una solterona "literaria", con la pluma por esposo y una familia de cuentos a guisa de hijos... y de acá a veinte años quizá alcance un retazo de fama cuando sea ya demasiado vieja para disfrutarla, demasiado sola y no renga con quién compartirla y demasiado independiente para necesitarla ya. ¡Bueno, no tengo por qué ponerme así!... No me extrañaría que las solteronas lo pasen muy cómodamente una vez que se acostumbran, pero...", y aquí suspiró Jo como si esa visión no la tentase en absoluto.

Rara vez sucede que semejante perspectiva atraiga a nadie. Los treinta años parecen a la muchacha de veinticinco el final de todo lo agradable del mundo, aunque no es, ni con mucho,

tan calamitoso como parece. A los veinticinco años las muchachas comienzan a hablar de quedarse solteras, aunque secretamente resuelven que eso no sucederá; a los treinta ya no hablan del asunto, sino que aceptan el hecho con toda tranquilidad, y si son sensatas se consuelan pensando que todavía les quedan veinte años más en que pueden ser útiles y aun felices si saben aprender a envejecer con gracia y decoro. No os riáis nunca de las solteronas, chicas queridas, pues a menudo hay romances muy tiernos -o trágicos- escondidos en aquellos corazones. Aun las pobres solteronas tristes y agriadas deben ser tratadas con bondad, precisamente porque a ellas les faltó la parte más dulce de la vida de una mujer.

Muchachos, sed corteses con las solteronas, por pobres, feas y estiradas que parezcan, pues la única caballerosidad que vale la pena de poseer es la que está dispuesta a tener deferencia con los viejos, proteger a los débiles y servir a todo el sexo femenino, sin consideraciones de edad, rango y color. Recordad a aquellas buenas tías que no sólo sermonearon e hicieron alharacas, sino que también mimaron y cuidaron... con frecuencia sin una palabra de agradecimiento... Recordad los "líos" de que os sacaron, las ayuditas secretas, las puntaditas cosidas por los viejos dedos pacientes... los pasos caminados por los cansado pies... La chicas os querrán aún mucho más por ellas. Y si la muerte, casi la única potencia que puede separar a madre e hijo. os despojase de la vuestra, podéis estar seguros de que vais a encontrar tierna bienvenida y mimos maternales en alguna marchita "tía Susana o Luisa" que habrá guardado un cálido rinconcito de su corazón para "el mejor sobrino del mundo".

Jo debe de haberse quedado dormida (me parece que lo propio habrá hecho mi lector con esta pequeña homilía), pues, de pronto, el fantasma de Laurie pareció alzarse ante ella -un fantasma muy sólido y humanizado-, inclinándose sobre ella. Jo miraba aquella aparición en sobresaltado silencio, hasta que el muchacho se agachó a besarla. Recién se convenció la chica de que aquél era el verdadero Laurie y levantándose de un salto gritó regocijada:

-¡Teddy de mi alma! .. ¡Oh, Teddy! ...

-¡Querida Jo! ... ¿Es verdad que te alegras de verme?

-¿Que si me alegro? ¡Bendito muchacho, no hay palabras para expresar mi alegría! ... ¿Dónde esta Amy?

-Ahí la retuvo tu madre en casa de Meg. Nos detuvimos allí de paso y ya no hubo cómo arrancar a mi mujer de entre sus garras...

-¿Tu qué? -vociferó Jo, pues Laurie había pronunciado esas dos palabritas reveladoras con inconsciente orgullo y satisfacción.

-¡Oh! ... ¡córcholis! ¡Ahora sí que la hice buena!... Laurie parecía tan culpable que Jo cayó sobre él como un relámpago.

-¡No me digas que se han casado!...

-Sí, señora, así es... pero le prometo que no lo haré más... -y se arrodilló juntando las manos tan penitente y un rostro rebosándole tal travesura, alegría y triunfo, que era cómico verlo.

-¿Casados de veras, de veras? -Completamente casados, muchas gracias...

-¡Dios nos ampare!... ¿Qué nueva cosa terrible se te va a ocurrir hacer ahora? -dijo Jo desplomándose en la silla y abriendo la boca.

-Felicitación muy típica de la autora, pero no precisamente lisonjera, ¿eh? -respondió Laurie manteniendo en broma su postura humillante.

-¡Qué otra cosa puedes esperar cuando le quitas a uno la respiración deslizándote en el cuarto como un ladrón y con semejante notición! ¡Levántate de ahí, payaso, y cuéntame todo!

-Ni una sola palabra, a menos que me dejes ocupar mi antiguo lugar y me prometas no parapetarte.

Jo se rió como hacía muchos meses que no se reía y alisó el asiento con gesto de invitación, diciendo muy cordialmente:

-El viejo almohadón está en el altillo ahora, y ya no lo necesitamos, así que ven a confesarte, Teddy.

-¡Qué bien suena ese Teddy en tus labios! ¿Sabes que nadie más que tú me llama así? -dijo Laurie sentándose con aire de gran satisfacción.

-Y Amy ¿cómo te llama?

-Mi señor.

-Eso es muy de ella... Bueno, hay que decir que eso es lo que pareces...

Había desaparecido el almohadoncito pinchudo, pero con todo había una barrera entre los dos: la valla natural levantada por el tiempo, la ausencia y el cambio de sentimientos. En seguida, casi había desaparecido, y Laurie decía con una tentativa de parecer altivo y digno:

-¿Verdad que tengo todo el aspecto de un hombre casado y jefe de familia?

-Ni un poquito... y nunca lo parecerás... Te has puesto más alto y más buen mozo, pero fuera de eso eres el bribón de siempre...

-¡Vamos, Jo! ... me parece que merezco que me trates con más respeto -empezó Laurie como si fuese a quejarse pero divirtiéndose con todo aquello una enormidad.

-¿Cómo puedo tratarte con respeto si la sola idea de que te hayas casado y sentado cabeza resulta tan irresistiblemente cómica que no puedo quedarme seria -contestó con sonrisa tan contagiosa que volvieron a reírse los dos a carcajadas, acomodándose luego para sostener una charla kilométrica, a la antigua manera.

-No vale la pena que salgas al frío a buscar a Amy, pues todos vendrán luego aquí... Pero yo no podía esperar tanto..., tenía que venir en seguida a darte la sorpresa.

-¡Cuándo no!... Y, naturalmente, tenías que estropear todo el cuento empezando por el final... Ahora empieza de nuevo y cuéntame todo lo que pasó... Me muero por saber...

-Bueno, lo hice por complacer a Amy -comenzó Laurie con una guiñada que hizo exclamar a Jo:

-Mentirilla número uno, Amy lo hizo por complacerte a ti. Sigue y, si es posible, di la verdad...

-Esta chica lo echa todo a perder -dijo Laurie como si hablase al fuego-. ¡Y qué bueno es oírla! ... ¡Lo mismo da, sabes, puesto que los dos somos uno. Habíamos proyectado regresar con los Carrol hace un mes o algo mas, pero de pronto ellos cambiaron de idea y decidieron pasar otro invierno en París. Abuelo quería regresar y sólo había ido allá por complacerme, y como no la podía dejar a Amy ni tampoco dejar que abuelo regresase solo, a la señora Carrol no le parecía bien que Amy volviera con nosotros y yo zanjé la dificultad proponiendo esta solución: Entonces, casémonos y así podremos hacer lo que nos plazca.

-No me extraña... Siempre te sales con la tuya...

-No siempre -y algo que vio en los ojos de Laurie hizo que Jo dijese con mucha prisa:

-¿Y cómo consiguieron que tía Carrol consintiese?

-Nos costó buen trabajo, pero entre los dos y después de mucho argumentar la ganamos para nuestra causa, ya que sólo era cuestión de adelantarse a los acontecimientos, como decía mi mujer cuando era chica...

-¡Qué orgullosos estamos de esas dos palabritas y cómo nos gusta decirlas!, ¿eh? -interrumpió Jo, hablando a su vez con el fuego y observando encantada iluminarse la cara del muchacho tan trágica y sombría la última vez que estuvo con él.

-Una vanidad, si quieres, pero es una mujercita tan cautivadora que es perdonable que esté orgulloso de ella. Bueno, pues, para seguir el cuento, los tíos, empeñados en guardar las apariencias, nosotros dos tan absortos uno en el otro que no servíamos para absolutamente nada si nos separaban y esta solución encantadora de todos los problemas... Así que ¡nos casamos!

-¿Cuándo, dónde, cómo? -preguntaba Jo en un verdadero frenesí de curiosidad femenina,

pues todavía no se convencía de lo sucedido.

-Hace seis semanas, en el consulado norteamericano en París. Naturalmente que todo fue muy íntimo, pues no podíamos olvidarnos de Beth.

Al decir esto Laurie tomó la mano de Jo y alisó el almohadoncito rojo que recodaba tan bien.

-Y ¿por qué no nos dijeron nada después? -preguntó Jo en voz más faja, luego de quedarse un minuto en completo silencio.

-Queríamos darles la sorpresa, ya que en un principio pensábamos viajar inmediatamente, pero abuelo, no bien nos hubimos casado, nos despachó a pasar la luna de miel donde quisiéramos. Recordando lo de Valrosa allí nos marchamos y fuimos tan felices como nadie puede serlo más que una vez en la vida...

Por un minuto Laurie pareció olvidarse de Jo y ésta se alegró de que así fuera, pues el solo hecho de que le hablase de aquellas cosas tan libremente y con tanta naturalidad la aseguró que el muchacho había perdonado y olvidado. Probó de desligar su mano que él todavía sostenía entre las suyas, pero él, leyendo el pensamiento detrás de aquel impulso casi involuntario, se la retuvo con fuerza diciéndole con gravedad varonil:

-Quiero decirte una sola cosa, Jo, y después dejaremos este asunto para siempre. Como te lo decía en mi carta, cuando te escribí desde Vevay: ¡nunca dejaré de quererte!, pero ese cariño ha cambiado y la experiencia me ha enseñado que es mejor así. Amy y tú cambian sus lugares en mi corazón, eso es todo. Creo que así quiso Dios que ocurriesen las cosas, y así se hubiesen arreglado si yo hubiera esperado, como tú me aconsejaste, pero sabes que nunca tuve paciencia y por eso hube de sufrir tanto. Entonces era yo un chico testarudo y violento y necesité aquella dura lección para mostrarme mi error. Porque lo era, Jo, tal como tú afirmabas, y sólo me convencí después de haberme portado como un necio. ¡Por todos los demonios, Jo!, en un momento estuve tan confundido que no podía saber si quería a Amy o te quería a ti, y traté de amarlas a las dos igual. Pero no pudo ser, y cuando volví a verla en Suiza, después de la muerte de Beth, todo pareció aclararse de pronto convenciéndome que había acabado definitivamente con el antiguo amor antes de embarcarme en el nuevo, que muy bien podía compartir mi corazón entre la hermana Jo y la esposa Amy y quererlas a las dos entrañablemente. ¿Me crees?

-Sí, Teddy, con toda mi alma, pero no pienses que podamos ya ser de nuevo los muchachos alocados de antes. Aquellos días no pueden volver ya. Ahora somos hombre y mujer, con trabajos serios que realizar, y pasado el momento de los juegos. De modo que ¡no más travesuras!... No te niego que voy a extrañar a mi muchacho, pero querré igualmente al hombre, admirándolo además, porque veo que tiene intención de ser todo lo que siempre esperé de él. No podemos ya ser compañeros de juego pero seremos verdaderos hermanos, ¿no es cierto, Laurie?

Él no dijo una palabra, pero tomó la mano que Jo le ofrecía y apoyó en ella la cara por un momento, con la clara sensación de que naciendo del comienzo de una pasión juvenil se elevaba ahora una hermosa y fuerte amistad que sería para ambos una bendición. Casi enseguida, dijo Jo:

-No me puedo convencer que ustedes se hayan casado en realidad, chicos, y que se vayan a instalar en el nuevo hogar y a sentar cabeza. ¡Si parece ayer que abotonaba el delantal de Amy y te tiraba a ti del pelo cuando me fastidiabas! ¡Cómo vuela el tiempo, Dios mío!

-Como uno de los "chicos" es mayor que tú, no veo por qué tienes que hablar como si fueses una abuelita. Me congratulo de ser un "caballero crecido", y cuando la veas a Amy encontrarás que, como infanta, es bastante precoz -dijo Laurie divertido con los aires maternales de Jo.

-¡Podrás ser algo mayor en años, Teddy, pero en lo interior yo soy tanto mayor! ...

Librodot

¡Siempre lo son las mujeres, y este año ha sido tan difícil, querido, que me siento de cuarenta!...

-¡Pobre Jo! ... Te dejamos que soportases todo sola mientras nosotros nos divertíamos. Tienes los ojos tristes, a menos que sonrías. Además, al tocar el almohadón hace un momento encontré en él una lágrima. Sufriste mucho, Jo querida, y tuviste que sufrirlo sola. ¡Qué bruto y qué egoísta he sido, Dios! ...

Jo no hizo más que dar vuelta el almohadoncito traidor y responder con un tono que trató de ser alegre:

-No tanto, porque tenía a papá y a mamá para ayudarme a pasar el trance y a los chiquitos amorosos para consolarme. Además el pensamiento de que tú y Amy estaban felices pudo hacernos más llevaderas las penas de aquí. Es cierto que me siento sola a veces, pero no me sorprendería si eso me hiciese mas bien que mal.

-Pues ya nunca estarás sola -interrumpió Laurie rodeándole la cintura con el brazo como para alejar todos los posibles males humanos-. Amy y yo no podemos pasarnos sin ti, así es que tienes que venir todos los días y enseñarnos a manejar la casa. Iremos a medias en todo, como siempre, y tú nos dejarás que te mimemos. Seremos felices como unos bienaventurados.

-Si no incomodase, eso sería muy agradable, pues tu sola presencia me ha hecho sentir más joven. Siempre fuiste para mí un consuelo, Teddy -y Jo apoyó la cabeza en el hombro del muchacho exactamente como hacía años, cuando Beth enfermó y Laurie le decía que se agarrase de él...

Laurie bajó la vista para mirarla, preguntándose si Jo recordaría aquellos tiempos y la encontró sonriendo, como para sí, y no parecía sino que todas sus penas se hubiesen esfumado con su venida.

-Siempre eres la misma Jo. derramando lágrimas un minuto y riéndote al siguiente. En este momento tienes un aspecto de traviesa imponente. ¿Qué es lo que pasa, se puede saber, abuelita?

-Me gustaría saber cómo se llevan tú y Amy. -¡Como ángeles! ...

-Sí, claro, al principio, pero ¿quién de los dos manda?

-No me importa decírtelo: por ahora, ella... por lo menos la dejo creer que domina, y eso le gusta, ¿sabes? pero más adelante nos turnaremos, porque, según dicen, el matrimonio corta por la mitad nuestros derechos y duplica nuestras obligaciones.

-Mi pronóstico es que van a seguir exactamente como empezaron y Amy te va a mandar todos los días de tu vida.

-Bueno... lo hace tan imperceptiblemente que no creo que me importe mucho. Amy es de esas mujeres que saben gobernar... y a mí más bien me gusta que me maneje, pues lo envuelve a uno en sus deditos tan suave y bonitamente como si uno fuese una madeja de seda y todavía me hace sentir como si fuese ella la que me hace el favor.

-¡Me había de llegar el día de verte convertido en marido dominado! -gritaba Jo divertidísima.

-¡Nada de eso! Amy es demasiado bien educada...

A Jo le gustó mucho esa respuesta y le pareció muy sentadora la dignidad nueva en Laurie, pero no dejó de apenarla algo que el muchacho se estuviera transformando en hombre con semejante rapidez...

-Estoy segura de que es así... Recuerdo que tú y Amy nunca se peleaban como nosotros dos.

-¡Amy es muy capaz de "vapulear" al marido! -dijo Laurie riendo-. ¡Si vieras el sermón que me endilgó en Niza!. .. Te doy mi palabra que fue mucho peor que cualquiera de tus regaños... algún día te contaré, porque lo que es por Amy no lo vas a saber nunca. ¡Después de decirme que me despreciaba por inútil... va y se enamora del. despreciable sujeto y se casa

con el inútil aquel!

-¡Qué bajeza!... Si alguna vez te maltrata, ven a mí y yo te defenderé...

-Pero ¿dónde está Jo? ¿Dónde está esa querida pícara? -se ayó en eso la voz de Amy.

Y entró en tropel toda la familia y volvieron a abrazarse y besarse todos una vez más y consiguieron por fin sentar a los tres viajeros para contemplarlos y regocijarse con su presencia. El señor Laurence con su espléndida salud de siempre había mejorado tanto con aquel viaje como los otros dos, pues casi había desaparecido la aspereza de antes y en cambio se habla refinado y pulido su antigua cortesanía y elegancia. Deleitaba verlo irradiar felicidad al mirar a "sus chicos", como llamaba a la joven pareja, y mejor aún ver a Amy prestarle la atención filial y el cariño que ganaban el corazón del anciano, aunque lo mejor de todo era ver a Laurie dar vueltas alrededor de los dos como si nunca se cansase de disfrutar del cuadro hermoso que formaban.

Al minuto de haber posado los ojos sobre Amy, Meg se convenció de que a su atavío le faltaba aire parisiense, de que la señora de Moffat iba a ser completamente eclipsada por la joven señora de Laurence y que "Su Señoría" estaba hecha una mujer elegantísima y agraciada.

-¡Qué buena pareja hacen! ¡Y qué razón tuve!... Laurie ha encontrado por fin la muchacha bella y llena de prendas que adornará su hogar mucho mejor que lo que nunca hubiese podido hacer la vieja y torpe Jo. Ella sí que será su orgullo y no su tormento como hubiese sido yo-. En cuanto a los padres, sonreían y asentían con la cabeza, radiantes las caras al ver que su hija menor se había casado muy bien, no sólo en lo material sino en aquella riqueza mayor aún que traen el amor, la confianza y la felicidad.

Daba gusto ver que en Amy todo aquello no se malograba con las afectaciones que muchas mujeres adquieren en el extranjero, sino que su manera cordial y dulce al mismo tiempo era aún más encantadora que antes, marcándola inmediatamente con el sello inconfundible de la mujer verdaderamente distinguida que Amy siempre aspiró a ser.

-El amor ha hecho mucho por nuestra chiquita -dijo su madre con gran dulzura.

-Ha tenido delante de sus ojos un buen ejemplo toda su vida, querida mía -le dijo el señor March en un murmullo y una mirada amorosa a la cara marchita y la cabeza blanca que tenia a su lado.

Daisy no podía sacar los ojitos de encima a la "tiíta linda" y se pegó como un falderillo a los talones de la maravillosa muchacha, llena de atrayentes encantos. En cuando a Demi, se detuvo a considerar aquel nuevo parentesco antes de comprometerse a aceptar impulsivamente un soborno que tomaba la forma tentadora de una familia de osos de madera traídos de Berna. Un movimiento de flanco, sin embargo, produjo un rendimiento incondicional, pues Laurie sabia muy bien cuáles eran los puntos vulnerables de la defensa:

-Jovencito -le dijo-, cuando tuve el honor de conocerlo, usted me pegó en la cara con el puño, de modo que ahora exijo una satisfacción de caballero.

Después de semejante discurso, el altísimo tío procedió a echar al aire al sobrinito de un modo que, causando deterioro en su dignidad filosófica, deleitaron su alma de chico juguetón.

-¡Dios me bendiga! ... ¡Si está vestida de seda de pies a cabeza! ... ¿No es una delicia verla ahí sentada tan lujosa y oír llamar señora Laurence a nuestra pequeña Amy? -mascullaba la vieja Ana, que no podía resistir la tentación de "espiar" mientras tendía la mesa.

¡Y cómo charlaron! ... primero uno, después otro y más tarde todos a la vez, tratando de hacer en media hora la historia de tres años. Fue una bendición que se sirviera el té para ofrecer una pausa y como un modo de recobrar las fuerzas, pues de seguir así hubiesen acabado todos afónicos y exhaustos. Y fue muy feliz el cortejo que entró en el comedorcito: el señor March, orgullosamente acompañando a la "señora de Laurence", y la señora de March, no menos orgullosa de apoyarse enel brazo de "mi hijo" mientras el anciano señor Laurence

Librodot

iba con Jo, murmurándole al oído: "Ahora tienes tú que ser mi chiquita", con una mirada significativa al rincón vacío junto al fuego que hizo exclamar a Jo con labios temblorosos:

-Trataré de llenar el lugar de ella, señor.

Los mellizos fueron un espectáculo aparte. Ellos cerraban la marcha y de veras creyeron que había llegado el milenio, pues ocupados con los viajeros nadie les hizo mayor caso y los muy bandidos pudieron divertirse a gusto de sus pequeños y traviesísimos corazones, ¡y cómo se aprovecharon de la situación, robándose té, atracándose de torta ad libitum, consiguiéndose un bollo caliente cada uno! Y como coronación de esta serie de actos ilegales, se metieron en el bolsillo una tentadora tartita que inmediatamente se pegoteó y desmoronó en su encierro. Agobiados con la conciencia intranquila por las tartitas secuestradas y temiendo que los agudos ojos de Dodo descubriesen su botín, los muy pícaros se pegaron a "drampa"[13], que no tenía puestos los anteojos. De vuelta a la sala, Jo se detuvo a contestar la ansiosa pregunta de Ana:

-¿Acaso la señora Amy va a andar en el cupé y a usar todas las hermosas bandejas de plata que tienen allí?

-No me sorprendería que anduviese en coche de seis caballos blancos, comiera en vajilla de oro y usara encaje y brillantes todos los días. A Teddy nada le parece demasiado para ella -respondió Jo con satisfacción ínfinita.

-¡Más no se puede pedir! ¿Quiere picadillo o croquetas de pescado mañana para el almuerzo? -preguntó luego Ana, que, sabiamente, mezclaba la poesía con la prosa.

-No importa... cualquier cosa... -y Jo se quedó un momento mirando el grupo que desaparecía hacia el piso alto, y cuando las piernecitas de Demi subían trabajosamente el último escalón la invadió una repentina sensación de soledad, pues aun Laurie la había abandonado en ese momento. Si Jo hubiese sospechado qué regalo de cumpleaños se le estaba preparando y acercándose a ella minuto a minuto, no hubiese dicho para sí:

"Ya me voy a pegar mi llantito cuando me acueste esta noche, pero ahora no hay que ponerse lúgubre", y consiguió esbozar una sonrisa cuando oyó golpear la puerta.

Con prisa muy hospitalaria, abrió Jo para encontrarse con ¡el segundo fantasma que venía ese día a sorprenderla! Allí estaba un caballero alto, de barba, irradiando sonrisas desde la oscuridad como un sol de medianoche.

-¡Oh, señor Bhaer, qué alegría de verlo! -exclamó Jo tomándolo del brazo como si temiera que la noche volviera a tragárselo.

-¡Y yo de verla a usted, señortia Marsch!... Pero usted tiene fiesta y yo... -dijo el profesor deteniéndose al oír el ruido de voces y pies bailarines que llegaban desde arriba.

-No; ¡nada de eso!... es sólo la familia. Mi hermana y sus amigos acaban de regresar de Europa y estamos todos muy contentos. Entre usted y será uno de nosotros.

Pese a que el señor Bhaer era hombre muy sociable creo que se hubiese retirado discretamente y vuelto otro día si Jo no hubiese cerrado la puerta tras él despojándolo de su sombrero. Quizá la expresión de Jo tuvo que ver con que el señor se quedase, pues la muchacha se olvidó de disimular su júbilo al verlo y lo demostró con tal franqueza que resultó irresistible para aquel solitario, cuya bienvenida a aquella casa superó todas sus esperanzas más audaces.

-Si no voy a estar de más tendré muchísimo gusto en verlos... ¿Ha estado usted enferma, amiga mía?

La pregunta fue repentina, pues al colgar el sobretodo del señor Bhaer la luz le dio en la cara a Jo y él percibió el cambio operado en la muchacha.

-No precisamente enferma, pero sí muy cansada y muy triste... Tuvimos una desgracia en

[13] Diminutivo de "grand papa" (abuelo), desfigurado por la media lengua

la familia...

-Sí, lo sé. El corazón me dolió por usted cuando me enteré -dijo él estrechándole la mano con una expre-

Sión tal de simpatía que Jo tuvo la seguridad dé que ningún consuelo podía igualar a aquella manaza estrechándose a la suya.

-¡Papá, mamá, éste es mi amigo, el profesor Bhaer! -les dijo con expresión y tono de irrefrenable orgullo y placer.

Si el desconocido había abrigado algunas dudas sobre la recepción que le darían en aquella casa, pronto se le disiparon, pues recibió de todos una cordial bienvenida. Y no podía ser de otro modo, puesto que ese hombre llevaba el talismán que abre todos los corazones y esta gente sencilla pronto se entusiasmó con él. Sentado entre ellos, el señor Bhaer los miraba con el aire de un viajero que llama a una puerta extraña... y cuando la abre se encuentra en su casa. Los chicos se le acercaron como las abejas a un tarro de miel y procedieron a cautivarlo saqueándole primero los bolsillos, tirándole la barba y estudiando su reloj con audacia infantil. Las mujeres se telegrafiaban con los ojos su aprobación y el señor March, con la sensación de que había encontrado un espíritu afín, abrió sus depósitos más seleccionados de sabiduría en beneficio de la visita, mientras Jo, en silencio por única vez, escuchaba sin decir una palabra.

De no haber estado Jo ocupada en otra cosa le hubiese divertido el comportamiento de Laurie en aquella ocasión, pues una punzada, no de celos sino de algo parecido a la desconfianza, hizo que este caballero se mantuviese al principio a la distancia observando al recién venido con circunspección fraternal. Aquello no duró mucho sin embargo. A pesar suyo comenzó a interesarse en lo que decía el "intruso", y antes de darse cuenta fue atraído al círculo que rodeaba al profesor. Éste hablaba bien en aquel ambiente amable, y realmente hizo muy buen papel. Rara vez se dirigió a Laurie, pero lo observaba a menudo con una sombra en el rostro como si lamentase su propia juventud perdida. Luego sus ojos se volvían hacia Jo con tal ansiedad que ella hubiese respondido con seguridad, de haber notado la muda pregunta. Pero Jo estaba demasiado ocupada con vigilar sus propios ojos que podían traicionarla en cualquier momento, de modo que optó por mantenerlos prudentemente fijos en la mediecita que estaba tejiendo.

Una mirada furtiva de cuando en cuando reconfortaron a Jo, pues le proporcionaron varios augurios propicios. En primer lugar, la cara del señor Bhaer había perdido la expresión distraída y aparecía en este momento llena de vida e interés. "Es realmente joven y bien parecido". pensaba Jo olvidando esta vez compararla con la de Laurie, como casi siempre hacía con cuanto joven conocía, con gran detrimento de ellos. Luego parecía completamente inspirado, a pesar de que las costumbres antiguas de enterramiento no eran precisamente un tema regocijante... Jo resplandeció de triunfo cuando Laurie fue abatido en una discusión, y al observar la cara absorta de su padre pensó para sí: "¡Cómo disfrutaría papá si pudiese tener un hombre como mi profesor para conversar con él todos los días!" Y por último, ¡la vestimenta! El señor Bhaer llevaba un traje oscuro flamante; se había hecho cortar las espesas melenas e iba peinado impecablemente cuando llegó, aunque eso no duró mucho, pues en los momentos de excitación se le alborotó de nuevo el pelo del modo cómico que solía pasarle. Pero a Jo le gustaba así, pues opinaba que de esa forma tenía más parecido con Júpiter, en vista de su hermosa frente. ¡Pobre Jo! ... ¡qué modo de glorificar a aquel hombre sencillo y humilde mientras seguía tejiendo quietecita sin que nada se le escapase, ni aun el hecho de que el señor Bhaer llevara botones dorados en sus limpísimos puños! ...

"¡Qué monada!... No se podía haber vestido y acicalado con más cuidado si hubiese salido con el propósito de cortejar a alguien.. .", se dijo Jo. Y naciendo de esas palabras un pensamiento repentino la hizo ruborizarse tanto que tuvo que dejar caer su ovillo para

esconder la cara con el pretexto de buscarlo.

La maniobra no tuvo éxito, pues, a punto de meter fuego a una pira funeraria, el profesor depuso su antorcha -hablando metafóricamente- para agacharse a buscar el ovillo. Naturalmente que sus cabezas tenían que chocar y volvieron ambos a sus asientos riendo, colorados, y sin el ovillo de marras.

Nadie supo cómo se fue la noche, porque pese a que Ana se llevó a los chicos a dormir temprano, cabeceando como dos amapolas, y el señor Laurence se fue a su casa a descansar, los demás siguieron alrededor del fuego, conversando a más y mejor, sin la menor noción del paso del tiempo, hasta que Meg, cuyo instinto maternal le anunciaba que Daisy se habría caído de la cama y que Demi habría prendido fuego a su camisón tratando de estudiar la estructura de los fósforos, tomó la iniciativa de marcharse.

-Tenemos que cantar, como hacíamos antes, ya que estamos juntos otra vez -propuso Jo, pensando que una buena cantata era un excelente medio de dar rienda suelta a las jubilosas emociones de ese día.

Es cierto que no todos estaban presentes, pero nadie tomó aquellas palabras como irreflexivas, porque Beth aún parecía estar entre ellos como una presencia invisible y pacífica, más querida que nunca. Su sillita estaba en su lugar de costumbre, el prolijo canasto de costura con el trabajito que dejó sin terminar seguía en su sitio de siempre en el estante, el precioso piano, rara vez tocado ahora, no había sido cambiado de lugar, y la carita de Beth, serena y sonriente como cuando era niña, parecía mirarlos aún, como diciéndoles:

"Sed felices, que yo estoy aquí..."

-Toca algo, Amy. Hazles oír cómo has progresado -dijo Laurie, con orgullo perdonable en su discípula.

Pero Amy, con ojos arrasados de lágrimas, le dijo al hacer girar el banquito del piano:

-Hoy no, querido, hoy no podría alardear...

Les mostró, sí, algo mejor que la brillantez o la habilidad, pues cantó las canciones que Beth cantaba con música de ternura que no podría haberle enseñado el mejor de los maestros. Su clara voz falló de repente con el último verso del himno que Beth prefería:

La tierra no tiene tristeza que el cielo no pueda curar...

Y Amy se recostó en su marido, segura de que su bienvenida a casa no podía ser perfecta sin el beso de Beth.

-Ahora terminemos con la canción de Mignon, porque el señor Bhaer la sabe cantar -dijo Jo antes de que aquella pausa se hiciese penosa. Y el señor Bhaer se aclaró la voz yendo a colocarse detrás de Jo para decir:

-¡Cantará conmigo, verdad? ¡Cantamos muy bien los dos juntos...!

Agradable invención -dicho sea de paso-, ya que Jo no tenía de la música más idea que una langosta, lo cual no quita

que aceptase la propuesta del profesor y que la hubiese aceptado si él le pidiese cantar una ópera entera, y se puso a gorgojear felicísima, sin cuidarse de guardar el compás y el tono. No importó mucho, pues el señor Bhaer cantaba como todos los alemanes, bien y con toda el alma, y Jo optó por bajar la voz por completo para escuchar aquella otra, tierna, que parecía cantar para ella sola.

"¿Conoces la tierra donde florece el limonero?", solía ser el verso preferido del profesor, para quien "aquella tierra" significaba Alemania, pero ahora parecía detenerse con especial calor y cuidado en otra melodía:

Allí, oh, allí quisiese contigo estar mi amor...

y uno de los oyentes se emocionó tanto con aquella invitación tierna que anhelaba responderle que sí, que conocía aquella tierra y que allá iría con gusto en cuanto él quisiese.

La canción fue considerada un gran éxito y el cantor se retiró a su asiento cubierto de laureles. Pocos minutos después, sin embargo, se olvidó completamente de la etiqueta y se quedó mirando a Amy con la boca abierta mientras ella se ponía el sombrero, pues se la habían presentado antes simplemente como "mi hermana" y nadie la había nombrado por su nuevo nombre después de llegado él. Y luego aún más cuando Laurie al despedirse le dijo con su modo más afable:

-Mi mujer y yo nos alegramos mucho de conocerlo, señor. Recuerde que siempre será usted bien venido allá enfrente, en casa, cuando quiera ir.

A esto respondió el profesor agradeciendo con tanto calor y entusiasmo que Laurie lo consideró el viejo más expresivo que había conocido en su vida.

-Yo también me voy, señora, pero tendré mucho gusto en visitarlos otra vez si usted me da licencia, pues asuntos que tengo en la ciudad me retendrán aquí varios días.

Se dirigió a la señora de March, pero miraba a Jo y la voz de la madre le dio el mismo consentimiento cordial que los ojos de la hija, pues la señora March no era ciega respecto a los intereses de sus hijas.

-Me parece que ese hombre es prudente y sensato… -observó el señor March con plácida satisfacción cuando volvió a su sitio junto al fuego al marcharse la última visita.

-Y yo estoy segura de que es un hombre bueno añadió la señora con decidida aprobación mientras daba cuerda al reloj.

-Ya me parecía que les iba a gustar -fue todo cuanto dijo Jo mientras subía a acostarse.

Se preguntaba Jo qué asunto sería el que traía al señor Bhaer a la ciudad y supuso ligeramente que había sido llamado para conferirle algún gran honor, como ser un nombramiento para algún puesto importante, pero que por modestia no lo había querido mencionar. Si le hubiese visto la cara cuando, ya seguro en su cuarto, el profesor se puso a contemplar el retrato 3e una señorita con mucho pelo, de aire severo y rígido, podía haberse iluminado algo, especialmente cuando al apagar la luz el grave profesor en plena oscuridad estampó un beso al retrato.

XXI
MI SEÑORA Y MI SEÑOR

-Por favor, señora madre, ¿puede usted prestarme a mí mujer por un momento? Ha llegado el equipaje y acabo de embarullarle todas las paqueterías que trae de París, tratando de encontrar unas cosas que necesito -dijo Laurie al día siguiente, encontrando a la señora de Laurence sentada en las faldas de su madre como si ésta hubiese recuperado a "la nena".

-Por cierto... ¡Ve, querida, me olvidé que tienes otra casa que ésta! -contestó la señora de March como disculpándose de su avidez maternal.

-Vamos a casa, querido, y te buscaré tu sacabotas, que supongo es para eso que revuelves mis cosas. ¡Los hombres son tan inútiles, madre! -expresó Amy con unos aires de matrona

que divirtieron mucho a su marido.

-¿Qué es lo que piensan hacer de sus vidas una vez que se hayan instalado? -preguntó Jo abotonando el abrigo de Amy como antes solía hacerlo con el delantal.

-Tenemos proyectos, aunque no queremos hablar mucho de ellos porque somos nuevos en el oficio de casados, pero por cierto que no pensamos quedarnos mano sobre mano. Por mi parte, me dedicaré a los negocios con devoción que ha de deleitar a mi abuelo y le probaré que no estoy echado a perder. Necesito un trabajo serio para mantenerme juicioso y estoy cansado de andar por ahí perdiendo tiempo, y pienso trabajar muy en serio.

-Y Amy, ¿qué es lo que piensa hacer Amy -preguntó la señora de March, contenta con la respuesta de Laurie y de la decisión con que hablaba.

-Después de hacer los cumplidos del caso por todas partes y ventilar "nuestro mejor sombrerito", los vamos a asombrar con la elegante hospitalidad de nuestra mansión, la brillante sociedad que reuniremos a nuestro alrededor y la influencia benéfica que ejerceremos sobre el mundo en general. ¿No es así, "madame" Recamier? -preguntó Laurie con una mirada burlona a su mujer.

-¡El tiempo lo dirá! Vámonos, Señor Impertinencia, y no escandalices a la familia poniéndome nombres raros en mis propias narices... -respondió Amy, resuelta a que sobre todo habría en su casa una buena mujer de hogar antes de actuar como "reina de la sociedad".

-¡Qué felices parecen estos chicos! -observó el señor March, encontrando difícil volver a su Aristóteles después que se hubo marchado la joven pareja.

-Y creo que les va a durar -agregó la señora, con la satisfacción de un piloto que ha llevado su barco a buen puerto.

-¡Feliz de Amy!... -y Jo suspiró, para sonreír en seguida alegremente cuando vio que el profesor Bhaer abría la verja.

Esa noche, más tarde, ya tranquilo respecto al sacabotas, Laurie dijo de repente a su mujer que revoloteaba colocando aquí y allá sus nuevos tesoros artísticos:

-Señora de Laurence...

-¿Señor?

-Ese hombre quiere casarse con nuestra Jo.

-Así lo espero. ¿Y tú, querido?

-Bueno, amor, lo considero un tipo estupendo en todo el sentido de esa expresiva palabra, pero me gustaría, no lo niego, que fuese algo más joven y bastante más rico...

-¡Vamos, Laurie, no seas exigente ni mundano. Si se quieren, no importa un ápice que sean viejos ni pobres. Las mujeres no deben nunca casarse por dinero... - Amy se interrumpió bruscamente al escapársele aquellas palabras y miró a su marido, quien replicó con maliciosa gravedad:

-Por cierto que no, lo que no quita que uno oiga a veces a algunas chicas decir que lo harán...

-¡Oh, queridísimo muchacho, no me digas eso, por favor...! Cuando te di el sí olvidé completamente que eras rico y me hubiese casado contigo aunque no tuvieses un centavo. A veces desearía que fueses pobre, así podría probarte cuánto te quiero. -Y Amy, que era muy digna y altiva en público pero muy tierna en privado, dio a su marido pruebas convincentes de la veracidad de sus palabras-. ¿De verdad no crees que sea yo aquella criatura mercenaria que traté de ser un día, eh, Laurie? Me destrozaría el corazón si no me creyeses.

-¿Acaso soy un bruto o un idiota? ¿Cómo podría creer semejante cosa cuando rehusaste a un hombre más rico que yo y no me dejas que te compre ni la mitad de lo que yo quisiera regalarte ahora que tengo derecho? La hija fue leal a las enseñanzas de la madre. Se lo dije a mamá ayer y se alegró tanto como si le hubiese dado un cheque de un millón para beneficencia... ¡Señora ¿te Laurence!... no estás escuchando mis reflexiones morales... -y

Laurie se detuvo porque los ojos de Amy tenían una mirada ausente a pesar de estar fijos en su cara.

-No quiero que te pongas vanidoso, pero te confieso que estoy más orgullosa de lo buen mozo que es mi marido que de todo su dinero. No te rías, ¡pero si supieses qué consuelo es para mí tu nariz!... -dijo Amy acariciando la bien cortada facción de su marido con gran satisfacción artística.

Laurie había oído muchos elogios de su persona, pero nunca ninguno le gustó como aquél.

-¿Puedo hacerte una pregunta, querido? -dijo Amy al poco rato.

-Naturalmente.

-¿Te va a lastimar que Jo se case con el señor Bhaer?

-¡Ah!... Conque ésas tenemos, ¿eh? Ya me parecía que algo había que no te gustaba. No siendo el proverbial perro del hortelano, te aseguro que podré bailar en el casamiento de Jo con los pies tan ligeros como el corazón. ¿Acaso lo dudas, queridísima?

Amy lo miró y estuvo satisfecha, disipado para siempre su último celoso temor.

-Ojalá pudiésemos hacer algo por el excelente profesor. ¿No podríamos inventarle un pariente rico que se muriera en Alemania y le dejase una fortunita bien saneada? -dijo después Laurie, cuando se pusieron a pasear del brazo por la enorme sala como les gustaba tanto hacer, en recuerdo del jardín del castillo, allá en Suiza.

-Jo nos descubriría y echaría todo a perder; está muy orgullosa de él, y ayer, sin ir más lejos, nos decía que cree que la pobreza es una cosa hermosa...

-¡Bendita muchacha!. .. No va a pensar eso cuando tenga un marido literato y una docena de profesorcitos y profesorcitas que mantener. No intervendremos ahora, Amy, pero seguiremos observando hasta que se presente nuestra oportunidad para hacerles un favor aunque tenga que ser a pesar de ellos. Por lo que a mi concierne, estoy en deuda con Jo por buena parte de mi educación, y ella cree que hay que pagar las deudas, de modo que ése será el truco que utilizaré para ganarle la partida.

-¡Qué maravilla poder ayudar así a los demás, ¿no es cierto, Laurie? Ese será precisamente uno de mis sueños favoritos, tener cómo dar con liberalidad, y gracias a ti ese sueño se ha realizado...

-Vamos a hacer mucho bien, ¿eh, Amy? Y hay un tipo de pobreza que me gusta especialmente ayudar. Los pobres de solemnidad siempre son ayudados, pero los pobres vergonzantes la pasan mal porque se 'resisten a pedir y la gente no se anima a ofrecerles nada por miedo de ofenderlos, pero hay mil maneras de ayudarlos si uno sabe cómo hacerlo en forma delicada.

-Se necesita un caballero para hacer tal cosa -añadió el otro miembro de aquella sociedad de admiración recíproca.

-Gracias, querida, no creo merecer tu bonito cumplido, pero lo que te quería contar es que cuando andaba vagabundeando por Europa encontré a muchos jóvenes de talento que hacían toda clase de sacrificios, soportando verdaderas penalidades para poder cumplir sus sueños. Esa es la gente a quien da satisfacción auxiliar, pues si tienen genio constituye un honor servirlos y no dejar que se pierdan o demoren por falta de medios. Por otra parte, si no tienen talento, también da gusto consolar a esos pobres individuos y alejarlos de la desesperación cuando se dan cuenta de sus deficiencias.

-¿Qué maravilla que pienses así! Y hay otra clase de pobres: los que no pueden pedir. Sé bastante de esa clase porque yo pertenecía a ella antes de que hicieras de mí una princesa. Las muchachas ambiciosas lo pasan mal, Laurie, y a menudo deben dejar pasar la juventud y las oportunidades más preciosas, únicamente por falta de ayuda en el momento apropiado. No me quejo por mí, pues siempre he encontrado gente bondadosa que me ha auxiliado, así que

cuando veo a muchas jóvenes que luchan como nosotros solíamos hacerlo, siempre deseo extenderles una mano para ayudarlas.

-Y así lo harás, querida, como que eres un ángel - dijo Laurie, resolviendo en un ataque de celo filantrópico fundar y dotar una institución en expreso beneficio de las jóvenes con aficiones artísticas-. La gente rica no tiene derecho a divertirse ni a dejar que se acumule su dinero para que otros lo malgasten. No es inteligente dejar legados cuando uno se muere sino utilizar el dinero con prudencia mientras uno está vivo y disfrutar la satisfacción de hacer felices con él a otras personas.

-Ese será nuestro compromiso y nosotros seremos con él los más favorecidos.

La joven pareja selló el pacto con un apretón de manos y volvió a su paseo feliz, con la sensación de que su hogar placentero lo era aún más porque se proponían llevar alegría a otros hogares.

XXII
DAISY Y DEMI

No cumpliría con mi deber de humilde historiadora de la familia March sin dedicar al menos un capítulo a dos de los miembros más importantes y preciados de ese cónclave. Daisy y Demi han llegado ya a los años llamados de la discreción. Si alguna vez hubo unos mellizos en peor peligro de ser echados a perder a fuerza de adoración fue sin duda este par de Brookes parlanchines. Naturalmente que "eran los chicos más notables que se habían visto. nunca", lo cual era probado cuando se sepa que caminaron a los ocho meses, hablaban de corrido a los doce, y a los dos años se sentaban a la mesa y se portaban con una compostura que encantaba a todos cuantos los miraban. A los tres años Daisy pidió una "acoja" y confeccionó una bolsita con cuatro puntadas... también jugaba "a las casitas" en el aparador y manejaba una cocinita microscópica con una habilidad que hizo asomar lágrimas de orgullo a los ojos de Ana, mientras Demi aprendía las letras con su abuelo, quien inventó un nuevo sistema de enseñar el alfabeto, formándolas con brazos y piernas y combinando así el ejercicio intelectual con la gimnasia para cabeza y talones. Al chiquillo se le desarrolló muy temprano el talento mecánico, lo cual encantaba a su padre y desesperaba a su madre, pues el chico trataba de imitar cuanta máquina vela, manteniendo la "nursery" en estado caótico con su "mánicaser"[14], curiosa estructura de piolines, sillas, broches de ropa y carretes a guisa de ruedas para "vodar y vodar".

Aunque notablemente diferentes en carácter, los mellizos se llevaban magníficamente y rara vez se peleaban más de tres veces por día. Como era muy natural, Demi tiranizaba a Daisy, convirtiéndose sin embargo en su galante defensor contra todo otro agresor que no fuese él mientras que Daisy era una verdadera esclava de su hermano y lo adoraba como si fuera el único ser perfecto del mundo. Rosada, regordeta y alegre, Daisy encontraba fácilmente el camino que va al corazón de las gentes: una de esas chiquitas amorosas que parecen nacidas para ser besadas, abrazadas y adoradas como pequeñas diosas. Sus pequeñas virtudes eran tan dulces que hubiese sido un verdadero ángel si unas cuantas picardías no la hubiesen mantenido dentro de lo deliciosamente humano. En su mundo siempre había buen tiempo y todas las mañanas se trepaba a la ventana en camisoncito y decía, lloviese o tronase: "¡Nino día, nino día!" Todo el mundo era su amigo y ofrecía besos al extraño con tan absoluta

[14] Corrupción de "maquina de coser", en el lenguaje ce Demi.

confianza que claudicaba ante ella el más inveterado de los solteros. En cuanto a los que amaban a los chicos, se convertían inmediatamente en fieles adoradores.

-¡Mí quele toro el mundo!... -dijo una vez abriendo los bracitos con una cuchara en una mano y un jarrito en la otra, como si quisiera abrazar y dar de comer a toda la gente.

Como verdadero yanqui, Demi era de mentalidad curiosa y quería saberlo todo, mortificándole sobremanera que los grandes no supieran, a veces, darle respuesta satisfactoria a su perpetuo: "¿Para qué?"

Tenía también inclinación filosófica, para deleite de su abuelo, quien solía sostener con él conversaciones socráticas, durante las cuales el precoz discípulo ocasionalmente posaba como su maestro, con no disimulada satisfacción de las damas.

-¿Qué es lo que hace andar mis piernas, abelo? - preguntaba el joven filósofo, examinando esas activas partes de su anatomía con aire meditativo una noche mientras descansaba de una jugarreta "de las de antes de irse a la canta".

-Es tu mentecita, Demi -replicaba el sabio acariciando respetuosamente la cabeza rubia.

-Y ¿qué es la metecita?

-Es algo que hace que tu cuerpo se mueva igual que los resortes hacen andar las rueditas de mi reloj. ¿Te acuerdas cuando te lo mostré?

-Abeme, abelo, quedo ver cómo doy veltas.

No puedo hacer eso, igual que tú no pudiste abrir mi reloj. Es Dios quien te da cuerda y sigues andando hasta que El te pare...

-¿De velas? -preguntó Demi con los ojos pardos muy abiertos mientras digería aquel nuevo pensamiento¿Me dan cueda como al deló?

Siguió una cuidadosa explicación que Demi escuchó con atención tal que la abuela, inquieta, dijo:

-¿Te parece prudente, querido, hablar de esas cosas a este chiquito? ¡Está aprendiendo a hacer preguntas inverosímiles! ...

-Si tiene edad suficiente como para hacer la pregunta, también la tiene para recibir respuestas exactas. Yo no le estoy metiendo ideas en la cabeza, sino ayudándole a desenredar aquellas que ya están allí. Estos chicos son más sabios que nosotros, y no me cabe la menor duda de que ha entendido cada palabra de lo que le he explicado. Vamos a ver, Demi, ¿adónde está tu mente?

Si el chiquillo hubiese respondido como Alcibiades: "Por los dioses, Sócrates, que no lo sé", su abuelo no se hubiera sorprendido, pero, cuando después de meditar un momento parado en una pierna como una joven cigüeña Demi contestó con tono de serena convicción:

"En la bariga", el abuelo no pudo menos de unirse a la risa de la abuela y cerrar aquella clase de metafísica.

Podría haber habido motivo de inquietud si Demi no hubiera dado continuas y convincentes pruebas de ser un verdadero chico además de un filósofo en cierne, pues a menudo, luego de una discusión que hacía profetizar a Ana con gestos siniestros: "Este chico no será mucho tiempo de este mundo", el predestinado se daba vuelta y disipaba los temores de la buena mujer con alguna travesura de marca mayor.

Meg formuló muchos reglamentos y trató de que se cumplieran, pero ¿qué madre ha podido nunca resistir los engatusadores ardides, las ingeniosas evasiones o la tranquila audacia de esos hombres y mujeres minúsculos que con tanta precocidad demuestran ser astutos y tramposos".

-Basta de pasas, Demi, te vas a enfermar.

-Mí gusta estar enfermo.

-Pero a mí no, así que sal de aquí y ve a ayudar a Daisy a hacer pastelitos -le dice la mamá al jovencito que viene a ofrecer sus servicios indefectiblemente el día de hacer "plum-

pudding".

El chico se va de mala gana, pero sus agravios le pesan en el espíritu, y más tarde, cuando se presenta la oportunidad de resarcirse, le gana la partida a la madre con un astuto pacto.

-Como se han portado bien, ahora voy a jugar a lo que quieran -les dice Meg llevándose a sus dos ayudantes de cocina arriba cuando el "pudding" ya está seguro en el horno.

-¿De veras, mamá? -pregunta Demi con una idea brillante.

-Sí, de veras, cualquier cosa que me propongan -replica la miope de la madre, preparándose a cantar "Los tres gatitos" media docena de veces o a llevar a su progenie a comprar un bollo de un centavo, sin hacer caso del viento o el cansancio. Pero Demi la arrincona con la

siguiente respuesta serena:

-¡Marros a comenos todas las pasas!

La tía Dodo (Jo) era la principal confidente y compañera de juegos de los dos chicos, y aquel trío ponía la casa patas arriba con suma frecuencia. La tía Amy no era por ahora más que un nombre para ellos, y tía Beth pronto se convirtió en un vago recuerdo, pero tía Dodo era una realidad viviente y los chicos le sacaban todo el partido posible, considerando ella esa preferencia como un cumplido muy halagador. Pero cuando Bhaer apareció en escena, Jo descuidó bastante a sus compañeritos de juego y las pobres almitas se vieron tristes y desoladas. Daisy, que era aficionada a andar por ahí repartiendo besos, perdió a su mejor cliente y cayó en bancarrota. Demi, por su parte, pronto se dio cuenta con su infantil penetración que a tía Dodo le gustaba más jugar con el hombre-oso que con él, y aunque muy resentido, ocultó su agravio porque no tuvo alma de insultar a un rival que tenía una mina de pastillas de chocolate en el bolsillo y un reloj que podía ser sacado y sacudido a gusto por admiradores fervientes.

No faltará quien considere como sobornos estas agradables libertades, pero Demi no lo veía así y siguió tratando al hombre-oso con afabilidad reflexiva mientras que Daisy le otorgaba sus afectos sin reticencias.

Suele pasar que los caballeros tengan un repentino ataque de admiración por los pequeños parientes de las damas de sus pensamientos, pero esta falsa filoprogenitividad les queda generalmente muy mal y no convence a nadie. En cambio, la devoción del señor Bhaer era sincera, pues el señor Bhaer era de aquellos hombres que realmente se sienten cómodos con los niños. Sus asuntos, fuesen los que fueren, lo ocupaban durante todo el día, pero por la noche rara vez fallaba en aparecer por la casa de los March para ver... ¡Bueno!... siempre preguntaba por el señor March... él debía ser la atracción principal. El excelente padre, evidentemente, lo creía también, pues lo acaparaba escandalosamente, deleitándose con sabrosas discusiones con aquella alma gemela. Hasta que una observación' casual de su nieto lo iluminó de repente:

Sucedió que el señor Bhaer llegó una noche hasta el umbral del escritorio y quedó atónito ante el espectáculo que vieron sus ojos: postrado en el suelo, estaba el señor March, con las venerables piernas al aire y, a su lado, también postrado, estaba Demi, tratando de imitar su postura con sus cortas patitas; los dos ocasionales rastreadores estaban tan absortos que ni se percataron de que tenían espectadores, hasta que el señor Bhaer soltó su risa sonora y Jo exclamó con expresión escandalizada:

-Padre, padre... está el profesor...

-¡Buenas noches, señor Bhaer!... Discúlpeme usted un momento, que ya terminamos nuestra clase... Vamos, Demi, haz la letra y di su nombre.

-Lo conozco a ése... -Y después de convulsivos esfuerzos las piernecitas rojas tomaron la

forma de un compás y el inteligente alumno gritó triunfante-. Es la we, abeto es la we[15].

-Es un Sam Weller nato[16] -dijo Jo riendo mientras su progenitor se incorporaba y su sobrino trataba de sostenerse de cabeza como único modo de expresar su satisfacción de que se hubiese acabado la clase.

-¿Qué has estado haciendo hoy, bübchen ("nene") -preguntó el señor Bhaer, alzando al gimnasta.

-Mi fue a ver a Mariquita...

-¿Y qué hiciste una vez allí?

-La besé -respondió Demi con franqueza absolutamente exenta de malicia.

-Prut!... ¡Comienzas pronto!... ¿Y qué dijo Mariquita a eso? -preguntó Bhaer continuando la confesión del pequeño pecador, quien procedía a explorarle el bolsillo del chaleco.

-h, le gustó mucho, y me besó, y a mí me gustó también. ¿No es cierto que a los chicos les gustan las chicas? -agregó Demi con la boca llena y un aire de dulce satisfacción.

-¡Pues sí que eres un pollito precoz!... ¿quién te puso tal cosa en la cabeza? -preguntó Jo, tan divertida con las revelaciones inocentes del mocoso como lo estaba el profesor.

-No está en la cabeza, está en la boca -respondió literalmente Demi, sacando la lengua y mostrando una pastilla de chocolate a medio comer, creyendo seguramente que la tía se refería a caramelos y no a ideas.

-Deberías guardar algunas pastillas para la amiguita...

Y el señor Bhaer ofreció pastillas a Jo con una mirada que hizo pensar a la muchacha si el chocolate sería el néctar bebido por los dioses. También Demi vio aquella sonrisa, e impresionado preguntó ingeniosamente:

-¿A los muchachos grandes también les gustan las chicas grandes, profesor?

Bhaer no sabía mentir, de modo que se contentó con dar la vaga respuesta de que creía que sí... a veces, en un tono que el señor March, preocupado, echó una mirada al rostro de Jo, que más bien lo esquivaba, y se hundió luego en un sillón como si aquel "pollito precoz" le hubiese puesto en la cabeza una idea que era a la vez dulce y amarga.

Y media hora después, Dodo, encontrando a Demi en la despensa, en lugar de sacudirlo en castigo por estar allí casi lo ahoga de un abrazo ternísimo, y después lo premió con un inesperado regalo de pan con jalea, problema que intrigó al chico, sin que nunca le encontrase solución.

XXIII
BAJO EL PARAGUAS

Mientras Laurie y Amy daban paseos conyugales sobre alfombras de terciopelos, ponían su casa en orden y proyectaban un futuro venturoso, el señor Bhaer y Jo realizaban otra clase de paseos, por caminos embarrados y calles anegadas de lluvia.

-Siempre doy un paseo al anochecer y no veo por qué he de suspenderlo sólo porque suelo encontrarme al profesor cuando sale de su casa -se dijo Jo, luego de dos o tres de aquellos encuentros. Había dos senderos que llevaban a casa de Meg, pero cualquiera de los dos que tomase Jo era seguro que encontraba a su amigo, ya de ida, ya de vuelta. Siempre iba de prisa y nunca parecía verla hasta estar casi encima. Entonces, si ella iba a casa de Meg, él

[15] Pronunciación de Demi de la "v".
[16] Famosísimo cómico de Dickens, en "Peckwick Papeos".

siempre tenía algo para los nenes; si se dirigía a su casa, él iba casualmente para allá, después de dar un paseíto hasta el río... a menos que estuviesen cansados de sus visitas...

Si lo estaba se las arreglaba para ocultar aquel cansancio con gran habilidad y se preocupaba de que hubiese café para la comida, porque a Friedrich... quiero decir el señor Bhaer, no le gusta el té.

A la segunda semana de estos acontecimientos todo el mundo sabía ya a qué atenerse, aunque trataban de aparentar que estaban ciegos respecto de los cambios operados en la cara de Jo. Y se guardaban muy bien de preguntarle por qué cantaba cuando trabajaba, se peinaba tres veces por día y volvía tan rosada de sus caminatas nocturnas. Pero nadie dudó de que el señor Bhaer, mientras hablaba de filosofía con el padre, estaba dando a la hija lecciones de amor.

Aquella muchacha, siempre rebelde, ni siquiera pudo enamorarse en forma corriente sino que trató de ahogar ese sentimiento, y al no lograrlo le tocó sufrir bastante. En primer lugar tenía miedo cerval de las burlas si se rendía después de sus vehementes declaraciones de independencia. Laurie constituía su principal terror, aunque, gracias a su nueva mentora, el susodicho se comportó con laudable corrección y nunca llamó al señor Bhaer "viejo estupendo" en público ni se refirió tampoco nunca al aspecto mejorado de Jo, ni expresó la más mínima sorpresa al ver el sombrero del profesor todas las noches en el "hall" de los March. Pero ese pícaro muchacho grande se regocijaba en privado y anhelaba el día en que pudiese regalar a Jo una bandeja de plata con un oso y un garrote como escudo de armas apropiado al caso.

Durante quince días el profesor apareció con regularidad típica de enamorado, pero luego dejó de venir tres días enteros sin dar señales de vida, procedimiento que hizo poner serio a todo el mundo y a Jo pensativa primero y luego -¡ay romanticismo!...- muy enojada.

-¡Estará ya harto, me imagino... Se ha marchado por donde vino... No es que me importe, naturalmente... pero me parece que bien podía haberse despedido, como cuadra a un caballero -se decía una tarde nublada, mientras se arreglaba para su paseo diario.

-Mejor que lleves el paragüitas, querida, parece que va a llover -le dijo la madre observando que se había puesto su mejor sombrero.

-Sí, mamá. ¿Necesitas algo del centro? Tengo que comprar papel... -respondió Jo, tironeando del moño bajo la barbilla como excusa para no mirar a la madre.

-Sí, por favor, tráeme medio metro de algodón asargado, un paquete de agujas número nueve y dos metros de cintita lila... ¿Te has puesto las botas gruesas y algo abrigado bajo el tapado?

-Creo que sí -contestó Jo, completamente distraída.

-Si te llegas a encontrar con el señor Bhaer, tráetelo a tomar el té. Estoy deseando verlo -añadió la señora. Eso sí que lo oyó Jo, pero nada respondió. Sólo dio un beso a su madre y se marchó rápidamente.

Las tiendas no estaban entre los bancos, las oficinas o los depósitos donde suelen congregarse los caballeros, pero Jo se encontró en esa parte de la ciudad antes de hacer una sola de sus compras, demorándose por ahí como si esperase a alguien, mirando instrumentos de ingeniería en una vidriera y muestras de lana en otra, con interés muy poco femenino, tropezando con barriles y viéndose varias veces a punto de ser aplastada por enormes fardos y empujada sin ceremonia por hombres fuertes ocupados en trabajos rudos que la miraban como si se preguntasen: "¿Qué diablos hará ésta por aquí?"... Una gota de lluvia en la cara trasladó sus pensamientos de sus esperanzas fallidas hasta las cintas estropeadas de su sombrero, pues las gotas continuaron cayendo, y como Jo era mujer, además de estar enamorada, pensó en salvar el sombrero. Sólo ahora se acordó del paragüitas, que al final se había olvidado de traer; pero era inútil lamentarse y no había nada que hacer más que pedir un paraguas prestado

Librodot

o resignarse a sufrir una mojadura fenomenal. Miró la calle embarrada y luego de una mirada hacia atrás a un cierto depósito mugriento, que decía "Hoffmann & Co.". en la puerta, se dijo con severo aire de reproche:

"¡Me lo tengo bien merecido!... ¡No sé por qué tenía que ponerme todas mis mejores galas y venir a coquetear por estos barrios con esperanzas de ver al profesor! ¡No, nada de entrar ahí a pedir un paraguas prestado!... ¡Ni de averiguar por sus amigos adónde está!... Te irás por tu cuenta y harás tus compras bajo la lluvia... ¡Y si te pescas una pulmonía y arruinas el más mono de tus gorritos, no será ni más ni menos que lo que te mereces!..."

Con esa filípica dirigida a sí misma, Jo cruzó la calle tan atropelladamente que se escapó raspando de ser aplastada por un camión que pasaba, precipitándola en brazos de un majestuoso y anciano caballero, que le dijo:

-Perdón, señora... -con aire visiblemente ofendido.

Algo acobardada, Jo se compuso, y dejando atrás las tentaciones se dio prisa, sintiéndose cada vez más mojada por el sector de los tobillos y oyendo mucho entrechocar de paraguas por encima de la cabeza. Uno de aquellos armatostes, un ejemplar azul bastante deteriorado, se quedó estacionario sobre el famoso sombrerito de las cintas rojas, le llamó por fin la atención, y al levantar la vista vio al señor Bhaer.

-Me parece que conozco a esta dama de gran carácter que camina con tanta valentía pero demasiada prisa, tratando de andar entre el barro... ¿Qué hace usted por aquí, amiga mía?

-Compras...

El señor Bhaer sonrió, paseando la mirada de la fábrica de pickles que había a un lado y la firma mayorista de cueros al otro, pero se limitó a sonreír cortésmente y decirle:

-No tiene usted paraguas... ¿Puedo venir yo también y tomar para usted los paquetes?

-¡Cómo no! Muchas gracias.

Las mejillas de Jo estaban tan rojas como su cintas y se preguntaba qué pensaría de ella el señor Bhaer, aunque no le importó mayormente, y al minuto se encontró caminando del brazo con el profesor, sintiendo como si el sol hubiera salido de pronto con desusado brillo y como si todo se hubiese arreglado de nuevo en el mundo.

-Creíamos que se había usted marchado -se apresuró a decir Jo, pues sabía que él la estaba mirando.

-¿Acaso pensó que podía marcharme sin despedirme de quienes habían sido tan bondadosos conmigo? -le preguntó él con tono tal de reproche que Jo tuvo la sensación de haberlo insultado sugiriendo tal cosa, y de nuevo se apresuró a asegurarle con calor:

-No, yo no lo creía... Lo suponía ocupado con sus asuntos, pero lo cierto es que lo extrañábamos... papá y mamá, especialmente.

-¿Y usted?

-Yo siempre me alegro de verlo, señor.

En su preocupación por mantener tranquila la voz, Jo la hizo algo fría y el gélido monosílabo al final de la frase pareció helar al pobre profesor, pues se evaporó su sonrisa.

-Vendré una vez más antes de marcharme.

-¿Entonces es cierto que se va?

-No tengo ya nada más que hacer aquí, ya he terminado.

-Espero que con éxito, ¿eh? -preguntó Jo algo inquieta porque en la breve respuesta creyó percibir la amargura del desencanto.

-Se me ha abierto una puerta que ganará mi pan, además de mucha ayuda de mis jünglings (pequeños).

-¡Cuénteme, por favor! ... me interesa todo lo concerniente a... los niños -dijo Jo, ansiosamente.

-¡Qué amable de su parte! ... Mis amigos me han conseguido un colegio donde ganaré lo

suficiente para allanar el camino de Franz y Emilio. ¿Le parece que debo estar contento?

-¡Pues ya lo creo!... ¡qué espléndido va a ser verlo con frecuencia... a usted y a los chicos! -exclamó Jo, insistiendo en el tema de los niños como excusa de la satisfacción que tanto temía la traicionase.

-¡Oh!, no lo creo... esta universidad está en el Oeste.

-¿Tan lejos? -gritó ahora Jo dejando la falda librada a su suerte como si ya no le importase lo que le pasara a su ropa o a ella.

El señor Bhaer sabía leer en varios idiomas, pero no había aprendido todavía a leer en los ojos de las mujeres. Se preciaba de conocer bastante bien a Jo y estaba anonadado al observar las contradicciones de su voz, su rostro y sus modos, puesto que la muchacha había pasado por media docena de estados de ánimo diferentes en espació de una hora. Cuando la encontró pareció sorprendida, aunque era difícil no sospechar que había venido por aquellos barrios expresamente para verlo. Cuando le ofreció el brazo se lo tomó con una mirada que lo encantó, pero al preguntarle si lo había extrañado, la respuesta había sido tan ceremoniosa que el pobre Bhaer se desesperó de nuevo. Al oír del buen éxito de su gestión, a Jo le había faltado poco para batir palmas... ¿acaso todo ese júbilo era sólo por los chicos? Luego, al enterarse del lugar de su destino, había exclamado: "¡Tan lejos!" con un tono de desesperación que lo volvió a elevar al pináculo de la esperanza... pero casi en seguida lo volvió a desplomar observando, cómo quien estuviese completamente absorbida en aquel asunto:

-Aquí está el comerció; ¿quiere entrar?

Jo estaba muy orgullosa de su habilidad como compradora, y ese día, especialmente, quería lucirse. Pero precisamente, a causa de su estado de excitación, todo le salió mal: empezó por volcar la bandeja de fas agujas de la tienda... se olvidó que el algodón debía ser "asargado" hasta después de cortado... se equivocó en el cambió y acabó por cubrirse de vergüenza al pedir cinta lila en la sección de los percales. Bhaer la seguía, observando cómo se sonrojaba y se equivocaba, y su propia perplejidad respecto a ella pareció disiparse, pues comenzaba a percatarse de una cosa: que en ciertas ocasiones, las mujeres, como los sueños, son completamente contradictorias.

Cuando salieron de la tienda Bhaer se puso el paquete bajo el brazo con aire más alegre y comenzó el caminó chapaleando por los charcos como si no le disgustase del todo.

-¿Hagamos un poco de "compras para los nenes", como usted dice, y tengamos una fiestecita de despedida esta noche, que iré por última vez a su casa? -preguntó parándose ante una vidriera llena de frutas y flores.

-¿Qué compramos? -dijo Jo, pasando por alto la última parte del discursito del profesor.

-¿Pueden comer naranjas e higos? -preguntó el señor Bhaer con aire paternal.

-Por cierto que los comen cuando los tienen.

-¿Le gustan a usted las nueces?

-Como a las ardillas.

-¡Uvas de Hamburgo!... ¡Pues brindaremos por la madre patria con ellas...!

Jo frunció el entrecejo ante semejante derroche. Al oír lo cual, el señor Bhaer confiscó la cartera de Jo, sacó la suya y compró varias libras de uvas, una maceta de margaritas rosadas para Daisy[17] y un bonito tarro de miel a guisa de damajuana. Luego, deformándose los bolsillos con aquellos paquetes protuberantes, le entregó a ella las flores, levantó el paraguas y se pusieron de nuevo en caminó.

-Meess Marsch, tengo un favor que pedirle -empezó a decir el profesor cuando habían caminado apenas media cuadra.

-¿De qué se trata, señor? -Y le latió el corazón a Jo.

[17] En inglés, daisy: margarita.

-Me atrevo a decírselo a pesa de la lluvia, ya que me queda tan poquísimo tiempo....

-Sí, señor. -Y Jo casi aplasta la macetita del apretón repentino que le dio.

-Deseó comprar un vestiditó para mi Tina y soy tonto para comprarlo yo sólo. ¿Quisiese usted darme una palabra de su gusto y su ayuda?

-Sí, señor. -Y Jo se sintió de repente tan tranquila y serena como si hubiese entrado en un refrigerador.

-Quizá también compraré un chal para la mamá de Tina... está tan enferma y es tan pobre... y el marido le da tanto trabajo... Sí, sí, un chal grueso, bien abrigado, sería un lindo gesto de amistad para con la madrecita.

-Lo haré con mucho gusto, señor Bhaer... -Y pensaba: "Voy demasiado de prisa y este hombre se me hace más querido con cada minuto que pasa". Y se dedicó con alma y vida a ocuparse del asunto en cuestión.

Bhaer le dio carta blanca, de modo que Jo eligió primero un monísimo vestido para Tina y luego pidió que sacaran chales. Siendo casado, el vendedor se dignó interesarse por aquella pareja.

-Su señora va a preferir éste; es un artículo muy superior, un color precioso, sobrio y elegante a la vez -dijo extendiendo un chal gris muy abrigado y echándolo sobre los hombros de Jo.

-¿Le gusta, señor Bhaer? -le preguntó ella dándole la espalda para ocultar el rostro.

-Muchísimo; lo compraremos -respondió el profesor, sonriendo para sí mientras lo pagaba, y entretanto Jo continuaba revolviendo los mostradores.

-¿Nos vamos a casa ahora? -preguntó por fin el profesor como si aquellas palabras le fueran muy gratas.

-Sí, que es tarde... y ¡estoy tan cansada!

Y la voz de Jo sonó patética, pues ahora el sol parecía haberse escondido tan pronto como saliera y el mundo apareció de nuevo embarrado y lastimoso. Sólo ahora se dio cuenta de que se le habían enfriado los pies, le dolía la cabeza y que su corazón estaba más frío aún que aquéllos. El señor Bhaer se marchaba... sólo la quería como amiga, había sido todo una equivocación, y cuanto más pronto terminara aquel asunto, mejor... Llamó un ómnibus que se acercaba con tanta prisa que las margaritas se salieron de la maceta y se estropearon mucho.

-Este no es nuestro ómnibus -dijo el profesor agachándose a recoger las pobres florecitas.

-Perdón... No importa, podemos caminar, estoy acostumbrada a chapalear en el barro -replicó Jo pestañeando fuerte, pues hubiese preferido morirse que secarse abiertamente los ojos.

El señor Bhaer vio la cara mojada de Jo, pese a que ella había vuelto la cabeza; eso pareció conmoverlo mucho, pues inclinándose le preguntó con tono muy significativo:

-Querida de mi corazón, ¿por qué llora?

Si Jo no hubiese sido nueva en estos lances, hubiera respondido que no lloraba, que se había resfriado, o cualquier otra mentirilla femenina de las que se estilan. En lugar de lo cual, la incorrecta criatura contestó con un irreprimible sollozo:

-Porque usted se marcha...

-Ach, mein Gott!...[18] Eso sí que está bueno -vociferó el señor Bhaer, arreglándoselas para batir palmas a pesar del paraguas y de los paquetes. Y luego continuó:

-Jo, no tengo nada que ofrecerle más que mucho amor... pero vine a esta ciudad a ver si podía quererme y esperé a ver si realmente era algo más para usted que un amigo... ¿Lo soy? ¿Puede hacer un lugarcito en su corazón para el viejo Fritz? -dijo atropelladamente, sin pausa de ninguna clase.

[18] ¡Ah, Dios mío!

-¡Ah, sí! -dijo Jo.

Y a él le bastó eso, pues ella le rodeó el brazo con ambas manos y mostró bien a las claras que se consideraría feliz de caminar por el mundo junto a él aunque no tuviese más protección que un viejo paraguas, siempre que fuera él quien lo llevara.

Por cierto que esta propuesta de casamiento fue hecha a contrapelo, pues Bhaer no podía arrodillarse allí en el barro; ni tampoco ofrecerle a Jo su mano más que en sentido figurado, porque ambas estaban no sólo ocupadas, sino repletas; mucho menos aún podía el buen hombre entregarse a ninguna tierna demostración en plena calle y el único modo como podía expresarle su arrobamiento era mirándola... Si Bhaer no hubiese amado a Jo mucho, desde antes, no creo que pudiese haberse enamorado en aquel momento, pues Jo estaba lejos de aparecer deseable con la falda en estado deplorable, las botas de goma salpicadas de fango y el gorrito hecho un ruina. Afortunadamente, el señor Bhaer la consideraba la mujer más bella que existía en el mundo, y, por su parte, Jo lo vio en ese momento más parecido a Júpiter que nunca.

Los paseantes los creyeron un par de chiflados, pues ambos se olvidaron completamente del ómnibus y siguieron caminando con toda calma, olvidados de la oscuridad que se acentuada y de la niebla que los iba envolviendo. Poco se les importaba lo que los demás pensaran, pues disfrutaban de esa hora feliz que rara vez le llega a nadie más de una vez eh la vida, ese momento mágico que otorga la juventud al viejo. belleza al feo, riqueza al pobre y anticipa a los corazones humanos un estado precelestial. El profesor parecía haber conquistado un reino y el mundo ya no tenía nada que ofrecerle en cuanto a bienaventuranza, mientras que Jo, penosamente a su lado, tenía la seguridad de que aquél había sido siempre su sitio y se preguntaba de qué modo podría nunca haber escogido otro destino.

-Friedrích... ¿Por qué no? ...

-¡Oh, cielos! ... ¡Ella me da el hombre que no había oído desde que Mina murió! -vociferó el profesor deteniéndose en medio de un charco para mirarla agradecido.

-Siempre lo llamo así eh mi fuero interno... pero no lo haré, a menos que a usted le guste...

-¿Que me guste? Es más dulce para mí de lo que te puedo expresar. Di también "tú", querida, y pensaré que tu idioma es casi tan bello como el mío.

-¿No te parece que "tú" es algo sentimental?[19] -preguntó Jo, pensando en su interior que era un bello monosílabo.

-¿Sentimental? ¡Claro que sí, y gracias a Dios!... A los alemanes nos gusta el sentimiento y nos mantenemos jóvenes gracias a él. ¡El "usted" del inglés es tan frío!... Di "tú", querida de mi corazón, porque para mí significa mucho...

-Muy bien, entonces... ¿Por qué no me dijiste todas estas cosas antes? -preguntó Jo con suma timidez.

-Ahora te voy a tener que mostrar todo mi corazón y de aquí en adelante tú quedarás encargada de él. Ve entonces, mi Jo -¡ah, el querido y gracioso nombrecito!- yo tenía el deseo de decirte algo el día que me despedí de ti en Nueva York, pero creía que el amigo buen mozo estaba comprometido a ti, así que no hablar. ¿Me hubieras contestado que sí, si hubiese preguntado entonces?

-No sé... quizá no, porque entonces no tenía corazón alguno...

-Prut!... eso no creer yo. Estaba sólo dormido ese corazoncito hasta que el príncipe encantado viniese a despertarlo cruzando el bosque...

-Conténtate, porque yo nunca tuve otro amor. Teddy no era más que un niño y pronto se

[19] El "tú" existe en inglés pero no se usa en idioma corriente; únicamente en poesía o en plegarias. De ahí los reparos de Jo.

curó de aquella fantasía -le dijo Jo muy seria, ansiosa de rectificar 'el error del profesor.

-;Muy bueno!... Entonces me quedo tranquilo. He esperado tanto para esto que me he puesto egoísta, como pronto te darás cuenta, "profesorina".

-Me gusta que me llames así -dijo Jo encantada con su huevo nombre-. Y ahora dime lo que te trajo a mi lado justamente cuando más te necesitaba...

-¡Esto! -dijo el profesor sacando un papelito gastado del bolsillo de su chaleco.

Jo desplegó aquel papelito y se quedó muy confundida, pues se trataba de una colaboración suya a un periódico que pagaba la poesía.

-¿Cómo pudo ser eso lo que te trajo a mí? -preguntó entonces sin entender.

-Lo encontré por casualidad y lo reconocí como tuyo por los hombres y las iniciales y había aún un versito que parecía llamarme. Lee y encuéntralo. Yo me ocuparé de que no te metas en los charcos...

Jo obedeció, leyendo, algo salteado, las líneas que ella había bautizado:

EN LA BOHARDILLA

Hay en la bohardilla cuatro arquitas en hilera, opacas de polvo y gastadas de tiempo, llenadas hace mucho por niñas que ahora están en su plenitud. Cuatro llavecitas cuelgan a un lado, con cintas hoy desteñidas atadas allí con orgullo infantil, hace mucho, un día de lluvia. Sobre las tapas, cuatro nombres, tallados por mano infantil de muchacho. Y bajo las tapas, escondidas, recuerdos de una banda feliz de muchachas que un día jugaron allí, deteniéndose a veces a escuchar el dulce estribillo de la lluvia en el techo.

"Meg", decía la primera, lisita y suave la palabra grabada. Hay allí registrada en objetos una vida de paz... obsequios gentiles a la niña y la joven, un traje de novia, cartas a una esposa, un zapatito y un rizo de niño. Ningún juguete queda en esta arca... todos, viejos ya, divierten a otra pequeña Meg... ¡Ah, feliz madre, sé bien que oyes, como un dulce estribillo, canciones de cuna, mientras cae la lluvia en el techo.

"Jo", dice la segunda tapa, rayada y vieja, y adentro un surtido heterogéneo de muñecas sin cabeza, cuadernos rotos, pájaros y animales embalsamados, todos formando el botín que no se recoge más que en el campo mágico de la juventud... sueños de un futuro nunca realizado, recuerdos de un pasado dulce todavía, poemas inconclusos, cuentos locos, cartas de abril, diarios de una chica testaruda; vestigios de una muchacha vieja antes de tiempo, de una mujer en una casa triste de soledad, oyendo como triste estribillo: "Sé digna, amor, el amor vendrá", como la lluvia cayendo sobre el techo.

Mi "Beth", el polvo es siempre quitado de la tapa que lleva tu nombre, como por ojos amorosos que llorasen y manos cuidadosas que añorasen. La muerte canonizó para nosotros a una santa, siempre menos humana que angelical, y aún depositamos, como en un altar doméstico, las reliquias que de ella nos quedan: La campana de plata que rara vez tocó, la cofiecita última que usó, la hermosa Catalina, muerta y llevada por los ángeles al cielo de las muñecas, las canciones que cantaba, sin quejarse nunca en su prisión de dolor. Todo se mezcla dulcemente con la lluvia que cae en el techo.

En la última tapa, bien pulida, hay tallada una leyenda hermosa, hoy convertida en verdadera: un valiente caballero lleva en su escudo, "Amy", en letras de oro y azul. Adentro están las redecillas que recogían su pelo, zapatos de baile que ya no usará, flores marchitas, abanicos que ya no echan aire, alegres "valentinos"[20], amores ardientes, bagatelas que han tenido parte en las esperanzas, temores y defectos de la niña gentil. Registro de un corazón de

[20] El 14 de febrero, día de San Valentín, los muchachos norteamericanos envían tarjetas y obsequios en forma de corazón a sus chicas preferidas, y eso se llama "valentino".

doncella, que ahora aprende hermosos y verdaderos hechizos, oyendo, como feliz estribillo, el sonido argentino de campanas nupciales junto con la lluvia cayendo en el techo.

J. M.

-Como poesía es pésima pero yo la sentía así cuando la escribí un día en que estaba muy sola y lloré apoyada en la bolsa de los trapos viejos. Nunca creí que llegaría a manos de nadie para contar nuestros secretos -dijo Jo rompiendo aquellos versos que el profesor había atesorado tanto tiempo.

-No importa, ya han cumplido su misión y yo obtendré una copia nueva -observó el señor Bhaer con una sonrisa-. Sí, pues -continuó muy serio-, cuando leí aquello me dije para mí: "Tiene una pena, se siente sola, encontraría consuelo en un cariño verdadero y yo tengo un corazón lleno de amor para ella" ... Iré a decirle: "Si esto es poca cosa para dar, a cambio de lo que espero recibir, tómalo, en nombre de Dios"... -Y así fue que viniste...

-Al principio, por bondadosa que fuese la bienvenida que recibí de ustedes, no me animé a esperar. Pero pronto cambié y me decía: "¡La obtendré para mí, aunque me muera, y así ha de ser!... -dijo en voz muy alta el señor Bhaer con un gesto desafiante como si los muros de niebla que los iban envolviendo fuesen barreras que debía vencer o derribar a fuerza de coraje.

A Jo le pareció espléndido lo que decía y resolvió ser digna de su paladín, aunque no hubiese venido en un corcel blanco de lujosos arneses.

-Y ¿qué fue lo que te mantuvo alejado estos últimos días? -preguntó luego, encontrando un placer especial en aquellas preguntas confidenciales y en obtener deliciosas respuestas de las que no hubiese querido privarse por nada del mundo.

-No fue fácil, pero me parecía que no tenía derecho... mejor dicho no tenía alma de sacarte de aquella casa tan feliz, al menos hasta que tuviese perspectivas de poderte ofrecer una yo, aunque fuese quizá después de mucho tiempo y de mucho trabajo. ¿Cómo podía pedirte que renunciaras a tanto por un pobre viejo que no tiene otra fortuna que un poquitito de saber?

-Pues yo me alegro mucho de que seas pobre, no podría soportar a un marido rico -dijo Jo, decidida, añadiendo más bajo-: No le temo a la pobreza, la he conocido demasiado tiempo para encontrar alegría en trabajar para aquellos a quienes amo. Y ¡no te llames viejo! Cuarenta años es la plenitud de la vida y no podría menos que quererte aunque tuvieses setenta...

El profesor encontró eso conmovedor. Jo dijo riendo mientras lo aligeraba de un paquete o dos:

-Yo voy a cumplir mi parte y ayudaré a ganar nuestro hogar, Friedrich. Tienes que resolverte a eso, o no conseguirás que vaya nunca contigo -añadió resueltamente cuando él trató de recuperar los paquetes.

-Ya lo veremos. ¿Tienes paciencia para esperar mucho tiempo, Jo?.. . Ahora tengo que marcharme y hacer solo mi trabajo. Debo también ayudar primero a mis dos chicos, porque ni aun por ti, querida, puedo romper la palabra empeñada a Mina. ¿Puedes perdonar todo esto y estar contenta mientras esperamos para cumplir nuestras esperanzas?

-Sí, Friedrich, estoy segura porque nos queremos, y eso sólo hace fácil de soportar todo lo demás. También yo tengo un deber que cumplir en casa, y no te olvides que tengo además mi trabajo. Tampoco yo podría pasarlo bien si los descuidara, aun por ti, de modo que no hay por qué tener prisas ni impaciencias. Tú puedes hacer lo que te corresponde marchándote al Oeste y yo lo que debo hacer aquí, y dejaremos el futuro en manos de Dios.

-Ah, Jo querida, me das tanto valor y esperanza y yo no tengo nada que darte en cambio, más que un corazón pleno y estas manos vacías -dijo, entonces completamente vencido por la emoción.

Jo no aprendería nunca a portarse con corrección, pues cuando su Fritz dijo eso ahí parado en los escalones de entrada, ella puso ambas manos en las de él, murmurándole tiernamente: "Ahora no están vacías", y se inclinó para besarlo bajo el paraguas. Jo hubiese hecho lo mismo así hubiesen sido seres humanos los gorriones sucios de barro que los miraban desde el cerco, porque estaba perdidita de amor y no le importaba absolutamente nada que no fuese su propia felicidad. Aunque llegó en esa forma sencilla, ése fue en realidad el momento culminante de sus vidas, cuando al volver la espalda a la tormenta, a la noche y a la soledad, y encontrarse con la luz, el calor y la paz del hogar que los esperaban para recibirlos, Jo, con un felicísimo: "¡Bien venido al hogar!", condujo a su novio a la sala y cerró la puerta.

XXIV
TIEMPO DE COSECHA

Durante un año Jo y su profesor trabajaron y aguardaron, alimentaron sus esperanzas y se amaron, viéndose apenas de cuando en cuando y escribiéndose cartas tan voluminosas que se les atribuyó el alza del precio del papel, según decía el siempre travieso de Laurie. El segundo año comenzó más sombríamente porque sus proyectos no se materializaban y luego tía March murió repentinamente. Cuando pasó lo más agudo de la pena -porque habían querido sinceramente a la anciana a pesar de su lengua cortante- descubrieron que en realidad tenían motivo para alegrarse, pues le había dejado a Jo la casa de campo de Plumfield, lo cual posibilitaba toda clase de cosas agradables.

-Es una hermosa propiedad y dejará una buena suma... pues me imagino que pensarán venderla, ¿eh? -dijo Laurie cuando se sentaron a hablar de aquel asunto algunas semanas después.

-Pues no, no pienso venderla -fue la respuesta decidida de Jo mientras acariciaba al gordo perro de lana que acababa de adoptar por respeto a su antigua dueña.

-No tendrás intención de vivir ahí...

-Sí, precisamente, es lo que pienso hacer.

-Pero, querida muchacha, es una propiedad enorme y se necesitará mucho dinero para mantenerla en condi-

ciones. El jardín y la huerta, por lo pronto, requieren tres peones, y creo que la agricultura no es el fuerte de Bhaer, ¿eh, Jo?

-Creo que querrá ensayar cómo le va si yo se lo propongo.

-¿Y esperas vivir con el producto de la finca? Eso suena a paradisíaco, pero os vais a encontrar con que exigirá un trabajo de titanes.

-La cosecha que vamos a cultivar es de las que dejan beneficio -dijo entonces Jo, muerta de risa.

-¿Y de qué va a consistir esa cosecha, si puedo tomarme la libertad de preguntarle, señora?

-De muchachitos. Quiero abrir en Plumfield una escuela de varones, una buena escuela, que sea también un hogar, conmigo para cuidarlos y Fritz para enseñar.

-¡He ahí un proyecto bien digno de Jo! ¿No les parece exactamente lo que se le podía ocurrir únicamente a ella? -gritaba Laurie apelando a la familia, que parecía tan sorprendida como él.

-Me gusta el proyecto -dijo la señora de March con tono decidido.

-A mí también -agregó su marido, que se entusiasmaba con la idea de ensayar el método socrático para la educación de la juventud moderna.

-Va a ser enorme la tarea para Jo de cuidar a tanto niño -opinó Meg, acariciando la cabeza de su único y absorbente retoño.

-Jo es muy capaz de eso y será feliz con ese tipo de trabajo. Es una idea espléndida. Cuéntanos más sobre el proyecto, Jo -dijo el señor Laurance, quien estaba deseando dar una mano a los novios pero sabiendo que rechazarían su ayuda.

-Ya sabía yo que usted estaría de mi lado, señor. Por los ojos de Amy veo que ella también lo está, aunque, prudentemente, espera para pensarlo bien antes de pronunciarse. Quiero que comprendan que no se trata de ninguna nueva idea mía, sino de un proyecto largamente acariciado. Antes de conocer a Fritz solía pensar que cuando hubiese hecho dinero, v nadie me necesitase más en casa, alquilaria una gran finca, y recogería a muchachitos abandonados, pobres, o que no tuvieran madre y los tomaría a mi cargo, cuidándolos y haciéndoles la vida alegre y feliz antes de que fuese demasiado tarde. ¡Veo a tanto chico que arruina su vida por falta de ayuda en el momento oportuno...! Además, parece que yo supiese instintivamente sus necesidades y que los comprendiese en sus tribulaciones. ¡Estoy loca por ser una madre para todos ellos!

La señora de March extendió la mano a Jo, quien la tomó sonriendo y luego siguió hablando:

-Le conté a Fritz mi proyecto y contestó que es precisamente lo que le gustaría a él y estuvo de acuerdo en ensayarlo cuando fuésemos ricos. Pues ahora, merced a mi tía vieja, que me quería más de lo que yo nunca merecí, soy realmente rica, o por lo menos me siento como si lo fuera, y podemos vivir en Plumfield perfectamente bien si tenemos una escuela próspera. Es un lugar que ni mandado hacer para muchachos, pues la casa es grande y los muebles sencillos y fuertes. Adentro hay espacio de sobra para docenas de chicos y los terrenos que la rodean son espléndidos. Los chicos pueden ayudar en el jardín y en la huerta; ¿verdad, papá, que ése es un trabajo muy saludable? Fritz podrá dedicarse a gusto a la enseñanza y preparación de los chicos y papá puede ayudarle en eso. Por mi parte, los alimentaré bien, los cuidaré cuando estén enfermos y los mimaré y regañaré cuando estén sanos. Y en eso mamá será mi gran auxiliar. Siempre me gustó estar rodeada de muchachos y nunca encontraba que eran bastantes para mí. ¡Piensen qué lujo!... Plumfield mío y montones de chicos para disfrutarlo conmigo.

La familia en pleno prorrumpió en carcajadas y el señor Laurence se rió tanto que temieron le diese un ataque de apoplejía.

-No veo que tenga nada de gracioso -les dijo Jo cuando pudo ser oída-. Nada es más natural ni apropiado para mi profesor que abrir una escuela ni para mí que querer vivir en mi propiedad.

-Ya empieza a darse tono -le dijo Laurie, zumbón¿Puedo preguntar de qué modo piensas mantener el establecimiento? Si todos los alumnos van a ser pequeños galopines de la calle, mucho me temo que tu cosecha no resulte productiva en el sentido práctico de la palabra, señora de Bhaer.

-Teddy, no seas aguafiestas. Naturalmente que tendré también alumnos ricos; quizá comience exclusivamente con ellos... luego, cuando progresemos, puedo tomar uno que otro atorrantito... Pero los hijos de los ricos también necesitan cuidados y cariño, igual o más que los de los pobres. ¡He visto a tantos pobrecitos abandonados en manos de sirvientes o a chicos atrasados a quienes nadie hace caso...! Algunos resultan malos a causa del abandono o de la mala dirección que reciben, y otros pierden a sus madres. Además, aun los mejores chicos tienen que pasar por la adolescencia, y es ésa la época en que más necesitan de paciencia y de

bondad. La gente se burla de ellos y de sacarlos de en medio pretendiendo verlos convertirse de la noche a la mañana de chiquitos preciosos en hermosos jóvenes. Valientemente los cuitados no se quejan, pero bien que lo sienten. Yo misma he pasado por algo de eso y sé lo que es. ¿Y qué me dicen de mi propia experiencia? ¿Acaso no he educado a un muchacho hasta convertirlo en el orgullo y el honor de la familia?

-Puedo dar testimonio de que al menos lo intentaste -respondió Laurie con una mirada de agradecimiento.

-Y mi éxito supera a todas mis esperanzas. ¡Hete aquí convertido en un juicioso y sensato hombre de negocios, haciendo montones de bien con su fortuna y acumulando bendiciones de los pobres en vez de más dinero. Pero eres mucho más; adoras las cosas buenas y hermosas, las disfrutas tú y dejas que los demás las compartan, "yendo a medias", como decías cuando éramos chicos. Estoy orgullosa de ti, Teddy, porque mejoras cada año. Cuando tenga "Mi rebaño de muchachitos" te señalaré con el dedo y les diré: "¡Ahí tenéis vuestro modelo, muchachos!"

El pobre Laurie no sabía para dónde mirar.

-Bueno, Jo, me parece que exageras -comenzó a decir-. Todos han hecho mucho por mí y no puedo agradecerles más que empeñándome al máximo en no defraudarlos. Ultimamente tú me has abandonado bastante, pero de todos modos he tenido excelente ayuda, de modo que si algo he logrado, puedes agradecérselo a estos dos -y puso una mano sobre la cabeza blanca del abuelo y otra sobre la rubia de Amy, pues los tres no se separaban nunca mucho.

-Estoy convencida de que las familias son las cosas más bellas del mundo -estalló Jo-. Cuando tenga la mía propia espero que ella sea tan feliz como las tres que conozco y que más quiero. Si Juan y mi Fritz estuviesen aquí esto sería el cielo en la tierra -añadió.

Y esa noche cuando se retiró a su cuarto después de una noche felicísima de conciliábulos familiares, de esperanzas y proyectos, su corazón estaba colmado de ventura.

Fue un año asombroso, pues los acontecimientos se sucedieron de modo rapidísimo. Antes de que pudiera darse cuenta, Jo se encontró casada e instalada en Plumfield. Casi en seguida adquirió un familia de seis o siete muchachos que surgieron como hongos, de la noche a la mañana, y prosperaron sorpresivamente, tanto ricos como pobres, pues el señor Laurence siempre encontraba un caso más de indigencia conmovedora y rogaba a los Bhaer que se compadeciesen del chico y él se haría cargo gustoso del pago de su mantenimiento. De esta manera, el astuto anciano vencía el orgullo de Jo y le proporcionaba el tipo de muchacho que a ella le encantaba tener en Plumfield.

Naturalmente que el principio fue arduo y que Jo tenía que cometer estrafalarios errores, pero el sabio profesor la guiaba con mano segura y el más exuberante galopín era por fin conquistado. ¡Cómo se divertía Jo con sus "rebaños de muchachos"! ¡Y cómo se habría lamentado tía March si hubiese visto los sagrados recintos del prolijísimo y correcto Plumfield invadidos por Tomasitos, Enriques y Diegos! Había en ello una especie de justicia poética, pues la anciana había sido el terror de los muchachos de varias millas a la redonda y ahora los proscriptos se regalaban con ciruelas prohibidas, hollaban botas profanas los senderos enarenados y jugaban al cricquet en el potrero donde pastaba la vaca. Plumfield se convirtió en algo así como un paraíso de muchachos y Laurie sugirió que los llamasen "Bhaer-garten"[21] en honor de su dueño y como apropiado a sus habitantes.

No fue nunca una escuela de moda y el profesor no hizo nunca fortuna con ella, pero fue exactamente lo que Jo había querido que fuese: "un lugar feliz y hogareño para muchachos

[21] Sobre el apellido Bhaer, cuyo sonido en inglés es parecido a "bear" (oso), y también a "beer" (cerveza). La cervecería alemana (beer-garden) actual y el lugar de entretenimiento del siglo XVI (bear-garden), en que cruelmente se acicateaba a un oso atado a un poste dan lugar a la broma de Laurie.

que necesitasen enseñanza, cuidados y bondad". Pronto se llenaron todos los cuartos de la gran casa y cada parcela del jardín tuvo su dueño. Tres veces al día Jo sonreía a su Fritz desde la cabecera de una larga mesa flanqueada por ambos lados por hileras de jóvenes caras felices llenas de amor por "mamá Bhaer". Ahora sí tenía suficientes muchachos, y no se cansaba de ellos, aunque estaban muy lejos de ser unos ángeles y les causaban infinitas tribulaciones e inquietudes al profesor y a la "profesorina". Pero la fe que tenían en el "rinconcito bueno" que existe en el más pícaro, más descarado y más atormentador de los galopines les daba paciencia, habilidad y, con el tiempo, éxito, pues no había chico de naturaleza humana que no cejase ante papá Bhaer corriéndole como un sol benévolo, y mamá Bhaer perdonándolo setenta veces siete. Había chicos lerdos y chicos tímidos, chicos delicados y chicos exuberantes, chicos que ceceaban o tartamudeaban, uno o dos renguitos, y hasta un alegre negrito que no era admitido en ninguna otra escuela pero que fue bien venido al "Bhaer-garten", aunque no faltó quien pronosticase que esa admisión sería la ruina de la escuela.

Sí, Jo era muy feliz en Plumfield, pese al abundante trabajo, la mucha inquietud y la perpetua baraúnda. Al pasar los años, dos chiquitos propios vinieron a aumentar su felicidad: Rob, nombrado así por su abuelito, y Teddy, un bebé despreocupado y alegre como pocos que parecía haber heredado el carácter benditísimo de su padre además del vivaz espíritu de su madre. Cómo crecieron sanos Y salvos entre aquel torbellino de muchachos constituyó siempre un misterio para sus abuelos y sus tíos, pero lo cierto es que prosperaron como las margaritas en primavera y sus toscos niñeros los querían y servían magníficamente bien.

Había muchos días de fiesta en Plumfield, pero uno de los más deliciosos era la anual recolección de manzanas, pues en esas ocasiones, los March, los Brooke, los Laurence y los Bhaer salían en pleno y por todo el día. Cinco años después del casamiento de Jo ocurrió uno de esos festivales un suave día de octubre. La vieja huerta estaba vestida de fiesta, el botón de oro y el áster bordeaban las paredes musgosas, como flautistas encantados, las ardillas se ocupaban de su propia cosecha y los pájaros gorjeaban sus adioses desde los alisos mientras que cada manzano parecía preparado para enviar hacia abajo, al primer sacudón, su chaparrón de frutos rojos o amarillos. Todo el mundo estaba allí, todo el mundo reía y cantaba, todos aseguraron que nunca había hecho un día tan perfecto para la fiesta ni se habían divertido tanto; y todo el mundo se entregó a los sencillos placeres del momento.

El señor March se paseaba plácidamente conversando con el señor Laurence, el profesor andaba por los verdes senderos como un bravo caballero teutón, con un palo a guisa de lanza y a la cabeza de los muchachos, que realizaban maravillas de saltos en alto. Laurie se dedicó a los pequeños: hizo cabalgar a su hijita metida en una cesta, alzó a Daisy para que viese los nidos de los pájaros e impidió varias veces que Rob se rompiese la cabeza. La señora March y Meg se sentaron entre las pilas de manzanas clasificando y separando los aportes de los cosechadores a medida que llegaban, mientras Amy, con bellísima expresión maternal en el rostro, dibujaba los diferentes grupos y cuidaba a un muchachito pálido, con su muleta a un lado. En cuanto a Jo, estaba en su elemento aquel día y se precipitaba de un lado a otro recogido el vestido, torcido el sombrero y su chiquito bajo el brazo, lista para cualquier aventura divertida que se presentase. El pequeño Teddy tenía -como se dice- un dios aparte: jamás le pasaba nada y Jo nunca sentía la menor inquietud cuando los muchachos lo trepaban a un árbol o lo llevaban a galope sobre la espalda, alimentado con "deliciosas" verdes por su indulgente papá, que como buen alemán creía -el iluso- que los bebés digieren cualquier cosa, empezando por el repollo en vinagre hasta los botones, los clavos y sus propios zapatitos. Jo sabía que Teddy aparecería tarde o temprano sano, salvo y rosado, muy sucio pero tranquilo y sereno, seguro de la calurosa bienvenida que le daría su mamá, que amaba entrañablemente a sus bebés.

A las cuatro de la tarde se produjo una calma y las cestas permanecieron vacías mientras

Librodot

los recolectores descansaban, comparando los ingresos y las contusiones recibidas durante el día. En ese ínterin, Jo y Meg con un destacamento de los chicos más grandes dispusieron la comida en la hierba, pues ésa era la coronación clásica de aquella fiesta. Por la tierra fluían literalmente la leche y la miel, pues no se exigía a los chicos que se sentasen a la mesa, sino que podían servirse como quisiesen. Aprovechaban al máximo su libertad, pues algunos ensayaban el agradable experimento de tomar leche parados de cabeza y otras extrañezas por el estilo. Las dos nenas tuvieron su té particular y Ted vagaba por entre los comestibles según le dictaba su dulcísima voluntad.

Cuando nadie podía ya comer más nada, el profesor propuso el primer brindis, que siempre era bebido en aquellas ocasiones: ¡Tía March, que Dios la bendiga!, pues el bueno del señor Bhaer nunca olvidaba 1o mucho que le debía y a los chicos se enseñaba a mantener vivo su recuerdo.

-Ahora, ¡por el sexagésimo cumpleaños de abuelita!

Ese brindis sí que era bebido con entusiasmo, y una vez empezados los vivas no había cómo pararlos. Se brindó por la salud de todo el mundo, sin olvidar la del señor Laurence, a quien consideraban su especial patrono. Demi, como el mayor de los nietos, obsequió a continuación a la reina del día con varios presentes, tan numerosos que tuvieron que ser transportados allí en carretilla. Regalos muy estrambólicos, algunos de ellos, pero valiosos a los ojos de las abuelas, pues eran todos hechos por los propios chicos. Cada puntada cosida por los pacientes deditos de Daisy en los pañuelos por ella dobladillados valía para la abuela como ricos bordados y ninguna página del costoso libro que le regaló la hijita de Amy podía ser tan hermosa a sus ojos como aquella en que aparecían, en torcidas mayúsculas, las palabras: "A la querida abuelita, de su pequeña Bess".

Durante esta ceremonia los muchachos habían desaparecido misteriosamente y cuando trató de agradecer a sus nietos, quebrada la voz por la emoción, mientras Teddy le secaba los ojos con su delantalito, el profesor rompió de pronto a cantar. Desde arriba, una voz tras otra iba recogiendo las palabras de árbol en árbol y formando un coro invisible con la pequeña canción escrita por Jo, puesta en música por Laurie y preparada por el profesor que había entrenado a los chicos para que la cantasen con el mejor efecto. Esto fue algo completamente nuevo, y resultó un gran éxito, pues la señora no podía recobrarse de su sorpresa e insistía en estrechar la mano de cada uno de aquellos pájaros sin plumas, desde Franz y Emilio hasta el negrito, que era quien tenía voz más dulce de todos.

Después los chicos se dispersaron para una última parranda, dejando a la señora de March y a sus hijas bajo el árbol principal de la fiesta.

-Creo que nunca más debo llamarme a mí misma "Jo, la Sin Suerte", cuando tan bellamente se ha cumplido mi deseo más grande -dijo entonces la señora de Bhaer, sacando el puñito de Teddy de la jara de la leche en la cual el chiquito se había quedado arrobado revolviendo con entusiasmo.

-Y sin embargo tu vida es muy distinta de lo que proyectabas hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas de nuestros castillos en el aire? -preguntó Amy.

-Pero la vida que yo anhelaba entonces me parece ahora egoísta, fría y solitaria. Todavía no he renunciado a la esperanza de que algún día escriba un buen libro, pero estoy dispuesta a esperar y segura de que voy a salir ganando con experiencias y ejemplos como éstos -dijo Jo.

-Mi castillo ha sido el más cumplido de todos, pues yo pedía muchas cosas espléndidas, pero en el fondo del corazón sabía que estaría satisfecha con un hogar pequeño y con tener a Juan y a algunos pequeñitos como éstos. Todo lo tengo, gracias a Dios, y soy la mujer más feliz del mundo -dijo Meg con la mano sobre la cabeza de su alto muchachito con expresión de pleno y ferviente contento.

-Mi castillo es muy diferente del que había proyectado, pero no lo cambiaría por nada,

aunque, igual que Jo, no abandono mis esperanzas artísticas ni me conformo con ayudar a otros a cumplir sus sueños. He comenzado a modelar una cabeza de la nena, y dice Laurie que es lo mejor que he hecho. Yo también lo creo y pienso vaciarla en mármol, de modo que, pase lo que pasare, pueda al menos conservar la imagen de mi ángel.

Mientras Amy hablaba, una lágrima cayó sobre el pelo dorado de la niña que dormía en sus brazos, pues su única y adorada hijita era una criaturita frágil y el temor de perderla era la sombra que oscurecía el sol de la vida de Amy. Esta cruz estaba haciendo mucho por ambos. Amy se hacía más dulce, más profunda y más tierna; Laurie, por su parte, se volvía más serio, fuerte y firme.

-Está mejor, estoy segura, querida, no te desalientes, sino que espera y manténte feliz -le dijo la señora de March, mirando la tierna carita rosada de Daisy junto a la pálida de su prima.

-Sé que no debo desalentarme cuando te tengo a ti para animarme, mamita, y a Laurie para tomar la mitad de la carga que nos toca llevar -respondió Amy con calor-. Nunca me deja ver su inquietud, y ¡es tan dulce conmigo y tan amoroso con Bess!, que todo lo que lo ame es poco.

-No es preciso que lo digas: ¡Ved la felicidad que nos rodea!

-Sí, Jo, creo que tu cosecha es muy buena -le dijo la señora de March espantando un enorme grillo negro que estaba asustando a Teddy y cambiándole la expresión.

-Ni con mucho tan buena como la tuya, madre. Aquí está, a la vista, y nunca te agradeceremos bastante la paciente siembra y cosecha que has realizado -le dijo Jo con la amorosa impetuosidad que nunca llegó a curarle el tiempo.

-Un haz enorme, mamita, pero sé que en tu corazón hay lugar para él -le dijo Meg, con voz tierna.

Conmovida profundamente, la señora de March sólo pudo extender los brazos como para abarcar a todos, hijos y nietos, en un mismo abrazo, diciendo con voz llena de maternal gratitud y humildad:

-¡Oh, hijas mías, por más largo tiempo que vivan, no podré desearles mayor felicidad que la del presente día!

Fin